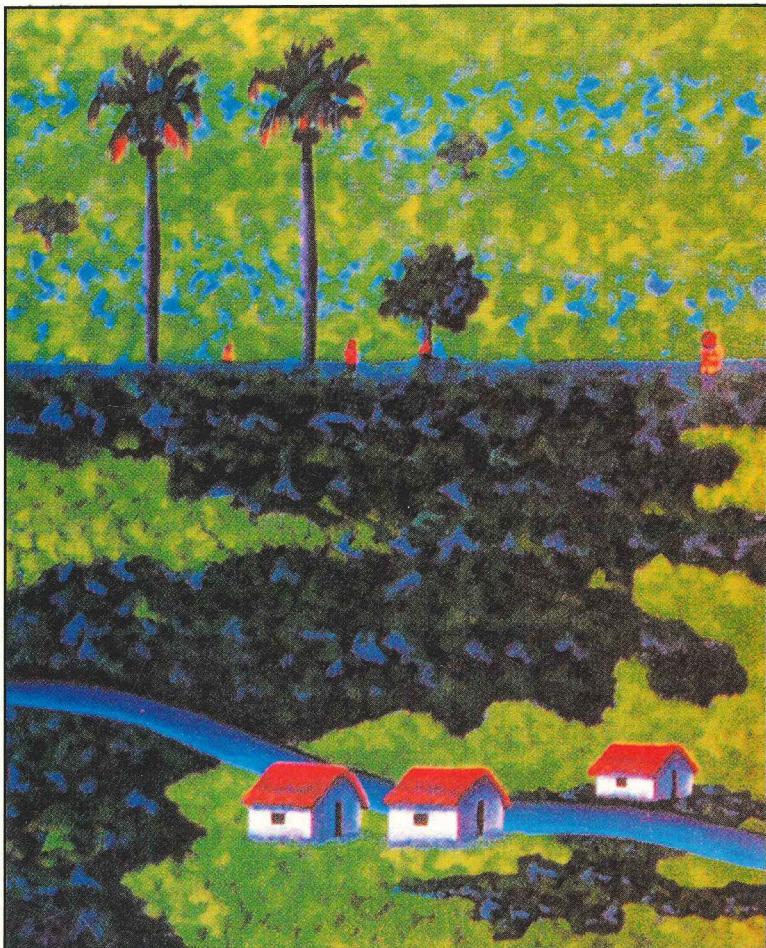


GASTÓN F. DELIGNE

OBRA COMPLETA 2.-GALARIPSOS Y PROSAS



BIBLIOTECA
DE CLASICOS
DOMINICANOS



Fundación Corripio, Inc.

OBRA COMPLETA
2.- GALARIPSOS
Y PROSAS

Biblioteca de Clásicos Dominicanos

Director:

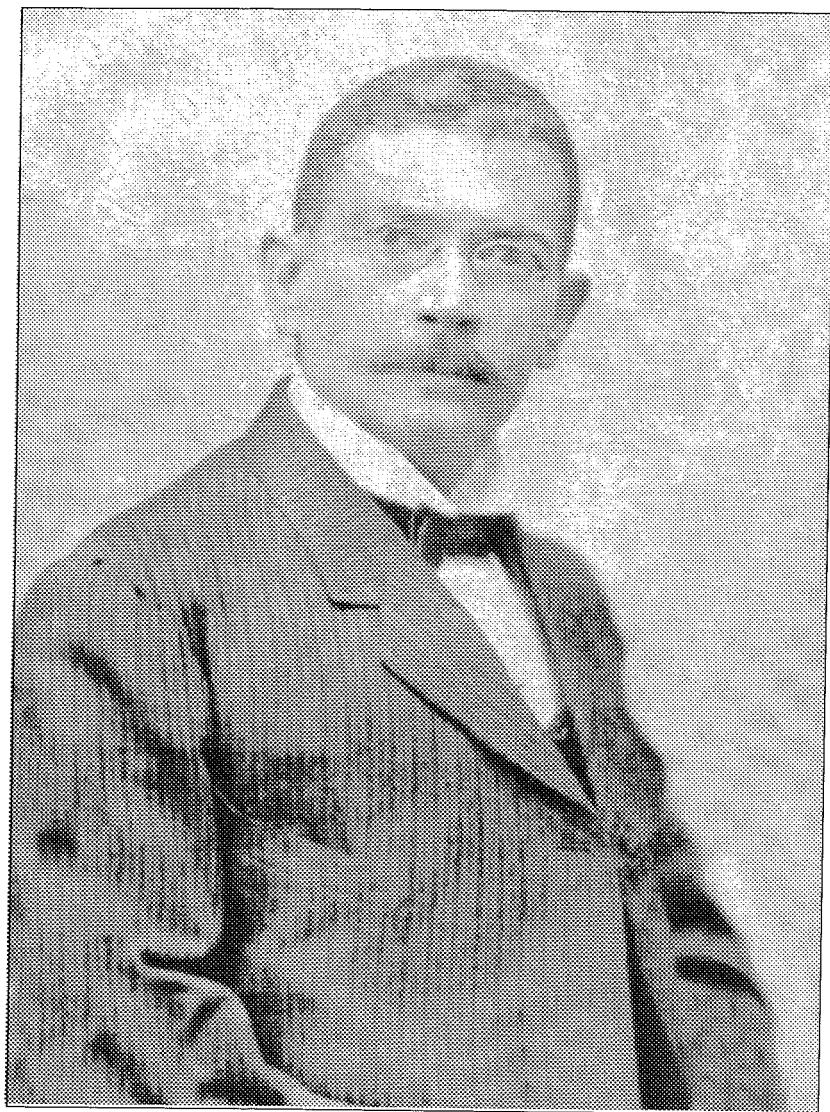
Manuel Rueda

Asesores:

Dr. Jorge Tena Reyes

Lic. José Alcántara Almánzar

Fotografía de Gastón F. Deligne.



Biblioteca de Clásicos Dominicanos
Volumen XXV

GASTÓN F. DELIGNE

OBRA COMPLETA
2.- GALARISSOS
Y PROSAS

*Notas de
Abelardo Vicioso*



EDICIONES DE LA FUNDACIÓN CORRIPIO, INC.
Santo Domingo
1996

Edición al cuidado de
Andrés Blanco Díaz

Impreso por
EDITORIA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

Impreso en República Dominicana
Printed in Dominican Republic

GALARIPSOS¹

1. Primera edición: Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, R. D., mayo de 1908 (216 páginas).

Segunda edición (con advertencia de Emilio Rodríguez Demorizi y Prólogo de Pedro Henríquez Ureña): Biblioteca Dominicana, Vol. III, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1946 (229 páginas). Con adiciones y supresiones.

Tercera edición (tacsímil): Biblioteca Dominicana, Vol. III, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1948.

Cuarta edición (facsimil), consagrada a conmemorar el centenario del nacimiento del poeta: Biblioteca Dominicana, Vol. VII, Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1963.

Aquí se publica tal como aparece en la edición príncipe, respetando la selección que hizo el autor, así como el orden en que puso los poemas.

LOS GALARIPSOS

En la liana vistosa y empinada
funden los galaripsos su esbelteza,
como una aspiración que se anonada
—temblando de pasión— en la belleza.

Tejiéndose al imán de sus amores,
su follaje nervioso, se estremece;
y presume quizás, al echar flores,
que es el árbol amado el que florece.

Teclado son de vientos vagarosos
y cual la mirra de sagrado rito
en espiral remóntanse, ganosos
de holgar entre el planeta y lo infinito.

(1908)¹

1. Sin fecha en la edición príncipe. No se había publicado antes. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

ARRIBA EL PABELLÓN¹ (Acuarela)

Tercien armas!... —Como quiera!
el acostumbrado estruendo;
ello es que el sol va saliendo
y hay que enastar la bandera.

Enfilado pelotón
de la guardia soñolienta,
al pie del asta, presenta
arbitraria formación.

Y, hechas a las dos auroras
en que cielo y patria están,
pasan de largo a su afán
las gentes madrugadoras.

Ni ven el sol de la raza,
cuyos colores lozanos
tremulan entre las manos
del ayudante de plaza;
ni del lienzo nacional,

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*. Publicado en *Ateneo* (órgano del Ateneo Dominicano), Año 1, No. 1, Santo Domingo, R. D., marzo de 1910, pp. 7-8.

fijo ya a delgada driza,
recuerdan que simboliza
toda una historia inmortal.

Pues cada matiz encierra
lo que hicieron los mayores
por el bien y los honores
y el rescate de la tierra.

El rojo, de su gloriosa
decisión habla al oído:
—soy, dice, el laurel teñido
con su sangre generosa!

Es el azul, de su anhelo
progresista, clara enseña;
color en que el alma sueña
cuando sueña con el cielo!

Al blanco, póstumo amor
de sus entrañas se aferra:
dar por corona a la guerra
el olivo redentor!

Presenten armas!... —Ya ondea
el pabellón, y se encumbra;
bajo del sol, que deslumbra,
y al clarín, que clamorea.

Ladra un can, del estridente
sonido sobresaltado;
arde en aromas el prado,
rompe en trinos el ambiente...

¡Qué linda en el tope estás,
dominicana bandera!
¡Quién te viera, quién te viera
más arriba, mucho más...!

QUISQUEYANA¹

Suavis terra...

Mientras combate hermano contra hermano,
la savia tropical fecunda amores,
y cuaja frutos y burila flores,
sin aprensión de invierno ni verano.

Mientras riega la sangre loma y llano,
espíranse de valles y de alcores
voluptuosos arrullos gemidores
que no interrumpe el grito del milano.

Y cuando para el trueno belicoso,
quédanse los occisos alazanes,
oh combustión solar! —a lo que arbitres!

que en esta tierra donde no hay volcanes,
donde no hay ofidiano ponzoñoso
ni felino feroz, tampoco hay buitres.

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año II, No. 8, Santo Domingo, R. D., 27 de febrero de 1907, y ese mismo año en *El Imparcial*, de México. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Memento...

Los Magnos de la Patria, en lazo estrecho
tornaron indomable su impericia
ante el altar donde la unión oficia.
Abríguese la unión en nuestro pecho.

Para alentar el ponderoso hecho
que la victoria diademó propicia,
amaron el derecho y la justicia:
Amemos la justicia y el derecho.

Ese el alto tributo y no los dones
de evanescente incienso y vano ruido,
a su santa memoria y sus blasones.

Cuando la bien amada ha feneido,
recordar sólo el hombre —oh corazones!—
es una ambigua forma del olvido.

(1907)

FRENTE AL RETRATO
DE LA SRTA. F. DE CASTRO¹
(*En su álbum*)

En cáliz de azucena solitaria,
una blonda cabeza sonreída;
bañada por la alegre luminaria
que brilla en el albor de nuestra vida:—

en su estación de mayo placentera,
grupo hermoso de púdicas zagalas;
que si deben su aroma a la pradera,
les deben a los pájaros sus alas:—

pinturas son nacidas del rocío
que fecunda los tiernos ideales;
caprichos del pincel del Norte frío,
húmedo en luz de auroras boreales!

Desque se ven, entre la mente toma,
—expresión que en la vida le es ajena—
la candidez, sus alas de paloma;
la inocencia, su blanco de azucena.

1. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

Compuesta de las dos, pero más cierta,
la imagen es donde tranquila subes;
la que abre al libro la dorada puerta,
como un rayo de sol abre las nubes!

Cual en cielo estrellado, se adelanta
luna envuelta en brillantes resplandores;
tal, hollando las flores con tu planta,
surges viva y triunfal de entre las flores.

Y vaga en torno de tu frente en calma,
junto a tu faz benigna y sonriente,
todo lo luminoso de tu alma,
que es un nimbo de paz sobre tu frente!

(1886)

A LA SRTA. ROSA PACHECO¹
(*En su álbum*)

Si nunca ante tus aras
llevóme la fortuna;
si nunca de tu acento,
gusto el son oí;
no extrañes que mi canto
del canto vibre a una,
de liras al concerto
que se alza para ti.

Atrae con sus reflejos
la juventud radiante:
seducen la belleza,
se impone la virtud;
y en ti no sé cuál reina
con lumbre más brillante,
si acaso es tu pureza
o si es tu juventud.

Tal vez tú misma ignoras
que bordan ya tu fama
las chispas diamantinas
de un fondo sideral;
tal vez si tú no sabes

1. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

que crece y se derrama,
cual de aguas cristalinas
dulcísimo raudal.

Así, tal hoja guarda,
como una madre inquieta,
sus flores de la ola
del áspero aquilón;
pero a la par delatan
su aliento a la violeta,
su rojo a la amapola,
y a ti, tu corazón.

Yo sé que el cielo puso
de sus mejores dones
para tejer tu nido,
para lucir tu altar;
que sólo con tus gracias,
espléndida dispones
de lo que está esparcido
en tierra y cielo y mar.

Pero además me dicen,
que bien que en justo empeño,
como a la antigua Hebe,
como a Hebe la gentil,
en el dorado Olimpo
de su florido ensueño
la juventud te eleve
a diosa de su abril;

pudiendo ser altiva,
tú no eres orgullosa;
sabiendo que es estable,
no abusa tu poder;
e indiferente miras
tu pedestal de diosa,
y sabes ser amable,
y sabes ser mujer.

Que el astro de la dicha
por ti rasgue su velo,
y brille en tu alma tierna
su plácido arrebol!
¡Que dure para siempre
en tu tranquilo cielo,
cual una aurora eterna,
cual un eterno sol!

(1886)

MAIRENÍ¹*(Episodio trágico de la conquista)²*

Llega, se salva! El inerte
follaje le da camino
contra el rugido de muerte,
que a su espalda, bronco y fuerte,
sale del bando asesino.

Es Mairení el antillano:
el de la valiente raza
del altivo quisqueyano;
el de la robusta mano,
el de la potente maza.

Viene de la infiusta vega,
donde entre sangre, que ciega
vierte la inicua matanza.

1. Está en la *Antología* de 1892 (Ver: Penson, César N. *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, Ob. cit., pp. 453-456) y en *Letras y Ciencias*, Año VI, No. 125, Santo Domingo, R. D., 16 de julio de 1897, en ocasión de su recitación por Cristina Morales en el concierto ofrecido por el niño Gabriel del Orbe, violinista mocano de 9 años, en el teatro de La Republicana. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

2. Este subtítulo, que aparece en la *Antología* de 1892 y en *Letras y Ciencias*, no figura en ninguna de las ediciones de *Galaripsos*.

Desfallece la esperanza,
y la libertad se anega.

Viene de la ruin batalla
en que, a par del arcabuz
que en roncos truenos estalla,
opone al derecho valla
el cielo, desde la cruz!

Mudo el caracol guerrero;
las tropas indias, deshechas;
salvando el círculo fiero
que hacen las puntas estrechas
del advenedizo acero;

torna Mairení vencido
al silencio de sus sierras,
si el corazón dolorido,
el espíritu atrevido
fraguando futuras guerras.

Que ese monte, que le ofrece
abrigó en su fuga y duelo,
y el aura que lo remece,
y ese sol que resplandece,
aún son su tierra y su cielo!

¡Su tierra! ¡Con qué fruición
la envuelve en honda mirada!
Desde el oscuro montón
que hace en la selva callada
el volcánico peñón,

hasta la lista indecisa
de la comba cordillera
que a lo lejos se divisa;
de los arbustos que pisa,
a la gallarda palmera.

No piensa, en tal panorama
el bravo cacique absorto,
que a la luz que el aire inflama,
es débil muro una rama,
y una selva asilo corto.

Mientras allá en lo lejano
le convida la montaña,
él se detiene en el llano;
ya abierto al empuje insano
de los soldados de España.

Ya le alcanzan, con veloces
pasos, y en brusca algarada
de ásperos gritos feroces,
"ríndete" claman las voces,
mientras lo impone la espada!

Pero él les mira: comprende
que es vana toda porfía;
ve que la lumbre sombría
de sus ojos le pretende
para más leña agonía;

Y "es mío", dice sonriente,
"mi destino todo entero!"
Y contra el peñón austero
rompiendo la altiva frente,
se abre al sepulcro sendero!

Caen las hojas secas, vuela
sobre el tronco ensangrentado
el polvo; y amortajado
así bajo el sol se hiela.

Y allí queda abandonado,
hasta que una mano amiga,
en la noche tenebrosa,
a la tierra el cuerpo liga,

sin una piedra que diga:
"por ser libre, aquí reposa!"

Y allí yace, al murmurío
de las hojas; al tenaz
rumor de lejano río...
¡Deidades del bosque umbrío,
dejadle que duerma en paz!

Agosto 16 de 1885³

3. En la edición príncipe está fechado 1886. Aquí se pone tal como aparece en la *Antología* de 1892 y en la edición de *Letras y Ciencias*. En las demás ediciones de *Galaripsos* aparece sólo el año: 1885.

LA NUEVA JERUSALEN!¹

A la señorita N. T. P., en su álbum

Oh vosotras, mujeres!, que cautiva
guardáis la lumbre de inflamados soles;
y sois entre los astros arreboles;
y sois entre las plantas, sensitiva:
no habéis surgido de la blanca espuma,
para empuñar un cetro muelle y suave;
sino a romper del porvenir la bruma;
sino a guardar del porvenir la llave.

Bajaron desde el alma, que vigila
sobre el inquieto afán de los sentidos,
palabras de consuelo a mis oídos,
y visiones de gozo a mi pupila.

Pues pareciome que una voz clamaba,
voz de rítmicas notas celestiales,
por una tierra que el amor manaba,
de leche y miel, en límpidos raudales.

Y quise, cual Moisés, del alto monte
de la ilusión, mirarte ¡oh gran Solima!...

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Y te vi del futuro allá en la cima,
aun envuelta por nieblas de horizonte.

Y supe, que entre arrullos y entre mimos,
en tu recinto divinal, estrechas
los áboles cargados de racimos,
los años oprimidos de cosechas!...

Y se olvidó, embriagada mi conciencia,
de aquel hondo castigo y agonía,
que el solitario numen dirigía
del justiciero bardo de Florencia.

Cuando su musa, de dolor cubierta,
fue siempre alivio al corazón sin calma:
que allá en las soledades de mi alma,
nació Beatriz, ¡pero ha nacido muerta!

Y olvidé en Juan de Patmos, las visiones
de los delirios pavorosos, llenos
lo mismo que de bestias y dragones,
de trompetas, relámpagos y truenos.

Nada de lo que angustia o que maltrata!
Nada de lo que muere o se doblega!...
Jerusalén! Jerusalén! que llega
del alto cielo, cual bruñida plata!...

PERDÓN!... dijo una voz dulce y amante,
cuyo sonido percibí distinto;
CARIDAD!... otro acento dijo errante,
y AMOR!... dijo otra voz en su recinto.

Y esas tres voces mansas, cuya esencia
es de geranios y azucenas puras;
eran un coro santo en la eminencia,
tres voces de mujer en las alturas!

Niña, a quien no conozco, y a quien basta
el ser mujer, para que seas FUTURO;

niña, en cuya alma y corazón, seguro
reposa el iris de la frente casta:

quisiera ver sobre esa frente, el pliegue
del hondo y conmovido pensamiento;
que se adelanta audaz al sentimiento,
y ve lo que ha de ser, antes que llegue.

Que al sondear el porvenir umbrío
—amante Adriana de tu amante Djalma,—
y cuando cedas, cual batel al río,
a aquél que elija tu inocente alma;

puesta la mira en cumbre más lejana,
seas sibila y apóstol uniformes,
y el corazón y espíritu, conformes,
de los que traigas a la grey humana.

Que esto cobije del hogar el techo;
pues la NUEVA SOLIMA aquí se encierra:
del niño en leche y miel ungid el pecho,
¡para que mane leche y miel la tierra!

(1886)

ANGUSTIAS¹

Al poeta amigo Arturo Pellerano Castro²

 Su mano de mujer está grabada
 hasta en el lazo azul de la cortina;
 no hay jarrones de China,
 pero es toda la estancia una monada.
 Con un chico detalle,
 gracia despliega y bienestar sin tasa,
 a pesar de lo pobre de la casa
 a pesar de lo triste de la calle.

 Cuando el ardiente hogar chispas difunde,
 cuando la plancha su trabajo empieza,
 para cercar de lumbre su cabeza,
 en sólo un haz se aduna
 el brillo de dos luces soberanas;
 un fragmento de sol, en las ventanas;
 un destello de aurora, en una cuna!

1. Publicado en la *Antología* de 1892 (Ver: Penson, César Nicolás. *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, Ob. cit., pp. 460-463) y en *Letras y Ciencias*, Año V, No. 107, Santo Domingo, R. D., 18 de octubre de 1896, con motivo de su recitación por Cristina Morales en la "noche dominicana" celebrada el 12 de octubre de ese año en los salones de la sociedad Amigos del País. Está en todas las ediciones de *Galaripso*.

2. En la *Antología* de 1892: "Al amigo y al poeta Arturo B. Pellerano".

¡Qué sima del ayer a lo presente!...
 Allá, en retrospectivos horizontes,
 la desgracia pasó sobre su frente,
 cual una tempestad sobre los montes.

Era muy bella, ¡por extremo bella!;
 y estuvo en su mirada
 la candente centella
 donde prendió su roja llamarada
 la pira que más tarde la consume,
 la que le hurtó, de tímida violeta
 con el tierno matiz, todo el perfume.

Fue su triste caída,
 lo mismo solitaria que completa;
 y como en casos tales de amargura,
 desde ella hasta Luzbel todo es lo mismo;
 una vez desprendida de la altura,
 cebó en ella sus garras el abismo.

Quedó al horror sumisa
 con expresión que por tranquila, espanta;
 apagada en los labios la sonrisa,
 extinguida la nota en la garganta.
 Flotó en la hirviente ola
 con el raudo vaivén del torbellino,
 y se encontró... sentada en el camino,
 entristecida, macilenta, y sola!...

Pero así como planta que caída,
 después que la desnuda
 rama por rama la tormenta cruda;
 a pesar de la fuerza que la azota,
 de la raíz asida
 queda, y más tiernos sus renuevos brota;
 cuando estaba su oriente más distante,
 y más desfallecida la materia;
 brotó la salvación dulce y radiante
 por donde entró señora la miseria.

Si es cierto que invisibles
pueblan los aires almas luminosas,
hubieron de acudir a aquel milagro,
como van a la luz las mariposas.

Así el suceso su mansión inunda
con tintes apacibles:
la gran madre fecunda,
naturaleza sabia y bienhechora,
miró piadosa su profunda pena,
palpó la enfermedad que la devora;
y en su amor infinito,
la puso frente a frente de una cuna;
a la vez que vocero del delito,
de calma y redención anunciadora!
¡Quién dirá lo que siente
al verse de la cuna frente a frente!...
Su corazón de madre se deslía,
y al hijo que es su gloria y su embeleso,
le premia con un beso, si es que ríe;
le acalla, si es que llora, con un beso.

Al calor que la enciende
¡cuántas cosas le dice,
que el diminuto infante no comprende,
tan tiernas a la par como sencillas!...
Es un desbordamiento de ternuras,
sin valladares, límites, ni orillas!...

De pronto, en su alma sube
la hiel de sus pasadas desventuras;
y mientras surca y moja sus mejillas
llanto a la vez de dicha y desconsuelo,
cual si Dios la empujase desde el cielo,
¡cayó junto a la cuna de rodillas!
Y ante el espacio estrecho
que ocupa aquella cuna temblorosa,
como se abre el botón de un alba rosa,
la rosa del deber se abrió en su pecho!

¡Reída alborescencia
la que de Angustias el camino ensancha,
escrita en surcos de la urente plancha
y en serena quietud de la conciencia!

¿Hay algo oculto y serio
entre los pliegues de su afán constante?...
¿Anubla su semblante
la vagarosa bruma de un misterio?...
La audaz de la vecina
que, cual prójima toda, es muy ladina,
quita al misterio la tupida venda,
desparrama la cosa
con todo este chispear de vivas ascuas:
—“el chiquitín, un sol; cerca las Pascuas;
y le trae preocupada y afanosa
el trajecito aquel que vio en la tienda”.

Por eso, y así el Bóreas yazga inerme
o airado soplo con violento empuje,
Angustias canta, el pequeñuelo duerme,
la plancha suena, la madera cruje.

(Junio 18 de 1886)³

3. Así figura en la *Antología* de 1892 (César N. Penson, Ob. cit., pág. 463). En las ediciones de *Galaripsos* sólo se indica el año: 1886.

EN EL DÍA DE SAN FRANCISCO JAVIER¹

*A mi estimado padrino
el Pbro. Billini*

Como se abren las montañas
y a los valles precipitan
aguas, que la vida agitan
de la tierra en las entrañas;
brotá en tu vida ejemplar,
una noble desazón:
inquietud que es construcción,
y construcción que es hogar!

Fluye en las desiertas calles
donde la pena se anida,
y lleva contento y vida
a tristes y muertos valles.

Muchas veces se la ve,
afrontando el viento rudo,
sin más defensa ni escudo
que el escudo de la fe.

Con divinos arrebatos,
funda hospicios y abre escuela;

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

y amorosa se desvela
por el bien de los ingratos.

Ah!... pues fuiste para mí,
sostén, amparo y consuelo;
nunca me acuerdo del cielo,
sin que me acuerde de ti.

Tu santo ejemplo acredita
que no ha muerto el Nazareno:
cuantas veces nace un bueno,
¡otras tantas resucita!—

Patentizan tus desvelos
para consolar al triste,
que sobre tu alma trajiste
un pedazo de los cielos.

Por esa dulce vigilia,
que es de la sombra, contraste;
¡bendito tú!, que llegaste
como un padre a su familia.

¡Bendito ese afán fecundo!...
pues de luz falto y rocío,
mucho llora, padre mío,
mucho se queja en el mundo!...

Eteócles y Polinices
aún fecundiza el pecado:
y es un lamento, apagado,
la dicha de los felices.

Aún levantan, por blasón
de sus infaustos deseos,
la Soberbia, mausoleos,
y sepulcros la Ambición.

Aún se salva a Barrabás,
y mueve Marte la guerra;

y es que aún sobre la tierra
anda suelto Satanás!...

Los que en nombre de Dios vienen,
a nombre de Dios disponen
cadenas que le aprisionen
y brazos que le encadenen.

De ti —cuya vida es templo—
de ti podemos decir,
que se le siente gemir
bajo la luz de tu ejemplo.

Que subleve su maldad
los oleajes impuros:
los rompen los santos muros
que levantó tu piedad.

Que en su emponzoñada cuerda,
arme flechas la perfidia;
y que te hiera, hecha envidia,
o hecha calumnia, te muerda.

Mientras con torvo semblante,
su negra furia se encona;
mas tu pecho las perdona,
mas tu voz dice: ¡adelante!...

Al que no busca testigos,
para hacer del bien su encanto;
a quien tiene un solo manto
para amigos y enemigos;

a quien es inmenso amor,
aunque amor su alma destroce,
y es amor, porque conoce
todo lo amplio del dolor;

al que entre nosotros vino,
y trajo impulso de ruedas:

¡limpiad, limpiad las veredas,
y aderezad el camino!—

Ah!... en este tiempo glacial,
tan alejado del Cristo,
¡felices los que hemos visto
hecho carne, lo ideal!...

(1886)

LA APARICIÓN¹

Al aventajado poeta José J. Pérez²

Le han dicho que se calle. El inocente
recoge sus juguetes presuroso;
pues sobre ser ya obscuro en occidente,
y habitual ocasión de que se duerma,
está enferma su madre, ¡bien enferma!

No es de lapso espacioso,
y ya del niño el corazón maltrata
una informe sospecha:
¿Por qué —¡si está maltrecha!—
por qué no se le muda de la bata?...

Prematuro abandono,
que con las voces del pesar le advierte
de lo que es madre y orfandad y muerte!

Pero deshecho su infantil encono,
como nube que pasa sin ruido,
cerró los ojos, y quedó dormido.

1. Aparece en la *Antología* de 1892 (César N. Penson, Ob. cit., págs. 456-460). Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

2. En la *Antología* de 1892 dice: "A nuestro muy distinguido poeta José Joaquín Pérez".

¡Ay de su madrecita,
que en el angosto lecho
entre los dientes del dolor se agita!

¡Y qué dolor!... Lo que ambiciona el pecho,
lo que en su mente con afán palpita,
tiene, sólo en su vista, triste asomo:
que en su garganta y en su lengua mudas,
ya gravita la muerte, como el plomo.

¿A qué tan grande y angustiosa pena
y aflicciones tan rudas,
si fue recta, y fue justa, y fue tan buena?...

Su vida, una Odisea:
no en el afán prolijo
de hallar de Itaca el apartado puerto,
sino en el breve espacio de esta idea:
una madre que pasa con su hijo,
viajando en pos del porvenir incierto.

Su santo esposo, muerto;
por no turbar la plácida alegría
ni aumentar la pobreza de los suyos,
díjole ¡adiós! a la nativa aldea:
llena de blandos trinos en el día,
y cuajada en la noche, de cocuyos.

Y a la ciudad se trajo
—pues hay más horizonte en las ciudades—
con casi un centenar de habitantes,
un mundo de ilusión en el trabajo.

¡Quien pensara que baste
la fuerza a descargar que la anonada,
al funesto contraste
de un gran calor y una llovizna helada!...

Después de tanto hermoso pensamiento,
un grupo de vecinas

en torno de su lecho de tormento:
 y envuelta por las sombras vespertinas,
 una escena doliente,
 una escena sombría,
 que el corazón sensible dura oprime:
 la igual respiración del inocente;
 la tremenda inquietud de la que gime,
 y el rezo funeral de la agonía.

Preces que son a su dolor extrañas:
 que helándole la sangre entre las venas,
 le queman como fuego las entrañas!

Hablan de pecador y de castigo;
 y los ojos reclaman
 con sublime expresión: ¡amigo!... ¡amigo!

O místicas proclaman
 lo apacible del fin de un buen cristiano;
 y en los ojos asoma: ¡hermano!... ¡hermano!

Y es que en Aurelia un pensamiento solo,
 un solo pensamiento reverbera;
 y es el rezo glacial opuesto polo
 de su anhelo infinito,
 porque es en la ciudad casi extranjera;
 porque se está muriendo...
 porque deja detrás un huérfanito!...

De aquel lecho de espinas,
 de aquel oscuro batallar tremendo,
 en una de esas almas femeninas
 cada angustia resuena,
 como golpe en el mármol de una tumba;
 y al ver que Aurelia, de martirios llena,
 intenta incorporarse, y se derrumba,
 se precipita a hablar, y no lo alcanza;
 al lecho se abalanza;
 hacia tanto infortunio el rostro inclina,
 y le dice — “¡Vecina!...

Un ángel tuve, y escapóse al cielo;
¡alabado sea Dios!...

De ese chicuelo
en quien tenéis el pensamiento fijo,
queda seguro el porvenir lejano;
le he de cuidar, como si fuese hermano;
le he de querer, como si fuese mi hijo!"

¡Oh delicado y femenil beleño!
Ya fijada la suerte del pequeño
en aquel blando acento y cariñoso,
quedó Aurelia de súbito tranquila;
cayó sobre sus miembros el reposo,
y agonizó la luz en su pupila.

Y ¡milagro inaudito!
en esos ojos que al nacer trajeron
el triste drama del pesar escrito;
en esos blandos ojos,
cuya clausura descuidó la muerte;
los que miraron vieron
extintos los enojos
y algo como raudales de alegría,
y algo como sonrisas de la muerte!

Cuando franqueaba el derrotero obscuro,
¿es que Aurelia vería
alguna santa aparición?...

¡Seguro!
Encarnada en mujer de blanca veste,
¿no estuvo a visitarla en su agonía,
la Caridad celeste?...

(1886)

DE LUTO¹

A P.

Tu oscuro traje en que la noche late,
fue maligna invención —por tal la tengo—
de una de esas blancuras de abolengo,
rabiosamente mate.

Una blancura astral de azules venas,
como la tuya, inmaculada y suave;
formada adrede con plumón de ave
y con pulpa de nardos y azucenas.

De ese luto ¡cuán noble privilegio!
¡cómo en halos gloriosos te aurifica!
¡qué elegancia a tus formas comunica,
y qué porte más regio!...

Del traje negro, y de su negro broche,
surgen las líneas de tu faz, marmóreas,
como el sereno sol de medianoche
en las desolaciones hiperbóreas.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Mi alma, a tu paso, atónita se inclina
y en una muda imploración te adora.
Y exclama el ditirambo: ¡triunfadora!,
y el corazón: ¡divina!

Pudiera ser de tu corpiño cierre,
y pregonar tu imperio —no tu duelo—
algo vibrante y fúlgido que encierre
todos los hipnotismos del anhelo.

Algo para hechizar toda mirada;
algo para obligar todo tributo;
algo anormal en medio de tu luto,
una rosa inflamada!

(1886?)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. Aquí se pone tal como figura en el índice de la segunda edición (Pág. 9).

AL PASAR...¹

Carta abierta a A. F.

Al salir de la edad a donde alcanzan
los calientes cendales de la cuna,
cuando es rumor de Dios la dulce brisa,
cuando es fanal de Dios la blanca luna;
al comprender que se nos huye el nido,
porque huyen las ficciones maternales
que absorbe el niño y que deslogra el mozo;
miramos hacia atrás con un gemido,
miramos hacia atrás con un sollozo.

Allá dejamos trinos de turpiales;
efluvios de azucenas y de rosas,
y recuerdo de un céfiro dormido
en los callados bosques de la Idalia...

Y puesta la sandalia,
para seguir la voz que nos es cara
desde que somos en sus redes presa,
seguimos al viajero que no cesa,
al espíritu inquieto, que no para.

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 17, Santo Domingo, R. D., 26 de julio de 1903. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

Tal vez si de ese viaje serán puerto
las caldeadas arenas del desierto;
o tal vez si nos labre sus arcanos
la impresión que es de horror y parasismo,
porque tropiecen las curiosas manos
con la ferrada puerta del abismo.

Ante el misterio en calma, nunca aterra
el miedo de posibles aquilones,
si densas nos empujan a montones
las que son en las nubes y en la tierra,
allá electricidad, y aquí pasiones.

Y vamos del misterio a la conquista,
sin pesar, sin dolor, sin desconsuelo;
sin que ignoremos además que exista
hielo en los polos, y en las almas hielo!

* *

*

La mano que nos lleva
a la implacable lucha por la vida,
de todo lo que es suave nos despoja.
Mientras sentimos que en el pecho nieva,
el vapor de la sangre se liquida
y el árbol de la infancia se deshoja.

Ante ese nuevo afán se dobla y cede
aquél de quien las albas son tributo,
con el tránsito mudo en que sucede
al cándido azahar el agrio fruto.

Y porque entonces a la par sentimos
que se quema la fiebre en nuestras frentes
y que sube lo oscuro a nuestro juicio;
entre todo lo grande preferimos
de los astros el sol; de los abismos,

el abismo del mar; de las pendientes,
la pendiente del brusco precipicio!

Y aquel olvido, que empezó gimiendo
de azucenas, de céfiro, de nido,
concluye en que pongamos, sonriendo,
mucho de voluntad en el olvido!

* *

*

Esas sublimidades apacibles
que entonces desdeñamos; cuya densa
—si blanda luz— a nuestros ojos arde,
ya en la atmósfera tibia de la tarde,
ya de la mansa fuente en los sonidos,
ya en el azul de la región inmensa,
o en elpiar de los implumes nidos;
todo en límpida alianza se condensa,²
y fruto del misterio de esa alianza,
te modelan a ti, como venganza.
Como radiante, sideral destello
de todo lo que a el alma en paz expande;
como tierna victoria de lo bello
sobre el ansia infinita de lo grande.

Nosotros, los que absortos contemplamos
todo lo hermoso que en tu ser se abriga,
te vemos y exclamamos: ¡Dios te guarde!;
pasamos, y al pasar: ¡Dios te bendiga!...

2. En la versión de *La Cuna de América* dice: "en misteriosa alianza se condensa".

* *

*

La voz que nos acosa
con la muda elocuencia del anhelo,
de nuevo en el turbión nos arrebata.

En nuestra marcha triste y silenciosa
nos sigue el huracán en raudo vuelo;
y en tanto que las sombras se derraman,
mujer los lagos, los torrentes braman,
se nos desgaja el monte, y truena el cielo!...

Mas, recordamos que en tu frente vimos
los lampos de la aurora boreal;
y recordamos que en tus ojos puso
su limpio rayo azul el ideal;
y cuando en alas de huracán, seguimos
de nuestro oculto afán el vago oriente;
al evocar esa impresión, sentimos
que el céfiro se posa en nuestra frente!

(188...)³

3. Así figura en la edición príncipe de *Galaripsos*. En las demás ediciones está con la fecha 1889.

ONEIROS¹

En el Día de la Patria

Desde el Báratro profundo
—como sube un pez a flote—
la Discordia subió al mundo,
a ser su pena y su azote.
¿Quién la pudo concebir?
¿quién le dio contorno y ser?
Desafueros del querer
e ilusiones del sentir.
Y hecha horror de los horrores,
con hierro, llama y veneno,
se resolvió contra el seno
de sus torpes genitores.
Hizo desiertas sus costas;
hizo sangrientos sus ríos,
y aventó hasta sus plantíos
una nube de langostas.
Se alumbró con los fulgores
del incendio de sus eras;
y atizando las hogueras,
y soplando los vapores,

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año III, No. 61, Santo Domingo R. D., 27 de febrero de 1908. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

desató profundamente
en la atmósfera moral,
un nublado permanente
y un continuo vendaval.

Revueltas del Bóreas fiero,
luchan las olas bramando,
y en su bajel, maniobrando
alza el canto el marinero.
No llora el fortuito mal,
ni el peligro le amedrenta;
pone cara a la tormenta!
pone pecho al vendaval!

Ni gimen los labradores
porque encadenen sus sañas,
las nubes en las montañas
y el torrente en los alcores;
fuertes, antes que descienda
la ruina hasta sus sembrados,
aseguran sus ganados
y resguardan su vivienda.

Marinos de una mar brava,
de un páramo sembradores,
que adentro lleváis dolores,
como un volcán lleva lava:
¿qué os queda, si el mal ahuyenta
la luz del mundo moral?...
¡Poner cara a la tormenta!
¡poner pecho al vendaval!
Con amor, no con encono;
con la verdad, no con guerra;
pues no es la sangre el abono
predilecto de la tierra.

¿Es que punzante os acosa,
en ansia del bien humano,
voracidad de gusano
que quiere ser mariposa?

Pues a lidiar con tesón!: a salvar con brazos bravos a los dóciles esclavos de toda enferma ilusión; a labrar en el destino, con decisión y energía; a sacar a buen camino el querer que se extravía; a amparar los fieros daños con que en el orbe se excede aquél que se engaña adrede, para llorar desengaños. ¿A qué todo?... A un porvenir manso, halagüeño y fecundo: ya que el sentir manda el mundo, ¡hay que pensar el sentir!

¿No se busca un nuevo edén?... Pues tenga la humanidad como ilusión, la del bien; como engaño, la verdad!

Ellas dos, siendo en la calma, alba, céfiro y rocío; en el minuto sombrío, son los broqueles del alma! Ellas dos saben hacer amorosos voluntarios, decididos legionarios de la legión del Deber.

Del Deber, un mocetón que en cuanto es grande, se empeña; el gozo en la faz risueña, y lo serio en la razón. Si al salir de trabajar, aprésura su carrera, es que sabe que le espera a la puerta del hogar, esta dulce dualidad,

esta doble simpatía:
su hija menor, Alegría;
su esposa, Serenidad.

¡Haced ah! una letra nueva
donde se enlace y se anude
el error que se sacude
con el alma que se eleva;
donde suene —en sonar de aguas—
el de manantiales vivos;
donde se hable de cultivos,
donde se diga de fraguas;
donde en grandiosa epopeya,
circule —como un temblor—
la ardiente onomatopeya
de los monstruos de vapor;
alumbradla en luz de día
y en calor de corazones,
y arropadla con los sones
de una casta melodía!

Será la suave tonada,
será el divino concierto,
con que arribemos al puerto
de la postrera cruzada.

¡Paladinismo final,
cuya tardanza contrista,
la conquista, la conquista
del vellozino moral!

Pues vendrá —porque no es sueño
el bien, aunque el mal lo afirme,—
bajará a la tierra firme
a dominar como dueño,
la que mora, donde el día;
la que al mismo encanto, encanta;
la más noble, las más santa,
la más grande, la Armonía!

(1887)

SALMO DE VIDA¹*(De Longfellow)*

En tono mustio y sombrío,
no me digas "que es la vida
tan sólo un sueño vacío",
porque el alma está adormida,
y lo más cierto es umbrío.

La vida es real!, y esquivó
la tumba por puerto fijo!
"Serás polvo, él te formó",
si se dijo, ¡no se dijo
por el espíritu, no!

Ni alegre ni querellante
es nuestro fin: serio está
en ganar el tiempo errante,
hoy, marchando hacia adelante,
y mañana, más allá!

La obra es larga; el tiempo, alado;
y el corazón encerrado
toca, no obstante su ardor,
marchas al sepulcro helado,
como escondido tambor.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

En el palenque del mundo,
de la vida en la ancha tienda,
hay que ser —no en vil ofrenda
un cordero gemebundo,—
sino un héroe en la contienda!

Si el Futuro es sonrosado,
no os fiéis de su brillo, expertos:
dejad, sin pena o cuidado,
que el fantasma del Pasado
se quede a enterrar sus muertos.

Vivid, vivid el Presente!
Obrad, obrad en su hirviente
espuma, del bien en pos;
dentro, el corazón valiente,
y arriba de todo, Dios!

¿Es que no vemos acaso
en las vidas que serenas
traspusieron el ocaso,
huellas de luz de su paso
por las vitales arenas?...

Nosotros, también!... Aliento
darán mañana a un hermano
que abrumen olas y viento,
cuando de la vida, a tiento,
surque el solemne oceano.

Prontos y activos estemos:
el pecho fuerte, afrontando
de hado cualquier los extremos,
y emprendiendo o continuando,
trabajemos! esperemos!

(1887)

VALLE DE LÁGRIMAS¹

I

Los que echáis la sonda al mar
del incierto porvenir,
cuando al hombre habéis de hablar
¿por qué le habláis de llorar?
¿por qué le habláis de sufrir?

¿No sabéis que se envenena
a vuestra voz su esperanza?
¿Que a cualquier aura inserena
tiende la lona, y avanza
bruma adentro de su pena?

Ninguno como él fecundo
para medir el confín
de las nieblas del profundo,
ni nadie como él tan ruin
para los duelos del mundo.

Cuando a golpes de alborada
el espacio resplandece,

1. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

cuando la selva florece
y es todo sonrisa alada,
él solo gime y padece.

Mientras la duda le espanta,
o el desencanto le hastía,
o algún pesar le quebranta,
en su redor todo canta
con una inmensa armonía.

Y del sol a los fulgores,
simiente, plantas y flores
cumplen en paz su destino:
arrullando sus dolores,
sólo él yerra su camino!

¿Y éste es el doliente ser
cuyas penas aumentáis?
y de incierto conocer,
y de oscuro padecer,
alzando la voz, ¿le habláis?

¡Ah! dejad la cruel porfía;
callad la palabra agreste,
que hace en las almas —impía—
la misma carnicería
que hace en los cuerpos la peste.

Bueno estaba, cuando al rudo
quebranto de su albedrío,
rodaba —sin paz ni escudo—
delante de un altar mudo,
dentro de un claustro sombrío:

hoy no, que en blando embeleso
y en indecible arrullar,
le piden de vida exceso,
el noble altar del progreso,
el claustro del dulce hogar!

II

Pues echáis la sonda al mar
 del incierto porvenir,
 cuando al hombre habéis de hablar,
 ¿por qué le habláis de llorar?
 ¿por qué le habláis de sufrir?...

¿No visteis nunca, posadas
 en el leño del dolor
 de tumbas abandonadas,
 rompiendo en trinos de amor?

¿Ni os llegó en ondas serenas,
 atravesando las penas
 de la angustia universal,
 un gran rumor industrial
 como de hirvientes colmenas?...

Son los pueblos que invocaron
 una triple santa alianza;
 que su concierto juraron,
 y en sus banderas grabaron
paz, trabajo y enseñanza!

De ellos, en divina unción
 llevad a lo que declina
 voz de ardiente corazón;
 como voz de construcción
 al mismo pie de la ruina.

De su arribada gloriosa
 a la más erguida cumbre,
 de que en ellos cuanto es lumbre
 como en su centro, reposa;
 contadlo a la muchedumbre!

Decidle cómo en sus lares,
 abriendo al tráfico brechas,

la Paz serenó sus mares,
y sembró sus olivares,
y bendijo sus cosechas.

Contadle del rudo abrazo
con que apretándoles fiero
el Taller en su regazo,
les hizo de bronce el brazo,
y el alma brava, de acero!

Referid cómo aterida,
en el umbral de su Escuela
muere, burlada y vencida,
la voz que se desconsuela.

Y contad cómo se unieron
en fecunda trinidad,
y a su pueblo sonrieron,
y un férreo trono erigieron
a la augusta Libertad!

Ah sí! compuesto el deseo
como balsámica miel,
y juntos en alto empleo
la confianza de Ezequiel
con el verbo de Tirteo;

en consuelo que es salud
con promesa que no engaña,
de ejemplos de tal virtud,
de lo alto de la montaña
hablad a la multitud!

(1889)

CANTO NUPCIAL¹

*Para las bodas de J. F. Camarena
con Rosa Pacheco.*

De estrellas encendido el limpio azul fulgura;
y en huerto donde extreman su blando titilar,
ya duermen los claveles y la azucena pura,
y el lirio --soñoliento— principia a cabecear.

Pero pasáis vosotros; y me diréis ¿no es cierto
que estremecidas todas en un temblor veloz,
alzaron sus cabezas las flores de aquel huerto,
y hasta os dijeron “¡salve!” con una tenue voz?...

¿Que lo negáis?... ¡Lo afirmo! ¡Si estáis de primavera...!
y así cual sonreímos a algún floral botón,
las plantas nos devuelven nuestra sonrisa entera
cuando de savia lleno florece el corazón.

Marchad si no a la selva: la palmas electrizada
al veros, con más prisa sus ramas mecerá;
y si buscáis la sombra de fértil enramada,
la parcha sarmentosa de amor trepidará.

1. Publicado originalmente con el nombre de “Epitalamio”. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Pues, atracción o impulso, ternuras o fiereza,
la vida a lo que es vida le dice amante, “¡ven!”;
el sol a nuestro mundo; a amor, naturaleza;
y amor, cuando no es falso, amor impulsa al bien!

Así obrará en vosotros, ¡oh fieles!; y testigos
del astro que levanta el bien para los dos,
dejad que en franco júbilo lleguemos los amigos,
lleguemos y os digamos: ¡benditos seáis de Dios!

Que baje a vuestro espíritu, como el rocío, del cielo,
un Mayo envuelto en luces de rosa y de zafir;
y sea la que jurasteis, unión de hogar modelo,
unión de fuerzas vivas, unión de porvenir!

El hada que os conduce, a quien llamáis Ventura;
el genio que os desposa, que se apellida Amor;
no harán que el viento bravo respete la onda pura,
que el orto raye siempre cubierto de esplendor.

Pues lo sabéis, pareja; y en fuerzas virtuosas
lleváis alborozados al tálamo nupcial,
dos mentes en que laten dos almas armoniosas,
dos almas donde puso lo bueno su ideal;

en medio a las borrascas que surquen vuestra vía,
en medio de la noche que surja y su negror,
volad, aves gemelas, aunque se os nuble el día,
cantad aún en la sombra, cual lo hace el ruiseñor.

(1889)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. Aquí se pone la fecha que figura en la segunda edición (Pág. 67).

QUID DIVINUM...!¹

*A mi amigo A. Sánchez,
acerca de sus ensayos poéticos*

I

No he de ser yo quien ose, aventurero,
profano de la crítica en las aulas,
ni al matiz espontáneo de tus flores,
ni al verdor virginal de tu enamada.

Mariposa del arte, no pregunto
si el pétalo radiante que me llama
es o no regular; humilde abeja,
al color antepongo la sustancia.

Yo siempre supe respetar devoto
las cosas nobles y las cosas santas;
lo mismo la afición hija del cielo
que el despertar lumínico del alba.

Que a esta inquietud de perfumarlo todo,
a este anhelar de espirituales ansias,

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

muchas grandeza he visto semejante;
mas que en virtud le sobrepuje, ¡nada!

Como esas nubes que el vapor engendra,
y el monte espira en humaredas blancas,
y el eléctrico fluido entenebrece,
y el viento junta y el verano inflama;

tal el ardor poético formaron
la hermosa Caridad y la Esperanza,
para rociar la humanidad sedienta,
de la Fe y la Justicia con las aguas.

No hay tan gran preocupado de conciencia
como el que sube hasta esa altura aislada,
ni más creyente en bien que el que se aduerme
al beso puro de tan frescas auras.

No hay síntesis mayor que la que sirve
a ese hijo de la gloria y la desgracia,
que en una línea hace caber la idea,
y en una estrofa desenvuelve el alma!

Y si un más fuerte ser que Prometeo
o más doliente que él alguien buscara,
acérquese al poeta, que ha sabido
y sabe devorar de sus entrañas...!

II

Pues que tú sientes que el cerebro invade,
con la apacible luz de la alborada
la música divina de los pájaros,
y un rápido latir como de alas;

ahonda tu pupila el gran enigma
en que Natura inmensa está velada;
bebe en las fuentes donde el arte puso
sus ondas más vivíficas y claras;

siervo de la verdad, míralo todo
por el través de su impalpable gasa;
encendido el fanal de la conciencia,
mantén tu senda como el aire diáfana;

y cuando el duelo afliga a los humanos,
rompa tu endecha rebosando lágrimas,
como lloró en un tiempo Jeremías
sobre Salén desierta y desolada.

Y si el clarín sonoro del derecho
el aire llena de la dulce patria,
en última tensión por él las cuerdas,
al estallido de la lira, estalla!

Combate, si Satán asoma adusto
su cabeza de sierpes coronada;
hasta postrarle, lucha; y si no puedes,
haz prosélitos bravos a tu causa!

Gózate en ti si el bien esparce al mundo
la tradición viviente de la Italia;
y el corazón más ancho y venturoso,
con el laúd de las ternuras, canta!

Que no sepan los otros tus pesares;
calla tus dudas mientras más amargas;
vive en ti, si tu vida no es siquiera
un animado impulso a la esperanza.

Y sube así, remóntate, penetra
en esa alta región iluminada;
accesible no más —pues Dios lo quiere—
a las grandes conciencias y a las águilas!

(1889)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. Aquí se pone la fecha que aparece en la segunda edición (Pág. 70).

HOMBRE Y MUJER¹

A la señorita C. Castillo

Por ley de necesidad
arrancó el hombre a la tierra
cuanto produce y encierra
de luz, fuerza y potestad.
Mas, con artera ruindad,
cuando de todo dispuso,
a tal extremo profuso
llegó en sus aplicaciones,
que al hervor de sus pasiones
hizo de todo un mal uso.

Mientras aplicaba el canto,
el dulce canto al furor,
forjaba el hierro traidor
en provecho del espanto;
amasaba para el llanto
la cal de torres y altares;
para los rudos pesares
el blando plomo fundía,

1. Publicado en *El Tiempo*, Santo Domingo, R. D., 19 de febrero de 1910. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

y el duro bronce encendía
para ensangrentar los mares.

¡Ah! parece que heredó
con las ansias vencedoras,
las entrañas destructoras
de las fieras que domó.
¡Ah! parece que le dio
como a implacable sultán,
el punto su inmenso afán,
el rayo su ímpetu ciego,
su voracidad el fuego
y su fuerza el huracán.

Con ellos, siguió adelante
sin timón y sin compás,
dejándose atrás, atrás,
los fulgores del levante.
Y, cuando ciego y errante
detuvo el paso, asombrado,
sintió que estaba a su lado
todo preso en sus cadenas,
y él mismo ¡oh pena de penas!
por sí mismo encadenado!

Así cayó en el camino
mordiendo sus eslabones,
tan cerca de sus pasiones
cuán lejos de su destino.
Así, maltrecho y sin tino
cayó el pujante varón!;
mientras corre con el son
en que forcejar se escucha,
su voz, que clama en la lucha,
¡redención! y ¡redención!...

¿Quién colmará su deseo?...
¿Qué manos fuertes y puras
romperán las ligaduras
de ese extraño Prometeo?...

Un amplio fulgor febeo
 raya vivo en lontananza,
 y en él la conciencia alcanza
 que os alzáis de entre los seres
 vosotras, dulces mujeres,
 como una flor de esperanza!

Dicen de una esposa fuerte,
 que como al esposo halló
 en el campo en que cayó
 presa casi de la muerte;
 el exangüe cuerpo inerte
 arranca al trance final,
 no al infecundo raudal
 de un torrente lacrimoso,
 sino al jugo caudaloso
 de su pecho maternal.

Así —pero más divina—,
 tal —pero más levantada—,
 es la misión encerrada
 de esa historia en la heroína.
 Ella dice y determina
 el bien que debéis hacer:
 ya que les soléis tener
 a vuestras plantas rendidos,
 ¡levantad a esos caídos
 a la vida del deber!

Siempre que en sus yemas puras
 brota el deber y florece,
 que se iluminan parece
 con nueva luz las alturas.
 Que se esparcen las venturas
 de un celeste corazón;
 y que corren con el son
 del céfiro que suspira,
 notas de una eterna lira
 y arpegios de bendición!

(1890)

ROMANZA¹

A Teté

*Yo buscaba entre las brumas
un rayo de luz naciente,
un refugio en la rompiente
o una tabla en las espumas.
(Propio)²*

Así es. A mí mismo de niño entregado,
miré en la tiniebla que envuelve la vida,
y ansiando palparla, con planta atrevida
sus sombras hollé.

De quién me contara mil cosas siniestras,
si amigos o autores, memoria no guardo:
vivir, me dijeron, es bello leopardo,
amor es ponzoña borgiana entre nardo,
confiar, flor de tumba; tristeza, creer.

1. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

2. Esta redondilla forma parte, con ligeras variantes, de los parlamentos de Juan de Grijalba en el libreto de Deligne para la ópera *María de Cuéllar* (escena quinta del acto primero y escena tercera del acto tercero).

¿Y es cierto, reclamo nativo del alma?
 ¿es cierto, principio que todo lo llenas,
 con astros brillantes las noches serenas,
 con llamas el sol?...

¿A qué tu eficacia, potencia que domas
 la ruda borrasca, los túmidos mares?
 ¿a qué la dulzura que engendra azahares?
 ¿a qué tu enseñanza, fecunda en pesares,
 oh planta de frutos sin flores, dolor?

“De Dios como hechura”, replica el abismo,
 “no en Él apoyado las orbes rigiendo;
 luchando en su contra, luchando, aún cayendo,
 es grande Satán”.

“¡Verdad!” dice en muelle suspiro la duda;
 “¡verdad!” dice cuánto se tuerce y oscila;
 y mi alma, siguiendo su viaje intransquila,
 de nubes cercada, no en voz que vacila,
 sí en voz que es de espanto, pregunta: ¿verdad?

En torno los vientos descuajan los montes,
 y el limo empantana las limpias corrientes,
 y rugen airados los turbios torrentes,
 y truena también.

La lucha es horrible: su cruenta pujanza
 madura a destiempo la joven idea;
 y sólo, muy lejos, allá parpadea,
 antorcha que alumbría la oscura pelea,
 un astro, si débil, muy bello, el deber!

Yo sé del conflicto; yo sé, y no me espanta,
 sé andarme ese infierno sin lumbre ni guía;
 ¡para algo Natura razón nos daría!
 ¡por algo virtud!

Su hondura conozco, sus lóbregos antros;
 y en medio a sus brumas, transido de hielo,

busqué hasta encontrarte, Beatriz de mi anhelo,
mi guía de ventura formada en el cielo
de arrullos, suspiros, perfumes y luz!

(1890)

A LA MEMORIA DEL GRAN DOMINICANO,
 MI PADRINO Y PROTECTOR
 FRANCISCO X. BILLINI¹

*And from the sky, serene and far,
 a voice fell, like a failing star,
 Excelsior!*

Longfellow

¡Adiós! ¡adiós! espíritu gigante,
 donde fijaron sólo
 —en cuan fecundo pero breve instante—
 su norte el bien y la virtud su polo!
 ¡Adiós, adiós! fructífero albedrío,
 salud del corazón al duelo opreso,
 de santa caridad blando rocío,
 soldado de Jesús y del progreso!
 Adiós y para siempre,
 adiós y para siempre, ¡oh padre mío!

De hoy más, cuando vecina
 la estación que por ti se engalanaba,

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 2, Santo Domingo, R. D., 8 de marzo de 1903, y en *El Padre Billini*, colección de artículos y poesías, Santo Domingo, R. D., 1910, Pág. 51. En la segunda edición de *Galaripsos* figura con el título "A la memoria del Padre Billini".

enflóre la colina,
 el prado esmalte, regocije el huerto;
 a el alma que te amaba
 caerá pálido y yerto
 un largo invierno triste;
 ¡ay! que llegando abril a nuestros lares,
 al brotar los primeros azahares,
 desplegaste las alas y te fuiste!...

Y eras tú quien solías
 acudir de la Patria al tibio llanto
 en los aciagos días!
 Tú, su dos veces santo,
 prometido Mesías
 a sus sueños de unión y de adelanto!
 Tú, que a calmar su devorante anhelo
 trajiste de lo inmenso preparadas,
 blandura de las auras perfumadas,
 inquietudes del mar, claros del cielo!

Que ella, la Patria que por ti se enluta,
 fue la que puso la inicial potencia
 que en ti duró hasta el fin; ella absoluta,
 aparte de tu Dios y tu conciencia!

¿No abriste, acaso, de su bien ufano,
 cediendo a la atracción de la eminencia,
 sendero al orto, regular y llano,
 para encauzar su noble inteligencia?

En tu afán sobrehumano,
 ¿no fue de tus propósitos estrella,
 que a la altura divina
 de levantada y racional doctrina
 subiendo todos, ascendiese ella?

Sí que lo fue... ¡felices los que vimos
 cómo en frutos de bienes te cuajabas,
 cual se llena la palma de racimos!

Felices de mirar cuál batallabas,
 sin estímulo ruin de vana gloria,
 sin asco a la humedad de los caminos,
 con fuerzas que los males no domaron,
 por conducir la Patria a los destinos
 que en el humeante altar de la victoria
 nuestros augustos padres suspiraron!

Si en lucha tan tremenda
 fueron grandes y rudos tus afanes,
 dígallo tus hermanos los titanes!

Aún parécenos verte en la contienda.
 Satán, Satán, sañudo y prepotente,
 concordia, instituciones
 y libertad llevaba hacia el ocaso:
 tú, preparando fuertes corazones
 y en luz ungiendo tenebrosa mente,
 formabas dique a su funesto paso;
 mientras en alta promesa señalaba
 tu imperativo índice al oriente.

Aún parécenos verte,
 tras ardua, hermosa y divinal conquista,
 otra seguir como de lides falto,
 con un ánimo fuerte
 y una confianza como nunca vista,
 que parecían decir: ¡mucho más alto!

¡Ah! y todavía te vemos
 de la fulgente vida en los extremos
 llena en proyectos mil la ánima inquieta;
 y con fe joven y esperanza viva,
 aún exclamando: ¡arriba! ¡más arriba!

Y allá, cuando a la cúspide subiste,
 émulo al joven-alma del poeta,
 el de divisa extraña, sucumbiste!...
 No en ventisquero helado,
 no en cima yerma ni ignorada cumbre,

sí en recinto caldeado
de gratitud ardiente en viva lumbre,
con la flor del cariño perfumado!...

Es por eso, es por eso,
que a saludar tu bendecida tumba,
se detiene un instante
el eterno viandante,
el ángel sin reposo del progreso.

Es por eso, es por eso,
que la matrona del amor divino
al redor de tu lápida sencilla
entre crespones lúgubres se emboza,
y la diosa del pueblo se arrodilla,
y la conciencia nacional solloza!...

Mas ¿qué súbito acento
se dueña audaz del vagaroso viento?
¿Quién turba la paz santa
de ese sepulcro-día,
rompiendo en tumultuosas
altas olas de fervida armonía?
¿Quién así el duelo general quebranta?...
¡Es la Razón, es la Razón que canta!

Es la Razón, que si lloró mirando
el cautiverio infando
de Solima inferior a sus destinos,
canta una hermosa vida bien lograda;
e himnos previene al sepulcral reposo
del que elegido a fecundar la nada,
hombre nació para morir coloso!

“Loor, canta, eterna gloria
a la blanca memoria
de aquel varón de mente levantada,
que con la luz de su mortal jornada
con un chorro de sol doró la Historia.

“Que en ardiente pelea,
con su fe gigantea
quebró del mal la aborrecible frente;
que si deja el combate, es solamente
a engrandecer y perpetuar la Idea.

“Que al social abandono
y al infernal encono,
siendo ancho puerto, inquebrantable escudo,
más altos levantó de lo que pudo
a Dios altar, y a la conciencia trono!”

(Marzo, 1890)²

2. Así figura en *La Cuna de América*. En las ediciones de *Galaripsos*, sólo se pone el año.

CIENCIA Y ARTE¹

A los "Amantes del Estudio"

*Regalar por lo menos a la Sociedad una
obra que no sea de simple entretenimiento.
(Disposición reglamentaria)*

¡Vais muy bien! Así seguid:
que el previsor adalid
se lleva al combate rudo,
hierro cortante y escudo;
golpe y quite de la lid.

¡Vais muy bien! Tras de la santa
suspirada unión febea,
bajo cuya fértil planta
nace, crece, se agiganta
y cubre el orbe la Idea!

¡Ciencia y Arte! Entrambas son
cuanto existe en cuanto baña

1. Publicado en *El Lápiz*, Año I, No. 11, Santo Domingo, R. D., 4 de julio de 1891. Deligne, con el seudónimo *Quintín Nubarrón*, le hizo críticas jocosas a esta composición, en un artículo que vio la luz en la misma revista el 4 de octubre de 1891 (verlo en la sección *Prosas* de la presente *Obra Completa*). Sólo está en la primera edición de *Galaripos*.

la onda de la razón;
y si una estudia la entraña,
la otra mueve el corazón.

Si se unen con lazo estrecho,
son para el humano pecho
solaz o expansión o egida;
y hacen un amor la vida,
y hacen la vida provecho.

Es que un hada al arrullar
las gemelas en la cuna,
les dijo: "sois casi una,
Arte tú, con luz de luna,
tú, Ciencia, con luz solar.

"Cumplid así los mayores
medios que escogió el destino
contra los bravos dolores;
tú, abriendo al hombre camino;
tú, colmándoselo en flores".

Y prontas a la misión
de tan alto fin del Hado,
salieron en santa unión,
a desflorar lo creado
para enflorar la creación.

Y, emulando en ansia igual,
desenvolvieron aquel
primor del mundo moral
que estando en lo natural
está por encima de él!

Cual se cuenta de aquel rey,
en cuya breve estatura
—para más viso y figura—
arraigó la fuerza dura,
como en la roca el copey;

tal, en sus encarnaciones ambas, de simples varones hicieron fuertes colosos; y derramaron sus dones en los más menesterosos.

Y cual lira en un saúz,
salió el arte al pueblo griego
en aquel sublime ciego
que vino a esparcir la luz.

Y del progreso el concierto
brotó en Israel, brotando
de aquel selvático bando
de sus hombres del desierto.

Y en un flemático inglés,
y por humildes histriones,
con sus duelos y pasiones
sacó al hombre como es.

Y en un hosco florentino,
el arte fraguó, lozano,
el asunto más humano
con el medio más divino.

¡Oh hombre blando de la espada
que en Arauco batallaste!
¿de dó, de dónde sacaste
esa justicia extremada

que al rudo enemigo imparte
alto premio de valor?
—Del infinito dulzor
de los raudales del arte!

¡La ciencia!... Deshizo el ser
con complacencia inaudita,
sólo en la intención bendita
de aprenderlo a componer.

O en amplio cumplido ensayo,
hizo, a brazos de un senil,
un metálico redil
para aprisionar el rayo.

O sin descanso ni tregua
traspuso mares y montes,
para acercar horizontes
y hacer líneas de las leguas.

¡Ah! Eran tiempos de la unión;
cuando en impulso fecundo
ambas salieron al mundo
con análoga misión.

Era tiempo en que Arte y Ciencia
descendieron a las gentes,
si con rumbos diferentes,
con una misma conciencia!

¡Vais muy bien! Así seguid;
que el previsor adalid
se lleva al combate rudo
hierro cortante y escudo,
golpe y quite de la lid.

En la épica jornada,
del progreso en la cruzada,
llevad contra el mal infiel,
la Ciencia, como una espada;
el Arte, como un broquel.

Quizás cuando el alba sube,
—dejando como un querube
su huella de luz impresa—
tras alguna parda nube
se queda el sol en promesa.

¡Ciencia y Arte! Si su aurora
el ámbito azul colora

con un risueño arrebol;
fatalmente y a su hora,
siempre surge regio el sol.

(1891)

"IN GOD WE TRUST"¹
(Cuando el telégrafo de Morse)

I

En ocio meditabundo,
la concepción obra ya,
—como descansó Jehová
después de acabar el mundo;—
el hombre del Norte aquel,
dicen que con grande unción
bendijo en su corazón
al Santo Dios de Israel.
Al que enciende las risueñas
auroras de la esperanza;
al que rinden su confianza
las nacionales enseñas.

Cobijadas por Él es
que en tiempo cercano aún,
murió por siempre en Yorktown
el dominio del inglés.

En su infinita bondad
la que inunda el Setentrión

1. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

con un creciente aluvión
de inmensa prosperidad.

Él le infundió la constancia,
con la fe y la audaz idea
de acabar obra que sea
negación de la distancia.

Mañana, el invento alado
en su primer balbucir,
irá a la tierra a decir:
"mirad lo qué Dios ha obrado".

Así, descansando ufana
de su fecundo desvelo,
estaba llena del cielo
aquella fe puritana.

* *
*

En ocio meditabundo,
frente a la obra presta ya,
un hombre del Sud está,
colmado en savia del mundo.

Mira el alambre extendido,
para el globo destinado
a presentarle abrazado,
ya que no a tenerle unido.
Y del prodigo, que ve
con toda su luz intensa,
como el Verbo de Dios, piensa,
que desde el principio fue.
Que en un proceder iguales
no acudieron a su vuelo,
ni con sus chispas el cielo
ni el globo con sus metales,

mientras no alboreó la edad
cuando en todo redimida,
surgió a vida y trajo vida
la fecunda Libertad.
Apoyándose en la ciencia,
precipitando la acción;
movida por la razón,
desunciendo la conciencia!
Estallando tras la cruz
de las viejas tiranías,
en torrentes de armonías
y desperdicio de luz!
—Por eso, el invento alado
en su primer balbucir,
debió a la tierra decir:
“¡la Libertad me ha inventado!”

II

Vil disidencia en verdad
la del juicio de los dos.
¿No es libertad el buen Dios?
¿No es diosa la Libertad?

(1892)

LA HIJA DE COLÓN¹

Tierra que apacentada en la injusticia,
con su veneno en larga edad se nutre,
y entusiasta, las filas del derecho
vuela a colmar cuando el derecho surge;
tierra triste, habituada a la coyunda,
tierra enervada que en silencio sufre,
y al tenue albor de Libertad despierta,
como Palas ardiente y más ilustre;
tierra que de la espada triunfadora
forja el arado en resonante yunque;
y que aún cubierta de sudor honrado
al templo augusto del saber acude;
heredera es genial de la potencia,
es hija de las célicas virtudes
con que un varón constante y esforzado,
por una dama generosa y dulce,
desbarató la inmerecida fama
que en el mundo llevó la "última Thule".

(1892)

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

CONFIDENCIAS DE CRISTINA¹

I

...Y alterado el sosiego de mi vida
por nerviosos temblores en el alma,
las aulas que antes fueron mi deleite
con el peso de un mundo me abrumaban.

Ya ni en el templo mismo, entre las dulces
y alegres compañeras de la infancia,
la paz, la hermosa paz de días mejores
ungía mis preces ni mi sien besaba.

En el raudal sonoro de los cantos,
en los cirios de inquietas llamaradas,
en las ondas profusas del incienso,
de la alta nave entre las tintas vagas;
dominándolo todo, se extendía
como un oscuro cuervo, mi nostalgia;
¡malestar misterioso, el de sentirme
entre humanos viviendo, desterrada!

1. Publicado en *Letras y Ciencias*, Año I, Nos. 7, 8, 9 y 10, Santo Domingo, R. D., 15 y 30 de junio y 15 y 31 de julio de 1892. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Era mi voluntad tener mensajes
que trasmítir del céfiro en las alas;
¿a quién? tal vez a un silfo vagaroso
entre floridas selvas y enramadas.

Era mi voluntad tener pesares
que desahogar con abundantes lágrimas;
confidencias que hacer en voz muy tenue
a la profunda noche o a las auras.
Y ya dormida, en torno discurría,
surgiendo de la sombra y de la nada,
legión de seres legendarios, formas
de Artagnanes, de Otelos y de Djalmas.
Moviéndose en un mundo, donde eterno
era el amor, la dicha consumada;
bajo un cielo sin nubes, unas grutas
resguardadas del sol, y un sol sin manchas.

—¿Sentirán ese mal lirios y rosas
en el preciso linde que separa
de la flor al botón, cuando se hincha
queriendo dar al aire su fragancia?
—¿Qué tienes? —mi buen padre me inquiría,
—¿qué tienes? —mi maestra preguntaba;
no sabiéndolo yo, rompía en gemidos,
como en luces y trinos la alborada.

“Es grave mal, sin duda” —proseguía
mi padre— “el que padece esta muchacha;
del corazón quizás, por cuanto el rostro
arde en salud como en color la grana”.

Y así por tales modos, fue que un día
dejé atrás las paredes de las aulas,
abandonada en ellas la envoltura
que llevó en otro tiempo la crisálida.

II

Era precisamente un día de aquellos
en que modula sinfonías extrañas,
y cual corcel desenfrenado corre
el viento de las tierras antillanas.

En la plomiza atmósfera, muy densas
nubes tomaban puestos y avanzadas;
y rebosando el mar, debidamente
del ciclón los honores preparaba.

Estaban los hogares silenciosos,
de la zozobra trémula en la calma;
gemían las arboledas y los techos,
y estallaba soberbia la borrasca!

Sólo yo, indiferente a sus bramidos,
en muelle beatitud sumida el alma,
lisonjas que a mi paso se dijeron,
con fruición egoísta saboreaba.

¡Maravilla del mundo! en él abría
apenas los extremos de mis alas,
y ya mi raro mal, en el camino
de curación completa, dormitaba.

Y en el aire flotaban los perfiles
de las nobles figuras legendarias
que en mis ensueños vi, mientras creciente
afuera el huracán ronco zumbaba.

Cuando entre intermitencias de las lluvias,
se oía el crujir de las deshechas ramas
o el desastre de un árbol, mi buen padre,
“¡ay de los cosecheros!” murmuraba.

Cuando además el huracán traía
ecos del bravo mar, convulso en rabia

contra el peñasco rígido, decía:
"¡protege al que navega, Virgen Santa!"

O era que los tejados desprendidos
seguían el curso de furiosas ráfagas,
y "¡Caridad!", entonces profería,
"abríguenlos las plumas de tus alas".

Salmodia que llegaba a mis oídos
con rumor sin alcance ni sustancia;
¡muy venturosa estaba entre mí misma
para pensar no importa en qué desgracia!

Ya, si mi cuerpo no, mis ilusiones
en el mundo fantástico triscaban
que llevaba yo en mí, trasunto vivo
del que ciertas lecturas me contaran.

Y henchida de su ambiente, me sentía
como nave que arriba empavesada,
bajo un radiante sol, al puerto amigo,
llena de alegres y vistosas flámulas.

III

Sabía que el don más alto de los dioses,
y a las veces quizás el más funesto,
brillaba en mí; pues antes me lo dijo
y mejor que los hombres, el espejo.

Sabía que con el mundo de las flores
el de los frutos guarda el universo;
y a par de mariposas y de aves,
es guarida de bestias y de insectos.

Al común de las gentes el segundo,
a mí el abrigo blando del primero:
¡a vivir entre arrullos y perfumes
cantando el himno del amor eterno!

¡Ah! no debía tardar el preelegido,
de mi espíritu dulce compañero.
Quizás ya el infinito me lo enviaba
en algún blanco rayo de los cielos!

Mas no, que a tal ventura espacioso
mi impaciencia irritaba el tardo tiempo;
y los hombres mi vida importunaban
no sé si con su amor o sus deseos.

¿Serás cosa tan rara entre las gentes,
encarnación humana de lo bello,
que apenas apareces, ya te cercan
con esforzado y sin igual asedio?

Yo sé por mi decir de mil billetes
en que ora celebraban mis cabellos
o mi pie diminuto, ora mis manos
o mi talle, y mis ojos, y mi cuello.

¡Armónica belleza! reducida
a qué menudo cuanto ruin concepto!
¡Olvidar tu conjunto soberano
para adorarte, locos, en fragmentos!

A mi desdén olímpico, de arriba
cayéndoles en témpanos de hielo;
pasaban como fuentes murmurando,
o como aludes rápidos, rugiendo.

¡Qué del divino amor que yo soñaba
iba a alcanzarles el fulgor a ellos,
luchadores oscuros por la vida,
menestrales y míseros obreros!

A más que ya rondaba por mi calle,
muy receloso y tímido y discreto,
un galán no ocupado en vil oficio
y como un Cid valiente y pendenciero.

Fue mi primer amor, y él me juraba
que era yo sola su primer anhelo.

Cuántas cosas les dije a las estrellas,
y qué mensajes les confié a los céfiros!

Como en mayo el planeta, en mí sonaba
el hondo hervor de un gran renacimiento;
y en todas mis potencias florecía,
en el azul mi espíritu inmergiendo...!

¡Oh ceguedad de la afición! lo mismo
que en mí infundió tan dulce devaneo;
por no sé qué capricho de justicia
dio con mi d'Artagnan en un encierro!

Mucho lloré: mas luego resignada,
de tan suaves deliquios sin objeto,
volvióse mi ilusión hacia las nubes,
o más exacto, retornó a los cielos!

IV

Cuánto es verdad que amando, sólo amamos
—dándole vida y consistente cuerpo—
al informe ideal preconcebido
en la fecunda cárcel del cerebro.

Aquel celaje luminoso, efluvio
del foco de mis íntimos afectos,
refluyó —su expansión desvanecida—
inmaculado y nítido a mi seno.

Aleteó el ave parda del olvido
sobre las ruinas de mi amor primero;
y en nuevas haces de floridas yemas
rompí a la par de los hojosos huertos.

Volví a sentir los melodiosos sones
del invisible y plácido concierto,

y nuevamente me embriagó el aroma
de los jardines mágicos de Eros.

Cuando él vino hacia mí, mis ideales
en red de luces le traían envuelto;
y era tangible forma de mis ansias,
y era humana figura de mis sueños!

Como yo imaginaba que es la vida
gentil y bizantino pebetero,
a consumir la mirra destinado
del todo y solo amor del universo.

Como yo, con candor se presumía
espíritu a mi espíritu gemelo,
llamados a franquear juntos y amantes,
los misteriosos límites postreros.

Como yo... ¿a qué tocar tus cicatrices,
oh mal cerrada herida del recuerdo?...
Otelo en la pasión impetuosa,
era también en la sospecha, Otelo!

Santa unión de dos almas, mutuo apoyo
de seres libres que enlazó el afecto,
¿para qué en infecundo vasallaje
quiso trocaros mi imprudente dueño?...

Nunca nació el amor de tiranía,
sino antes odio calcinante y ciego;
y entre él y mi ilusión cavó un abismo
el endriago tenaz de su recelo.

Cuando, ya roto el nudo que formamos,
desvanecióse en un profundo lejos,
¡oh! ¡qué desierta para mí la vida!,
clamé con infinito desconsuelo.

E ignoro si protesta o si reclamo,
delicadopiar de pequeñuelos

llegó hasta mí, mezclado en son confuso
al chirriar zumbador de los insectos;
a atropellados besos maternales
como arrullos de pájaros caseros,
y a arrullos de palomas, semejantes
a atropellada multitud de besos!...

V

"En ti mi sol juntó cuerpo de azuana,
recias carnes de moza banileja,
color de cibaeña sonrosado,
y cultura de virgen ozameña;
yo, patriota y amante, al mismo tiempo
adoro en ti a mi amada y a mi tierra".

Frases de una misiva perfumada
en hálito escondido de violetas.

Y porque yo miraba embebecida,
de unas palomas la nizada tierna
sobre un vecino hogar edificada,
desbordando de amor, seguían las letras:
"si es que quieres saber lo que en su arrullo
blandas murmurán, mi pasión acepta:
que en voz muy baja te diré al oído,
lo mismo, niña, que se dicen ellas".

¡Mentiras delicadas, madrigales
de un corazón y un alma de poeta!

¡No menos necesario era a mi dudas,
a mi tedio de amor y mi tristeza!

Y como barre el viento las cenizas
de alguna —al parecer— extinta hoguera,
y así desnuda la cubierta flama,
reavivado el carbón, chisporrotea;
fundiéndose al calor de sus palabras

el hielo y desamor de mis querellas,
tornó para las flores de mi alma!
otra vez ¡qué placer! ¡la primavera

¡Ay! quién pensara entonces que podría
tanta y tanta ilusión no ser eterna;
ni quién me hubiera dicho que yo amaba,
siendo tan joven, por la vez postrera.

Él estaba en su mente, por encima
de esta menguada y miserable tierra;
mirando con desdén mil cosas grandes
que no son en verdad sino pequeñas.

Él con amor en su alma recogía
la proscrita y edénica nobleza,
que relegaba el mundo inadvertido
a la región aislada de la idea.

Pero jamás estuvo por encima,
en el lecho banal de la existencia,
ni del deber de hacerla provechosa,
ni de acatarla como ley suprema.
Jamás pudo entender el sacrificio
sino en alguna cima gigantea,
y estéril el que se hace por amores,
siempre juzgó con pertinacia fiera.

¡Oh qué derrumbamiento en el castillo
que ilusa levanté piedra por piedra!...

Él debió comprenderlo, porque vile
de mí alejarse con callada pena.

Después, mucho después, volví a alcanzarle
entre una nube de criaturas bellas
—estrofas de su hogar,— y nunca vide
dicha mayor entre mayor miseria.

De sus amores, como gaje triste
 quedáronme en el pecho y la cabeza,
 más pesadas las brumas de mi hastío
 y más denso el azul de mi quimera!...

VI

¡No volví a amar! Su aspiración constante
 enfermó mi dorada adolescencia;
 y sus amargas decepciones luego,
 me hicieron con su dejo, el alma enferma.

Todas las aves del espacio anidan,
 se buscan con pasión todas las fieras;
 yo sola, para amores imposible,
 pasaré como sombra en el planeta!

Hoy que más que la edad, el hielo interno
 mi cabellera descuidada argenta;
 hoy que la reclusión entre mí misma
 hizo nacer la pálida experiencia;
 comprendo que mi error estuvo entero
 en soñar lo imposible aquí en la tierra,
 fabricando una vida semejante
 a la vana ficción de la leyenda.

Cuando no en leve gasa transparente,
 sino en cortinas de cerradas nieblas
 la realidad esconde; por mil veces,
 ¡ilusión! ¡ilusión! ¡maldita seas!

Eres como esas noches tropicales
 del gran bochorno del verano llenas,
 en las que alguna ráfaga extraviada
 esparce cien olores de la selva;
 en que entorpecen miembros y sentidos
 los cantares que brotan de las hierbas;
 y la atmósfera igual nos dice: ¡duerme!
 y las estrellas titilando: ¡sueña!

Y mil paisajes encantados lucen,
y mil duendes enanos travesean,
y mil cascadas diamantinas saltan,
llenando nuestra dulce somnolencia.

Mas de repente el cuadro desparece
ante el rudo pavor que nos despierta,
encendida en relámpagos la alcoba
y destrozando el aire la centella!

Tal es tu despertar; yo así sentilo,
ya inútil en la mísera existencia,
a llenar el objeto más sagrado
que pone en la mujer, naturaleza!

(Mayo de 1892)²

2. Así figura en la edición de *Letra y Ciencias*. En *Galaripsos* sólo consta el año: 1892.

EL SILFO¹*(Paráfrasis de Víctor Hugo)*

“¡Oh dulce castellana! cuyo perfil me muestra
 en luz arrebolado este húmedo cristal;
 apiádente mis cuitas; la oscuridad siniestra
 me aleja de mi albergue labrado en un rosal.

“No soy un peregrino, de esos barbones sabios
 de viajes numerosos pesado narrador;
 y en el más fuerte soplo no arrancarán mis labios
 sino un murmurio leve al cuerno del pastor.

“¡Entreabre, castellana!: yo soy un silfo, ¿sabes?...
 un silfo, hijo del aire y de la luz solar,
 de alitas matizadas, lo mismo que las aves,
 mas cual de mariposas, tenuísimas al par.

“¡Oh entreabre castellana! Yo casi no hago ruido,
 y paso sobre el césped sin rastro de mi pie;
 y en tu jarrón si quieres me quedaré dormido
 sobre ese blanco lirio que frente a ti se ve.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*. Sus primeras estrofas son la letra de una canción con música de Carlos Ledesma, transcrita y arreglada para voz y piano por José Dolores Cerón (*Canciones dominicanas antiguas*, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1947, Pp. 44-46). Se publicó en *La Cuna de América*, Año III, No. 125, Santo Domingo, R. D., 13 de junio de 1909, p. 2.

“Suspende tu lectura tan sólo un breve instante;
yo no hice mal a nadie como un malvado halcón:
yo soy un silfo ¿sabes? un pobre silfo errante,
y el cierzo me entumece, colgado a tu balcón.

“Me sonsacó esta tarde en mi floral morada
el vagaroso céfiro —¡desdicha para mí!—
de flor en flor, pasamos alegres la velada,
entre ondas de esmeralda y záfiro y rubí.

“Una pareja amante cruzaba una floresta,
hablando cosas tiernas en tácita dicción.
Lleguéme hasta sus labios —¡curiosidad funesta!—
a sorprender palabras de fuego y de pasión!

“De pronto, al estallido de un sonoro beso,
la punta de mis alas en él presa quedó;
y allí me estuve ¡oh triste! por tanto espacio preso,
que al fin la noche horrible y lóbrega llegó...

“¡Oh! ¡entreabre, castellana! ¡La rosa donde duermo
lejos está, y cerrada probablemente ya!
¡Oh entreabre, castellana! que estoy enfermo, enfermo,
y el húmedo relente conmigo acabará.

“¿No me oyes? ¿No te mueven mis penas y suspiros?
¡Merézcate mi vida siquiera compasión!
¡Ah! mira que ya sale de gnomos y vampiros
el fuerte, cruel, armado y pérfido escuadrón!

“¡Escúdame!, ¡soy débil y batallar no puedo!
Te aplaudirán las sílfides, pues yo se lo diré.
¡Oh! entreabre, castellana! que tengo miedo, miedo,
y junto a tus cristales al cabo exquiraré...!”

Lloraba el pobre silfo, lloraba y se plañía,
en tanto que tranquila —sin escuchar quizás—
la hermosa castellana con interés le fía,
atenta a lo narrado tan sólo y nada más!

Rompió súbito un aire de preludiar sonoro
al pie de aquel castillo en plácido laúd;
siguió un tropel de notas como un raudal de oro,
del canto reforzado la magia y la virtud.

Hablaban, persuadían con persuasión vehemente,
de afectos... esperanzas... dedicación... amor...
Abrióse la ventana muy lenta, lentamente.
¿Fue al silfo? ¡No se sabe! ¿Fue acaso al trovador?

(1893)

DE LA SELVA¹

A. José J. Pérez

Hasta la selva, donde ensayo a veces
himno sin forma, fugitiva endecha,
me llegó tu canción; y su armonía
aún répiten los ecos de mi selva.

¿Qué mucho si engañado por su acento,
finjo que en luz mi aspiración se anega;
cuando ese resplandor es el reflejo
del préstamo de luz con que la obsequias?

Así, de su abundancia se desprende,
sin vivo esfuerzo ni ostensible merma,
y en cascada de flores nos inunda
con generoso don la Primavera!

Cierto que en mis impulsos yo he sentido
lo que sentís vosotros los poetas.

1. Publicado en *Listín Diario* y en la *Revista Científica*, Santo Domingo, R.D., en 1894. Con este poema Deligne responde el que le dedicó José Joaquín Pérez: "En la cumbre". Ambos fueron publicados en *Revista Ilustrada*, Vol. I, No. 12, Santo Domingo, R. D., 15 de enero de 1899. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Dolor ante las grandes pequeñeces
que el hombre cambia con su igual en guerra.

Asfixia entre las sordas tiranías
que han henchido la Historia y el planeta:
desdén de las sutiles distinciones
en que sin fin la sociedad se estrella.

Confusión, cuando —leño entre las ondas—
de sus pasiones insensibles presa,
no pude discernir si la arrastraba
el mar, o si su propia inconsistencia.

Ante eso, y algo más, nos detuvimos
mi mente y yo, con no fingida pena.
Ante eso, y algo más, el bien eterno
clamoreó en el umbral de la conciencia!

Cierto que cual vosotros yo he sentido
—con vehemente emoción el alma trémula—
retoñar a la vida la esperanza,
como campo que invade savia nueva.

Porque vi que aún existen, triunfadoras,
del espléndido sol la luz perpetua;
y que un simple episodio del verano
el truhán invierno con sus nieves era.

Porque vi que aún existen, triunfadoras,
con cualidades blandas y risueñas,
la esperanza en el seno de los hombres,
la inmensidad, a expensas del poeta.

(1894)

ANIQUILAMIENTO¹

Nanias, mancebo hindú, vástago hermoso
de la estirpe divina de los Chatrias,
enardecido por el sol potente
que incuba los vampiros de su patria,
que revienta los húmedos despojos
del Ganges sacro, en purulentos miasmas,
y atravesando el suelo de Golconda
los diamantes ocultos abrillanta;

Nanias, mancebo hindú, sintió en un punto
sed de amor, sed de oro y sed de fama:
tres hondos sentimientos, parecidos
a diamantes, vampiros y miasmas.

Coterráneo de sierpes, cuya astucia
en vaho sutil sus víctimas halaga,
comarcano de indómitos leones,
avecindado a poderosas águilas;
como remos alados del deseo
que en triple desazón mueve su alma.

1. Publicado en *Prosa y Verso*, San Pedro de Macorís, 1895. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Nanias, mancebo hindú, se encuentra hinchido
con entereza, seducción y audacia:
tres móviles de acción en todo propios
de leones, de sierpes y de águilas.

I

La doncellas, las núbiles doncellas,
perfumes animados de su casta,
el virginal regazo le disponen
como de flor corola inmaculada
para que en él dormite y que le arrullen
cantos de la Ventura y la Confianza.
¡Ay! ¡lo que allí soñó! ¡Sueños terribles!
¡Traición... engaños... dolos... inconstancia!

Las bayaderas, vagas mariposas
al astro rojo del deleite esclavas,
la sangre del mancebo narcotizan
con un tropel de voluptuosas danzas,
y abriéndole al deleite los sentidos
con embriagueces de placer le sacian.
¡Ay! ¡cuando despertó! ¡qué sensaciones!
¡Asco... cansancio... pesadez... nostalgia!

La defensa del patrio territorio
a su rango social encomendada,
llevóle a que encontrara decidido
un laurel sobre el campo de batalla;
y la Victoria, allende las fronteras,
dio a su nombre pomposa resonancia.

Los suyos, con más alta jerarquía
premiaron su bravura acrisolada;
mientras Fortuna loca, en sus arcanos
con incesante vértigo vaciaba
de Madrás los veneros industriales,
de Cachemira la opulencia nata.

¡Ah! que con el poder, formó en su séquito
 la innoble adulación parasitaria,
 y con frecuencia se encontró en su vía
 a la negra ojeriza atravesada,
 y le enlodó en su carro la calumnia,
 y la injusticia visitó su casa...

¿Para qué las riquezas, impotentes
 a luchar y vencer contra la infamia?

¿Para qué los diamantes, apagados
 junto del mal a la rojiza llama?

¡...Desdén de amor, de gloria y de fortuna
 sintió en un punto el contrastado Nanias!...
 Viajero por la sed atormentado
 halló un caudal de bullidoras aguas,
 y cuando más ansioso en él bebía
 notó que eran del mar ondas amargas.
 ¡Ondas que solamente le dejaron
 extinguida la sed, mas no saciada!

II

¿Será que alguna clave misteriosa
 a los placeres de la vida abra
 senda expedita y no turbado goce?
 ¿Será que, no advertido, él lo ignorara?

Amor, gloria, riquezas... ¿por ventura
 no pueden ser en su disfrute análogas
 al rubio y cotidiano pan de trigo
 que no indigesta nunca ni empalaga?

¡Quizás quizás! Los libros de los Vedas
 que en rítmico caudal la Ciencia guardan,
 el profundo saber de la Poesía
 que insola en el enorme Ramayana,

pueden tal vez esclarecer sus dudas,
pueden tal vez amortiguar sus ansias!

¡Con qué avidez se absorbe su alma toda
en la lumbre que brota de las páginas!
¡Con qué esplendor tan puro y sosegado
los senos de su espíritu se irradian!...

Muchas veces el astro de los días
y el fanal de las noches otras tantas
dejáronle sumido en una honda
grave cavilación que le ataraza.

“Una es la vida —dícenle las letras,
la misma que conoces y te enfada;
o acéptala impasible como es ella,
o refúgiate y vive entre tu alma”.

Pues bien, será!... No es él quien voluntario
se encadene a la vieja repugnancia!
¿No hay más? ¡que se aniquile la materia
y despliegue el espíritu sus alas!

Pensó... y dentro de sí, como un cadáver
su entereza sintió momificada;
como una exhalación que se deshace
miró sin pena perecer su audacia,
y su anhelo de amor desvanecióse
como un trueno distante que se apaga!

Entonces, y entre tanto que saliendo
de la contienda diurna interesada,
para todos los hombres le nacía
una benevolencia sobrehumana,
parecióle que en himno concertado
con blandas cuerdas y apacibles flautas,
el sol, el mar, el bosque, la pradera,
todo estallaba con triunfal hosanna!

Ven, elegido, —el himno le decía—
ven, goza de lo eterno que no cansa!
Ven, campeón; sin velo que la oculte,
Isis divina tu homenaje aguarda.
¿Quién como tú? El brahamán que con ayuno
y apretado cilicio se anonada,
no conoce la dicha que te cabe
de abandonar la pequeñez mundana,
con la luz interior contemplativa
sólo el alma inmortal iluminada!

Mientras en un deliquio le sorprende
la postrer nota que en el aire vaga,
Nanias, mancebo hindú, cayó rendido
para siempre jamás en el Nirvana!

(1895)

SUBJETIVA¹

¡Así es mejor! —Porque de ti atraído
con ímpetu febril, te amo de veras;
por eso no te he dicho que te amo;
y aún pesárame hermosa que lo sepas.

Por eso no he venido a deshacerme
en ruego vil ni en desmayada queja,
porque temo, no tanto tus desdenes,
como tu blanda y fiel correspondencia.

Oculto en el jardín del sentimiento,
en la más honda y apartada cueva,
hay un monstruo voraz que a Amor vigila,
como terco y terrible centinela.

Cuando prende en dos almas el cariño,
su ojo apagado entre la sombra acecha;
y brilla —cuando en una se confunden,—
como un botón de fuego en las tinieblas.

Él precede a la tarde en que declinan
albas que los amores encendieran;

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

él es el sacerdote que salmodia
de todo afecto la hora postimera;

él es la nube que ensombrece el cielo;
el petrel que se goza en la tormenta:
para él lo eterno es irrigación, y sólo
—si habla de la constancia— es como befa.

Por eso, porque te amo, yo no quiero
que hagamos en sus garras mutua presa.—
¿Quién más pronto o más tarde, del Hastío
no es juguete en la efímera existencia?...

Por eso, porque te amo y porque quiero
amarte siempre, con pasión eterna;
no te he dicho el cariño que me inspiras,
y no anhelo tampoco que me quieras.

¡Así es mejor! —Vivir en el deseo,
es una llama alimentar perpetua;
es vivir abrasados, cual vivían
los mártires, los místicos y ascetas!

(1895)

ARS NOVA SCRIBENDI¹

¿Difícil?... ¿Quién te lo dijo?...
¿Complicada?... El arte nueva
muy poca ventaja lleva
al más vulgar acertijo.

Es tan simple su receta;
es tan exiguo su monto,
que han de practicarla pronto
hasta los niños de teta.

Sólo hará (quien ambiciona
que en culto tal se le aprecie),
la renuncia de su especie,
su condición y su zona.

Con esa rápida y chica
formalidad, en un trote
se es ungido sacerdote,
se entra al templo, y se practica.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

I

Un orto... Pintar un orto
 de los de acá!... Vaya un caso!...
 Nuestro albor, ¿vale algo acaso
 sino para atarle corto?...

Envuelto en purpúreas clámides,
 noble, grandioso, tranquilo,
 bueno es ver eso en el Nilo,
 y aun mejor en las Pirámides!

Paisaje... ¿pero es que hay
 paisajes aquí...? Sospecho
 que, a trazarlos de provecho,
 hay que hurtarlos al Catay.

¡Nuestras noches!... ¡noches buenas!...
 De vulgaridad derroches!...
 Oh, para noches, las noches
 de Nápoles y de Atenas!

Lo hermoso es un cielo gris;
 y este tropical, exceso
 es de luz; pues, para eso,
 bravo cielo el de París.

¿Y nuestras flores?... ¡La encestan!...
 ¿Matices?... ¡los más comunes!
 ¿Variedad?... ¡del otro lunes!...
 ¿Y oler?... ¡Dios las libre! ¡Apestan!...

¡Poco importa!... Poseemos
 allá en países remotos,
 constelaciones de *lothos*,
 y selvas de *chrysantemos*.

Duro es confesarlo, pero
 no valen nuestras mujeres

lo que pesan; son los seres
más *cursis* del mundo entero.

La *flor de chic* toda es
vinculada en las personas
o de odaliscas cebonas
o quebradizas *mousmés*.

Y así por tenor igual:
disparado en describir,
de tu tierra al prescindir,
a gloria flamante sal.

II

En materia de pasiones
—si ímpetu humano refleja—
se pudre de puro vieja
la que liga corazones.

Sin cuidado a que peligres,
tú, encendido de entusiasmo,
narras el furioso orgasmo
de una pareja de tigres.

¿El lance es que paga el feudo
eterno, algún tu devoto?
Es ya de mal gusto, anoto,
llorar muerto amigo o deudo.

Así el canto feral labras:
empuñas el sol poniente,
le entierras pulidamente
bajo un montón de palabras;

y ay! los *Angelus* le tañen;
las horas por él imploran;
y ay! las estrellas le lloran,
y las nubes ay! le plañen.

¿No se trata de esto?.. Bueno!,
columbro que el drama abordas;
en tal caso, orejas sordas
y reventar como un trueno!

Cierto volcán, que se inflama
de amor por vecina encina
y que incendia a la vecina...
Cristo! qué tremendo drama!

Y así por este compás:
luna, sol, montaña, piedra,
mar, reptil, volátil, hiedra...
Pero hombre, nunca jamás!

III

Como los nervios, ingratos
lo mismo aquí que en el Congo,
que te harán bajar supongo
de vez en cuando del Athos;

bueno será que te enteres
de que, por la nueva pauta,
nuestro acento no se aflauta
para hablar a las mujeres.

Así, en pruebas de energías
viriles, es lo seguro
tratarlas pero muy duro
y decirles groserías.

Otro sí: contemporáneo
de Añañita es aquel gusto
de estar sano; hoy es lo justo
ser un enfermo foráneo.

A saber, que no de anemia
o gastritis o anquilosis;

sino enfermo de neurosis
e inválido de Bohemia.

Mal de moda y porvenir,
que invade la tierra toda,
que se infiltra hasta en la moda
de los modos de escribir.

¡Cuán lánguido se espacía
o se recuesta inseguro,
metiendo una *bé* en *oscuro*
y una *hache* en *harmonía*!

¡Con qué ilusión paregórica,
despliega como amuleto,
venga o no venga al objeto,
la pedrería metafórica!...

Topacio en el *Lager-beer*;
esmeralda en el *absintho*;
con el *Champaña*, *jacinto*,
y con el *azur*, *zafir*!

Mal sibarita de males
de que es deleite menor,
(neutralizando "el humor
de las cóleras morales"),

sucubar el *simbolismo*.
¿Y cómo dejarás tú
el rico goce-Perú
de no entenderte a ti mismo?...

Y así por este estremés;
cuando viertas en razones
tus impulsos y pasiones,
los explicas al revés.

ENVOI

¿Hay un arte más sencilla?...
Lo que fuera monopolio
de algún tremebundo *in-folio*,
cabe en una satirilla.

Y en escala de Jacob,
se es con barato mastic,
al subir, escritor *chic*,
al bajar, campante *snob*.

(1897)

¡MUERTA!...¹

*En memoria de nuestro primer poeta
Salomé U. de Henríquez*

No más que ayer, cuando el rigor insano
de la ciega discordia gravitaba
bajo el hermoso cielo quisqueyano;
y hacia todo confín, ronco bramaba
fiero vivac de enardecidas hordas
que el alma de Cafn acaudillaba;
con titánico aliento, por arriba
del sonar de las armas fragoroso,
rompió una voz vibrante y persuasiva
hablando de concordia y de reposo.

En fulgores olímpicos, señales
de origen celestial, su verbo ardía;
ya clarín de los épicos raudales,
ya rabel de la dulce melodía.

1. Las primeras cuatro estrofas se publicaron en *Letras y Ciencias*, Año VI, No. 118, Santo Domingo, R. D., 30 de marzo de 1897, p. 42. El poema completo apareció en *El Cable*, San Pedro de Macorís, R. D., 31 de mayo de 1897. Rep. en *Letras y Ciencias*, No. 124, 5 de julio de 1897, pp. 93-94, y en *La Cuna de América*, Año III, No. 93, Santo Domingo, R. D., 11 de octubre de 1908. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

No le faltaba, en singular fortuna,
 de la noble impulsión que al mundo acuerda,
 para todo pensar, fibra ninguna;
 para todo sentir, ninguna cuerda.
 Naturaleza armónica, sumisa
 a cuanta hermosa luz el bien inflama,
 o estallaba en ternuras como dama,
 o temblaba en visión de pitonisa.

¿Qué robusto varón habló como ella?...
 ¿Ni quién dijo mejor sobre el cariño,
 ni quién sobre el dolor?... Pues aun descuelga
 por su entusiasmo, y su candor de niño!...
 Ah! la insigne cantora, la buena hada
 de su tierra natal, ha enmudecido,
 por el común destino arrebatada...
 Pero quebró las garras del olvido!...

* *
 *

Fue ayer no más. Huracanados vientos
 soplaban, conmoviendo la embrionaria
 nación, sobre sus frágiles cimientos.

Toda la infamia numerosa y varia
 que de Antígona triste a los hermanos
 lanzó en lucha maldita y temeraria:
 el ruin recelo, la procaz injuria,
 la insondable ambición, el odio agreste,
 roían la sociedad, como una furia;
 talaban el hogar, como una peste.
 La sorpresa, la táctica, el asalto...
 ¡ni más empeño ni mejor escuela!
 Y el predio de labor en sobresalto
 con la alerta vivaz del centinela!...

Ella entonces, tocada en santa ira,
 bajó entre el uno y otro campo adverso;

con un soberbio paladión, la lira,
y un formidable proyectil, el verso!

Y arropada en calor, como del puro
astro radiante de su amada tierra,
en nombre de la patria y del futuro,
a combatir voló contra la guerra.

En tal empresa, de la Biblia humana
al ambiente dará las blancas hojas
donde se habla de gente a quien ufana
congoja dulce, del saber congojas.

Gente ejemplar, homérica y bravía,
cuyo vivir, relampagueante llena
en sólo agotamiento la energía,
y en pena sola, del deber la pena.

Con tal misión, en blando caramillo
cantará las bellezas de su flora;
liga de lo grandioso y lo sencillo,
que causa asombro cuando no enamora.

Dirá del prado siempre florecido;
del clima rico y su verdor eterno;
con ocasión de algún silvestre nido,
o saludando irónica al invierno.
Arrancará a la historia de Quisqueya
trofeos, escudos, timbres y blasones:
los lanzará a los fieros campeones
con el clamor triunfal de la epopeya;
llanto del corazón dará a algún bueno
que en prematuro instante se deshizo;
romperá con apóstrofe de trueno,
hasta el desmayo extremará el hechizo;
ah! porque la discordia que en lo bajo
su rabia lleva a desbordante exceso,
mude toda su fuerza hacia el trabajo,
cambie todo su impulso hacia el progreso!

Día de honor, día de gloria el que la hiciera
ver, a su noble afán propicio el cielo!
¿Era verdad?... ¿era posible?... ¿era
no vago sueño su constante anhelo?...

Tremendo gladiador, que si fatiga
a la pujante lid, la lid le inmola;
la disensión, la pública enemiga,
rompióse al fin, como deshecha ola!

Mientras en débil proyección rayaba
un sol de paz sobre la mar tranquila
do el légame social sobrenadaba;
inmóvil y azorada la pupila,
de cara al porvenir quedóse ella,
fascinada en reclamos de sibila.

Frente al despojo innúmero, y la ruina
aún humeante del armado empeño;
junto a la vil y no bien muerta inquina,
levantó la columna del ensueño.

Si la contienda a muerte, cuya espada
templó el odio en dureza de diamante,
hora pór el cansancio derribada,
roncaba en estertor agonizante;

y si cuando esperarlo era inaudito,
ella esperó tan señalado día;
¿por qué no había de ser de Dios bendito
lo nuevo que soñaba y predecía?...

Cimas, de do la patria quisqueyana
irradiara un albor resplandeciente,
acariciada por el magno hosanna
y aplauso colosal del continente.

Altar ornado en flores tropicales,
donde el país subiera satisfecho,

a bendecir las nupcias ideales
de la celeste Paz con el Derecho.

Tronos a que le alzaran de consuno,
del bien y la verdad los fuertes hombros;
ofrendas de Pomona y de Neptuno,
lauros de Apolo, y de Minerva asombros...

Como el león simbólico, domado
por inocente niña, sus visiones
del ímpetu de guerra inveterado
desviaron numerosos corazones.

Fue un contagio sublime! Muchedumbre
de almas adolescentes la seguía
al viaje inaccesible de la cumbre
que su palabra ardiente prometía.

¿Había ella visto la eminencia grave,
cual Moisés en gloriosa lontananza
la suspirada Canaán?... ¡Quién sabe!...
¡Mira tanto y tan lejos la esperanza!...

Ella al menos, mantuvo con su aliento
de una generación los ojos fijos
en el grande ideal. Aún llena el viento
la seductora magia de su acento,
y aún hablará a los hijos de los hijos!...

(Marzo 12 de 1897)²

2. Así en *Letras y Ciencias*. En las ediciones de *Galaripsos* sólo se indica el año: 1897.

EN EL BOTADO¹

A Eulogio Horta

Cacique de una tribu de esmeralda,
aquel palacio indígena, el bohío
de la corta heredad a que respalda
un monte, que a su vez respalda un río;
cuando el idilio de un Adán silvestre
y su costilla montaraz, le hiciera
venturoso hospedaje,
paraíso terrestre;
lo más saliente y copetudo era
del ameno paisaje.

Su flamante armazón de tabla oscura,
su gris penacho de lucientes yaguas,
hacían reverberar con nuevas aguas
la circunstante joya de verdura.

Aplanada en el techo,
se oxidaba la luz cual plata vieja:
o se colgaba a lomos y antepecho,
en rubia palidísima crineja.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

No era sino común que se trepase
un ruiñor a su cumbre holgada,
y en fugitivas notas ensayase
la trémula canción de la alborada.

O que bajo su alero, en que pendía
mazorcado maíz de granos de oro,
el gallo, al enervante mediodía
victorease sonoro!

Entonces, ese albergue en que bullía
la vida crepitante,
más que un detalle de la huerta, era
o su tono, o su arteria, o su semblante.

Pero en una lluviosa primavera,
la débil cerca desligada y rota
empujó la pareja enamorada
a otra huerta remota;

y en medio a tanta flor recién abierta,
quédose la heredad abandonada,
y la mansión desierta!

Advertido, no tanto del saqueo,
entre cuyo costal desaparece
de la ventana en pos la que fue puerta;
ni tanto del goloso merodeo
de la turba infantil, donde perece
aún no puesto en sazón, el verde fruto;—
mas del monte advertido, porque invade
con apretadas filas de maleza
la botada heredad, el Tiempo hirsuto
a comprender empieza
que hay algo allí que estorba;
y aferra en la mansión su garra corva!

Fue primero una horrible puñalada,
y después una serie,

conque se abrió por la techumbre entrada
a la malsana y húmeda intemperie.

Si el sol que se filtraba por el techo,
solía escapar por los abiertos vanos,
no así las aguas del turbión deshecho;
cavaban y cavaban hondo lecho
a turbias miniaturas de pantanos.

Furiosa ventolera
por allí no pasara que no hiciera
de las yaguas decrépitas, añicos;
y tragedia mayor aconteciera,
si en júcaro el más negro y más bravío
no angulara el bohío.

Torcido, deslustrado,
por reptiles del cieno visitado;
el albergue que fuera de la huerta
lo más noble y sereno,
gozo, atracción y gala deleitosas,
ni es más que una verruga del terreno,
ni menos que un sarcasmo de las cosas!

Cómo al herido por la suerte aleve,
hasta la misma timidez se atreve!...

Un bejucal de plantas trepadoras,
que en torno a la vivienda
cerraban toda senda;
avanzando traidoras,
e indicando a la ruina, cuchicheaban:
ni se defiende, ni hay quien la defienda!

Y enlazando sus ramos
como para animarse, murmuraban:
si tal pasa, y tal vemos, ¿qué esperamos?...

Fue un aguinaldo lívido quien dijo:
o es que trepáis, o treparé de fijo!

A lo que una "saudosa" pasionaria
expuso, comentando la aventura:
por cierto que es bizarra coyuntura
para mirar el sol desde más alto!

Fue la palabra fulminante!, todas
clamaron en un punto
trémulas y erizadas, "al asalto!"...

¡Qué embrollado conjunto
de hojas, antenas, vástagos, sarmientos!...
Y cuán terrible asalto presenciaron
los troncos azorados y los vientos.

Cual, por la tabla escueta
tal sube que parece que resbala;
cual se columpia inquieta
de algún clavo saliente haciendo escala!

Cual la mansión en torno circunvala,
vuelta enroscado caracol, y asciende
con estrechura tal y tan precisa,
que es cuestión insoluble e indecisa
si ahogarla o si medirla es lo que emprende.
Cual, errando el camino,
con impaciente afán la puerta allana,
y luego adentro, recobrado el tino,
sus músculos asoma a la ventana.

No hay menudo resquicio
en que su flujo de invasión no apuren;
ni hueco ni intersticio
que sus hojas no tapien y no muren.

Ya el albergue sombrío
es un alcor en forma de bohío;
ya su contorno lúgubre se pierde
en la gama riquísima del verde;
ya brota en tanta planta que le enreda,
con matizada y colosal guirnalda,

satinados renuevos de esmeralda,
iris de tul, campánulas de seda!...

Transformación magnífica y divina!
cómo de ti se cuida generosa,
Naturaleza, el hada portentosa,
Naturaleza, el hada peregrina!...

Renovación piadosa
que en tan grande esplendor cubre una ruina!;
desde una inerte hechura
a la humana criatura,
con hilos invisibles cuán intensa
relación estableces!...
¿Quién dentro, en lo que siente o lo que piensa,
por el dolor severo fulminadas,
no se ha dejado a veces
alcázar, quinta o choza abandonadas?...

Quizás quien no!... Mas a la oculta mina
labrada por recónditos dolores,
alguna trepadora se avecina;
algo que sube a cobijar la ruina,
algo lozano que revienta en flores!...

(1897)

MENSAJE POSTAL¹

Flores pintadas, que sois
un recuerdo del perfume;
aves de cromo, que estais
como la memoria dulce
de un tierno canto; llevad
al borincano querube,
algo de mí que la aroma,
algo de mí que la arrulle.

(1904)²

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 46, Santo Domingo, R. D., 15 de mayo de 1904, con el título "Flores y pájaros" y dedicado a la Sra. Rosa M. Teheran (Ponce), junto con otras dos composiciones de postales enviadas *Por correo* (tal como reza el título que abarca a las tres). Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

MONEDA¹

CARA

Para adornar la frente de Leonora
con amorosos mirtos, y claveles
de fuego; requisad vuestros joyeles,
Mayo opulento, millonaria Flora!

Así consagro a mi gentil señora,
del intenso cariño dones fieles;
tal como enfermo, tras dolencias crueles,
propicio altar de su deidad decora.

Ídolo, pero Venus Astartea,
desterrada beldad del Paraíso;
anhelo primitivo de la idea;
que no la olvide mi alma, y la celebre;
pues por ella sintió, cual sentir quiso,
veneración, ternura, amor y fiebre!...

1. Publicado en *Revista Ilustrada*, Vol. I, No. 18, Santo Domingo, R. D., 15 de mayo de 1899, p. 6. Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

CRUZ

A Leonora también!...

Untuosa liga
no detenga su paso; ni la gala
de su radiante edad, que a Abril iguala,
aje contraria suerte o enemiga.

Su leal decisión, ¡que Dios bendiga!,
me ahorró el clamor doliente en que se exhala
la angustiosa parálisis de un ala,
si al frente ocurre de la selva amiga.

A su vez muerta la pasión que mata
al rubio Amor; y en su lugar erguido
el pálido Deber que se resigna;
cediendo a su opinión o al buen sentido;
más impaciente o menos timorata,
y hastiados ambos, me olvidó benigna!

(1899)²

2. En la edición príncipe de *Galaripsos* aparece, erróneamente: 1900.

EN LA MUERTE DE JOSÉ J. PÉREZ¹

Adiós, dulce cantor!... Feliz quien puede,
al trasponer la inevitable tumba,
dar fe de que ha vivido noblemente;
como el sol, como el águila, en la altura!

Feliz de quien se escribe: se sustrajo
al montón doloroso de la turba,
alzando el sentimiento enardecido
al Dios eterno de las causas justas!

.....

Adamanái!... cuando la nívea lona
resbala frente a ti, desde la espuma
no surges como islote abandonado;
a la dulce piedad te ungíó su musa.

Toella!... cuando el mar embravecido
con ceñidor terrible te circunda,
revive la leyenda de tu bardo,
envuelta en resplandor como de luna.

1. Publicado en *Revista Ilustrada*, Vol. II, No. 24, Santo Domingo, R. D., 15 de julio de 1900, p. 34, con el título "A José Joaquín Pérez". Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Primaverales bosques; altas lomas;
 prado, valle gentil, aguas profundas,
 ¿cuál de vosotros no pobló su numen
 con las sombras de un mundo sin ventura?...

¿Hasta cuál de vosotros no ha llegado
 su canción impaciente o gemebunda:
 ante el pasado cruel, llorando triste;
 frente al rudo invasor, vibrando adusta?...

No ya resurrección de un pueblo muerto
 y una raza extinguida; la obra suya
 fue un homenaje ardiente a la Justicia,
 del globo sublunar eterna expulsa.

Fue una reparación, siempre debida
 a los dolientes pueblos que no triunfan,
 por mucho que a las lides generosas
 su Dios y su derecho les conduzcan!...

Si concertar no pudo su epopeya,
 lloró su inmerecida desventura;
 y les puso a vivir donde no acaben,
 como finaron, en inicuas luchas.

Hoy con ellos está, con ellos vive;
 y en el aliento que les dio su musa
 alienta su memoria, entre las fuerzas
 que la virtud radiante perpetúa!...

Bajo su cielo tropical, cuajado
 de estrellas que le incendian o le alumbran,
 las flores, nuestras flores tropicales,
 constelen su gloriosa sepultura!

(1900)

CANTIGA¹

*Para los prometidos,
el poeta Bartolomé O. Pérez
y la señora M. Antonia Pelletier*

Cuando el viento ladra;
cuando gruñe el trueno;
a pares se miran
los nidos repletos.
Si el mal confinante
fulmina certero
sobre un ala sola,
herirá dos pechos!
Así de las almas:
con doblados nexos
se juntan y ligan,
cuando gruñe el trueno,
cuando el viento ladra,
cuando oprime el cerco
de egolatrías sordas
e intereses ciegos!
Viandantes amables!,
vosotros —¡sea presto!—

1. Publicado en *Revista Ilustrada*, Vol. I, No. 4, Santo Domingo, R. D., 15 de septiembre de 1898, p. 13. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

seréis de la vida
conjuntos viajeros;
y el mal circunstante
no podrá soberbio
descargar un golpe,
sin alzar dos ecos!
Que sólo os fulminen
(mi voto oiga el cielo)
nublados de rosas,
granizos de ensueño!
Y ya de partida,
vosotros —¡sea presto!—
hagáis el gran viaje,
cantando y riendo!

(1898)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. En el índice de las demás ediciones figura con la fecha de 1900 (p. 10).

RITMOS¹*A la memoria de mi hermano Rafael*

En la dulce mañana de su blanca existencia,
como nublo que roba un magnífico albor,
hizo presa en su carne, horrorosa dolencia;
mas dejándole incólume la más noble porción.

Qué suplicio tan cruento!.. Amador de la Vida,
como el más grande y fino y más tierno amador;
preparado a los goces con que halaga y convida,
su gentil adorada ¿por qué le hizo traición?...

Por Heracles al cabo fue el Titán libertado;
pero el Cristo inefable en la cruz expiró:
mientras misericordes son el Mito y el Hado,
la crueldad de la Vida es completa y feroz.

En la oscura sentina de su estercolero,
a Jehová que le aflige, alabanzas da Job;
y en el leño se espira del Gólgota austero
tenue acento de un amplio, sereno perdón.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Tal, huérfano, en uno total desamparo
de salud y dicha, la Vida exultó;
como si mirase como nadie claro
y más comprendiese su alcance y valor.

Para ella, fue un himno perenne y triunfante;
para ella, la ingrata que le abofeteó;
y que a nuevos sones de su lira amante,
le correspondía con nuevo dolor.

Viendo su vía-crucis, su larga agonía,
¡qué larga fue nuestra desesperación!...
Y a las ilusiones ¡cómo redarguía
la desesperanza con su opaca voz!...

Si a su celda humilde, gloriosa bajaba
el Arte, oceanida que amaba y le amó;
nuestro voto ardiente pidiendo, esperaba
que espaciase el tiempo la fecundación.

Luego, que velaba junto a sus matraces
la que lo imposible jamás conoció;
y de ella esperábamos los fulgentes haces
del alto milagro de su curación...

No lo quiso el Arcano, para su desventura
y la nuestra! —Y fue entonces que amiga le habló
la Piedad, y le dijo con doliente dulzura:
—ya has cavado hondo surco; ve a dormir, labrador.

Y fue entonces que, vuelta hacia nuestro egoísmo
y hacia nuestra esperanza, persuasiva insinuó:
—destrozado, y apenas sombra ya de sí mismo,
es muy justo y muy santo que descanse el campeón.

Que descanse!... es muy justo!... Resignados estamos!...
Más allá del sepulcro tras él va nuestro amor!
Y el ciprés del recuerdo cubrirá con sus ramos

la oquedad dolorosa que su ausencia dejó.

Y a la par de nosotros, le amará a quien se muestre
el excelso desdoble de aquel fuerte varón:
porque fue como el cáliz del cardo silvestre;
si erizado de espinas, suspendiendo una flor.

(1906)

JUSTICIA GALANTE¹

*En el álbum de mi amiga
la espiritual señorita María Nasica.*

Antes, mucho antes de que
en tu gracia vencedora
surgiese ante mí la Aurora,
te había visto... ¿en dónde fue?...

Recuerdo —¡memoria infiel!—
que eras vaporosa driada.
Pero ¿eras alma encantada
de una rosa... o de un laurel?...

Holgada en lino imperial,
¿no estabas, o en níveo tul,
guardando el fuego vestal,
o ante el ara de Irminsul?...

¿Combas no te hurtó el cincel
modelador de Belona?...
Faz no diste a una *Madona*
del divino Rafael?...

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 22, Santo Domingo, R. D., 30 de agosto de 1903. Sólo está en la primera edición de *Galaripos*.

¿Fue que te vi entre el rumor
de aclamaciones supremas,
distribuyendo diademas
en unas *Cortes de Amor*?...

¿O eras una de las que,
en su ciclo de esplendor,
daban el tono y color
en el *Hotel Rambouillet*?...

Estoy cierto de que sí!
Tu celeste ser fulgura
donde se hallen hermosura,
gracia, distinción y *esprit*.

(1902)

PEREGRINANDO...¹

A Max. Henríquez Ureña

La soñó un efebo en noche de angustia,
cuando le abrasaba la fiebre palúdica.
Si vista, o pintada, o a cincel; jamás
vio nada tan bello ni tan ideal.

Y salió tras ella, preguntando a todos
por sus grandes, vivos y brillantes ojos;
por el encarnado de su blanca faz,
por su bello nombre: la Felicidad!

Y unos labradores: —“por esta llanura,
ninguna a ese nombre responde, ninguna.
Si por este duro penoso terreno
es que acaso vive, no la conocemos”.

Y unos nautas: —“bella por aquí no hay más
que una regia virgen, la Estrella Polar.
¿Las otras?... Mar-Alta!... Calma-Costanera!...
La Brisa-Contraria!... La Ruda-Galerna!”...

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 56, Santo Domingo, R. D., 24 de julio de 1904. También, el mismo año, en un periódico de San Pedro de Macorís y en otro de Santiago de Cuba. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

Se fue a los plutócratas! Resolvieron índices,
circulares, notas, pliegos laberínticos;
y le contestaron, correctos y altivos:
—joven, ese cliente no está en nuestros libros.

Y un rey: —“hechizado con tus descripciones,
hice consultar archivos y códices.
Ella es una moza (quizás por qué enredos!)
que salió expulsada de todos los reinos”.

A una dama: —oh gozo! te encontré! eres ella!
Si pálida y triste, más grave, más seria.
Después de mis luchas, cansancio y afán,
estás a mi vista, ¡oh Felicidad!

La dama responde, benigna y sonriente,
—“a ella me asemejo; mas mi nombre es Muerte.
Ven, que yo te lleve; ésa que tú buscas
es mi hija muy amada; te la doy, es tuya!”

(1904)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

DE HUMOR¹

A la señorita Elena Mathei

Desde la primer mañana
del mundo, en que la Ventura
voló a inaccesible altura
por cuestión de una manzana;
hasta la guerra inhumana
que, a causa de una hermosura,
colmó de muerte y pavura
toda la tierra troyana;
la belleza femenina
es blasón de paraíso,
destello de luz divina,
calidad ultraterrena;
mas... —confesarlo es preciso—
gasta cola de sirena.

(1904)²

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 46, Santo Domingo, R. D., 15 de mayo de 1904, con el subtítulo "Una sirena" y dedicado "A la Srta. Elena Mathei (Yauco)". Sólo está en la primera edición de *Galaripsos*.

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

EUGENIO M. HOSTOS¹

Benévolο y sencillo; austero y noble;
formidable en la acción y en el ensueño;
llevó a todo adelanto, grave empeño,
y a todo afán de bien, esfuerzo doble.

Lucha su vida fue contra lo innoble;
y en cátedra y labor, —vigilia y sueño,—
quiso labrar conciencias, de halagüeño
temple de acero y altitud de roble.

Bajó a deshora la tiniebla fría
a sumir para siempre en lo profundo
esa razón, potencia y armonía.

Lejos ya irradiia, pero más fecundo;
como el sol, que en aislada lejanía,
alumbra y fertiliza el vasto mundo.

(1904)

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 42, Santo Domingo, R. D., 17 de abril de 1904. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*. A partir de la segunda edición figura con el título "Eugenio María de Hostos".

MADRIGAL¹

A la señorita Clara E. Pichardo

Si en lid de galantería
una rosa conquistara,
luego la deshojaría
porque tu pie la pisara.

* *

*

MONÓSTROFE

Oh libertad! ensueño de los tristes!
Vana promesa de engañosa fama!
Mucho más se te invoca, y más se te ama,
mientras más se sospecha que no existes!

(1904?)²

1. Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.
2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

DE FOTOGRAFÍAS¹

*Para la señorita
Hena de la Rocha*

Si es su gran porfía,
es su gran deber:
la coquetería,
gaje de mujer.

Sin duda es por esto,
que en dos veces, dos,
se apoya en el gesto,
cuando no en la pose.

Si el rostro no es bello,
erige con gusto
el torneado cuello
o el triunfante busto.

Y ésta, que es motivo
de tal reflexión,
siendo ejemplo vivo,
no forma excepción.

1. Publicado en *Cuba Literaria*, revista semanal ilustrada, Año I, No. 9, Santiago de Cuba, 6 de agosto de 1904. Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.

Rostro desairado,
cuanto cuerpo hermoso,
ensaya un malvado
gesto voluptuoso.

Y por tal manera,
burlando a natura,
triunfa la mañera
carnosa criatura.

(1904)

SU NIÑO¹
(Del inglés)

Para Héctor de Marchena

Cuando ella le cantaba, el blando niño
a sus labios de madre, con cariño
los bracitos alzaba.

Ella entonces el canto interrumpía,
y en los tiernos deditos imprimía
un beso... y los besaba... y los besaba!...

Dormido ya, los párpados de ella,
—cuál profunda mirada de una estrella
que penetra la mar;—

sondeaban del amor graves ternuras
y calaban, calaban las honduras,
la honduras de amar.

¿Qué presagio la vino?... ¿Amarga hora?...
¿Calle de espinas?... ¿Nieve triunfadora?...
¿Qué grande pena es?...

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 69, Santo Domingo, R. D., 23 de octubre de 1904. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Se le acorta el aliento!... La ahoga el duelo!...
Y le mira con hondo desconsuelo;
y le besa en las plantas de los pies!...

(Macorís, octubre 15 de 1904)²

2. Así figura en *La Cuna de América*. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripos*.

INVERNAL¹
(De P. Verlaine)

A Tulio M. Cestero

En el tedio enorme
de la amplia llanura,
brilla como arena
la nieve insegura.

El cielo es de cobre,
sin lumbre ninguna.
Sugiere, naciente
o puesta, la luna.

Como nubarrones
flotan las encinas
entre el gris plomizo
de selvas vecinas.

El cielo es de cobre,
sin lumbre ninguna.
Evoca, si viva
si muerta, la luna.

1. Publicado en la revista *Oiga*, Año I, No. 103, Santo Domingo, R. D., 9 de julio de 1904, con el título de "Nevada". Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Lobos trasijados
y corneja asmosa,
por esta ventisca
¿qué afán os acosa?

En el tedio enorme
de la amplia llanura,²
brilla como arena
la nieve insegura.

(1904)³

2. En la edición de *Oiga*, estos dos versos dicen: "En la inacabable/ tediosa llanura".

3. Sin fecha en la edición principio de *Galariposos*.

DRAMITA¹

En cinco postales de la Srta. Aimée León²

I

Ah! no la despertéis!... La mujer joven
y bella y voluptuosa, cuando duerme
no tiene sino espléndidas visiones;
dejadla, pues, que alborozada sueñe!

II

Vuelta de un sueño blando, se apersona
ante el cristal, su mudo confidente,
y él le dice, sin lengua, "estás muy mona,
amapolada, fresca y conveniente!"

1. Publicado en *Cuba Literaria*, revista semanal ilustrada, Año I, No. 14, Santiago de Cuba, 12 de septiembre de 1904, p. 107. Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.

2. Esta dedicatoria, que figura en la edición de *Cuba Literaria*, no fue incluida en la edición príncipe de *Galaripsos*.

III

Si hay misterio, lo esconda la Hada
 de la Noche tranquila y oscura;
 y no diga por qué, insosegada,
 va a vaciar la clepsidra entregada
 a una larga y amena lectura.

IV

“Por una pasión fugaz,
 por un ligero capricho,
 el hombre suele olvidar
 el amor más encendido...”

—Dios mío! ¿será verdad
 lo que me dice este libro?...

V

Media noche suena la torre vecina;
 ni un leve murmullo susurra en redor;
 la tierna damita su cabeza inclina,³
 y sólo y aislado vigila el Amor.

(1904)⁴

3. En la versión de *Cuba Literaria* este verso dice: “la joven damita su cabeza inclina”.

4. Sin fecha en *Cuba Literaria* y en la edición príncipe de *Galaripsos*.

SPECTRA¹

A Pedro Henríquez Ureña

Está de muerte: es solo: mas acuden
a su hora postrera algunas damas;
no muchas. Cuando llegan a su alcoba,
una se está en el cuarto anticipada;
los mortecinos ojos verdinegros
espiando a la cabeza de la cama.

Pero en llegando que llegaron ellas,
cedió todo el espacio a las llegadas
y se puso detrás...

Era la una,
estrella virginal de la mañana:
la dulce novia de su amor primero;
la que enfloró su adolescencia plácida.

Años ha que no es de él, ni lo fue nunca!,
y hora —cual temerosa desposada—
con blanco traje y níveos azahares,
se pone a la cabeza de la cama.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Ah qué blanda sonrisa!, qué elocuencia
del que está de partida en la mirada!...

Ella es la misma que llenó su vida;
ella la que robó toda su alma
con la euritmia del cuerpo soberano,
y el alabastro y rosa de la cara.

Y ella se inclina, y bésale, y le dice,
sobre la mustia faz rociando lágrimas:
—Oh! que amanezcas bien, amor primero;
oh! que amanezcas bien... Hasta mañana!

Turna otra luego; entrustecida, seria,
se inclina hacia mediados de la cama
y dice: —Aun cuando graves diferencias
entre tú y la amistad intermediaran,
yo, que soy ella, vengo a verte ahora:
que mejores, hermano!... Hasta mañana!

Viene después la otra. Bajo un *peplum*
nieve, ceñida toga purpurada.
—Te besaré en la nuca —(y le da un beso).
Te besaré en la nuca —(y le besaba).
—Hace bastante que inflamé tu pecho.
Hace bastante que inflamé tu alma,
y de mí solamente has obtenido
leves promesas, cuanto ambiguas, tardas.

Era el arte: se irguió con gesto noble
y seriedad, le dijo: —hasta mañana!...
Quedóse largas horas vigilándole
la dulce, la tranquila e ignorada,
la que estaba primero.

Él se ha dormido,
y ella le mira con serena cara.

Se despertó.

—“Me voy; acaso es tiempo...
¿no te podré decir: —hasta mañana?”...

No!... Sus ojos vidriáronse por siempre,
al salir su enfermera, la Esperanza!

(1904)

LA HORA DE ENDIMIÓN¹

(De Verlaine)

Luna bermeja en horizonte pálido;
ninguna nube asombra la pradera;
sería rey el silencio, si las ranas
nerviosas los junciales no movieran.

Las flores de las aguas, sus corolas
cierran silentes. Álamos distantes
erigen como espectros sus siluetas
entre la muerta bruma de la tarde.

Despiertan las lechuzas, y sin ruido
reman el aire con su vuelo informe.
El zenit se constela en luces sórdidas;
Venus emerge blanca. Ya es la noche.

(1904)²

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 54, Santo Domingo, R. D., 10 de julio de 1904, con el título "La hora del pastor" y a seguidas: "De Paul Verlaine. Para Miguel Ángel Garrido". Reproducido en *El Imparcial*, de México, en marzo de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripos*.

2. Sin fecha en la edición de *Galaripos*.

CARTAS¹

A la señorita Lourdes Bermúdez

Las cartas de amistad son
luminosa irradiación
de estrellas del setentrión
a estrellas del medio día;
efluvio primaveral
de perfume florestal
con que un clavel y un rosal
entrecambian simpatía.

—O—

Las de amor!... ah! las de amor!...
para la doncella en flor
notas son en lo interior
del concierto universal.
Por cada humillado ruego,
un dulce desasosiego;
por cada frase de fuego,
una aurora boreal!

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 41, Santo Domingo, R. D., 10 de abril de 1904, con el título "Cartas!... Cinco postales, colección de la Sra. Lourdes Bermúdez". Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.

—O—

La de amenaza!... si augura
 para la nubil futura,
 una inminente ruptura
 con quien domó su albedrío;
 produce, primero, espanto;
 luego, rebeliona un tanto;
 después... elabora llanto,
 como la noche, rocío.

—O—

Si participan la boda
 de una amiga, suya toda,
 en tarjeta que la moda
 caprichosa perfiló;
 al goce que la domina
 sigue un dejo que abomina,
 como diminuta espina
 que la Envidia envenenó.

—O—

Carta de luto!... El misterio;...
 lo incomprensible; lo serio
 que en la paz del cementerio
 el pensamiento nos hiere;...
 lo oscuro de más negror,
 a que llega un solo albor
 en dolorido clamor,
 el clamor del *Miserere*.

(1904)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripos*.

MONÓSTROFE¹

Si al ser hieren sin piedad
el dolor o la agonía
¿te importa a ti, simpatía?
¿o es a ti, curiosidad?
Tras cerrada tempestad,
del mar entre los enojos
flota un cuerpo, y hay cien ojos
en la costa, y grande afán
por saber de quién serán
esos humanos despojos...!

(1904?)²

1. Publicado en *El Imparcial*, de México, en 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. Aquí se pone como se indica en el índice de la segunda edición (Pág. 10).

BUCÓLICA¹
(De Andrés Chénier)

Para Andrés J. Montolío

Cerca de Berecinto, un sátiro halló un día
la flauta con que Hiagnis, el divino, solía
sumir en calma estéril o resolver furiosa
a la enervada corte de la Primera Diosa.

Ninfas bellas del Asia, del Meandro al Sangarios,
envanecido invita; y dice: "necesarios
son nada más los dedos para este grave intento;
pues la ciencia de Hiagnis está en el instrumento.
Y tengo buenas manos!..."

Ya sentadas, esperan.
Sopla el sátiro; suda; dedos y labios eran
un molino; su cara, bermeja y mofletuda;
sopla y sopla, y revienta en un nota ruda.

Levántase el concurso, con la risa en la cara;
y un elogio burlesco formula y le dispara.

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 53, Santo Domingo, R. D., 3 de julio de 1904. Está en todas las ediciones de *Galariposos*.

Mientras huyendo al bosque, corrido de sus yerros,
se evita a los ladridos y dientes de los perros.

(1904)

MILIUNANOCHESCA¹

Para un convencido

¿Desde agria cumbre tu asistencia intima
 la encantada princesa Flordeluna;
 y para ti desencantarla, es una
 severa convicción?... Pues a la cima!

Se alzarán voces de atracción y grima
 mientras tu noble fe prueba fortuna,
 ¡y ay de ti si te alteras por alguna
 que injuria, sirte, —o que sirena, mima!

Cual otros paladines de tu empresa,
 te quedarás en piedra convertido;
 y seguirá encantada la princesa.

Así, ante el coro de las voces locas,
 piensa para sosiego de tu oído:
 hay que dejar que graznen; son las ocas.

(1907)²

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 3, Santo Domingo, R. D., 20 de enero de 1907. Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.
 2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

NÚBIL¹

(Motivada en A. Chénier)

No se te ve; nos huyes; te desligas
del regocijo franco de otras veces;
e inquietan, alarmadas tus amigas,
de qué insidioso afán; qué mal padeces.

No haces labor. Una obsesión oscura
te deja —macerando tu albedrío—
dormida en el regazo la costura
y clavada la aguja en el vacío.

A ratos, en tus labios carmesíes
un amargado pliegue se perfila;
ya ni arrullas ni cantas; ya no ríes;
es un vapor de ensueño tu pupila...

No he de causar a tu reserva agravio,
ni quiero que me signes de indiscreto;
mas tu secreto, para un ojo sabio
—doctor especialista— no es secreto;

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 4, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1907, y ese mismo año en *El Imparcial*, de México. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

y se refleja en mí como los ramos
de las orillas en el agua tersa:
amas... ¿a qué el rubor?... todos amamos;
a la mujer el hombre... y viceversa.

Aunque ocultes quién es, en tu mirada
que es un gallardo conocido advierto;
y advierto, en su expresión sobresaltada,
que es de esta calle y tu vecino —¿cierto?...

Es el de grandes ojos; el de umbrías
pestañas, nívea tez, mejilla grana;
es el hermoso efebo a quien espías
para verle pasar, tras la persiana.

Siendo en la danza trenzador supremo,
no le vence en deportes ningún otro:
ninguno como él sabe guiar un remo,
y ninguno como él regir un potro.

(1907)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

GENEALOGÍA¹

A la Sra. A. Peña

No toda la belleza femenina
un solo origen tiene.

La hay, que armoniosa viene
de cuanto alado trina;
o de cuanto mirífico, perfuma;
o de cuanto, rompiendo niebla y bruma,
es luz adamantina...

No toda la belleza femenina
un solo origen tiene!

—O—

Se conoce en los ojos;
o en la gallarda nuca se contiene:
o zigzaguea en la radiante línea...
Pero en el alma púbera y virginea,
aun no sumida en frívolos antojos,
se conoce en los ojos...!

1. Sólo aparece en la primera edición de *Galaripsos*.

—O—

Así, he visto en los tuyos turbadores,
que tu dulce belleza armoniosa
no se entronca en los tiernos ruisenores,
ni en los rayos del sol abrasadores;
sino que se desprende de las flores,
de la casta hermosura silenciosa.
Y lo dicen, tus ojos turbadores!

(1907?)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

LA CHISPA¹
(De Félix George)

En una calma inmensa el globo al fin se inunda.
La humanidad se duerme en una paz profunda.
Yace, a jamás extinta, la antorcha de la guerra.
Suceden hijo a hijo, como día a día, en la tierra.

De un porvenir riente contorneando la idea,
feliz y libre el hombre, toda región franquea;
en la villa, radiante, y en la campiña, blonda,
no hay tambor que al martillo victorioso, responda.

La reja del arado anonadó a la espada;
y se enciende el progreso como eterna alborada.
Noche, dolor y rayo: todos están vencidos!...

Pero sueño con pena, en mis ratos perdidos,
que al daño delictuoso, solapado y aleve,
para inflamar la pólvora, bástale chispa leve.²

(1907)³

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 20, Santo Domingo, R. D., 19 de mayo de 1907. Esta en todas las ediciones de *Galaripsos*.

2. En la versión de *La Cuna de América* dice: "para inflamar la pólvora, basta una chispa leve".

3. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

SONETO¹
 (De Marta Dupuy)

Tal vez he lastimado, pero inocentemente,
 la querida alma inquieta a mis manos confiada;
 alma que allá en lo interno esconde deificada;
 y cuya alba es mi dicha; mi pesar, su poniente.

Con amor que no jura porque tampoco miente,
 viene a vos mi flaqueza en sí misma escudada;
 y como Magdalena, amante y desolada,
 me inclino de rodillas, silenciosamente.

Vengo a vos, vengo a vos: ya sabéis que a menudo
 del rosal agabanzo, si lesioná la espina,
 es la culpa del dedo más que de la eglantina.

Del mal vuestro ser cómplice mi cariño no pudo.
 Y a recoger la sangre que vuestro afán desprende,
 mi labio, como un cáliz, tremulando se tiende.

(1907)²

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 20, Santo Domingo, R. D., 19 de mayo de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.
 2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

ENTREMÉS OLÍMPICO¹

La raza de Saturno, derribada
por el ligero soplo de una idea,
baja a morar sobre la triste Gea,
en una lamentable desbandada.

Con su atributo y distintivo, cada
dios osa abrir nueva pelea;
y mueve la dolosa contra-idea,
penetrante y sutil como una espada.

A devolver sonrojo por sonrojo
al nuevo cielo, voluntad y brío
previene airado su rencor tremendo;

y se apresta a la acción; pero creyendo
que el Olimpo a la postre es un enojo,
y la inmortalidad, un grave hastío.

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 12, Santo Domingo, R. D., 24 de marzo de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

* *

*

Juno se lleva su pavón; emblema
del engréido orgullo que se esponja
y se alza a ser divinidad suprema.

En la tiara del nuevo sacerdote,
le ha de grabar como soberbio mote,
de las doradas ínfulas lisonja.

Minerva, en sus pupilas luminosas
presentando el Empíreo manifiesto,
le exhibe al triste sino de las cosas
que conocidas bien, enfadan presto.

Para la rebelión de las mucosas,
busca Venus pendón; y con un gesto
de voluptuosidades deliciosas,
dice, apañando un cinturón: —con esto!

* *

*

Presume el bronco Marte que le basta
en la ocasión su formidable estoque,
para vibrar el tajo que disloque
la doctrina amorosa, humilde y casta.

Cuando la guerra con su alud no aplasta,
lo aplastará Mercurio en recio choque,
empujándolo artero contra el bloque
del oro infando y la avidez nefasta.

Y atento a los resortes de las penas
según la reformada economía,
como versado en artes de herrería

el socarrón Vulcano conjectura
que faltan al infierno más holgura,
y más pailas; más garfios; más cadenas...

* *

*

Jove Capitolino, a quien no escapa
que —siendo la conjura contra el cielo—
refluye contra el hombre tumultuosa;

y aún puede ver, como a través de un velo
de tenuísima gasa vaporosa,
lo que la bruma secular solapa:

ve que del subterráneo clandestino
la Cruz emerge como efluvio santo;
y como la locura, y como el vino,
filtrá en las almas turbador encanto.

Y hela que fragoso torbellino,
se adueña entre un asombro y un espanto,
del cetro, en las llanuras de Torino,
y del timón en aguas de Lepanto.

* *

*

Las más gratas primicias y más bellas,
le son donadas con querer jocundo;
y le consagran, contra amor fecundo,
su pubertad mancebos y doncellas.

En cuanto se conoce, están sus huellas
como un sello de lo Alto y lo Profundo;
y aun se lanza a ganar un nuevo mundo,
en cuyo dombo austral bórdanla estrellas.

... Y luego ve que, al conjurado influjo,
como a la intermitencia del reflujo
duerme silente en la ribera el mar;
en torno del neo-bíblico madero
el entusiasmo, enantes vocinglero,
ha callado; se calla, o va a callar...

* * *

Ah! entonces, para entonces, de la triste
descendencia mortal deucalionida!...
Falta de un credo, arrópase en la vida

como en sudario que la escarcha viste;
y es el fastidio helado quien la asiste,
y la desesperanza quien la anida!...

Y rememora Jove cuánto amable
propiciatorio el hombre le ofreciera
cién toros ante el ara memorable,
cién carros en la olímpica carrera;
y deja a la piedad que errumpa y hable:
—ha de vaguear!; que vague por la esfera:
ha de olvidar; que olvide en lo inefable:
llevémosle el Pegaso y la Quimera!

(1907)

¡OLOLOI!...¹

Para Américo Lugo

Yo, que observo con vista anodina,
cual si fuesen pasajes de China...

Tú, prudencia, que hablas muy quedo;
y te abstienes, zebrada de miedo:
tú, pereza, que el alma te dejas
en un plato de chatas lentejas;
tú, apatía, rendida en tu empeño
por el mal africano del sueño;
y ¡oh tú laxo no-importa! que aspiras
sin vigor; y mirando, no miras...

Él, de un temple felino y zorruno,
halagüeño y feroz todo en uno;
por aquél y el de allá y otros modos,
se hizo dueño de todo y de todos.

Y redujo sus varias acciones,
a una sola esencial: violaciones!
Los preceptos del Código citas,
y las leyes sagradas no escritas;

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 30, Santo Domingo, R. D., 28 de julio de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

la flor viva que el himen aureola,
y el hogar y su honor... ¿qué no viola...?

Y pregoná su orgullo inaudito,
que es mirar sus delitos, delito:
y que de ellos murmurárese y hable,
es delito más grande y notable;
y prepará y acota y advierte,
para tales delitos, la muerte.

Adulando a aquel ídolo falso,
¡qué de veces irguióse el cadalso!
Y a nutrir su hemofagia larvada,
¡cuántas veces sinuó la emboscada!

Ante el lago de sangre humeante,
como ante una esperanza constante,
exclamaba la eterna justicia:
ololoi! ololoi!: (sea propicia!)

Y la eterna Equidad, consternada
ante el pliegue de alguna emboscada,
tras el golpe clamaba y el ay:
sea propicia!: *ololoi! ololai!...*

Y clamando, clamaban no en vano.
Ya aquel pueblo detesta al tirano;
y por más que indicándolo, actúe;
y por más que su estrella fluctúe,
augurando propincuos adioses,
no lo vio. ¡Lo impidieron los dioses!

Y por mucho que en gamas variables,
—no prudentes, mas no refrenables—
estallasen los odios en coro,
—como estalla en tal templo sonoro
un insólito enjambre de toses—
no lo oyó. ¡Lo impidieron los dioses!

Y pasó, que la sangre vertida
con baldón de la ley y la vida,
trasponiendo el cadalso vetusto,
se cuajó... se cuajó... se hizo un busto!

Y pasó, que la ruin puñalada,
a traición o en la sombra vibrada,
con su mismo diabólico trazo
se alargó... se alargó... se hizo un brazo!
Cuyo extremo, terrífico lanza
un gran gesto de muda venganza.

Y la ingente maldad vampirina
de aquella alma zorruna y felina,
de aquel hombre de sangre y pecado,
vióse frente del tubo argentado
de una maza que gira y que ruge.

¡Y ha caído el coloso al empuje
de un minuto y dos onzas de plomo!

Los que odiáis la opresión, ved ahí cómo!...

Si después no han de ver sus paisanos,
cual malaria de muertos pantanos,
otra peste brotar cual la suya;
aleluya! aleluya! aleluya!

Si soltada la Fuerza cautiva,
ha de hacer que resurja y reviva
lo estancado, lo hundido, lo inerte;
paz al muerto!: ¡loor a la Muerte!

(1907)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. En "Reseña cultural", ampliación del artículo titulado "Enriquillo" que Pedro Henríquez Ureña incluyó en su libro *Horas de Estudio* (París, 1910) y reproducido luego en *La Nación*, Buenos Aires, 13 de enero de 1935, se fecha en 1899 el poema "Ololoi!". También en el tomo XII de la *Historia universal de la literatura*, de Santiago Prampolini (Uteha Argentina, Buenos Aires, 1957), consagrado a las "Literaturas iberoamericanas", en el capítulo correspondiente a la República Dominicana, escrito por el mismo Henríquez Ureña. El humanista dominicano suponía que este poema fue escrito por Deligne a raíz de la muerte del tirano Ulises Heureaux (Lilís).

A S. M., LA REINA CARMELITA I¹

Salve, Regina!

Dispones
del gran cetro que domeña
voluntades, y se adueña
de almas y corazones.

Cetro, que al viento en furor
ni se doblega ni abate;
que triunfa en todo combate...
divino cetro de Amor!

La ocasión que aquí le instaura,
en tu honor le circunscribe;
y en ti resucita y vive
la dulce Clemencia Isaura.

Es en tus manos liliales,
como una llave de arcano,

1. Dedicado a la señorita Carmela Santoni, de San Pedro de Macorís, Reina de los Juegos Florales celebrados en los salones del Casino de la Juventud, de Santo Domingo, el 22 de septiembre de 1907, para los cuales Deligne fue designado Mantenedor. Publicado en *La Cuna de América*, No. 39, Santo Domingo, R. D., 29 de septiembre de 1907; al pie del poema dice: "Por el mantenedor, Gastón F. Deligne". Sólo aparece en la primera edición de *Galariposos*.

para abrir vergel lozano
a los tiernos madrigales.

Para hospedar añoranzas;
para albergar ilusiones,
y aprisionar desazones
y libertar esperanzas.

Para —en solemne esplendor—
labrar camino al decoro
y dar paso a la luz de oro
en esta Corte de Amor!

Tu mantenedor... mas no...
¿para qué impetrar favores?...
Aquí, tus mantenedores
son todos... ¡incluso yo!

Y en nuestro nombre —¡oh divina
porta-violeta! ¡oh Serena
Majestad porta-eglanitina!...
Te digo: —Manda, y Ordena,
Y Triunfa!...

Salve, Regina!

(19 septiembre 1907)²

2. Así figura en *La Cuna América*. En la edición príncipe de *Galaripsos* sólo consta el año: 1907.

DEL PATÍBULO¹

Para el poeta amigo Fabio F. Fiallo

Es un Juan Huss? Es un Giordano Bruno?
Es un Miguel Servet?... Acaso un Sánchez?...
No, ciertamente. De común con ellos
sólo tiene el destino lamentable.

No es un máximo juicio, estrangulado
por la simplicidad preponderante;
ni en las garras de fiero fanatismo
es un despedazado libre examen.

No es diminuto estorbo que tritura
rudo y arrollador un tren de avance;
ni es un restaurador a quien traicionan
los hados y el instante.

Contrario del poder, del predominio
estéril de uno solo, en el combate
y en la opinión, fue paladín altivo
de los fueros sociales.

1. Publicado en *La Cuna de América*, No.17, Santo Domingo, R. D., 28 de abril de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

Le engañó la fortuna;
se le burló el coraje;
le fallaron los bríos;
y hoy le saca el poder a fulminarle.

Y allá va por su calle de amargura,
por la doliente calle
que recorren a veces las ideas
para arder y alumbrar. Así las aves
picoteando la pulpa, las simientes
más presto ofrendan a la tierra amante;
así en el monte, apedreando el fruto
multiplican la fronda los rapaces;
y la germinación en mayor radio
llevan a prosperar los huracanes.

Declina el astro desmayadamente;
ninguna nube los espacios barre:
y aun adelgaza más la tibia lumbre,
con soplo intermitente un aura suave.
Emerge de las cosas, el silencio;
y baja de los techos siderales
una serenidad clardelunada
y una tranquilidad desesperante.

Para el cuadro ¡qué marco de ironía!
De la función luctuosa, ¡qué contraste!

Si pudiera volar lo que en los cráneos
del fúnebre cortejo bulle y late;
y si en tangibles y vivientes formas
pudiera condensarse;
ese ambiente apacible,
esa calma inefable,
turbaran azarosas ¡qué de larvas!
¡qué de caricaturas infernales!...

Viéranse allí el Horror, de ojos saltones
e inflado como sapo repugnante;
con el Afán-de-ver, a un mismo tiempo

atrevido y cobarde.
 El Terror, monstruecillo todo nervios,
 fallo de extremidades;
 y la Enemiga-alegre, del demonio
 la más cumplida imagen,
 con sus torcidos cuernos, rara cola,
 alas de vespertilio, uñas de sacre.
 Y erizado de espinas punzadoras,
 el rabioso Rencor de los parciales
 hucheando a la escamosa Represalia,
 boa-constrictor, de aletas dragonantes...

Ah! en torno del patíbulo rastrean,
 como ante una carroña los chacales,
 muchos afectos ¡y ninguno digno!;
 muchas pasiones ¡y ninguna grande!

Pero sí... la Piedad!... Dos ramerillas
 que la sangrienta ejecución atrae,
 como alelados van a los incendios
 alguna vez los pájaros errantes,
 lloran, y entre sus lágrimas sollozan,
 por aquella injusticia irreparable...

Sesgas, de frente, hinchadas o escurridas,
 las olas de los mares
 convergen a las playas; y converge
 al cerebro de aquel dos veces mártir,
 con toda su espumosa marejada,
 ese revuelto, silencioso oleaje.

Debe llevarle alternativamente
 fuego estival y nieves boreales;
 exhalaciones de su recio orgullo;
 ecos de sus hazañas resonantes;
 altivez de su causa vengadora;
 arrullos de sus nobles ideales...
 Pero quizás si sobre todo flota,
 endeblemente arrepentida y frágil,

la piedad de sí mismo, que es la espuma,
la inconsistente espuma del oleaje.

Y ella tal vez la que dibuja y pone,
como importuna sombra en su semblante,
todas las palideces de la anemia,
y del insomnio todas las señales.

Y al columbrar el ominoso sitio,
el sitio horrendo del horrible trance,
la que también le vuelve téreo el rostro,
inseguro el andar, la vista errátil...

¿Le viene de sus viejas energías
algún sacudimiento formidable;
o una visión le asiste ultraterrestre?

¿Acaso su conciencia, en un celaje,
"no estás aquí —le dice generosa—
ni por ruin, ni por vil, ni por infame?..."

Algo le confortó; pues su mirada
serena está, regocijada casi.

Y en súbito destello, sus mejillas
vibran la llama rosa del granate
cuando truena la lúgubre descarga
con su seco estridor.. Oh Dios! ¡que tapie
algún ángel divino las orejas
a su novia, a su viuda o a su madre!...

En un silencio pávido y sombrío,
hinchido de inconexas ansiedades,
la voz del oficial que se alza sola,
comandando el desfile, casca el aire.

Y él está allí tumbado al sol occiduo,
acreciendo el montón de los que yacen
por la feroz violencia victimados...

Un fatídico signo interrogante
—diseñado en la nítida pechera
por la caliente sangre—
arranca de los bordes vulnerados;
y escurre luego por tranquilo cauce,
y purpura las hojas y las flores
de un abrojo rastrero...

Cae la tarde!

(1907)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripso*.

BALADA DE LAS TENTACIONES¹

A Felipe J. Santana

EL MANGO

Si te rinde la fatiga
o te amodorra el calor,
ven y reposa al frescor
que ofrece mi sombra amiga.

EL MANZANILLO

En mi sombra tutelar
tendrás refugio halagüeño,
si necesitas un sueño
que no tenga despertar.

TODAVÍA EL MANGO

De mi ramaje sombrío
podrás colgar una hamaca,

1. Publicado en *La Cuna de América*, No. 45, Santo Domingo, R. D., 10 de noviembre de 1907. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

para maligna sonsaca
en que se enerve tu hastío.

Y como te punce y muerda,
y como acede tus gustos,
¡mira qué ramos robustos
para colgar una cuerda!

LA MONTAÑA

Asciende a mí, si dispones
alzarte del valle oscuro
a conseguir aire puro
para ensanchar tus pulmones.

Si más buscas, mira como
baja de mí a la llanura,
esa recia cortadura
de ese precipicio a plomo.

EL MAR

Trae tu barca y trae tu amor!
Que no te sigan las penas!
Te arrullarán mis sirenas!
Te mecerá mi tremor!

Pues para el dolor feral,
tengo en mis fondos, hidalga,
¡qué blandos lechos de alga!
¡qué triclinios de coral!

LA FLOR DEL QUIBEI

No por ligeros antojos
me abro a la margen del río,
sino para ser ¡oh mío!
mayor gloria de tus ojos.

Tengo virtud, además,
—como tú te desesperes—

de cerrártelos, siquieres,
para no abrirlos jamás!

ENVÍO

Oh cosas! cómo se advierte
que sois, con silencio asceta,
una invitación discreta
a la vida y a la muerte!

(1907)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*.

ANTE LA BANDERA¹**(Himno escolar)**

Oh bandera sagrada!...

Relentes,
cierzos, brumas, no logren ajar
tus colores que riman ardientes
con la espléndida hoguera solar.

Concentrados están en ti misma,
de la Patria bordando el blasón,
los matices que son en el prisma
adelanto, lealtad, decisión.

Por el monte, a través de las hojas,
sólo en símbolo debes de estar;
campanillas azules, y rojas
clavellinas, y blanco azahar.

Pero nunca a través del sendero,
te has de ver como a ratos te ves:
en la lucha de hermanos primero,
jironada en el asta después.

1. Está en todas las ediciones de *Galaripsos*.

La manigua finó en Capotillo:
y es de entonces misión tutelar
la que tienes, prestar sombra y brillo
a la escuela, al taller, al hogar.

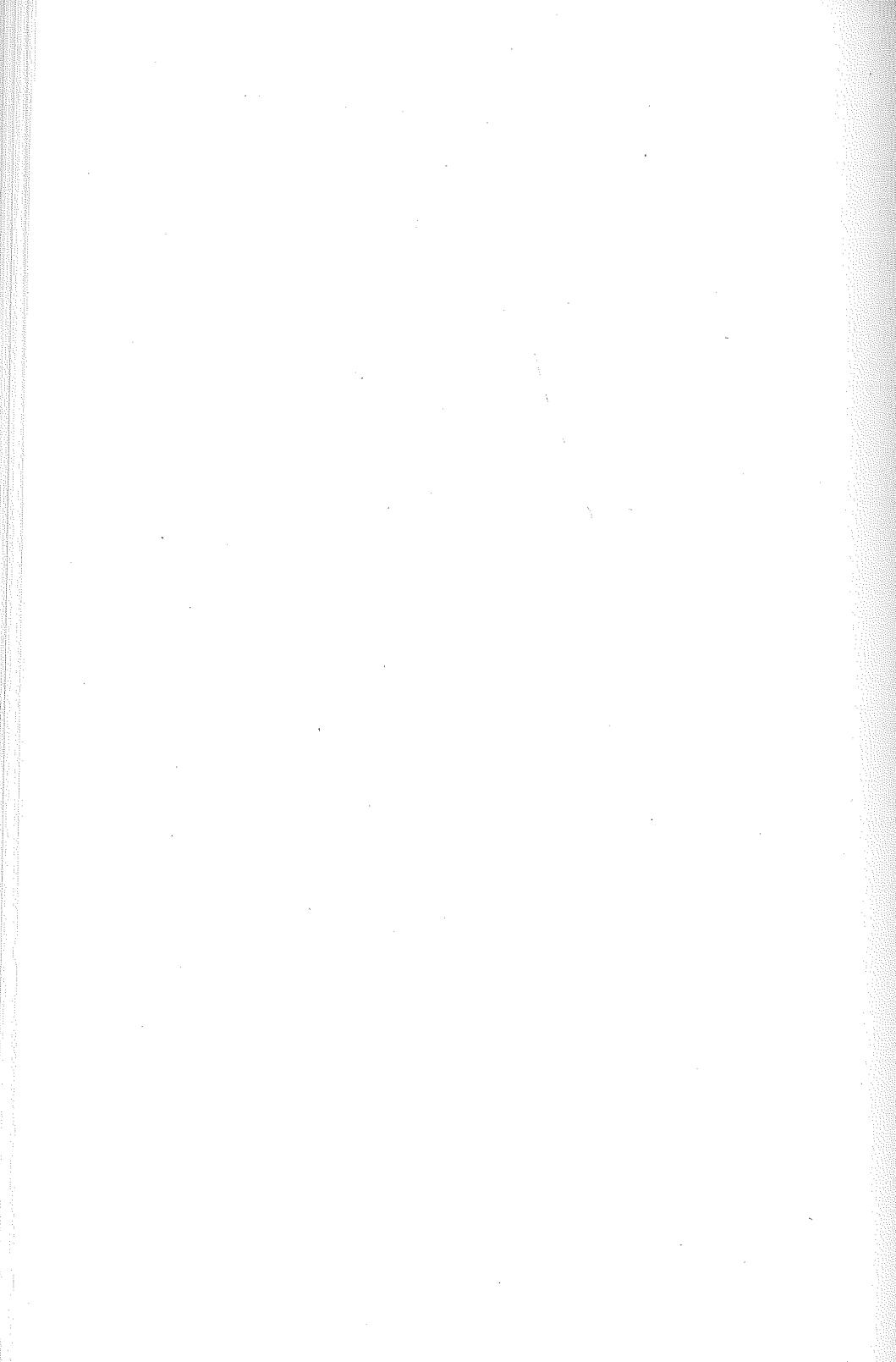
Es preciso que extraño viandante
diga al verte en tirado arrebol:
es de un pueblo que marcha adelante;
es de un pueblo querido del sol.

Oh bandera sagrada!... Relentes,
cierzos, brumas, no logren ajar
tus dolores que riman ardientes
con la espléndida hoguera solar.

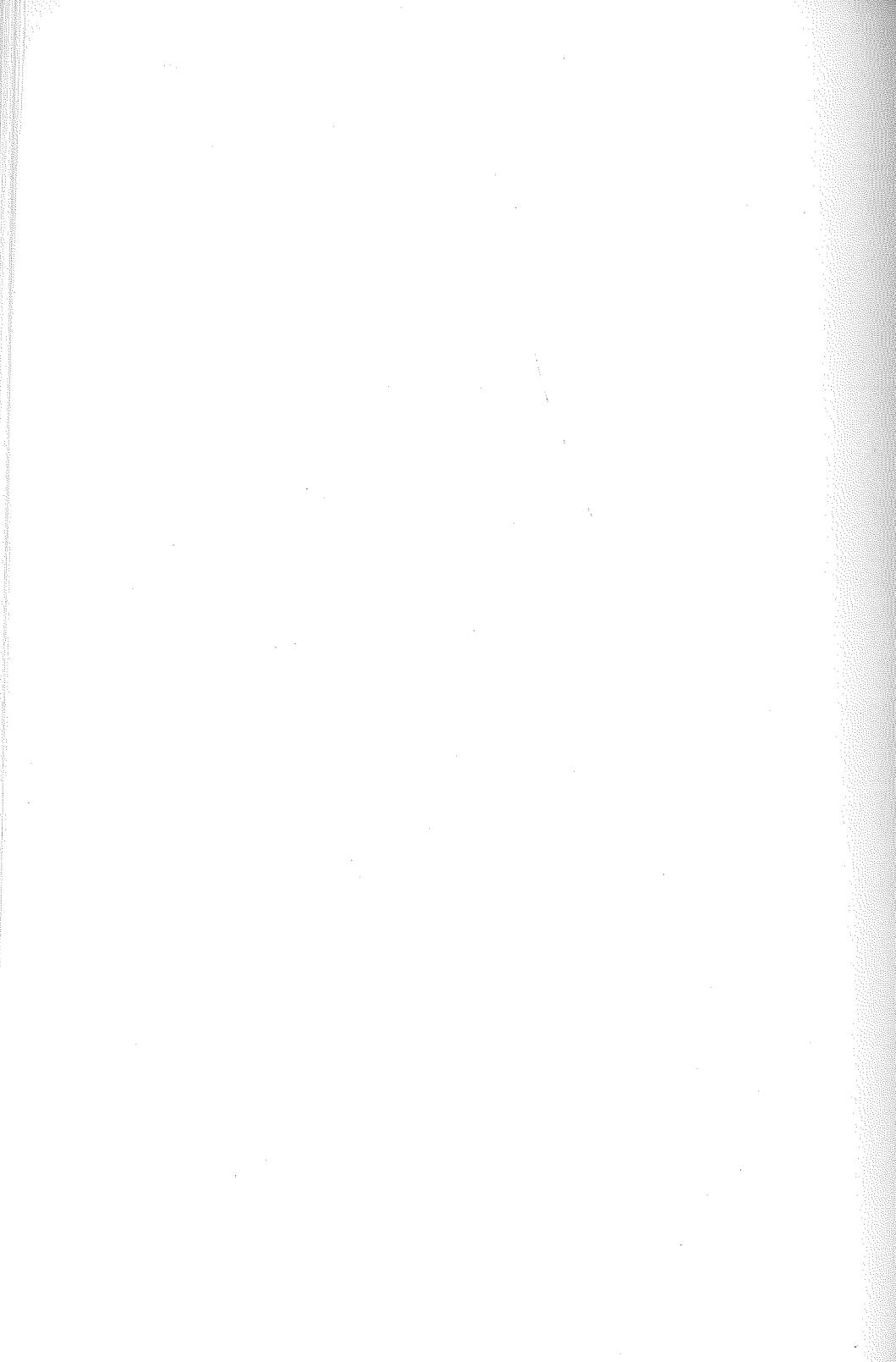
Pabellón! te mandamos un beso;
anhelando con ansia vivaz
que a tu sombra germine el Progreso
y florezca prodigios la Paz.

(1906)²

2. Sin fecha en la edición príncipe de *Galaripsos*. Aquí se pone la que figura en la segunda edición (Pág. 129).



PROSAS



CRÓNICAS Y ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS¹POR EL PADRE BILLINI²

Por el artículo de *un diputado*, inserto en el No. 4 de *El Republicano*, venimos en conocimiento de que el soberano Congreso Nacional únicamente para cumplir lo ordenado en la Constitución, ha añadido los nombres de Billini y García a la terna que se ha de remitir a Roma.

Es verdaderamente edificante esta explicación, sobre todo, para los que como nosotros principiamos a vivir, creyendo (para no creer que todas son miserias) que los representantes de un pueblo son en todo caso sus representantes, y que no disponen las repúblicas de más de una corona para cada ciudadano meritorio.

Lo primero lo decimos, porque si el pueblo mismo se hubiese de dar prelado, escogería seguramente a aquel sacerdote de quien tiene recibidos *bienes positivos*, y esto o por santo y legítimo agradecimiento, o por muy bien fundada creencia de que ensanchando su esfera de acción habrían de multiplicarse y extenderse los beneficios. Como se ve, para esta solución, no era necesario que nuestra sociedad fuese justa (y en la presente ocasión lo es), le bastaba con ser egoísta. Y justa o egoísta, no mantendría en primer término a quien su representante el Soberano Congreso mantiene.

Lo segundo lo decimos, porque el Presbítero Meriño, que como lo sabemos por *un diputado*, "sacrificó su juventud, etc.";

1. Todos están en *Página olvidadas*, Ob. cit. Aquí se ponen en orden cronológico.

2. Publicado en *El Teléfono*, No. 75, Santo Domingo, R. D., 23 de mayo de 1884.

el Doctor Meriño, cuya vasta inteligencia es indiscutible, y cuyos sólidos conocimientos son timbres de honra para el país, ha sido suficientemente premiado por sus conciudadanos, ascendiendo por sus méritos a la Primera Magistratura de la Nación.

Quedan, pues, por premiar, si la justicia ha de ser distribuida, aquéllos con quienes el país tiene contraídas tantas deudas de agradecimiento: los que no contentos con haber sacrificado su juventud y la paz de su alma con tantísimos malagradecidos, han hecho asilos de caridad y ornato de calles, de edificios ruinosos; han secado las lágrimas de millares de infelices; han sabido administrar juntamente con un buen consejo una valiente obra de caridad de su propio peculio; han sabido y saben dar ensanche a la instrucción, así para los hijos de la capital como para los de San Carlos y como para los de todas las poblaciones de la República.

Desgraciadamente, sabemos por *un diputado* que para ellos no tiene premios nuestra Nación, y que habremos los dominicanos de legar a las generaciones del porvenir la vergüenza de acriminar nuestra conducta, y la coyuntura de hacerles esa indigesta justicia que han sabido hacer todas las posteridades!

GLOSAS DE GLOSAS¹ (El Padre Billini)

Acaba de verificarse un suceso que, justificando el aliento progresista de la juventud vegana, es bizarro testimonio de que sin recurrir a copias mezquinas de otros pueblos, hay entre nosotros mismos fuerzas capaces de establecer una sociedad lozana, elementos para levantar la República hasta donde sea orgullo de sus hijos y delectación del mundo. En apoyo de este parecer, habla muy alto el hecho de que la sociedad *La Progresista* dedique al Presbítero Billini una medalla, para que de nuestros sentimientos se recuerden los más hermosos, y de nuestros juicios los menos errados. Porque se convencerá el que lo piense, de que este acontecimiento, sencillo al parecer, es en alta manera trascendental; así por estar reñido con el convencionalismo, que tan sólo a la posteridad permita ser justiciera, cuanto que para honra y gloria de los dominicanos, revela, y lo revela espléndidamente, que en nuestra República es muy capaz de aclimatarse la justicia donde es bueno que se aclimate, en el corazón del soberano Pueblo.

Reconocer, admirar y premiar el desprendimiento, la abnegación y nunca desmayada filantropía del Presbítero Billini, es adelantarnos a la Historia; y adelantarnos a la Historia es dar un ejemplo sublime y raro; lo último, porque si en la especie

1. Publicado en *El Teléfono*, No. 103, Santo Domingo, R. D., 13 de diciembre de 1884.

humana son escasas las águilas, abundan miserablemente los cárabos y los mochuelos.

No falta por ahí (y es natural que no faltara) una que otra maligna insinuación contra el suceso que celebramos; no escasea (y sería extraño que así no fuese) uno que otro desmemoriado, que se olvide de que ayer no más, cuando nos tenían desunidos el medro, y lucro, y la ambición de mando, el Presbítero Billini volvió los ojos a la instrucción para unirnos; y hasta hay, para colmo de iniquidad, quien se atreva a poner en tela de juicio la validez de las prendas que distinguen al ilustre filántropo. A estos tales, bueno es recordarles que los méritos del Presbítero Billini no son resultado de vana palabrería, y humo de incensadores; sino que se apoyan en sólidas fábricas (levantadas con ayuda de la caridad pública que supo promover), cuyos *tangibles trozos de mampostería* son únicamente invisibles para los ciegos de nacimiento, de entendimiento, o de corazón. A estos tales, es bueno hacerles presente que la caridad del Padre no sólo se ha ejercitado en difuntos: por centenares se cuentan los semovientes que de ella son testimonios vivos. Y ya que a estos tales les ha entrado la desazón de la Historia, en cuya redacción sólo para el historiador mentecato es cosa desecharable el informe de los testigos oculares, es caritativo advertirles que no se inquieten, que en la Historia cabe todo el mundo: Nerón y Jesucristo, Homero y Washington; o paisanos y de una misma época, el Obispo Fonseca y el Padre las Casas.

¡Todo el mundo cabe! En páginas negras los ambiciosos, los tiranos, los conquistadores: cuantos han sido hábilmente oscuros; en páginas blancas, cuantos han sido útiles a la humanidad y al progreso: libertadores de pueblos y libertadores del pensamiento; inventores de industrias útiles, y filántropos. He aquí la diferencia.

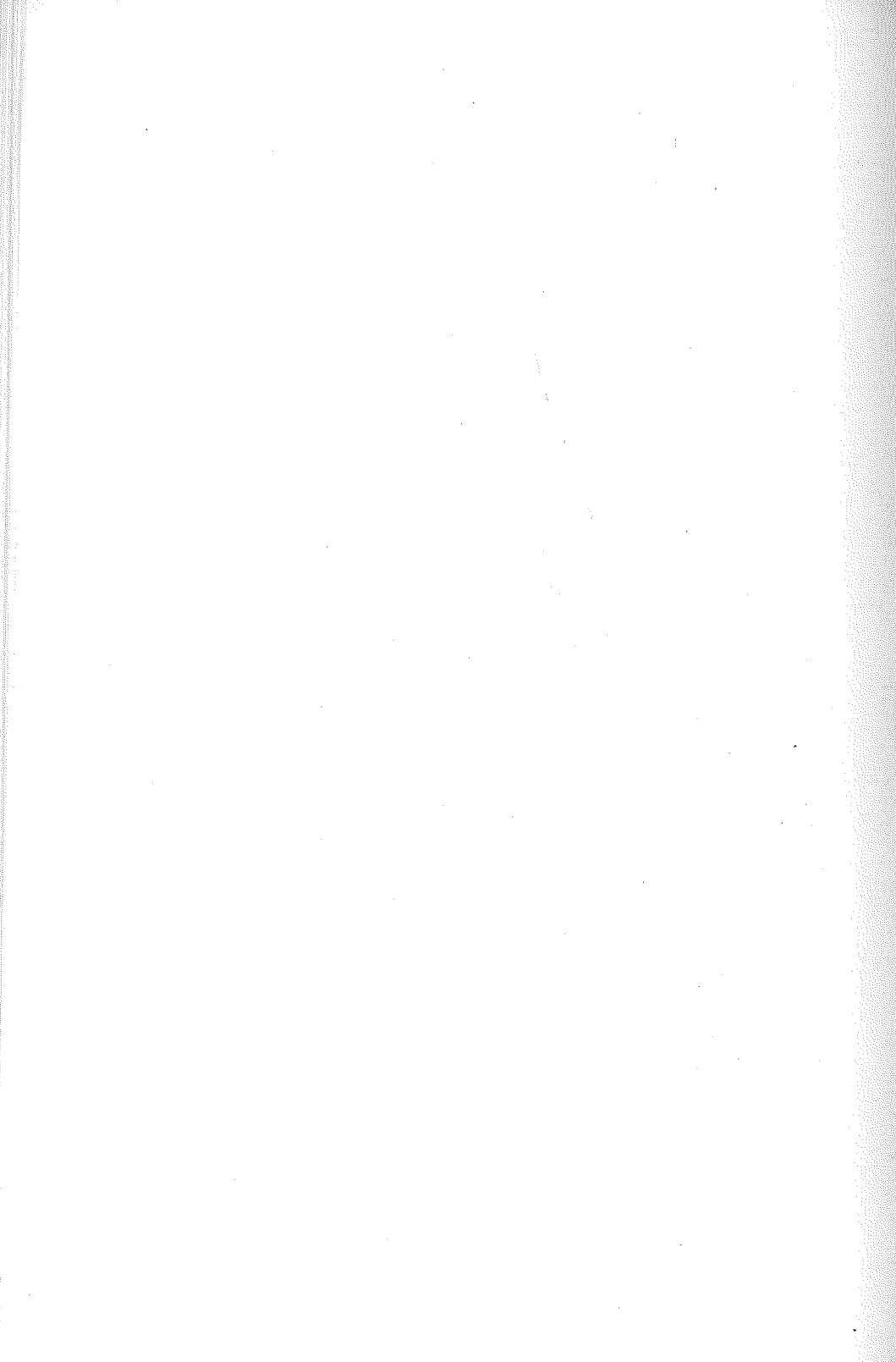
Entre nosotros, y en la historia puramente nuestra, ¿qué lugar pertenece al Presbítero Billini? Uno único y preferente. Políticos más o menos embrollados los hemos tenido a montones; filósofos más o menos acertados, desde el vago y casi soñado *recuerdo histórico de las Atenas del Nuevo Mundo* hasta hoy, han sido y son el pan de cada día; literatos más o menos literatos, es raza que entre nosotros hormiguea; pero filántropos, verdaderos y casi perfectos filántropos, en nuestra patria no

patria no más sabemos de dos: el vehemente Padre Las Casas, español; y el vehemente Padre Billini, dominicano.

Parece que ésta es simiente que difícilmente se reproduce; como quiera que exige mayor abundamiento de humanidad en el predestinado que cualquiera otra vocación, y más entereza de carácter para resistir los tiros que como a cosa rara le disparan los mismos a quienes dispensa el bien. Por fortuna, en la causa de la justicia, para un Bartolomé de las Casas siempre produce la posteridad un Manuel José Quintana.

Esto, por lo que toca al ilustre *protector de los indios*; que para nuestro padre de los pobres, en estimación y amor le son posteridad sus agradecidos coetáneos; y hay una sociedad que junto con una medalla le dedica estas hermosas y alentadoras palabras: *para que este pobre homenaje de la sociedad vegana y de la patria sirva algún tanto de lenitivo a los dolores que continuamente amargan el alma del Vicente de Paúl dominicano*.

Así se ha producido *La Progresista*, de La Vega; pero no pudo prever, noble y luminoso como es, que el mismo suceso de la medalla habría de alborotar en sus madrigueras a las lechuzas!



EVOLUCIÓN RELIGIOSA¹

No es ya contra la hidra del fanatismo, ávida de sombras y harta de maldades, que se extrema la propaganda de estos últimos tiempos; no es tampoco en contra de los errores sustanciales que más de una vez han descaminado a la humanidad, y que el lecho de los años muertos ha dejado en evidencia: se trata de algo más trascendental, pero menos humanitario, y este siglo, en su curso tan celoso del destino de las muchedumbres, olvida sus propósitos ahora que agoniza: recuerda que su alborada fue una ancha hoguera revolucionaria, y levanta un pedestal en cuya cúspide no se asienta más divinidad que la espuma de las vanidades científicas.

Quiérese que la tierra sea religiosa; pero sobre bases netamente humanas. Y los que están en el secreto de la formación de los mundos, y los iniciados en el oscuro y misterioso origen de las especies, y cuantos llevan su odio a las pasadas organizaciones políticas hasta la ferocidad; todos, con una inquietud que pasma, se apresuran a ser apóstoles de la nueva enseñanza.

Unos acusan la poca ciencia de los profetas; otros denuncian las contradicciones de los evangelios; otros ridiculizan las fórmulas del culto; otros se ensañan contra cosas olvidadas, como la Inquisición y el prestigio de la Santa Sede; y ello todo

1. Publicado en *La Lucha Activa*, No. 1, Santo Domingo, R. D., 1 de febrero de 1886.

para desterrar del alma humana los dos poderosos espoleadores del deber: el temor y la esperanza.

Cuando de su tronco caía la vaga Venus, a él subía la arrepentida Magdalena; cuando del desierto Olimpo apenas se recordaban la ferocidad de Marte, la concupiscencia de Júpiter, los celos de Juno, la susceptibilidad de Minerva y las infinitas pequeñeces humanas de los numerosos dioses de Grecia y Roma; Roma y Grecia estaban ya poseídas de la idea del Dios único, y sobre ellas se había derramado la balsámica doctrina del Cristo. Sustitución de unos símbolos por símbolos más racionales; pero siempre la medicina, dulce. El deber en paráboles, avivado por el futuro temor al castigo y por el amor a la recompensa futura.

Cuando el Papado no tuvo inconveniente en legar a la posteridad una reputación enferma, y prefirió gobernar y escandalizar el mundo a edificarlo, de la misma corrupción de la Silla hacinó Lutero materiales para la evolución, y la evolución se hizo, quedando, sin embargo, en el cielo premio y castigo para las acciones humanas.

Y aún para esas dos transiciones, ni hay quien olvide el sangriento choque de la Europa católica y la protestante, no hay quien recuerde sin espanto los famosos tiempos de Plinio el Joven, cuando fueron señoras las pasiones más bajas y estuvo elevado a dogma el suicidio.

Hoy, el libre-pensamiento se abre camino con procedimientos muy distintos. En el horno caldeado de la propaganda arden los símbolos, y lejos de pensar en una sustitución, el ensayo científico se propone edificar sobre la base insegura del corazón humano, y predica el cumplimiento del deber pura y lisamente por el deber mismo. Para este fin, la elocuencia y la razón, la sátira y el epígrama, han desleído sobre las muchedumbres multitud de elucubraciones, cuyos frutos, semejantes a los frutos de la palabra de Mirabeau, puede que asombren ya a los mismos predicadores. En vano, con un fragmento de caridad que les hace honor, los propagandistas han tratado de tener en alto las ideas de la primera causa: la primera causa tiende a escaparse por donde van saliendo creencias y esperanzas, y por donde van entrando indiferencia y egoísmo, ambición y pusilanimidad. Ábrese una válvula, y no es la muchedumbre quien piense en cerrarla. Por el contrario: pruébaseles

es mentira el derecho divino de los reyes y aprenden que es obra útil degollar a los nobles; predícaseles la igualdad, y aprenden el comunismo.

Esta precocidad de las masas cuando se les halaga, este desbordamiento de las pasiones cuando se les sirve, auguran innumerables prosélitos al nuevo credo. Pero no como los quisieran sus apóstoles.

Debilitada por los ataques de los filósofos franceses del pasado siglo, socavada para un noble propósito por los hombres del noventa y tres, sueltas las riendas del poder temporal, no es la Iglesia la que puede oponerse a las corrientes de la nueva evolución; de suerte que puede ella hacerse, y se está haciendo, de una manera pacífica y rápida, secundada por los mil medios de publicidad de que estos tiempos disponen.

Si no hay, pues, que esperar con el cambio una tempestad de las olas populares, hay que temer, y mucho, por el futuro del hogar, de la sociedad y del Estado.

Una muchedumbre infantil aún; una cátedra desde la que bajan chorros de luz para esclarecer la puerilidad de los basamentos que han venido sosteniendo los dogmas morales; unas cuantas ideas científicas diseminadas entre quienes ninguna otra cosa conocen, evidencian la premadurez e inhumanidad de los fines a que se dirigen. Así como la república marca la mayor edad política de los pueblos, así el cumplimiento del deber sin alicientes marcaría su mayor edad religiosa; pero lo mismo que hasta hoy mantiene la democracia en un estado embrionario, se opone vigorosamente a la consecución del máximo ideal religioso. Aún en los países más civilizados, no se cuenta por excepción la ignorancia; y la ignorancia, que en las democracias, o se deja avasallar, por los videntes que encumbran, o entorpece calamitosamente la acción de los encumbrados que sean benéficos, aprovecha de la nueva doctrina lo que le acomoda.

Y como quiera que la propaganda quita y no pone; no construye y derriba; la multitud, que si tiene noción carece de la conciencia del deber, no puede menos que batir palmas cuando llega a convencerse de que la miel con que se le embobaba y los castigos con que se le amenazaba, eran pura invención para obligarles a ser buenos. Y solos, con un alma únicamente sabia de esta sabiduría, no es extraño que los ojos que se cierran a la esperanza y al temor, se abran a las satisfacciones todas de la

vida y la carne; y que para el logro del propio placer o de la pasión propia, naufragando los intereses de la colectividad, no se desechen medios.

De esta suerte, libres de las sólidas riendas con que les enfrentan las leyes divinas, entregados a su no formada conciencia, bajo la única acción de las leyes humanas; habrá que encomendar el mejoramiento de las sociedades a las oscuras sombras de las cárceles, a la más oscura vida de los presidios, y a la funesta eficacia de los cadalso.

Estas finalidades, que se están palpando en la vida y que diariamente suben en alas del arte, hecho reflejo de la vida, no pueden ser ni son el propósito de los predicadores. Pero siendo sus resultados más inmediatos, son la más inmediata condenación de los medios que los consiguen.

Siendo, pues, contraproducente la propaganda, conforme se está haciendo; sirviendo para disolver y no para mejorar, deber es de humanidad dejársela únicamente encomendada al laboratorio de donde todo sale, a quien es capaz de hacerla sin predicarla siquiera, a la que puede desgarrar sin daños ulteriores el velo de todas las Isis.

La Escuela, multiplicada hasta donde sea posible, es la sola llamada a hacer completa y provechosa la evolución del libre pensamiento.

PRO MULIERE¹

Mi estimado Quintín: Alegrándome de que estés bueno y doliéndome de que persistas en ser testarudo, ¡se acabó la correspondencia privada! Ven a este palenque, donde para esperarte me he colado; descuélgate con toda la marcialidad de tu nombre de pila, y ¡a ver si me sostienes en público la contraria! Tú afirmas que no se encuentra varón especialmente humorado para tomar campo contra el bello sexo, y eres *velis nolis* la animada negación de lo que afirmas; porque, siento decírtelo, chico: del referido campo contrario te tienes tomadas sobre doce leguas.

Es verdad que tus teorías jamas se han opuesto a que, por ejemplo, la mujer cante; a que baile; a que toque su poco o mucho de guitarra o piano; a que de medio día atienda a la casa, y del otro medio a sí misma; o que más bien le sobren que le falten sus cinco dedos de *bien-criada*, etc., etc. Pero conviniendo no más que en estas generalidades, queda tu oración hecha solamente *pro faeminis*. Lo que es muy diverso a batallar por la mujer.

Así, hay que verte, o más exacto, que oírte en el delicado punto que a la instrucción completa del bello sexo se refiere; instrucción a la que eres adverso, 1º. por que si, 2º por lo mismo, y 3º por ídem. Porque tus argumentos en el particular,

1. Publicado en *La Lucha Activa*, No. 2, Santo Domingo, R. D., 8 de febrero de 1886.

cuando no son dolientemente ruborosos, son egoístas por sus cuatro costados; y si el rubor doliente no es razón, el egoísmo nunca se ha contado por argumento. Al menos, que yo sepa.

Dices que eres opuesto a que la mujer se instruya a par del hombre; porque la mujer por tradición y naturaleza, nace destinada, como las tortugas, a la casa. Dando de barato que así fuera, no veo en qué disienta lo casera de lo instruida.

Dásme a comprender que sí disiente, por cuanto abandonarán la concha; y no para tomar el sol, sino para hacer sombra a los hombres. ¡Mal año, según tu cuenta, para las industrias y las profesiones masculinas! ¡Ay Quintín!...

En primer lugar, ¿cuándo se le ha ocurrido a ningún bárbaro ingerirse en lo que *a natura pertenece* a las hembras? Y por pasiva, ¿cuánto pensará una mujer?, ¡e instruida!, ¿en abocarse con lo que de hecho pertenece a las barbas? Es, pues, inútil que se instruyan, dirás. No chico; siempre queda la viuda que ha de labrar la hacienda de los huérfanos; la huérfana que ha de fabricar su propia hacienda, o en general, la *mujer* que, mueble en su casa, necesita cumplir su destino, pasando a ser la primera columna de la sociedad.

Y suponiendo que quisieran todas alternar con nosotros en los trabajos y las carretas, ¿cuándo, verbigracia, ha apagado una costurera un sastre, o viceversa...?

Con esto, queda contestada la tuya; bien que paso por alto las argucias que el rubor te ha sugerido. ¡Avergonzarnos con la sola sospecha de que la mujer se nos adelante? ¡Nosotros los hijos de nuestras madres?... ¿Es que por ventura nos hemos avergonzado en algún tiempo de que el rol del bello sexo fuese uno de los más miserables?...

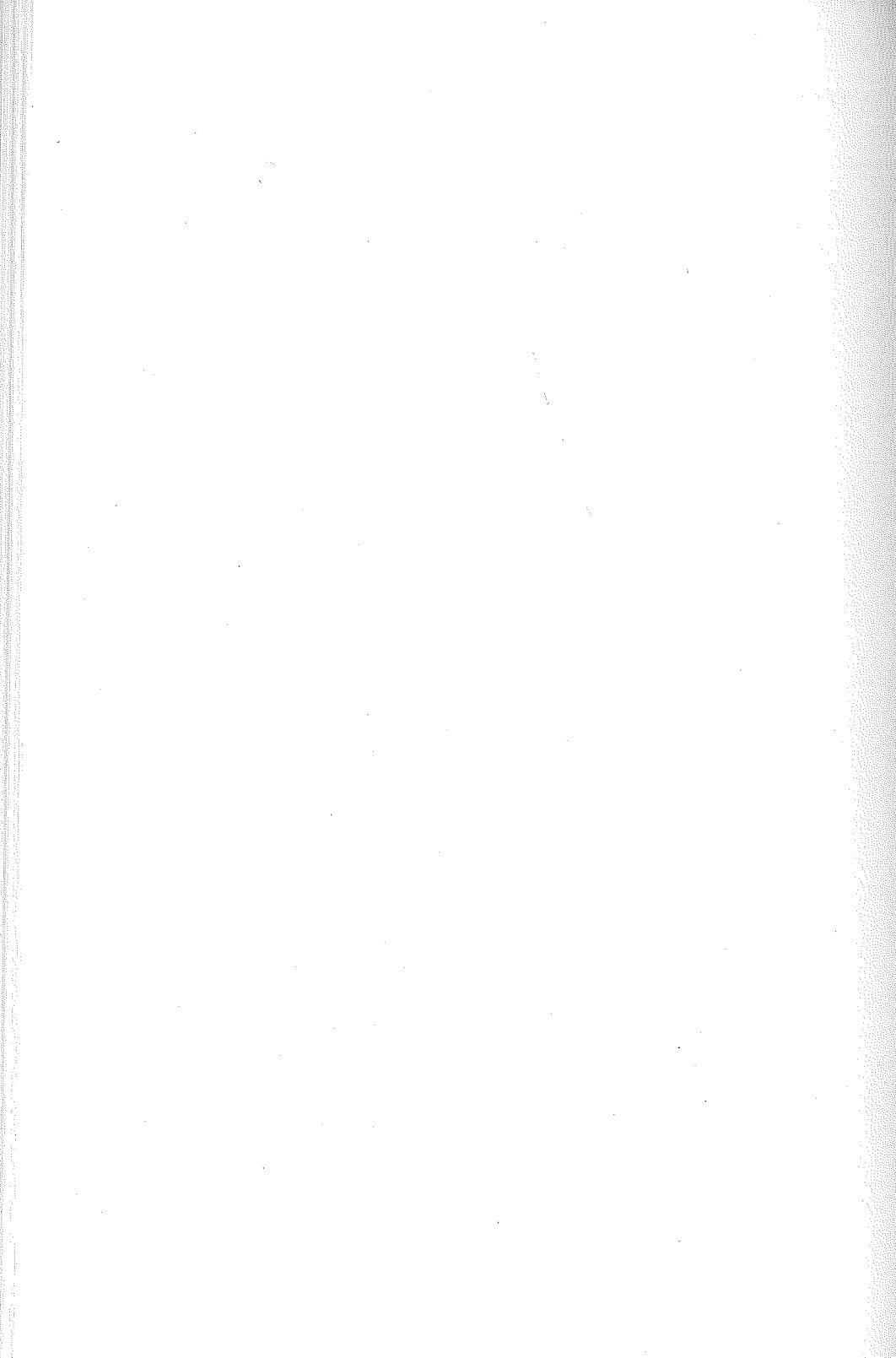
Bienaventurados los que nacieren cuando la instrucción de la mujer esté convenientemente difundida. Porque derivarán del seno materno toda la fuerza de alimentación de que es capaz. ¡La savia de la vida, la miel de los afectos sociales, y el resistente granito de la conciencia!

Como siempre, tu amigo

G. F. D.

P. D. —Se me olvidaba participarte que un buen número de niñas, que citan a Eloísa para decir que la instrucción depura

y no mata las afectividades, se han propuesto alejar lo peligroso de su primavera concurriendo en las aulas a estudios hondísimos. Quiere decir, que mientras tú te entretienes en demostrar que no son de nuestra misma pasta, ellas han cortado por lo sano. ¡Conque figúrate!...



27 DE FEBRERO¹

Ya extinguidas las odiosas rivalidades próximas; ya lograda la presuntuosa ambición filial de recoger prematuramente la herencia de los padres; llegada ya, como siempre tardía, la ocasión de las reparaciones justicieras, continúase hoy lo iniciado ayer; y el ilustre muerto en el destierro y el grandioso mártir en el suelo de su patria, resucitan al fin y para siempre en el agradecido corazón de sus conciudadanos.

Orgullosos de ellos, a ellos se consagra esta fiesta: satisfechos de su levantado pensamiento, por ellos son estas satisfacciones: regocijados con lo que sólo sus valientes esfuerzos alcanzaron, a ellos se deben estos públicos regocijos. No a los dos solamente; que la justicia, si ha llegado a deshora, llega completa, y la conciencia nacional no consiente anónimos ni en la obra varonil de la independencia ni en el robusto trabajo de la restauración. Con laudable y amoroso empeño se inquieren sus nombres. Del seno del pasado van saliendo, y por la calidad de sus hechos ocupando el cielo de la Patria. Son tan pocos, que en un pequeño catálogo se contienen; pero por eso mismo, son monumentales. Su historia, siendo nueva, corre en todos los labios como narración tradicional, y su amor fluye en todos los corazones. Es por eso que no se comprende por qué en el progreso y perfección de la obra no ha de estar vinculada la

1. Publicado en *La Crónica*, No. 357, Santo Domingo, R. D., 16 de febrero de 1886.

gratitud de los libres por la eficacia de la voluntad de aquellos magnos patriotas; es por eso que no se explica cómo después de cuarenta y dos años de vida independiente, que son en la vida individual edad madura, nos encontremos aún en el punto de partida.

Tal como recibimos la Patria, así la tenemos. Y quién sabe si en las arterias de su organización no han echado más bien raíces algunas semillas funestas!

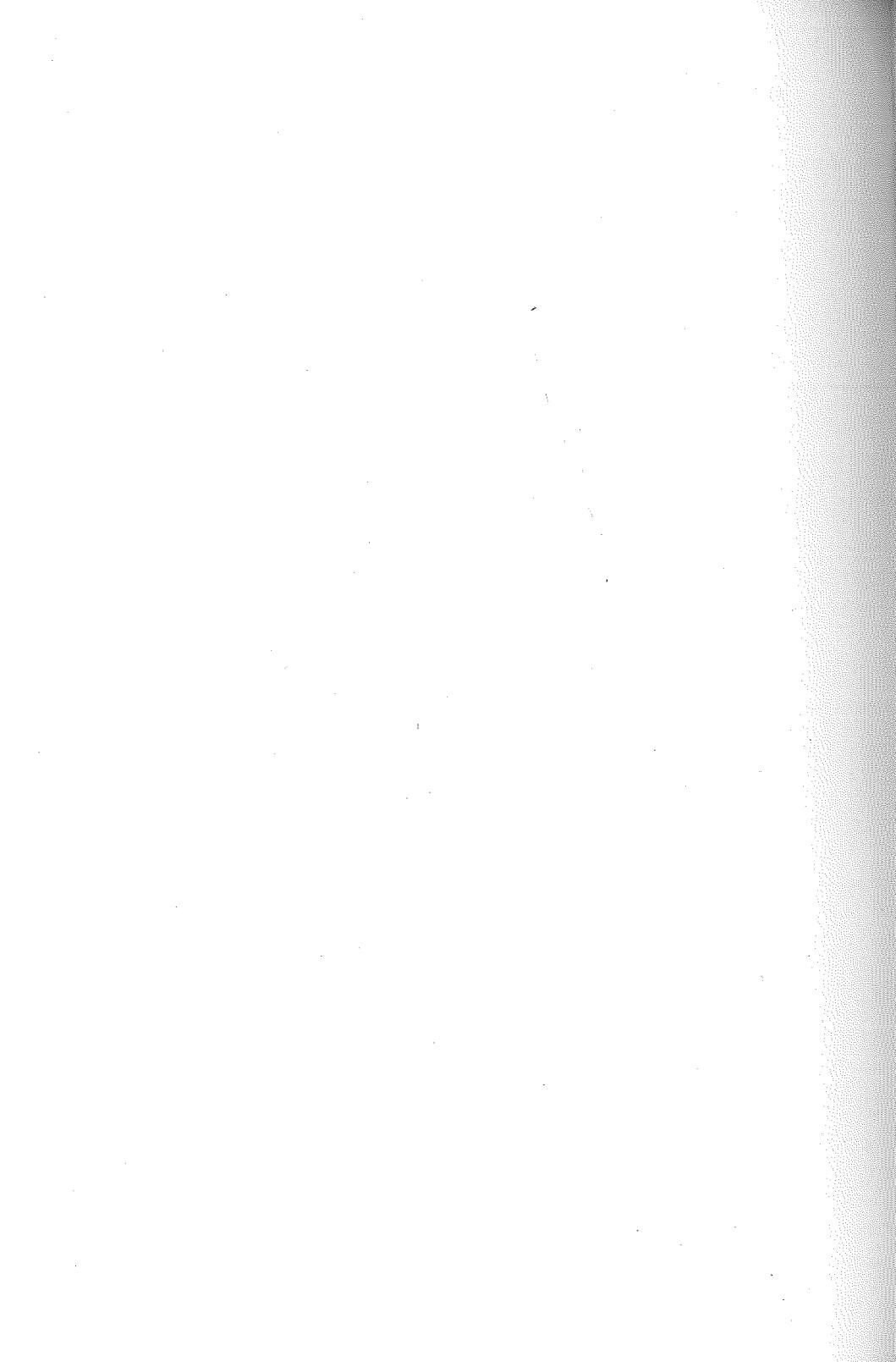
Después de aquella lujosa alborada, cuyo aniversario es hoy; en vista de la tierra exuberante que es regocijo de la agricultura; con conocimiento de la sencillez de las costumbres, que es garantía de las virtudes domésticas y sociales; examinadas las direcciones del carácter nacional, propias a la hospitalidad hasta la distinción, lo que equivale a ventajas y facilidades para el negocio de los intereses y el comercio de las ideas; nuestros mayores, como Dios cuando hizo la luz, debieron pensar que, habiendo sido precisa, era además buena la hechura de la Patria. Y sin embargo, los frutos que de ello era de esperarse, aún no han madurado.

No es ésta la oportunidad de remover toda la vergüenza que existe a nuestras espaldas: el pasado, bien que abundantísimo en dolores, al cabo pasó. Delante nos espera el porvenir, y está con nosotros el presente que ha de hacerlo. Muy pocos que vigilan, mientras se duerme la multitud en sueño torpe: muy escaso número que se desvela por los diversos intereses de la nación, contra una muy crecida y vergonzante cifra, helada para cualquier género de intereses, o ardorosa en sus intereses egoístas; unos cuantos voceros de la enseñanza, e innumerables dificultades y desencauzamientos para las escuelas establecidas. Con tales guarismos en la cuenta del futuro, es muy natural que en el alma que siente, en el espíritu donde esté despierto el pensamiento, los festejos de los días de la Patria, produzcan algo muy semejante a una infinita desolación.

Y eso, que en el centro de esa amalgama, en que el quietismo triunfa, las ruidosas manifestaciones y el calor del entusiasmo están muy en su lugar. Son saludables. Como perfume de virtud que se esparce a los cuatro vientos. Son como río, que encenagado en su curso, se vuelve a las puras linfas de sus fuentes. Como libertad y adelantamiento e impulsos generosos que, extraviados y oscurecidos durante se desarrollan, se entroncan

en sus naturales raíces, y vuelven a los inmortales genitores de la propia nacionalidad para purificar lo que se hizo impuro y avivar lo que se tornó lánguido.

Aunque es indudable que más fecundos que el entusiasmo son los dolores y las punzantes angustias de la conciencia solitaria.



UNA FIESTA ESCOLAR EN VILLA DUARTE¹

Sobranceros provisionalmente de tiempo, y aprovechando la tarde clara del domingo pasado, nos encontramos por accidente en la primera distribución de premios que ha visto la reciente Villa Duarte, y que no vio el extinto Cantón Pajariteño.

A haber sabido de los exámenes previos, hubiéramos concurrido también; no a disfrutar únicamente del placer tan inapreciable como puro de palpar el brote de las ideas definidas, en los cerebros infantiles; sino además a ver de cerca cómo acciona, para hacer juicio de cómo reaccionará la mañana del porvenir, la fuerza de la instrucción fuera de los muros de esta capital. Tomando lenguas, hemos sabido que relativamente a las materias que se cursan, y que son las rudimentarias de toda educación, los exámenes han sido satisfactorios, y que el modesto profesor señor J. B. Montolío y Germán está complacido de que sus esfuerzos y su dedicación no cayeran en terreno estéril; porque aquellos muchachos discípulos suyos, aquel embrión de humanidad, está lleno de elementos de vida. Circunstancia nada nueva, cuando se sabe que en esta republiquita, patria nuestra, la vegetación y el talento son espontáneos.

Para que el maestro, dignísimo principalmente por ser tal; para que el minero silencioso de la mina del bien; para que el factor de porvenir, sin alardes de serlo y quién sabe sin sospe-

1. Publicado en *Boletín del Comercio*, No. 335, Santo Domingo, R. D., 15 de agosto de 1890.

chas de que está siéndolo, sepa que tiene testigos de su obra; no para que se estimule, que el estímulo lo lleva toda conciencia en sí, es que le hacemos sonar aquí donde todo resuena, por desautorizado que sea quien lleve la palabra.

Para que el apreciable caballero Presidente del Ayuntamiento villaduarteño se complazca en ver que ha habido quien tome nota de sus francas, calurosas y nobles promesas, recordamos aquí que ofreció apoyar, atender y facilitar facilidades de progreso a la instrucción comunal.

Nunca podrá decirse más merecidamente que en este caso: ¡bien por ellos!

La fiesta escolar, el remate, refrigerante como el aura, placentero como sombra de voluminoso y compacto árbol de mango en calores estivales; la corona de aquellos santos trabajos, fue lo que vimos, y lo que necesita para estar bien contado, mejor narrador y más pintoresca pluma. ¡Vayan datos!

A través de las goteras de un bohío, muy limpio, eso sí, se colaba el sol y alumbraba un escritorio de pino blanco, más tarde; cómo trabaja, para presentir cómo obrará en un mapita de las dos Américas, que por dibujado aquí nos pareció risueño, y un recinto estrecho, angostado más por la concurrencia numerosa, relativamente, que acudió a la novedad del suceso. Allí estaba pasando algo muy semejante a una alborada; pero curioseado por un sol más intruso de lo que aprovechaba. Vendría de molde, si no fuera cursi, decir que no parecía sino que tenía fruición de espaciarse en horizontes para él nuevos; gusto en mezclar su luz a los reflejos de aquel oculto chisporroteo de frentes infantiles donde empezaba a quemarse la sangre, encendida por la curiosidad de conocer.

Cuadernos de caligrafía, historias y cartillas científicas, como premios de la escuela; y otras obritas de sustancia, como dedicación de algunos de los concurrentes a los exámenes a determinados alumnos, llenaron el momento de la distribución, tan serio como lleno de palabras sólidas, tan original cuanto improvisado. Después dijo el maestro lo que le competía decir, de *impromptu* y bien dicho, mejor y más sanamente pensado que si se hubiera detenido a hacerlo.

Después, con Gramática, o sin ella, habló todo el que no era mudo; y se dijeron cosas muy buenas, aunque en toda ocasión no fueran bien dichas.

Después hicieron los muchachos sus primeras armas. Y baste para decir cómo lo hicieron la añadidura de que no esperábamos tanto de ellos.

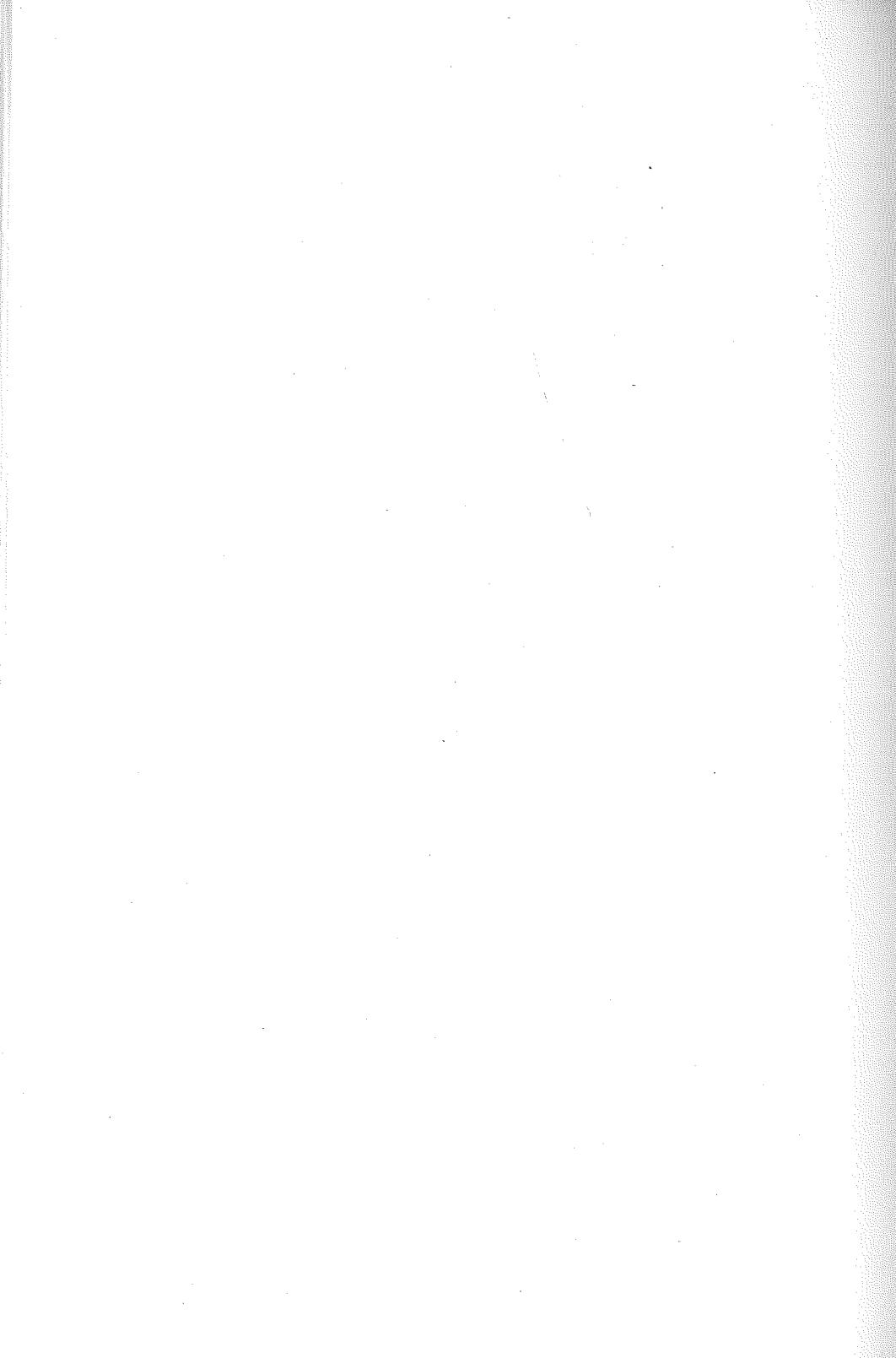
Y como que ya el sol se ocultaba entre nubes muy occidentales, quizás pesaroso de no haberlo visto todo; como que después de tarde tan virtuosísimamente aprovechada nos sorprendía la noche fuera de nuestros respectivos hogares; apresuramos el instante de las expansiones íntimas, de las risas sin trabas, de las conversaciones sin parlamento, y salimos por grupos de aquella humilde, modesta, pero eclesiástica construcción (en lo sano del objetivo).

¡Vaya Dios a saber lo que cada uno pensaba!...

Nosotros teníamos entre ambas cejas un pensamiento, una bendición que nos ponía la gran entraña tan extensa como el trazo de panorama crepuscular desarrollado entonces ante nuestros ojos, el pedazo de playa, interrumpido por ceiba, cargada de algodones, del *otro lado*; limitado por las ondas orientales, sonantes a lluvias del Ozama, y acabado en un fondo lleno de mástiles y banderas en la orilla occidental.

Sin obligación de dejarlo en el fondo del tintero, he aquí lo que decíamos:

Bendita, bendita sea la escuela, no importa si rudimentaria o diminuta; porque ella tal vez no forme guerreros Aníbales, mentecatos Césares, ambiciosos Napoleones; pero ha formado portentosos Washingtons, magos Edisons y santos Padres Billinis!



NECROLOGÍAS Y SEMBLANZAS¹JUAN DE DIOS MUESES²
(Necrología)

Fue un viejo nuestro; con una amistad hecha sólida desde la edad frívola, y nunca alterada; como no fuese en el sentido de hacerse cada vez más estrecha. Le vimos unas dos veces durante sus últimas congojas, y no quisimos verle más: sospechábamos que iba pronto a abandonar su puesto.

Y lo abandonó en efecto, rindiéndose a la finalidad de lo que nace, pero sucumbió prematuramente.

Había sido un batallador incansable en la lucha por la vida. A dondequiera que le reclamaba el trabajo, allá se iba; con las molestias de una constitución enfermiza, pero con la fuerza de una voluntad de hierro. Y es que era nativamente bueno; de los que vienen a ser en el hogar, calor, en el compañerismo, ayuda; en la amistad, nudo; y en la sociedad, potencia.

Y aún continúa siéndolo el ausente amigo, por más que la tierra cubra sus despojos. Eso magnífico nos queda de los buenos. Se van, se van; y detrás de ellos abre la virtud un surco luminoso, para estimular nuestras sanas decisiones; y desarrolla la melancolía un afecto apacible, para vivificar nuestras nobles energías.

¡Feliz él por cuanto de él puede afirmarse con verdad lo que afirmamos! ¡Y desdichado él por cuanto, siendo de los elegidos

1. Todos están en *Página olvidadas*, Ob. cit. Aquí se ponen en orden cronológico.
2. Publicado en *El Teléfono*, No. 266, Santo Domingo, R. D., 29 de abril de 1888.

para la santa jornada del deber, cayendo en flor, no acabó de rendirla!

Los que sentimos cuán hondamente nos ha afligido su muerte anticipada; los que hemos palpado el frío que por su partida está haciendo en el hogar que abandonó para siempre, no nos atrevemos a hacer llegar hasta su apenada familia las frases de ese consuelo común que con frecuencia desconsuela.

Las aflicciones íntimas exigen espacio' antes que nada; y haciendo llorosos los ojos, o fulgurantes como señal de llanto interior, hacen de la imprescindible necesidad, deber; y se consuelan a sí mismas, exclamando: ¡hay que resignarse! ¡hay que resignarse!

RAMÓN MARÍA PICHARDO¹

Le asaltó la tribulación, como en la leyenda a Job. Éste, señor de numerosos ganados, tronco de una venturosa familia, oráculo de su pueblo, dueño de una salud de diamante; perdidos los primeros, bendijo a Dios; deshechas prole y ascendiente, también le bendijo; invadido por una enfermedad maldita, y hostigado por aquellos tres enemistosos amigos que, en igualdad de caso, representan la sociedad de todos los tiempos, hubo un minuto en que el patriarca blasfemó!

El que acaba de abandonar la vida, conocido nuestro de no hace mucho, y amigo nuestro desde que le conocimos, fue también azotado por la desgracia: por una desgracia semejante a la que hizo blasfemar al patriarca de la Idumea.

¡Y en qué sazón!...

Cuando rayando para él orto de la adolescencia, y con las varoniles energías que posteriormente demostró, llegó a considerarse a sí mismo como piedra angular de aquel hogar reducido de que era único hijo; ¡hogar hoy hueco y todo lleno de sollozos!

No es de todos, no es de todos, ni en aquella edad ni con aquellos propósitos, doblar la cabeza y dejar camino a la resignación. Pues nuestro amigo en vida y muerte, Ramón María Pichardo, hizo más: irguió la cabeza y no se acordó de que había estado sano en tiempo alguno.

1. Publicado en *El Teléfono*, No. 277, Santo Domingo, R. D., 15 de julio de 1888.

¡Hasta debió sonreírse!...

¿Cuál es en este planeta aquel hombre exento de tribulación?...

Quién es aquel que pueda exclamar: ¡el huracán me respetó!... ¡Lo único que puede afirmarse es que nadie compra la calamidad!...

Estas ideas, rayanas en bíblicas, debieron condensarse en el alma eminentemente social de nuestro amigo; y con estas ideas, y con un afecto sin límites hacia todos, su alma se esparció. Sabiendo lo que le esperaba de la sociedad, no se desesperó nunca; buscaba las excepciones. Y sea dicho para consuelo de los que le tratamos íntimamente: las encontró pronto.

¡Por eso estuvo siempre tan risueño!... ¡Por eso, hasta era candoroso!... ¡Por eso nos hablaba rotamente de todo, mientras de todo le hablábamos rotamente la media docena que con él nos espaciábamos, mientras él se espaciaba con nosotros!...

El que le haya oído blasfemar, que lo diga; y será probablemente desmentido. ¡Si con la confianza de sanar tarde o temprano, hasta pensaba en estudios frívolos y divertidos!...

Esa esperanza es demostración de fuerza de voluntad. Y es demostración de fuerza humana la velada que con él pasamos tres días antes de su muerte. Departíamos solos: su hoy afligidísima madre, creyendo, y creyendo bien, que estaba amigable y amistosamente acompañado, nos abandonó discretamente. Apoyando afirmaciones propias y respondiendo a confidencias íntimas, Ramón me dijo: "y es mi deseo, y mi gozo, en verlos a todos bien encaminados!" Esto hace su mayor elogio. Y de esta espontaneidad de su buen deseo, hacemos afirmación cumplida cuantos le conocimos a fondo.

Menos afortunado que el patriarca de la Idumea, afligido por la tribulación, murió en el seno de ella.

Pero, contrastando con un antiguo proverbio (*mens sana in corpore sano*), como en el varón de la Idumea, su carne enferma nada pudo jamás contra su mente sanísima; y, como el varón de la Idumea, al dormirse para siempre, se durmió con el sueño de los justos: ¡Perdure en paz el recuerdo de sus generosas calidades!...

EL PADRE BILLINI¹

...Ya duerme ante el altar mayor de su iglesia el grande humano. Ya descansa el infatigable y está inerte la actividad más portentosa que ha visto la Patria.

Ahora pueden exclamar los desamparados: ¡estamos solos! Ahora pueden murmurar los ávidos de emulación y progreso: ¡estamos desorientadas! Ahora pueden decir los corazones agradecidos y las almas nobles: ¡estamos tristes!...

Ahora la reflexión, la reflexión obligada, ha de responder a esta pregunta que maquinalmente formula un millar de labios: ¿pero es cierto?... No lo parece todavía, y se palpa sin embargo el insondable vacío que estaba lleno por aquella alma inmensa; todavía no lo parece, y hasta se necesita del porvenir para apreciar con toda su dolorosa densidad la gran desgracia que ha caído sobre la Patria, y la imponderable pérdida, que acaban de experimentar, tanto ella como la causa humana universal.

Hoy, a pesar del llanto que ha rociado su tumba recién abierta, no se le ha llorado como se le llorará mañana; porque al presente dura aún el calor por él impreso a sus postreros arrojos progresistas, y están estampadas sus últimas huellas en los senderos por donde solía ir a consolar el infortunio.

Y ¿quién para sustituirle?... ¿a dónde más aquel concebir y hacer milagros?... ¿en qué hombres solo aquella multiplicidad

1. Publicado en *El Padre Billini, Colección de artículos y poesías...*, Santo Domingo, R. D., 1910, p. 51.

de empresas, al mayor servicio del bien, llevadas a término contra el viento de las dificultades?... ¿en cuál carácter tal amalgama de varonil vehemencia, y de regocijos infantiles como vuelos de pájaros?... En él solamente, porque ésa era privilegiada naturaleza de él sólo. ¡Hay motivos ante tamaña ruina para que estemos traspasados de congoja!

Quisiéramos recordar las hazañas realizadas en provecho de lo grande y bueno, por aquel verdadero héroe; quisiéramos espaciarnos detallando cuanto ha hecho y cómo lo ha hecho en servicio desinteresado de cada uno y de todos; quisiéramos desarrollar como en un lienzo los pasajes de su abnegación sublime y su desprendimiento sin límites; pero la ocasión se nos niega, el espacio se nos cierra, y subsiste sola y única en nosotros una profunda pesadumbre.

Pensamos para consolarnos: así como a la disolución de las carnes resiste la duración de los huesos, al silencio eterno del Padre, resiste la eternidad de su magnífico ejemplo; a la inercia de la mente del Padre, resiste la eternidad de sus grandiosas ideas. Y eso que decimos para consolarnos, nos apena más, porque nos pone frente a frente la funesta realidad de tu tumba!

Sin otro anhelo que el de encerrarnos en nuestro sentimiento, sin poder para otra cosa, hagamos lo que, dignos de sí mismos y de la conciencia humana, han hecho nuestros conciudadanos: jarrojemos a la fosa del Padre una corona de flores y una bendición empapada en lágrimas!...

EL CORONEL ALFONSECA¹ (Apuntes seudo-biográficos)

I

Porque era un gran instrumentista y un notable instrumentador, deleite y regocijo, pasmo e insaciabilidad de quienes no nos cansábamos de oírle deslizarse y tronar, con arrullos dulcísimos a veces, con retozonas fermatas en ocasiones, con estridor guerrero cuando hacía al caso, haciendo hablar al clarinete en todas ocasiones; y sobre todo cuando lo que ejecutaba era suyo, por eso será siempre recordado el que se llamó el Coronel Alfonseca. Pero yo le recuerdo además porque para mí está unida su memoria a la de los primeros pantalones que me puse. Orondo con ellos, habiéndolos paseado todo el día, quise aún exhibirlos por la noche, y di con toda mi infantil vanidad en la única retreta que hasta entonces había visto, por cierto una de las mejores que me haya sido dado oír.

Allí, debajo de la casa consistorial, haciendo punto céntrico de unos destenidos atriles, sustentadores de escasas y mezquinísimas candilejas, cuya miserable luz enlobreguecía más la entonces enyerbada y fúnebre plaza de la catedral; rodeado de sus subalternos los lectores de música instrumental;

1. Publicado con el seudónimo de Q. Nubarrón, en *El Cable*, San Pedro de Macorís, R. D., 1893, y en *Letras y Ciencias*, Nos. 31 y 32, Santo Domingo, R. D., 15 de junio y 1 de julio de 1893.

ceñidos éstos a su vez por no más de una docena de curiosos masculinos; encerrado en esa doble faja, que entonces se me antojó jaula, y después ceñidor de planeta, estaba el coronel. Ni el Presidente Ventura en su caballo ni cura ninguno en su púlpito me habían impresionado con la vehemente impresión que en mí produjo aquel ya anciano, peludo y severo jefe de la banda. A las ideas que entonces me tenía formadas de las dignidades del mundo, aquel hombre era un príncipe, un emperador, un rey. Presentimiento sin duda, pues con él empezó y hasta hoy se ha extinguido en él la dinastía de los grandes músicos nacionales.

¿Por qué no goza a la fecha de fama universal y no brilla a la par de un Rossini; sí, de un Rossini?... Porque nació, creció y la pasión política de sus coterráneos le dejó vegetar y morir en Santo Domingo. Esa entre nosotros música celestial de la política no podía ocuparse de otras músicas.

Allí donde columbré al coronel por la vez primera, de cierto que no se podía ser más absolutamente autoritario.

No recuerdo si garrote o coco-macaco, creo que esto, pero el coronel lo enarbolaba como un cetro: al primer pifiazo, de dondequiera que partiese (aquel oído no se equivocaba fácilmente), un batazo sobre el atril del pifiador; a las no sé cuántas pifias de cada quien, concluida la retreta, se hacia ejemplar venganza de la música ultrajada, llevando al reo al calabozo. ¡Nada! ¡Que muy bien hecho! ¡Lo había dispuesto el coronel! ¡Porque su banda, sobre respetarle, le quería; condición ¡ay! no común respecto a reyes y emperadores.

Después le vi en todas partes; como que su clarinete y las piezas que él componía me sacaban de quicio! En las puertas de los templos, donde, alternando con los repiques y las detonaciones, melancolizaba o reía o se cernía sobre las estrellas o resbalaba como la onda el sonido de su instrumento favorito. Vi a muchos, y antes a él, temblar de emoción en ciertas veces, cuando el coronel, enteramente inspirado, traspasaba su naturaleza armónica al instrumento, y lo magnamente sentido y soberbiamente expresado, magnetizaba al concurso. Con qué envidia de los que se quedaban no me recogía yo obedeciendo a las imposiciones de poca edad, quejoso de los destellos melódicos y de las armonías deslumbradas en que iba a rebosar baile que él tocase. Una vez iba delante de él un niño con su

violoncello para una misa, y la imaginación me lo identificó con el tal instrumento (¡verdad que era corpulento y rechoncho el coronel!); pero no fue por eso, sino porque me pareció que aquel hombre era "órgano dormido de todas las armonías! lo mismo que el violoncello que le llevaba el niño.

Después que un somero estudio del arte musical, y un hábito de sentir con toda intensidad y con decidido *dilettantismo* las más famosas concepciones de los grandes maestros, me permitieron afirmarme de que mis nervios se encontraban templados a punto de recibir la verdadera música, no he extrañado nada que el coronel ejecutase tan bien. ¡El coronel era una plena naturaleza artística y el país malogró en él a un gran maestro! Creo más: si sus estudios le hubieran llevado, o mejor dicho, si su vocación se hubiese podido torcer con toda su nativa pujanza del lado de las letras, habría sido un altísimo poeta, tanto más alto cuanto genuinamente nacional. Creo más: que no pudiendo producirse en buenos versos, dijo en música, con la exacta fisonomía artística del país, lo que jamás ha dicho rimador ni prosista nacional ninguno. Y aún hay más: las composiciones musicales del coronel siempre se basaron en coplas hechas por él mismo, que no llegarían a versos, pero que se pasaban de verdades.

De Beranger y Víctor Hugo, ¿cuál te es más simpático, lector?...

Víctor Hugo entra con su poderosa imaginación en los tiempos fabulosos, y es tan silfo como el que más: tan gigante como Anteo; tan diablo como Satanás: discurre por las tortuosas encrucijadas de la Edad Media, y no hay paladín ni cruzado que se le gane: vive en los tiempos modernos, y disuelve su espíritu de manera tal en la humanidad contemporánea que llega a ser intangible, impalpable y etéreo. Beranger agarra una época, mejor dicho, la época revolucionaria le agarra a él; se encarna en su espíritu y le hace representación viva de su pueblo. Tan imperialista como en la *Journée de Waterloo* y tan independiente que se ve obligado a ser respecto a la principal sustentación y base de la monarquía en la canción de *Turlupin* y en la del nacimiento de *Rabelais* y en la enérgica de *Atila*. Víctor Hugo quiere hacerse de un estilo especial y retumba en metáforas y se excede en montañosas antítesis y oceánicas paradojas. Beranger solamente toma el trabajo de ponerse los guantes para lanzar el

dardo de la más fina ironía francesa en el más corriente estilo parisien posible. Todo ha sabido serlo literariamente Víctor Hugo, menos francés. Beranger, en cambio, ha sabido hacernos simpática esa Francia de la veleidad, de la corrupción femenina y de los escándalos de Panamá.

Pues a Beranger se parece el coronel. En la comparación posible como compositor de música, bien entendido!

II

No es necesario ser zahorí ni haberlo nacido, para —a poca dedicación de vista, oído y entendimiento— enterarse uno de que el genuino carácter nacional tira a la sátira: inofensiva o socarrona; intencional o hiriente, pero sátira al cabo. A ello predisponen la cortedad de los lugares, en que la murmuración —gran cuchilla— hace el gasto cotidiano; la bravura semi-africana de los nacionales, tendiente a desafíos de palabras y obras; y los refranes hijos de ambas circunstancias, profundamente ocurridos y expresados en prosa pedestre. Se dan ejemplos de asonantes; v. g.: detúvose un extranjero a promedios de un camino real, para saber en qué paraba la canción de un campesino que estaba talando monte adentro, y que invariable cantaba:

*La primera amapola
que vino al mundo...*

Pepe Cándido sabe en lo que paró esa primera amapola, y tiene que sonreírse cuando lea esto, completando la otra mitad de la copla asonante; que no puede transcribirse con toda su desenfadada integridad, en honor de aquellos lectores a quienes escandalizan ciertas palabras, que ello no obstante acoge el diccionario, y son de uso corriente y moliente.

Pues... “la primera amapola”..., es decir, la fisonomía artística del país, tiene la grandísima ventaja de no ser completa. Estúdiese en el campo, en el puesto cantonal o la común o la cabecera de provincia; es dondequiera *eminently* satírica; y está puesto ese adverbio, porque es cierto que nada hay más cargado de imagen e intención que la manera en que se deter-

mina a sí misma aquella fisonomía. Se dan también ejemplos de consonantes; v. g.: hablando de uno que aparenta teneres, suele decir el campesino maliciosamente: "sapo y ratón animales son". Con lo que está partido por el eje el aludido, de quien quieren decir que no tiene nada. No hay que dejar el hilo de estos renglones para demostrar —con los de la prosa rala— del humor satírico del país; aunque pudieran citarse edificaciones como éstas: *¿Presumes que porque el perro tiene cuatro patas, anda cuatro caminos a la vez? ¡No tiene el maco para camisa, y compra corbata! ¡A ninguna gallina le pesan sus plumas! ¿Te crees que porque las chivas defecan bolitas son confiteras?...* Y así de otros.

Sin especial observación de tal materia, dominicano porque lo era y porque en él se encarnó el país, no ha habido representante más conspicuo del mismo que el coronel Alfonseca. José Joaquín, con laudable dedicación intelectual, amén de su temperamento artístico, nos ha dado un reflejo bastante pálido de los indios. Salomé, con pujanza varonil y estro amenísimo, ha apostrofado al ser abstracto de nombre Patria; don Manuel (Galván) ha bordado en plata y oro el recinto de Jaragua; Penson, sin propósito determinado, ha escrito muy bien un no muy corto número de "causas célebres", es decir, de tradiciones criminales; don Goyo (el que más ha podido acercarse al coronel) ha venido a hacerlo recientemente con "Antoñita". El coronel Alfonseca ha retratado en música —¡tamaño retrato!— a los dominicanos, desde la emancipación hasta sus tiempos: mejor, ¡hasta los presentes!

No hay que recordar, puesto que aún gozan de salud y vida los causa-habientes, aquellas sátiras musicales que el coronel descerrajaba sin compasión contra el comerciante quebrado, el amante necio y el esposo Juan Lanas. Son bastante cursis para que se traigan *ad narrandum*, las improvisaciones musicales acerca de unos hurtados pastelillos y de una duda pagana, tocante a las cabezas de baile determinado; aun cuando la música del maestro para semejantes circunstancias sea lozanísima, epigramática, retozona y risueña.

Se llegó a poner el faro *refractario de Corton*, y el maestro permaneció mudo. Púsose un restaurante, o *restaurador* frente al faro. Y él no decía: ¡que les vaya bien, chinitos!; se pusieron guardias al faro, y las doncellas casaderas y la población en

general hicieron de aquel recinto su paseo. ¡Pues el clarinete del maestro, en su caja!

Se retiraron los guardias; cerróse el casino; emigró la concurrencia. ¡Aquí del coronel! *sacó* una danza agrícola, cuyos compases decían:

"¡oh instabilidad de las cosas humanas!"...

Pero él le había puesto unas coplas que principiaban: "ya el faro se acabó" ... ¡El eminentísimo músico-poeta nacional aprovechaba el momento de la sátira! ...

Púsose a circulación el ruinoso papel moneda. Como que al principio llegó a gozar de algún crédito, el gran músico puso en solfa con *La Mangulina* los errores de aceptar un tan mentecato quanto irresponsable papel mojado. Llegó el papel a ínfimo precio —cómo no había de llegar—, y el maestro hizo la gran burla en el vals, cuya letra dice: "el que no tiene mil pesos no baila" ...

¡Ya se sabe! ¡Mil equivalente a uno!

Deben ser de él, porque están en carácter, y a él se le achacan aquellos movimientos musicales contra la España, muy alegres y esperanzados, que empiezan:

Mamita, aquí está el mondongo...

Y es positivamente de él aquella danza (o danzón que dicen en Cuba) *Boca Canasta*, lugar que conozco por la música del maestro y que debe ser muy poético, pues en las notas del coronel se desborda un océano de poesía...

No quiero, aunque puedo, llevar más lejos estos apuntes.

¿Por qué los he escrito?

1º. Porque no recuerdo que nadie los haya trazado antes.

2º. Porque son a raíz de un tarareo de las piezas del maestro; y

3º. Porque su memoria está unida a la de los primeros pantalones que me puse.

Mi único sentimiento es el de que estos renglones no sean ni tan alegres y triscones como la música del coronel, ni tan severos como su carácter.

JOSÉ GABRIEL GARCÍA¹

Con el intenso placer de quien asiste a una solemnidad de su agrado, acudo al llamamiento de *El Cable*, y formo humilde número en esta manifestación donde se mueven el afecto, la veneración y la justicia en honor de una gloria particularmente nuestra; de un vigoroso obrero intelectual, cuyos materiales lo mismo que sus propósitos, lo mismo que su afanosa labor, han sido de la más pura y concentrada nacionalidad.

Creo que este periódico lo que hace en sustancia es separar el oro de la escoria; dando de lado a las ciegas pequeñeces, vagas pretericiones y mal encaminados prejuicios con que suelen los contemporáneos apreciar a los contemporáneos y eligiendo de los sentimientos que están en la conciencia de todos, aquéllos efusivos y generosos, desviados amablemente hacia la bendición y el aplauso. Anticipo recabado por los presentes a la firme sanción de venideros, y hecho de gallarda ecuanimidad, que si no se cumple entre nosotros por vez primera, se cumple una vez más; galardonado siquiera con la buena intención, la mejor obra de nuestro historiador don José Gabriel García.

1. Publicado en *El Cable*, San Pedro de Macorís, R. D., 24 de noviembre de 1896, y en *El Teléfono*, No. 1019, Santo Domingo, R. D., 5 de diciembre de 1896. Rep. en *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, No. 48, Santo Domingo, R. D., 29 de junio de 1913, pp. 656-658, en la sección "De los maestros", y en Rodríguez Demorizi, Emilio. "Gastón Deligne prosista", en *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 14 de noviembre de 1938.

De ninguno como de él ha podido invocarse con mayor latitud el cariñoso posesivo *nuestro*. Dominicano de nacimiento, dominicano por educación, parte activa en las primeras cosas dominicanas, con mano y autoridad en los negocios de la República, representante oficial de la misma; nos pertenece en cuerpo y alma; es factor integrante de la región donde al cabo reposó la independencia hacia el año cuarenta y cuatro de la presente centuria. Y como si hubiera de arraigarse con todas las fibras del espíritu en la amplitud de la conciencia regional, el sano regionalismo puso en su más sano cerebro el instinto de investigación, la acuciosa actividad, la metódica paciencia, la inspirada evocación; y con ellas miró, sondeó, anduvo, insufló en el pasado, surgiendo con la presea de su victoria, que es la estrecha narración de lo acontecido en tierra dominicana.

Aseverar que ha escrito esa historia, sería inexacto; ha hecho más que escribirla, casi la ha creado. Después de la luctuosa conquista, de cuyas trágicas peripecias hicieron confidencias a la posteridad los cronistas de Indias, Oviedo y Herrera; y cuyo derecho fue vivamente discutido en obra imperecedera por el inmortal Las Casas, ¿qué libro acogió, ordenó y eslabonó los atropellados acontecimientos que se desplomaron, de ordinario como una calamidad, sobre esta Isla Española? Cedido el corto perímetro de Boyá al luchador Guarocuya con sus mermadísimas huestes, e implícita en la capacidad de ceder la absoluta soberanía de España, ¿qué fraile, cuál escritor siguió paso a paso las palpitaciones evolutivas de la tierna colonia? Vuelta como un predio urbano de la metrópoli, nada contaba al mundo de sí misma; y el mundo no se ocupaba de su existencia sino para invadirla, o entrarla, o bombardearla; vengando en cabezas de impersonales colonos sus piques y diferencias con ambas Castillas. Si en el interior colonial, ninguna tendencia y aspiración no común al soñoliento patriarcado, ¡cuántas y qué variadas enseñanzas en cambio con los azotes que venían de fuera a galvanizar todas sus energías, a conmover todos sus sentimientos, a herir todas sus hebras sociales, como venían los ciclones del golfo mejicano a sacudir sus selvas, abatir sus construcciones y transformar sus plantíos! Escenario de tragedias iniciadas en Europa, ¡cuán enorme teatro de vicisitudes no fue la isla, y cuántos ejemplos de abnegación, valor, fidelidad, sufrimiento, heroicidad no dio al continente! Pero ni crónica

para relatarlos, ni romance para acogerlos, ni estudio para glosarlos. Menciones salteadas de escritores extranjeros, borrosos vestigios en litis peninsulares, avaricia de datos en representaciones coloniales; y a esto la relación interesante de lo consumado, la nómina circunstancial de la porción de humanidad actora, testigo o padecedora de tales disturbios, sacudidas y movimientos, todo disgregado o disperso en añalejos episcopales, efemérides de escribanos y juzgados civiles, diarios eclesiásticos, anales gubernativos... ¡Qué crepúsculo intelectual, pero qué crepúsculo vespertino!...

Ni de la era famosa por el recuerdo y arropada en luz por la tradición, nos queda la menor reliquia literaria. No parece sino que la escolástica, absorbiendo toda la ciencia, reventó con sus magníficas corrientes metafísicas y oleadas retóricas en los púlpitos de nuestras iglesias numerosas; desvaneciéndose por las holgadas naves de espuma de las hermosas palabras, a par de las nubes del incienso. Y así como del incienso evaporado queda un persistente perfume; aquella época dejó de sí su epitafio; aunque nada más que su epitafio. Mucha gloria, mucha ufanía con el informe de que se llegó a considerar nuestra tierra como un foco del saber en el Nuevo Mundo; pero estéril prestigio el que se asienta únicamente en la tradición y no está acreditado aun cuando sólo sea por modestas elucubraciones del espíritu! Sin duda que a tiempos de tanta sabiduría correspondió ejercitar las letras y las ciencias, vulgarizarlas y difundirlas por todo el país, y honrarle con ellas honrándose a sí propios. Para menor crédito de ese coloniaje, las letras no salieron de las aulas, las ciencias se confinaron en los seminarios, y la historia — entreverada en ambas— quedóse a dormir fragmentada en los archivos!

¡Y qué archivos!... Regalado cebo de polilla, juguete de la mudable atmósfera, vejamen del tiempo; y en esta Antilla, pudridero de la incuria y deleite de la profanación. No tanto porque así lo quisiera la proverbial apatía de los trópicos, cuanto porque así lo impusiera la febril movilidad de las circunstancias. Españoles primero; franceses más tarde; reganados para la metrópoli presto; factores luego de una alborada automática, tan breve que anocheció haitiana; advenidos al fin a la independencia, si no a la libertad, y que lo diga la anexión a España; restaurados, para instaurar el conocido juego de sube

y baja caudillos; con el mosquete, el fusil, el remington al hombro; la espada, el machete, el cuchillo a la cintura; ¡buenas ocasiones para organizar nada, mayormente archivos!...

Allá se estarían ellos consumiéndose y consumándose, si la vocación de don José Gabriel García no bajara a esa tiniebla, no afrontara esa confusión, para rescatar el pasado, allí cautivo y moribundo. Antecediéndole, otro animoso se había fatigado en parte con la ingratísima faena; y en la hipótesis de que el material que acopiará no se fuera para La Habana, que sí se fue; la revisión de ese material no implicaría sino acrecentamiento de labor para el obrero decidido a quien cabe la satisfacción de haber hecho públicas las transformaciones enérgicas de la vida nacional primero que ninguno. No se hace con esto paralelo, pero se trata de no ser inconsecuentes con la justicia.

Ambos, acometedores valientes de una empresa desalentadora; ambos beneméritos. Don Antonio Delmonte y Tejada y don José Gabriel García, siendo ambos a dos en la decoración de nuestros desprovistos anaqueles literarios, son ambos a dos en el alto hablar de nosotros faz a faz de los vecinos y lejanos que nos desconceptuaban; ambos a dos por lo mismo en la amorosa gratitud nuestra. Pero el último está más avanzado; ha redondeado su labor, y hasta ha hecho ampliaciones y amplificaciones de ella. Ninguna información, ningún aprendizaje, ningún dato en el señor Delmonte y Tejada que ya no hubiera suministrado su precursor cronológico, el libro antes impreso de don José Gabriel. Y mucha información, mucho aprendizaje, mucho dato, mucha justificación, en las obras del señor García únicamente contenidos.

Con ellas por delante, vuelto el espíritu de su viaje de somera inspección al desierto literario del pasado, ¡cuánto de paciencia, diligencia, actividad, concentración al trabajo no le relatan sus páginas! Para que esos virreyes, esos capitanes generales, esos togados, esos mitrados, esos libertadores, esos audaces marinos, esos presidentes, ese pueblo bullidor o apático, heroico o sufrido, desfilen por lenguas, generaciones, categorías, de frente al porvenir y en haces disciplinados, ¡qué fatigoso ordenamiento de papeles múltiples, contingentes de parroquias, municipios y gobiernos! ¡Qué grimosa tarea la de enlazar, aunar y encadenar tanto hilo disperso! Aquí cazando un informe, más allá una especie; haciendo hablar ora a los ancia-

nos, ya a los recuerdos, jadeando en pos de mutiladas y casi perdidas colecciones de periódicos: orillando inesperada laguna; desecharlo lo inútil, seleccionando lo importante, confrontando lo dudoso, pesando entre narraciones contradictorias de un mismo hecho la más arrimada a la verdad... ¡qué hazaña! Si su desempeño exige no menos que la dedicación de una vida entera, el señor don José Gabriel García no le ha regateado la abundante savia de la suya!

Y así como una caldera de vapor, ya anclado el buque, permanece vibrante toda, pareciendo que reclama nuevas actividades al movimiento que la impulsara; así nuestro historiador, rendida su tarea, pero exaltada su actividad, de la historia particular desprendió la individual, y nos hizo presente de unas cuantas biografías, trabajadas con predilección y cimentadas a conciencia. Para ellas reservó su particular manera de considerar los hechos; a ellas aplicó sus preferencias espirituales; en ellas se desquitó del silencio que como narrador se había impuesto, dejando intacta en su historia la virgen filosofía latente hasta en el episodio menos interesante.

Porque él ha sido relator estricto; y ahora que, desembarazada de estorboso diálogo, acaba de refundir su historia, con nuevas informaciones enriquecida y nuevas investigaciones rectificada, place ver cómo deja que al hecho se suceda el hecho, sin que haga de ellos granjería de sus propios principios. La relación, diáfana; el acontecimiento, mundo; la narración, escueta. Así ha desviado hasta la más remota sospecha de parcialidad. Por supuesto que se ha abocado a corolarios, y ha enlazado antecedentes; pero no más lejos que el límite en que no se violenta la historia. Sencillo hasta la lisura; pintoresco; lleno de metáforas familiares y giros del común decir; quizás pudo ser más solemne y grave; quizás, con fin didáctico, para adecuarse a la comprensión general, hay mejor acuerdo en que sea como es.

Y justificador como pocos. ¿No ha levantado una pirámide de preciosos documentos, cuya autenticidad es indisputable, y que vienen a ser columnas y arquitrabes donde se apoya toda su labor? De ese vasto arsenal, los vengadores pertrechos con que en singulares batallas combatió y venció a los Gándaras y González Tablas: de ese vasto arsenal, las pruebas plenas, rehabilitadoras de la verdad, en falsa narración torcida adrede para cohonestar merecidos desastres.

Él historiador; él biógrafo; él compilador, él nuestro paladín. He aquí a un hombre que se ha libertado de olvido, redimiendo para el recuerdo acontecimientos olvidados; que se ha ganado a la fama, prodigándola a otros; que siendo un pacífico obrero intelectual, ha reñido altas batallas. He aquí a un hombre que, habiendo puesto particular amor en el trazo de enseñadoras biografías, nos ha dado en su misma vida la más provechosa lección de modestia, decisión, paciencia, trabajo y patriotismo.

Todavía está en la gloriosa plenitud de sus años; todavía está en el pujante florecimiento de su experiencia. Nuevos toques a su monumento, nuevas hazañas a su actividad; nuevos títulos a la admiración nacional y al respeto público, son todavía esperanza en que puede complacerse la Patria.

Ahí riquísimo el ancho depósito de los valiosos materiales por él mismo acumulados; ahí elementos para que abarque nuevas empresas; que más temprano o más tarde serán fuente, lira, paleta y cantera de donde saquen asuntos nuestra prosa, armonías nuestro verso, nuestra pintura lienzos, y mármoles nuestra escultura.

CRÍTICA LITERARIA¹CIENCIA Y ARTE²

Y en premio de lo cantado...
Quevedo.

El infrascrito, señor Director de *El Lápiz*, mayor de edad por obra de sus progenitores; más intimamente socarrón de lo que le conviniera, menos joven de lo que aparenta, fue a verse con su íntimo Gastón F. Deligne, a raíz de la publicación de "Cien-
cia y Arte", para hacerle las siguientes preguntas:

¿Te crees que, porque el perro tiene cuatro patas, anda cuatro caminos a la vez?

¿No sabes que la palma real es bien alta y los puercos comen de ella? ¿Cuánto más de los guanos?

¿O te imaginas que uno traga todo lo que masca?

Cuestiones todas a propósito de la misma composición. Pero el autor me las ahorró, y conversando, conversando hizo la crítica que haría un padre sin pasión de un su hijo jorobado.

Topando con él, le dije:

—¿Qué tal?

—Arrancado: ¿y tú?

1. Artículos y cartas sobre temas literarios publicados en periódicos y revistas nacionales. Prólogos a obras de autores dominicanos. Recogidos en *Páginas olvidadas*, Ob. cit., con excepción de "El artista moderno", Introducción de "Miniaturas", sobre *Mármoles y lirios*.

2. Autocrítica jocosa sobre su poema del mismo título. Publicada con el seudónimo "Quintín Nubarrón" en la revista *El Lápiz*, Año I, No. 17, Santo Domingo, R. D., 4 de octubre de 1891.

—¡Con igual moneda! Vi tu composición.

—¿Cuál?

—La de *El Lápiz*.

Eran preliminares, y añadí:

—¡Te felicito!

—Pasa contigo de la media docena de majaderos que han hecho otro tanto. No ha dejado de ser útil; pues he podido notar que entre nosotros abunda hasta lo superfluo. ¡Sólo el sentido crítico anda por las nubes!

—¿Cómo así?

—¡Verás! A tratarse de los *tiquis-miquis* hermosilescos, o de la antimetafórica construcción con que está metiendo bulla Valbuena; a tratarse de la pura estrechez gramatical, casi francesa, que está dando patente de gramáticos a sus adeptos; estaría bien que se dejase pasar de largo a los infractores, y que se ocupasen quienes pudieran de algo menos insólito y más vital, dejando a los zánganos de las letras la infructuosa tarea de poner los puntitos a las *íes*. Pero, cuando los que se dicen son disparates, obra de misericordia es no dejar que cundan, epilogándoles misericordiosamente su “fe de erratas”.

—¿Y en tu composición...?

—¡Ahí, ahí está lo sensible! Mira tú, si quieres, por otro lado. En lo sustancial, me he hecho cargo de que ni yo mismo tenía conciencia de cómo salió. Por ejemplo: hablando de la “Divina Comedia”, puse:

*a través de un medio humano
el asunto más divino;*

siendo lo contrario. De ambientes sobrenaturales prevalecióse el Dante para pintar la humanidad de su tiempo. ¿Qué trabajo era para mí el de que dijese, diciendo verdad:

*el asunto más humano
con el medio más divino...?*

—¿Y por qué no lo supiste?

—¡Diablo de consonantes fáciles! Porque se vinieron, sin yo buscarlos, a los picos de la pluma.

—¿Y por qué no los cambiaste?

—¡Ni los habría cambiado nunca! La oficiosidad de mis amigos hizo que se me patentizara el dislate. Si la copla no les hubiera gustado, no habría caído yo en que lo cierto andaba como antípoda de ella. Y así de lo demás. Pero, ¡versos a un lado!...

—¡No, no!, ¿y lo otro?...

—¡Vaya!... Lo otro... ¡Amigable y amistosa conjunción de griegos y troyanos!... ¡Casamiento arbitrario de los tiempos antiguos con los modernos!... Amalgamando fechas distintas, ¿no hice coincidir a todos los viejos artistas batalladores (de Homero a Ercilla), con modernísimos científicos norteamericanos?... Y con tan singular confusión, ¿casi no quebranté la base de los argumentos que quise deslizar entre el ambiente lírico? Haciendo homogéneas épocas que batallaban de encontrarse juntas, no me detuve en decir:

*¡Ah! Eran tiempos de la unión,
cuando en impulso fecundo,
ambas salieron al mundo
con una misma misión.*

repitiendo después:

*Era tiempo en que Arte y Ciencia
descendieron a las gentes,
si con rumbos diferentes
con una misma conciencia!*

cuando tan liviano era el haber dicho:

*Coincidencias de la unión,
encuentros del fin fecundo
con que salieron al mundo
en benéfica misión;*

y

*Ocasión en que Arte y Ciencia
descendieron a las gentes,
si en épocas diferentes
a impulsos de igual conciencia.*

—Pero, ¿acaso estabas haciendo burla?

—Yo... ¿De qué?

—Lo ignoro. Pero si tú mismo te haces cargo de tales inconveniencias, y tan simplemente las allanas, ¿por qué no diste la cosa corregida en tercia y quinta?...

No se me antojó espigar en mi campo hasta que no lo quiso la benevolencia de mis amigos. Y aún adelante hay una “épica cruzada” que se canta sola. Los versos dicen:

*en la épica cruzada,
del progreso en la jornada;*

pudiendo decir:

*en la épica jornada
del progreso en la cruzada;*

toda vez que *épica cruzada* y *Machuca de machuca*, se tocan por los bordes.

—Eso no; pues la cruzada de aquellos santones de quienes hizo pirámides de huesos el Saladino, tuvo más de ridícula que de heroica.

—¡Perfectamente! Es una excepción que por lo mismo no puede entrar en ninguna generalidad poética. ¿Acaso se traga todo lo que se masca?...

—No me niegues que, publicando esa composición así, tenías en mira algún fin burlesco.

—¡Dios me libre! Fueron irreflexiones de caligrafía. Y cuando no, “muy altas son las palmas reales y los puercos comen de ellas. Cuanto más de los guanos”.

—Déjate de chanzas, y di francamente que no quisiste decir las cosas en una vía regular.

—Distingo. ¡Te crees que, porque el perro tiene cuatro patas anda cuatro caminos a la vez!

—Aquí dejé a Gastón. Tenía yo muchas ganas de hacerle algunos reparos, sobre todo, con respecto al género; ¡pero ya me iba amoscando, y le dije adiós!

Tras de lo cual, llené estas cuartillas mal tituladas; pues deberían tener un epígrafe italiano, que dijese:

"Il crítico di se stesso".

Tal vez ese toscano sea malo. La traducción literal quiere decir:

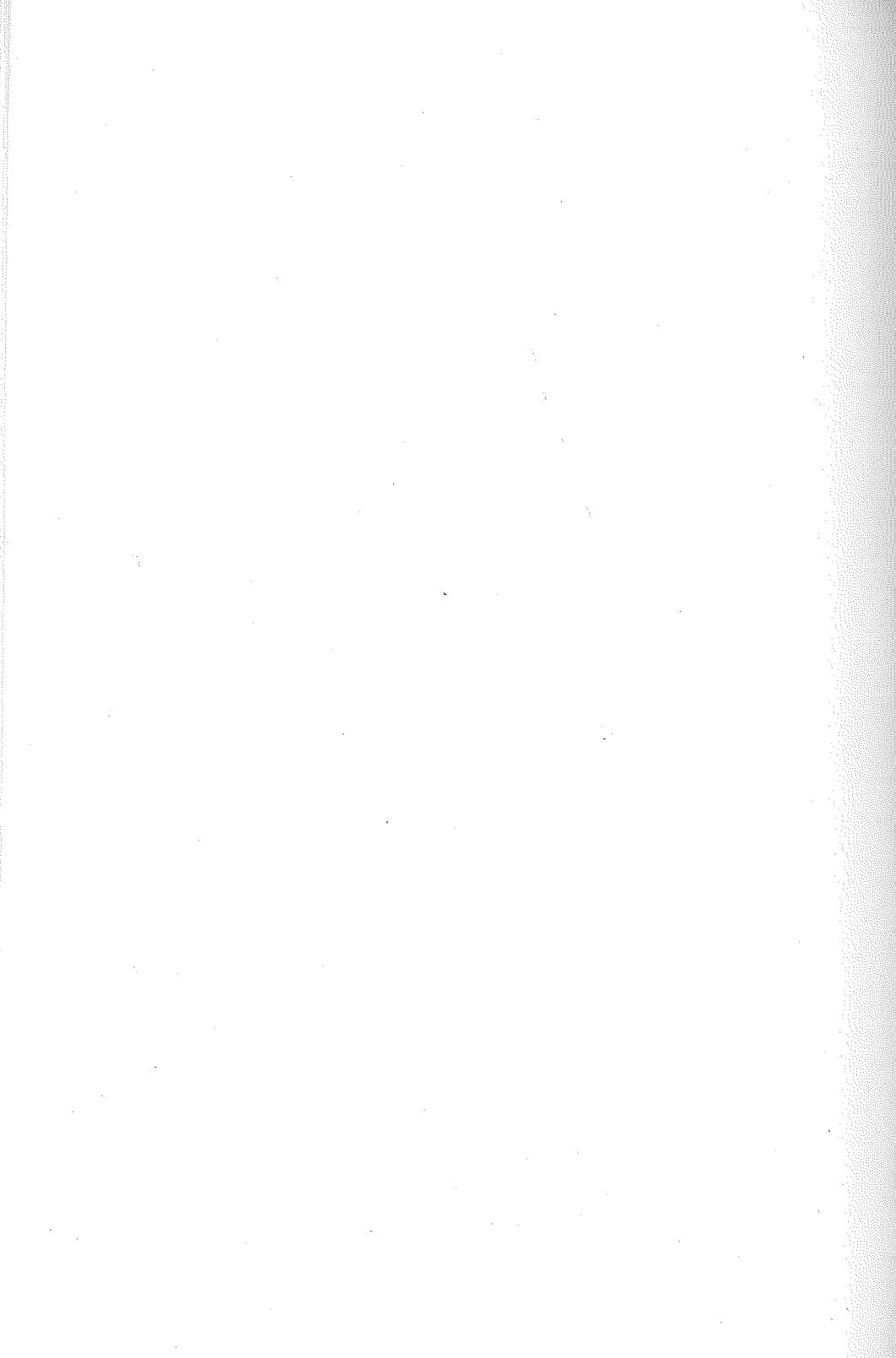
"El crítico de sí mismo".

Significará esa rareza, señor Director de *El Lápiz*, que la crítica, o el sentido crítico, anda aquí por las nubes!

¡Vaya como remate un ambicioso quien sabe!

QUINTÍN NUBARRÓN

(1891)



SOBRE LA NOVELA *ENGRACIA Y ANTOÑITA*¹

Macorís del Este, novbre. 25, 1892.

Sr. don Francisco Gregorio Billini,
Santo Domingo.

Respetable amigo don Gregorio:

Había sabido por el mutuo amigo don Arturo Bermúdez que Ud., con más que benévolas cortesías, me hacía presente de un ejemplar de *Engracia y Antoñita*. Pero los libros siguieron viaje a más lejano puerto: yo estaba ansioso de leerlo, como me pasa siempre que se trata de obras nacionales; me procuré uno; lo devoré; y siendo tan grata la impresión que me ha producido, no tengo para qué callarla. Vengo, pues, a contárselo a Ud., por ser Ud. a quien principalmente puede ello interesarle.

Otra vez, y quizás más de una, me ha pasado que —bajo amplia y favorable disposición de ánimo— he buscado hasta conseguir una determinada obra cualquiera; y habiendo ella resultado no del todo mala, hámelo parecido de remate; precisamente por la desilusión que se ha seguido a las esperanzas en contrario con que la acaloraba mi espíritu. ¡Qué diferencia

1. Carta publicada en *El Teléfono*, No. 500, Santo Domingo, R. D., noviembre de 1892.

respecto de *Engracia y Antoñita*! La busqué, con la más agradable presunción de que sería obra buena; ¿por qué?... porque de antiguo, y lo mismo que estoy pagado de la prosa de ciertos buenos prosistas nacionales contemporáneos, lo estaba yo de la franca, limpia y reposada de Ud. Pero, no era bastante razón para presumir acerca de la bondad de un libro, el conocimiento de la riqueza del ropaje que había de envolverlo. Así lo he juzgado; sacando en claro que las simpatías preconcebidas no tienen *porqué*s... Lo cierto del caso es que desde las primeras páginas de *Engracia y Antoñita*, la presunción anterior se me fue acentuando, con el orgulloso agrado de no haber visto fallidas mis esperanzas; fue creciendo, a medida que insensiblemente me iba leyendo el libro hasta ser detenido por el índice, ya completamente enamorado de Baní, o sea, de *Engracia y Antoñita*.

Yo había leído con atención y detenimiento; lo que no fue obstáculo a que releyera ciertos capítulos de mi especial predilección por el fondo, y otros de idílica admiración por las formas; aun cuando todos brillantes con el colorido local del hermoso valle del Güera y por la hermosura de verdad con que resplandecen.

Desde luego, que me había encontrado frente a un romance de los buenos: no tenía otras pretensiones que las de disfuminar cielo, dibujar el campo y relatar las blandas costumbres de Baní: ¡cuánto más, sin embargo, no nos ha dado sin haberlo prometido el dulce libro! ¡Y con qué manera! Sin turulatas precipitaciones, sin arrastradas pesadeces, sin enclenques descripciones, sin extorsiones fraseológicas; con galana sencillez y sencilla galanura que lo hacen extremadamente interesante! No es libro que se pirre por la originalidad de estilo, persiguiéndola a través de los medios ahora usados para conseguirlo, pues no se descasta de las buenas tradiciones del idioma; y sin embargo, le encuentra mi paladar un sabor tan suyo propio que no sé cómo explicarlo. Ya sé lo que es: el autor conoce tan a fondo el propósito artístico de su obra; es tan arrogante amo del sencillo plan progresivo que sigue, y está tan empapado en las hermosuras naturales y sociales del espléndido valle quisqueyano que describe, que el instrumento del idioma se dobla como un juncos entre sus manos, y sueña con fresquísimas y muy nuevas melodías.

¿Y qué he de decirle de las... (iba a poner zagalas)... de las heroínas del romance? ¿Qué he de decirle respecto a las tiernas impresiones que de ellas conservo?... ¡Engracia y Antoñita! ¡Engracia, vaporosa virgen quizás si oculta adrede tras tenuísima gasa, a cuyo favor parece más ideal y bella; porque la gran mujer y muy nerviosa de Antoñita es de carne y hueso. ¡De carne y hueso!, lo mismo que el pelmazo pedagogo suyo y sermoneador, pero muy simpático don Postumio; lo mismo que Candelaria Ozán, la *traidora* de la hermosa historieta-romanceada, consecuente consigo misma hasta en el asunto de los talegos. Entre los personajes secundarios, cuán melancólica figura la de Eugenia María; increíble; pero tengo recuerdo de un sucedido igual!, increíble por resignadísima víctima de un amor concluido, sin culpa de ella! Y aquella promesa de regeneración, fuertemente insinuada, del perdido de Felipe Ozán!...

Me he fijado con placer de espíritu, en la acertada y generosa discreción que le ha decidido a dibujar de perfil, o más exacto, a dejar en la penumbra a Enrique Gómez, origen y causa de la triple catástrofe erótica con que concluye Ud. el libro.

Del cual libro es capítulo "Baní del natural", soberbio trozo de acabada descripción, exuberante y poético, pero fiel a lo descrito; como me lo asegura mi hermano Rafael (otro enamorado del libro), que ha estado en Baní; trozo que he leído repetidas veces; y que si he de calificarlo, debo decir que es un verdadero *cuerno de la abundancia* descriptiva. Del cual libro es capítulo: "Vienén las fiestas"; capítulo que, por muy mentalmente que es leído, asorda; porque las letras gritan en la disputa del cosechero con el comerciante, y zumba el abejoneo precursor de las fiestas. "En casa de Candelaria Ozán", de pasmosa fidelidad fotográfica; que tiene tanto menos de fotografía cuanto más tiene de redondo si formidable y tenebroso cuadro realista. Y el lleno de vía cómica, malicioso con delicadeza, llamado a popular como es famoso en el libro, que arranca una brusca explosión de franca risa: "El tropezón de Don Postumio".

De aquí a cuarenta o cincuenta años, época en que tengo la reflexiva ilusión de que la República habrá llegado donde quiere ir y lo merece, la Historia narrará los infortunios políticos que pesaron sobre la patria en la época en que se presupone *Engracia y Antoñita*. Y el libro de usted estará ahí para decir al

lector de entonces: "Mira en este pedazo de cielo —que se llama Baní— un trasunto de lo generalmente moderadas, generosas, sanas y simples que eran nuestras costumbres, aun en medio de tan terribles infortunios". Y el lector de entonces dirá: "Ciertamente que así eran, puesto que hemos podido llegar a esta cima de nivelado progreso que alcanzamos".

Se me antoja que el fondo del libro de usted tiende a darle ese gustazo al lector de entonces. Porque, contando con toda la magia con que usted lo ha hecho; poniendo de relieve, con los menudísimos y gráficos detalles de que usted se ha valido (entre cien, v. g.: atrancar la puerta exteriormente con una piedra, demostración del *poco miedo a los ningunos ladrones*); poniendo de relieve las amabilísimas costumbres nacionales, realiza usted el alto y noble fin, artísticamente humano, de propender a que no se corrompan. ¡Que es, don Goyo, entre las numerosas bellezas del libro, su más resplandeciente hermosura!...

Porque sé que para su conciencia de autor, la opinión justiciera de cualquier lector, por humilde que sea, ha de serle satisfactoria, por eso le escribo la presente. Más nada puedo; pero nada menos debo hacer en reciprocidad de la gustosa lectura que para mí ha sido *Engracia y Antoñita*.

Con motivo nuevo, fuera del amor de espíritu que tuve por el eximio ciudadano, pláцeme suscribirme del dulce y nacional y ameno literato, respetuoso amigo y servidor:

GASTON F. DELIGNE

(1892)

LA JUSTICIA Y EL AZAR¹

Punto de vista de don R. Abreu Licairac

I

Quisiéramos disponer de más tiempo o de menor modorra, nada más que para hacer un curioso artículo con las encontradas, contradictorias y hasta opuestas opiniones que han surgido acerca de cada una de las situaciones dramáticas de *La justicia y el azar*.

Y quizás si más tarde nos decidamos a la faena. Con eso quedará a la vista como acerca de la mayoría de los puntos abarcados por una abierta hostilidad y un hasta confesado disfavor para la obra antes de ser conocida, no han podido ponerse de acuerdo los señores opinantes; pues donde uno quiere echarla a rodar, otro la encumbra; donde éste la encuentra imposible, aquél dice que sale, y mientras para Fulano fue simplemente un fracaso, para Mengano ha sido un triunfo.

Lo que quiere decir que, como sucede siempre, y más en nuestros pueblos americanos que se están formando

1. Primeros cinco artículos de Gastón Deligne en la extensa polémica sostenida con el escritor Rafael Abreu Licairac en torno al drama de su hermano Rafael Deligne *La justicia y el azar*, en tres actos y en versos (Santo Domingo, 1894, 82 páginas). Firma como "Gumersindo Dávila". Publicados en *El Teléfono*, Nos. 630, 632, 640, 642 y 643, Santo Domingo, R. D., 27 y 30 de junio y 11, 13 y 14 de julio, 1894.

literariamente, y de acuerdo con el adagio de que "nadie es profeta en su tierra"; desde que se trasluce que alguien está tramando un folleto, un libro o un drama, la opinión de los literatos es su enemigo natural todavía en pañales la obra; con tal predisposición toma puntos de vista una vez concluida, y después nos devuelve sus impresiones matizadas con el color del cristal de que se ha servido. Y en este caso de *La justicia y el azar*, además de lo dicho concurrió inquina; inquina de dos o tres piropos de Pepe Cándido que necesariamente había de pagar Rafael Deligne.²

Vale, pues, la pena de que sin otro móvil que el de una inofensiva curiosidad, examinemos los puntos de vista desde donde los que con mayor ímpetu han atacado la obra, tuvieron la pluma suelta para despacharse con una entre nosotros inusitada ingenuidad, "gracias al que nos trajo las gallinas", que fue el mismo Pepe Cándido. Porque antes, ex-catedra, todos éramos unos lobos: a la prensa subían, es lastimosa verdad, injurias y desahogos personales; pero en achaques literarios solamente galanterías, tanto más almibaradas cuando más crudos éramos privadamente. Autor novicio he conocido a quien un hombre, bastante capaz como para saber en el caso a qué atenerse, no tuvo empacho en poner cerca de los cueros de la luna, por el simple motivo de que iba a ser publicada la opinión que el otro le pidiera. Fruto, pues, de las Cosas de Pepe Cándido, ya que ellas han acentuado lo que en estas latitudes era anteriormente rara-avis, es la presente franqueza literaria del periodismo; de cuyo advenimiento nos holgamos nosotros, aficionados a la literatura, porque se nos alcanza que ha de hacer entrar en calor y progreso todas sus nobles vocaciones.

Y manifestación de esta flamante franqueza periodística es el artículo que tenemos por delante; cuya mitad o menos habla de *La justicia y el azar*, y cuya otra mitad o más es un desdichado tejido donde hubo gozo en bordar un vocabulario de pesadeces y majaderías contra el autor del drama. Por donde el integral no resulta severo y riguroso como blandamente lo califica quien tales cosas firma. ¿A qué se aplica, pues, la palabra DIATRIBA? ¿Para qué ocasión se ha de reservar entonces la calificación VIRULENTA?

2. Pepe Cándido era el seudónimo que usaba Rafael Deligne.

“Aburrir al público con cosas insulsas y pedantescas”. “Ínfulas de engreído ensimismamiento”. “Perdonavidas literario”. ¿No es bastante...? “Aires de infalibilidad”. “Reflector de paródicas ideas ajenas”. “Frívolo presumido”, etc., etc.

¿Eso le dice a Rafael Deligne don Rafael Abreu Licairac con ocasión de hacer un artículo sobre *La justicia y el azar*; y ello todo cuando se reviste de pontífice sabio, sensato y razonador de la crítica?

Pues está descubierto. Ése es el punto de vista donde se ha situado el señor Licairac para opinar del drama. ¡Valientes inverosimilitudes las que se deben mirar desde semejante punto de vista!

Pasaremos a contemplarlas de cerca con el deseo de que nos entretengan algunas o todas.

II

Por muy curiosa, es bastante entretenida la primera inverosimilitud que apunta en su estudio don Rafael Abreu Licairac. La primera inverosimilitud existe en el arbitrario supuesto del referido señor solamente: no se podría encontrar en el drama aun cuando la buscaran linceos. A raíz del nacimiento de Félix y muerte de Beatriz, ¿cómo habría de ocurrírsele al autor que el ofendido Silvestre adoptase a la criatura con el deliberado propósito de hacer de ella el instrumento de su venganza? Eso lo dice don Rafael Abreu Licairac y más nadie. Eso es de la mera invención del señor crítico; sin duda porque—encontrando bastante floja de inverosimilitudes su cartera—necesitó acuñar una de un plumazo para reforzar el miserable guarismo. Silvestre adoptó y crió a Félix porque las circunstancias, según se desprende del lance, casi no le dejaban otro camino. Quizás si le entraron tentaciones de ahogarle en la cuna, ¡y qué conflicto no se habría procurado a sí mismo entonces? Quizás si se le pasaron las ganas de entregarle para siempre a manos mercenarias, ¡y qué pasto para las conjeturas y qué combustible para la maledicencia en tal caso! Además, aquel niño debía servir ante sus ojos entonces para tizón de su rencor, para conciencia de su venganza. Con esa fruición satánica había motivo de sobra para que adoptase y criase al

niño. Pero no es chica distancia la que media entre eso y el preconcebido término de hacer de él un instrumento vengador. ¿De qué manera? Todavía estaba en mantillas el infante, ¿y ya era posible que Silvestre tramase el destinarte a galán de la mujer de su enemigo? ¿O ya era posible que presumiese que la casualidad le tendría preparado en él a un poderoso auxiliador de sus planes...? Don Rafael Abreu Licairac es el único que adelanta esa absurda aserción: Deligne se conformó con dejar a la hipótesis (pues estaban fuera del momento de su drama esos detalles) el verdadero móvil que tuvo Silvestre para ponerse por padre de Félix. Dado el carácter del primero, parécenos que el verdadero móvil fue el de no perder de vista el objetivo de su vida en lo adelante, su tremenda necesidad de venganza.

Pero los días no pasan en vano; y veinte años de trato continuo, en cuyo curso Félix indispensablemente debió recibir y debió pagar algunos de aquellos tiernos cuidados y necesarios servicios inherentes a toda vida en común; veinte años durante los cuales la severidad de Silvestre debió tener muchos instantes de blandura ante el respeto y la adhesión de quien siempre le tuvo por padre; veinte años, durante los cuales en un carácter ferozmente vengativo no deben extinguirse pero sí amortiguarse los instintos fieros; veinte años de una viudez salvaje y llena sola de la compañía de aquel mancebo, no se pasan impunemente para el cariño. ¡Qué decimos entre personas, ni en sociedad con los brutos! Si lo ponemos hasta en la casta desagradecida de los felinos, nada más que porque se hayan criado bajo el propio techo, ¡cómo no se ha de desarrollar e imponer entre dos seres que habitan juntos la misma morada, uno de los cuales no tiene razón ninguna para dejar de tratar al otro con toda la inclinación de hijo! Claro que Silvestre le amaba; pero claro que Silvestre rechazaba la ola afectiva cada vez que le invadía el corazón, como rechazaba Hamlet a Ofelia; porque como Hamlet sólo vivía para vengarse. ¡Claro que Silvestre lo amaba; pero claro que Silvestre no se daba cuenta de tal afecto, ni cayó en ello sino de golpe, cuando le entraron moribundo, víctima del exceso de su propia venganza! Entonces, todo aquel amor sentido e insospechado rompió de súbito; entonces aquella unión vital de veinte años le dejó ver en un relámpago el enorme aislamiento del porvenir; se espantó de tal perspectiva, y con la energía de su temperamento se escapó

por la puerta del suicidio. ¡Cuándo ha tenido éste lógica, y para qué, pues, la invocan ahora los críticos! Tiene a lo sumo explicación ¡y cualquiera puede tenerla!

No creemos necesario insistir más, y aún parécenos haber hablado mucho, para que se evidencie: 1º, que en el drama no está la inverosimilitud número uno apuntada por el señor Licairac; y 2º, que lo inverosímil sería que Silvestre no llegase a sentir gran amor por Félix. Y acerca de esto último, todavía para robustecer nuestra flaca expresión, recordemos el ejemplo de un drama que, a pesar de tener la FALTA CAPITALISTA de tratar dos acciones distintas y desligadas; a pesar de estar plagado de casos triviales y situaciones increíbles a todas luces, gozó de gran nombradía, se lee siempre con grande agrado y le conservará perpetuamente la Historia del Teatro Español. Nos referimos al drama primerizo de Antonio García Gutiérrez. Substraído, nada menos que para quemarle vivo, un hijo del conde de Luna por la agravuada y vengativa Azucena, y arrojado en su lugar a las llamas el hijo propio por una inexplicable alucinación de la gitana, ¿no llega ésta a sentir por el Trovador tan vehemente afecto como si le hubiese llevado en sus entrañas? Es un caso fuerte, mucho más dificultoso que el de Silvestre para con Félix; y jamás les ha parecido inverosímil a los buenos críticos de la Península.

Examinemos ahora la inverosimilitud número dos. Desde luego que no sabemos en qué se funda don Rafael Abreu Licairac para no encontrar creíble que un joven de veinte años como Félix llegue a sentir una pasión romántica por una mujer ya madre de quien tiene tanta edad como para poder batirse con él en desafío. Y cuenta que el caso bien merecía muy satisfactorias explicaciones. Porque el romanticismo, ora esté en la propia nerviosidad de quien le padece, ora sea fruto de los defectos o remilgos de una viciada educación, no tiene edad determinada en que dejar de manifestarse. Ha habido, hay y habrá personas que vivan luengos años y hasta la hora de la muerte se mueran tan románticos... Esto es de todos los días y de todas las razas; con el solo pero de que en una edad inconveniente el romanticismo resulta ridículo. ¡Pero a los veinte años...! ¡Si apenas puede serse otra cosa que romántico a los veinte años! Lo hemos sido todos en esa edad color de ilusión, inclusive don Rafael Abreu Licairac. Lo era, como todos, Félix;

y es seguro que no se pondría a cuestionar sobre los años de Carlos; ¡y quién sabe si ni siquiera paraba mientes en que el mozo era hijo de su adorado tormento, su esquiva sílfide, su gentil náyade! Términos que usamos todos nosotros a los veinte años, cuando la atracción sexual dorada con los matices que la suministra la casi virginidad de la imaginación, nos haría capaces de perder de nuevo el Paraíso si nos le hubiesen dado condicionalmente. Términos que con aquella edad también usaría Félix, sobre todo el de gentil náyade. Justamente en un río, flotando sobre las ondas, fue que la vio por vez primera: y de las ondas extrajo con sus propios brazos el cuerpo de aquella mujer hermosa; a quien con bastante liberalidad podemos asignar treinta y cinco años; que no debía aparentar, sino menos; pues había sido una sola vez trabajada por las destructoras funciones de la maternidad. A haber pasado Félix de la "funesta edad de amargos desengaños", con tales circunstancias de por medio, podría ser que solicitara a Juana en el otro sentido de que nos habla don Rafael Abreu. No habiendo rebasado de la edad equivalente a "ternura, amores, cielos, celajes, pájaros y flores"; ese otro sentido debía latir tan disfrazado que no sería posible conocerle debajo de su sonrosada exaltación imaginativa, y a ella subordinado. Quedamos, pues, según creemos haberlo demostrado, en que enamorándose Félix de un modo romántico a la edad de veinte años, se enamoró del modo más verosímil para semejante edad. Respecto a la reciprocidad de Juana, mucho aventura el señor crítico; pues apenas está ello esbozado en la obra, no debiendo tampoco haber sido de otro modo. La honrada de cuerpo y espíritu hasta el momento del drama, habla y obra no con exaltación romántica sino con marcada confusión de ánimo que ignora y quiere darse cuenta de las alteraciones que le invaden. Ciento que su perturbación espiritual, la que lógicamente decide de sus turbaciones dramáticas, da a entender que aquella decidida fiebre amorosa de Félix la ha contagiado un poco. Pero ella no habla ni obra como una abierta enamorada; pues ella misma no se da cuenta de si realmente lo está. Quizás si esas vacilaciones dependen precisamente de que Félix no la importunara en el otro sentido de que nos habla don Rafael Abreu Licairac. Quedamos, pues, en que se ha calumniado a Juana haciéndola aparecer, no como espíritu conturbado por indeciso o irresolu-

to nacimiento de espurios afectos, sino como mujer romántica. Y conste que solamente en el sentido de ese adjetivo es que hemos considerado el punto; pues en cuanto a sentir pasiones, y pasiones violentísimas, los doctores en ciencias médicas nos han enseñado que las mujeres las sienten por regla general hasta los cuarenta y cinco o cincuenta años, según las zonas geográficas y los temperamentos personales.

Sin contar con excepciones formidables, cual la de Ninón de Lenclós, que llegó a sentir e inspirar afectos vivísimos hasta edad muy avanzada, como ingenuamente nos lo cuenta ella misma a los pósteros.

Y pasemos a hacernos cargo de la inverosimilitud número tres.

¡Gracias sean dadas a la pesquisa, porque nos ha traído a estar de acuerdo con don Rafael Abreu Licairac en materia tan concerniente a la buena moral como ésta. "Carlos en un principio debió excusar las veleidades de su madre". Si el crítico y yo hubiéramos vivido en la época en que aquellos acontecimientos ocuparon un instante de vida social, de muy buena voluntad le habríamos ayudado a enderezar al doncel unas cuantas caritativas reflexiones al tenor ya dicho. ¡Psh!, pero Juana tenía veleidades, como lo ha visto nuestro estimado don Rafael; el chico era receloso de suyo (con sobrada razón como veremos luego), ¡y ayúdeme usted a sentir! Sospechoso que hubiéramos tirado nuestra pólvora a los gorriones. Una verdadera lástima cuando tan de acuerdo estábamos. ¡Y malhaya sea la pesquisa! que vuelve a dividirnos de don Rafael Abreu Licairac, con la dolorosa impresión de encontrarle tan inverosímil como para escribir esto: "la duda de la fidelidad de una mujer, es natural que la experimente más pronto el cónyuge". ¡No hay tal! En materia de astas, el vulgo mismo sabe que el último que llega a enterarse del asunto es el otro. Y todavía se da frecuentemente la monstruosidad de que mientras el manso está sumido en una inocencia paradisíaca, la prole conoce profundamente toda la desvergüenza del hogar. Así pues, más pronto o más tarde, entre Julián y su hijo Carlos, el último —aún suponiéndole un pacientísimo Job— por fuerza había de ser el primero en sentirse asaltado por la sospecha, legítima o no. Dudamos que para opinar en sentido contrario al categórico que acabamos de expresar brutalmente, don Rafael Abreu Licairac invoque en

serio "la índole de los afectos". Y lo dudamos, porque precisamente los afectos de aquel matrimonio de más o menos diecinueve años, debían ser los más a propósito para allanarle el camino a Félix y abrir vía expedita a la venganza de Silvestre. Los que podemos invocar la índole de los afectos para probar que Carlos había de sentir recelo antes que Julián y que todo el mundo, somos nosotros; y en seguida procedemos a hacerlo.

Ya está visto cómo la edad de Juana, y las circunstancias fisiológicas que en provecho de ella habían concurrido para no ajarla, dieron a Carlos una madre que racional y fácilmente concibe la imaginación, tan joven como para tener mejor aspecto de su hermana mayor que de otra cosa. Ahora bien, mientras sobre aquel matrimonio, está claro que iría cayendo la tibieza de los años, entre aquella madre y aquel hijo es igualmente claro que iría haciéndose de la consistencia de un cordaje de buque el amor filial. Mientras Julián, en la satisfacción de vanidades poco o mucho legítimas, ocupaba la mente y la vida; el corazón de la madre se empapaba evidentemente y rebosaba en el único amor y solo orgullo de contemplarse en su único vástago. Y ello mediante, Carlos debía sentirse rodeado, asediado, seguido por aquel afecto que le envolvería como una nube invisible; como una de aquellas nubes con que los dioses arropaban en la Ilíada a sus muy amados durante los graves conflictos. Lógicamente, pues, la primera vacilación de Juana, entiéndase bien, desde la primera, a la par con ella, sin duda que la sintió su hijo Carlos; la menor perturbación de la vacilante, racionalmente que rebotó sobre Carlos; la división del afecto, indispensablemente que desde luego cayó como un asombro sobre Carlos. Carlos no hubiera sido receloso, y receilara; Carlos hubiera sido muy crédulo, y dudara; Carlos hubiera ido muy sufrido, y estallara.

Dura cosa nos está conceder a don Rafael Abreu Licairac que nadie que vea a una mujer hermosa besando el retrato de un hermoso mancebo, aun cuando le haya salvado la vida, piense en acumularlo a gratitud. Pero se lo concedemos; porque en aquel acto de Juana, si es verdad que vemos una inconsciente manifestación de los impuros sentimientos, que como una mala yerba empezaban a brotar en su espíritu, deferimos al posible engaño con que ella creía estar procediendo como agradecida. Pero Carlos no podía conceder otro tanto, porque

ya Carlos habría sentido en la consiguiente desviación de su madre que el cariño se le cercenaba; porque Carlos vio allí de súbito quién era el intruso que había osado franquear las puertas del santuario, donde hasta entonces imperara como un ídolo. Y como la juventud de su madre estaba de merecer, el agradecimiento jamás determina perturbaciones, todavía Carlos hubiera querido ahogar su recelo, y la voluntad de hacerlo se le habría completamente paralizado.

Es bastante lo dicho, aunque todavía se nos antoja refrescar la memoria con el recuerdo de lo que en el mismo sentido se para en la estupenda tragedia del primer dramaturgo inglés. Hace envenenar Claudio a su hermano para subirse al trono, casándose con la viuda Gertrudis, ignorante del crimen que se ha cometido. A ella no se le aparece la sombra del difunto rey; ella no sabe sobre qué tálamo de sangre reposan sus segundas nupcias; ella desconoce que pueda haber motivo para que la sierpe de la venganza se desenrosque y se deslice en la sombra. Y cuando Hamlet se finge loco para aislarse en sus propósitos, ¿quién es el primero que sospecha que Hamlet oculta algo? No es el criminal Claudio; no es el infame tío; es la inocente Gertrudis, es la dulce madre. Eso es racional, y así lo vemos constantemente en la vida: el recelo está en razón directa del cariño.

Pasemos a la inverosimilitud número cuatro... Pero no apunta otras, ni vuelve a inventar ninguna más, como lo hizo con la primera, el señor crítico. Lo de Julián ha sido sencillamente un mal entendido. Sus sensiblerías (angustias las llamamos nosotros) no eran por el moribundo sino por el sobreviviente; por la mancha oscurísima que aquel homicidio esparciría en su propio hogar.

Acerca de eso y de lo demás concerniente al drama en el artículo que estamos refutando, es posible que lleguemos a ser más explícitos como hagamos lugar para añadir una III parrafada a los puntos de vista de don Rafael Abreu Licairac. Él mismo no ha dado mayor importancia al resto, y de nuestra parte también creemos que no culmina mayor cosa. Culminantes creyó don Rafael Abreu Licairac las inverosimilitudes, pues en el particular ha sido minucioso; y por supuesto que el drama puede tenerlas, debe tenerlas; pero desgraciadamente para el crítico, parécenos haber puntualizado que no son las que él ha

reputado por tales. El simple y espontáneo raciocinio las ha reducido al caso de los molinos de viento.

No debemos concluir sin calificar de ligereza la condenación que implícitamente hace don Rafael Abreu Licairac de cualquier drama, poniendo como circunstancias de mayor entidad las pocas o muchas inverosimilitudes de que pueda adolecer. Don Rafael Abreu Licairac sabe que en la refinada Francia, el teatro entero de Víctor Hugo es una viva inverosimilitud; el de Alejandro Dumas padre parece que ha hecho apuestas a que nadie le gane a increíble; el que Alejandro Dumas hijo y el de Victorien Sardou las tienen que desde *El trovador* hasta *Simón Bocanegra*, desde El nudo gordiano hasta *El gran galeoto*, el teatro moderno español se desarrolla en pleno campo de inverosimilitudes. Y el justamente celebrado drama de Echegaray que acabamos de mencionar, adolece de la inverosimilitud más grave, en el punto más delicado: Teodora, que sabe, teme y aborrece lo que el mundo supone de ella; Teodora, que podía escribir lo que se le ocurriese resolver o pensar, ya sin embargo por sus pasos contados hasta la calle y cuarto donde vive solo Ernesto, y donde les sorprende Garagarza para precipitar el desenlace. Don Rafael Abreu Licairac sabe que, lejos de haber entrado en la noche del olvido, esas producciones durarán largos años, para solaz de los amantes del arte; porque esas producciones son en sustancia y esencia lo que don Rafael Abreu Licairac dice que es *La justicia y el azar*: "realmente un drama en que se representa una acción interesante".

Aquí suspendemos la tarea, confiando en que descartadas las que creyó el crítico inverosimilitudes, y que han resultado ser llana y altamente verosímiles, don Rafael Abreu Licairac irá cambiando su punto de vista respecto de *La justicia y el azar*. Nos permitimos manifestar esa nuestra confianza sin pretensiones y sin presunciones.

III

Como quiera que no se deja sin pena una agradable compañía, henos aquí con don Rafael Abreu Licairac, peregrinando arriba y abajo a través de *La justicia y el azar*.

Un poco hubimos de dilatarnos tal satisfacción, debido a que nos habíamos quedado en suspenso, con tamaña boca abierta y alelados hasta los tuétanos, contemplando cómo la tierra pujaba críticos. Los había intelectuales chicos, medianos y larguiruchos; personajes, casi todos, que la víspera no habían sentido la crítica en ninguna parte de su cuerpo, y que amanecieron hechos unos paladines, después de la noche del espectáculo. Si no tuviera nada más de bueno, esa capacidad de hacer peritos en asuntos dramáticos con la sola virtud de subir al tablado, bastaría para que fuera largamente recordada *La justicia y el azar*. ¡Ira de Dios, y qué cuerpazo de doctrinas el que han sacado algunos campeones, entre ellos, v. g., nuestro estimado amigo Arturo B. Pellerano! "La nobleza del pensamiento", "la emoción estética", "la reconditez psicológica de la frase", "el lenguaje sentencioso de Shakespeare", "la media nota lírica convencional y académica", "el drama de sangre y epidermis", "el de más campo para el *fiat lux*", etc. Es maravilloso que con el cerebro repleto de tanta y tan hondísima sabiduría, Arturo no nos diera un monumento cuando nos dio *Fuerzas contrarias*. ¡Lo que va de charlar a componer!

Bien puede acercarse Arturo para que tengamos la presente conversación en común; supuesto que si don Rafael Abreu no las levanta, nada más tenemos que hacer con las inverosimilitudes que hemos dejado yacentes; ni tampoco exige Pellerano tocante al fondo del drama. No parece sino que las impresiones cruzadas en los pasillos de opinador a opinador, tomando cuerpo, determinaron compenetración y llegaron a reunirse en conciliáculo. Tal es la igualdad con que se repiten, se copian y se plagian en lo sustancial, aunque en lo derivado no hayan podido concertarse, los jadeantes gladiadores. ¿Para qué, pues, ocuparnos separadamente de la crítica de Pellerano? ¿Para decirle que cuando grabó en su divisa este mote: *¡Desquite!*, en el momento de cumplirlo lo ha hecho con notoria deslealtad? Rafael Deligne habló en su oportunidad largo y tendido de *Fuerzas contrarias*: nadie afirmará sin mentir que preambulara con el avieso fin de desfigurar el carácter de su criticada; nadie puede justificarle, como se le justifica a Arturo, que ha hecho uso de la calumnia colgando a su contrario una mentecatería que éste no tiene ni por naturaleza ni por adopción. Ya el calumniado, desde *El Cable* denuncia la existencia y

prueba la falsedad del ruin recurso de su adversario; y con decir nosotros que Deligne sabe que no es ningún enjambre de cabezas blancas el que en Madrid suele juzgar a Echegaray, siendo éste tal vez el único cano de la partida; y con decir Pellerano que Rafael pedía para jueces de su drama a aquellos canosos, ya está dicho de cuál cabeza ha salido la arrogante petición. ¿Sería deseo de quien la expone cuando estuvo en trance de desecharlo? O desde que la vio en *El gran galeoto*, y la copió en *Fuerzas contrarias*, la calumnia ¿se le habrá quedado como una aberración de la retina? Milagro entonces, si la ha dejado sin papel en el otro drama que tiene puesto en telar, cuyo fracaso debe ya haber presentido don Rafael Abreu Licairac.

Un desagravio le debemos a éste nuestro muy agradable compañero por haberle desatendido, para echar aquel parrafillo de confianza con Pellerano. Hasta aquí le hemos tratado a cuerpo de rey, y sólo siendo ingrato no guardará por ello las más tiernas memorias de nosotros. Pero acabamos de faltarle, ¿y cómo le desagraviaremos? ¿Si nos querrá decir Chico García qué cosa es la que puede agradarle especialmente?... ¡Vaya! le haremos un regalito de su silueta de escritor, trazada por nosotros, y contamos con su gratitud desde ahora para luego. Es don Rafael Abreu Licairac, mejor dicho, ha sido don Rafael Abreu Licairac oráculo en algún tiempo, puede ser que de círculo, tertulia o café. ¿Cuál? No somos muy jóvenes, pero harto mozos para decidirlo. Ser oráculo, lo ha sido. Su aire sibilino; su lluvia torrencial de palabras, como de quien está trepado en un púlpito confiando en que no se le ha de interrumpir, y el mismo írsele el santo al cielo, como se le va con frecuencia, dan buen testimonio de ello; amén de su natural de pedagogo regañón y de sus violencias de nervios cuando se le redarguye. Es don Rafael Abreu Licairac uno de los entes más confiados en el testimonio de sus sentidos, y más dudosos del buen sentido y hasta del sentido común de los demás; pues simples ocurrencias de su entendimiento y caprichos de su fantasía, los traslada al papel y quiere imponérselos como verdades axiomáticas, aunque griten hasta desgañitarse pidiendo demostración y pruebas. Es don Rafael Abreu Licairac un notable ensartador de palabras, palabras y palabras de abigarrado abálorio, que no tiene reparo después de pregonar y cacarear como joyas riquísimas de genuina razón y altos

principios. Es nuestro agradable compañero un licitador impertérrito de polémicas y una bizarra nulidad como polemista. La emprende contra el ser intelectual a quien pone proa, con una que parece pujanza, merced a los improperios literarios que previamente desalmacena y dispara, y no resiste la primera caricia gatuna que se le devuelva, por amor de su quebradiza susceptibilidad, agravada por su delgadísima sindéresis. Se derrota al primer choque, como si para él fuera trabajo de Hércules producir un segundo razonamiento; y su fuga, que podía parodiar la de los partos si la hiciera arrojando la reserva de la argumentación, es de las más lastimosas; pues lo que arroja son las barreduras y verdulerías que recoge en los puestos donde también la tiene la literatura seria. Es, en resumen, nuestro agradable compañero un sujeto que batallando por labrar su propio prestigio literario, ha convertido imprudentemente en otros tantos descalabros cuantas escaramuzas y encuentros le conocemos. ¡Tipo de literato fofo más chocante y original!...

Y ahora, cumplido con Pellerano y Licairac lo que mandaba la cortesía, pasemos a ocuparnos en el drama.

Hagamos primeramente a un lado la hojarasca de los dos enconados artículos, para simplificar la tarea y llegar con mayor desembarazo al fin.

Tiene Chicho García un sofá en que habría de caer Juana al desmayarse, que es un portento de observación al menudeo. Este sofá es lo único que necesitamos del artículo de Chicho; acerca de cuyos fundamentos, si bien pudiéramos departir un buen rato, no hemos de decir una sola palabra, como no sea ésta: tal escrito nos ha estado muy simpático. Las impresiones de su autor, contorneadas con formas de opinión crítica, merecen nuestra atención y respeto, siendo, como son, hijas de la más desapasionada buena fe. No hay manera de que hubiéramos gastado la más insignificante gota de tinta en la controversia, como todas las críticas hubieran exhibido intrínsecamente las calidades de la de Chicho. Pues no a favor del drama, sino contra la mala fe, llevando de un brazo la insuficiencia y del otro la mentecatería; no por la obra, sino en oposición al tácito alarde que ha hecho la ojeriza de llenar ella sola el campo; no en pro del autor, sino en contra de los que le han atacado como buitres, es que hemos venido a ocupar este rincón del palenque.

Tiene Chicho García, como estábamos diciéndolo, un sofá que es al drama lo que la mosca de la fábula era en proporción al buey, en uno de cuyos cuernos estaba posada. Y tiene don Rafael Abreu una carta *que permanece fuertemente adherida a la mano de la desmayada*, y tiene Arturo Pellerano *un espectro blanco* (donde aprendamos de paso que hay aparecidos de todos colores) *cautivo en la tal mano hasta que le liberta Silvestre*, que son, en resumen, el sofá de Chicho; prodigiosas honduras de observación al detal, y crítica tominera. Puede la actriz dejarla caer donde le plazca, y no por eso comprometerá menos a Juana. Y en lo sustancial de esta carta, hemos de decir a don Rafael Abreu Licairac que Juana estaba puesta entre dos elecciones: hablar o escribir. Eligió lo segundo, ¡y san se acabó! Y ello bien visto, ¿no fue lo más acertado? ¿Con qué autor, o en nombre de qué experiencia, avanza él, el que las mujeres no suelen escribir en casos análogos? ¿Ha visto él alguna esposa, o ha leído de alguna, que amorosa y ardientemente importunada por un galán, ya con ello sobresaltada, y temerosa de la significación de su sobresalto, aborde explicaciones orales en que el mismo discurso puede traerla a resbalar y caer? Una instintiva prudencia debía aconsejar a la azorada Juana a que escribiera; porque en una carta se dice estrechamente lo que hay que decir, y se cierra a la réplica verbal la brecha por donde, una vez establecida, puede asaltar el corazón u ocupar la fortaleza de la honestidad, ya de por sí medio quebrantada. Escribir es la suprema defensa que tiene la que siente sus sentidos opresos entre los poderosos tentáculos del vértigo, y contra él se revuelve desesperadamente! Escribir es la última trinchera tras la cual se refugia la que atraída por el abismo lucha hostigada por su decoro para permanecer materialmente honrada! Y como en casa de Juana no había confidentes de cartón, ruines apostillas —pasadas de moda— de tragedias y melodramas, sino a lo sumo una simple criada de manos o cocinera, cuya lealtad no sería necesariamente más allá de la sisa; es correctísimo y natural que Juana misma entregara a Félix la carta con que se acompañaba la devolución del retrato. “A nadie se ha de deber lo que uno mismo puede hacer”; ¿está usted, Arturo B. Pellerano?

Carta que, según lo que dan a entender ambos aprendices de críticos, forma ella el nudo dramático. Muy distraída tendrían

la atención contando los versos del monólogo y los cuartetos de la misiva, para darse el placer luego de parodiar la sutileza de Bartrina, preguntando cosa de tanta trastienda, como la de que "si cae la piedra cuando pasa el hombre, o para el hombre cuando cae la piedra"; muy entregada a análogas menudencias tendrían la observación pseudocrítica, cuando tan desatinados andan en fijar punto tan simple de fijar como el nudo. ¿De dónde arranca todo el final del drama? ¿Qué decide de lo que está en primer término en el desenlace? ¿No es el desafío de Carlos y Félix? La carta solamente añade complicaciones y golpes de efecto a la última escena. Para casi nada entró en la determinación de aquel duelo. La sorprendida dévolución del retrato en la entrevista a solas de Juana y Félix; las dudas anteriores de Carlos (suficientemente fundadas como en el núm. II lo hemos visto); su recelo puesto ya en tirantísima tensión, a más de las insinuaciones malévolas de Silvestre; eso, eso es lo que produjo el conflicto del desafío. Todo naturalmente derivado de la misma naturaleza de la acción; todo desprendido como fruto maduro del argumento mismo, sin cogerlo prestado a nada remoto, por impedir que se le tachara de incidente vulgar. Carta que puede haber servido de recurso a numerosos dramaturgos, y carta que todavía les servirá de lo mismo a otros tantos; con tal de que sea racional, oportuna y justificada como lo es en *La justicia y el azar*.

IV

Tiene don Rafael Abreu Licairac una *Audiencia abierta a discreción*, y tiene Arturo Pellerano una *Audiencia situada al lado del lugar de los sucesos*, que son ni más ni menos que el sofá de Chicho. La ilustración histórica respecto a la misma, que alguna investigación ha costado a Pellerano (como no le soplaran consuetas), y las dos únicas ocasiones en que actúa durante los tres actos, ni aprueban respectivamente que no pudiese estar pared por medio ni que pueda calificarse como una *obsesión jurídica*.

Tiene Arturo Pellerano un descubrimiento de que *La justicia y el azar* "pertenece a la escuela antigua", que —como alegato crítico— es compañero del sofá de Chicho. Algo se trasluce, sin

embargo, de que él lo apunta en son despectivo del drama; y por tanto hemos de decirle que no conocemos en las tablas otra escuela como no sea la dramática, de quien son grupos o divisiones el drama tendencioso (y como tal aquí se afilia también la comedia), y el netamente pasional (a que también pertenece la tragedia clásica, fuera ya de uso). Puede ser que después se añada, únicamente como subdivisión del primer grupo, el drama ásperamente analítico que está ensayando Zola, si es que llega a arraigarse. En ambas ramas de un mismo árbol, cosecharon gloriosos laureles en siglos de esplendor para la literatura castellana, Calderón de la Barca y Juan Ruiz de Alarcón, principalmente; sin que digamos con ello que no trataran igualmente las dos maneras muchos ilustres autores de aquella brillantísima pléyade. En nuestros días, el famoso Echegaray ha cultivado todo el campo: y de él tenemos *El gran galeoto* y *Dos fanatismos*, y de él tenemos *La peste de Otranto*, *La esposa del vengado* y *En el puño de la espada...* Con la filiación de estos últimos entraña *La justicia y el azar*: ¿qué ha querido, pues, Pellerano significar con la escuela antigua? Y, por Dios, que Pellerano debería leer con más atención los textos de retórica que ahora trae entre manos, pues los gazapos que hasta aquí le hemos cazado, y los que luego vamos a perdigonarle, dejan maltrechos sus pujos de crítico y su crédito de autor. Lo menos que podemos esperar de cualquier oficial de un arte cualquiera, es que sepa algo del oficio.

También equivalente al sofá de Chicho es la observación —profundísima por cierto— de que el drama sucede en ocho horas, cuando al parecer de quien lo observa sería necesario mayor tiempo. Rafael Deligne, creo que muy bien contados, le cuenta dos días. Nosotros lo hubiéramos dejado en sus trece, queremos decir, en sus ocho. La enranciada unidad de tiempo, ¡qué enranciada!, la rancia *ab initio*, es el más risible de los convencionalismos proclamados como leyes por los preceptistas. Moratín, y alguno que otro como él docilísimo a la pauta, son los únicos que han temblado cuando se han visto en el extremo de quebrantarle. Los demás autores modernos de todas las naciones, le han respetado, es verdad, cuando no han tenido por qué pasarse por encima. Ello se explica: ¿a qué bueno dislocarse un autor forcejeando para hacer entender al auditorio que la acción pasa en tantas y cuantas horas o días, si para

la masa del auditorio nunca dura más que el tiempo en que la echen los actores? Los gigantes del teatro español en los mismos tiempos, maldito si se preocuparon poco ni mucho de tan fútil materia. Y entre los insignes autores germanos, pásese Pellerano por *La novia de Mesina*, de Schiller, y maravíllese del cúmulo de acontecimientos febriles que se atropellan en unas cuantas horas, según lo que recordamos, hasta concluir en una espantabilísima catástrofe. O dése una vuelta por *Don Carlos, príncipe de España*, del mismo autor, a ver si éste ha dejado un solo resquicio por donde pueda matemáticamente inducirse cuánto tiempo ocupa la complicada acción. ¡Lo dicho!, que tras un momento de lectura, Pellerano sale a hacer pinitos retóricos en que habría de lucir la venerable antigualla de la unidad de tiempo. ¿No sabe Pellerano que para estudiar retórica con fruto hay que enterarse del caso que han hecho de ciertos preceptos los grandes inspirados, los maestros-artistas, de la composición?

Y tiene, finalmente, Pellerano, unas "notas al vuelo", hermanas carnales del consabido sofá. ¿Que el autor de *La justicia y el azar* ha despreciado los ricos tesoros del contraste? Supongamos que sí: pues estaba en perfecto derecho. ¿Quién, o qué principio, le obligaba a lucrarse de aquellos ricos tesoros? Señal de que ha sido poco ambicioso o soberanamente desprendido. Aunque sírvase Pellerano esclarecernos esta duda: el amor de Félix, tan escasamente carnal como hasta la última hora se manifiesta, ¿no es contraste ninguno? Y siéndolo, ¿será insuficiente si se le compara con las otras pasiones de los no muchos personajes del drama?

De cierto que después de quitar del camino esas pedreñuelas que con honores de peñasco, y hasta de *montaña* (!) apartaron los justadores, casi podríamos dar por terminada esta conversación. Tan menguado de verdadera importancia anda lo demás; máxime cuando anteriormente nos hemos ocupado de las buenas razones que campean en la explicación del suicidio de Silvestre; y de la explicación que dan del carácter de Juana sus propios discursos, sus turbadas obras, su asombrada enajenación espiritual. Ella —después de diecinueve años de incuestionada honradez— estaba atónita sintiendo cómo el estímulo hacia el adulterio se levantaba en su alma, y empezaba a morderle las entrañas como una víbora; ella instintivamente

comprendía, con la mortificación consiguiente, que es menor adúltera la que se entrega inocentemente con candor irresponsable (como la primera víctima de Octavio en *Pot-Bouille*), o con imperioso reclamo orgánico de casi nula responsabilidad moral (como *Madame Bovary*), que la que no llega a entregarse, pero se encuentra irresistiblemente seducida por la tentación e inclinada a entrar en su núcleo de llamas con todas las solicitudes de los sentidos. Juana es en sí misma un altísimo conflicto, no llamada por lo mismo a hacer por contrarrestar los demás que surgieran, sino —batallando contra el propio, como lo hace con poca ventura— llamada a salir victoriosa o a caer aplastada por la potencia de los otros que del suyo mismo brotan y se desprenden en el drama. Ante el recelo, ¿qué otra cosa sino espanto podía oponer su espíritu ya mancillado? Ante la duda, ¿qué otra cosa sino azoramiento había de traer a sus labios la adúltera solicitud de los sentidos? Ante la acusación, ¿qué defensa sino la del llanto podía producir su falta de convicción absoluta en su absoluta honradez como esposa y mujer? Sobre que recelo, duda y acusación eran leña resinosa que echaba a la hoguera recién encendida aquel tercero sin sospecharlo, a quien llama Echegaray *El gran galeoto*.

V

Resta en Abreu Licairac, como asunto de relativa importancia, una cuestión cuyo calificativo más blando es el de ociosa. ¿*No debió prever Silvestre que su venganza llegaría demasiado lejos?* Nosotros, a nuestra vez, preguntamos: ¿no dice el mismo Silvestre que se excedió en su venganza? Pues está dicho que no lo previó, y que, por consiguiente, él había supuesto un límite para la misma o había conjeturado que llegaría hasta donde plenamente le satisficiese, y no hasta donde la venganza pudiera convertirse en su contra. Delante de cualquier declaración como aquella, un buen crítico no se pone a hacer preguntas; pues él mismo está abocado a esta cuestión: ¿hasta dónde quiso Silvestre llegar con sus rencores? El sentido común le responderá entonces: Silvestre, que como lo dice en el drama, sorprende el amor de Félix y nota la fatal inclinación de Juana, se utiliza de ello para lo que ha de aprovechar a sus odios,

reavivados con la inicua y cercana esperanza de verlos al fin satisfechos. Y aquí encaja hacer notar cuánto han desbarrado los que han dicho que Silvestre *escoge* a Félix para instrumento de sus planes: no hace sino *utilizarle*; y la diferencia esencial entre ambos términos es enorme. Silvestre ni siquiera atiza a Félix en su amoroso devaneo; sencillamente confía y espera en el progresivo desenvolvimiento del mismo y en la caída plena —moral o corporal— de Juana, con el fin de aplastar a su enemigo, diciéndole: "Te he castigado con la ley del talión, para lo cual la casualidad me deparó camino: en ti con esa ley se ha cumplido la más alta justicia, preparada por un azar cuyo desarrollo he vigilado y perseguido para contártelo; y aquí te contemplo al cabo cruzado de brazos ante el desastre que te pulveriza, pues nada puedes contra el culpable, porque es tu hijo; y nada harás contra el culpable, porque serías injusto si procedieras contra uno solo, a más de que tú mismo harías pública tu deshonra. En cuanto a nosotros dos, ¡estamos en paz! Venganza tremendísima; modo de justicia soberbio que ha merecido los elogios del impasible Bentham, como castigo por *analogía*, en su *Tratado de las penas*; límite extremo para un odio mortal como el de Silvestre, habiendo de usar un medio inconscientemente querido como el de Félix; y racional argumento que, a haberse desmadejado así, habría estado más propio para el libro novelador que para el teatro. Pero la impaciencia de Silvestre; su robusto odio, para el cual la llegada de las víctimas propiciatorias parecía dilatada; *su ver claro*, es decir, su ver nada más que el concreto punto oscuro —ya agrandado— de su venganza; su ansioso anhelo de comenzar a gozarse en las torturas del principal delincuente; todo ello le trae a insinuaciones subversivas que dan curso distinto y diverso, inesperado e imprevisto por él, a los acontecimientos; determinando así un asunto mucho más propio del tablado que del libro novelador.

Y resta en Pellerano un semillero de preguntas nacidas alrededor de esta otra: *siendo Silvestre el único que en veinte años evoca ante Julián el recuerdo de Beatriz* (admitamos el supuesto), *¿Julián no debería haberle tenido desde luego como calumniador?... ¿Con semejante fresca nos sale ahora quien, habiendo debido estudiar detenidamente los efectos de la calumnia* (pues ha fundado sobre ella a *Fuerzas contrarias*), *debe*

no ignorar que "la calumnia es segura, y va derecha al corazón", sobre todo en el espinosísimo terreno de las infidelidades conyugales? Y si esa es la calumnia en sí, ¿qué será la aseveración convenientemente basada, como la de Silvestre respecto a Juana? Falto en absoluto de talento habría sido Julián, o idiotamente insensible, si no hubiese en seguida abierto el ojo hacia donde se le solicitaba y compelía que lo hiciera; máxime cuando tenía tiempo sobrado para castigar de un modo severo la difamación del otro, si resulta tal. En el drama, lo que coincide con la insinuación de Silvestre es la escena en que la conciencia de Julián principia a entenebrecerse con el desarrollo de sus recelos; y a partir de ese instante, interroga, busca, inquiere, se permite imponer una arbitraría pero vigorosa investigación que le redime del apodo de... *papanatas* con que le obsequia Abreu L., y del de *juez de sainete* con que le moteja Pellerano. ¿Pudo hacer más como hombre y menos como marido? ¿Acaso —¡gracias tal vez a su correcta actitud!— llegó a ser realmente *aquello*? ¡Válganos quien tenga poder de hacerlo, y qué dobles lentes los que suelen usar la pasión! Abreu Licairac y Pellerano Castro, aplaudidores (según la medida de sus personales entusiasmos respectivos) de un grandísimo cabrón, como lo es —hasta el último instante en que, colmada la medida de la paciente tolerancia, corta el nudo *gordiano*— el inofensivo y aguantador protagonista; ambos señores, que no habrán tenido seguramente sino frases de encomio para la escena en que el tercio monologa declamatoriamente contra el vaho de los salones que se le ríen en las barbas; ambos *críticos a pesar suyo*, tratan de ridiculizar a Julián por haberle equivocado con un cornudo de hecho. Aquí, del *titiritero y el lugareño*: *¡miren vuesas mercedes cuán cumplidos jueces son!*

Pero en Julián, en Julián sobre todo, es donde más resalta cómo ambos adalides, Pellerano en primer término, trasudan dentro de la flamante casaca de críticos que han estrenado, con agonías análogas a las de quien —siendo de natural encogido y usando una de paño por vez primera— se ve constreñido a cruzar sin compañero ninguno el largo de una sala colmada a derecha e izquierda de damas y caballeros. Que la casaca le aturde, le desvanece, le incendia, le solivianta náuseas de habérsela puesto! Así andan los dos fieros críticos en el punto concerniente a Julián. Le miran como juez, le dan vueltas como

marido; y no se acuerdan de examinarle como hombre, tal cual lo manda el método. Nos ponen, pues, en la obligación de que lo hagamos nosotros, a los que nada se nos ocurre objetar. ¿Cómo se llama el hombre que procediendo como procedió Julián con Beatriz, después de la hartura de su apetito, ni se preocupa del resultado ni siente escarabajos interiores por motivos de aquel pecado, que no creemos capital, pero sí suficiente caso de conciencia? ¿Cómo se llama el hombre, cuyo mismo discurso nos revela que en el lustre y engrandecimiento de su persona invierte un tiempo precioso, pescando honores baladíes y cazando dignidades que solamente por razón de aquel anhelo, es que ansía que los seres con quienes le ligan nudos o lazos sociales procedan correctamente, para que no reflejen la más mínima sombra sobre el propio brillo? Se llama egoísta o ególatra, y desde ese punto de vista, Julián permanece en todo el drama consecuente con su carácter. El grito que da pidiendo un físico para Félix, no es de compasión ni de ninguna otra zarandaja por el estilo: es el salvaje grito de la egolatría mancillada en su hijo Carlos por una perpetración de homicidio.

Creemos haber probado que Julián no es el marido mal estudiado o visto de reojo por los señores Pellerano y Abreu Licairac; pero si a pesar de lo dicho, siguieren creyéndolo, hagan suyo este pedacito de *Clarín*, del artículo en que defiende la legitimidad artística de un verdadero manso en drama serio:

“No era el gran público el que hacía frases y decía mil sublimes necesidades para burlarse de la resignación de Orozco, que no mata a su mujer infiel según las pragmáticas, antiguas y modernas. Los que hicieron chistes contra Orozco eran autorcillos silbados, empleados de consumo o cosas así, disfrazados de gacetilleros en funciones de críticos...”

Con esa cita de *Palique*, relativa a *Realidad* de Pérez Galdós, concluimos esta parrafada, provisionalmente. Nada más que valga la tinta que en ello se invierta, dejamos pendiente en los dos artículos. Ellos con su no embozado encono; el interés de la sala en la noche del espectáculo; el calor que, no cabiendo en el teatro, se desparramó por el recinto de la capital, y la controversia que sin quererlo está haciendo de Rafael Deligne una figura literaria a la moda, demuestran que el autor de *La justicia y el azar* tiene notabilísimas disposiciones para cultivar el drama. Con ellas pronto o lentamente puede llegarse a la obra

obra maestra, sobre todo cuando se estudia, como lo hace diariamente Deligne.

De nuestra parte estamos convencidos de que este primer drama suyo, es la tentativa nacional de mayor intensidad dramática entre todas las que conocemos hasta este instante en que ponemos aquí punto redondo.

RESUCITÓ AL TERCER DÍA...¹

Exclusivamente para D. R. Abreu Licairac

Resucitó al tercer día...

Y no, como era presumible, para producir una nueva argumentación en defensa de las inverosimilitudes que su inquina le hizo ver en *La justicia y el azar*, su inquina o su ningún acierto en usar del raciocinio; y no, como era de creerse, para sacar a flote sus antiguas y tuertas opiniones ante los imparciales que están mirando los toros desde la barrera, quienes habrán cotejado lo que en capítulo de inverosimilitudes apuntó él, y lo que rastreándolas una a una, hemos sacado en limpio nosotros, dejándolas todas al fin íntegramente destruidas; para nada de aquello, sino para discutir el parecido de su silueta de escritor con que le hemos regalado, plácenos ver nuevamente en las columnas del *Listín el hierro, garabato o firma* de don Rafael Abreu Licairac. Además de otras cosas que después diremos, esa chirle actitud es una plena escapada por la tangente. Díganlo cuantos están mirando los toros desde la barrera.

¿A qué nos obliga el único móvil que ha tenido él para ensartar un nuevo artículo? Solamente a probarle que pusimos esmero en trazar su silueta literaria; y que es de un parecido

1. Publicado en *El Teléfono*, No. 645, Santo Domingo, R. D., 17 de julio de 1894. Los artículos de Rafael Abreu Licairac pueden leerse en *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 16 de julio y 2, 3, 27 y 28 de agosto de 1894.

soberbio al original. ¡Lástima que no le pudiéramos haber regalado un retrato de cuerpo entero! Tales pruebas las sacaremos de ese mismo postrer artículo suyo, que nos las suministra en abundancia; por donde se ve que el tipo en cuestión en todas partes es idéntico.

Antes de hacerle ver que "lo que decimos nosotros, él lo prueba" imagínese el articulista que le vamos a hablar como Gastón Deligne, a pesar de que esté firmado otro sujeto; y déjenos abandonar el plural para tratarle de mí a Ud. ¿Y por qué dice el señor Licairac que Gumersindo es nombre grotesco? Vaya usted a averiguarlo, oreja fina, ¡pues por lo que acostumbra él decir las cosas, porque sí! ¡Desenfunda su aire sibilino, y boca abajo todo el mundo! ¿Y por qué el señor Abreu Licairac tiene una tirria tan soberana contra los seudónimos, en tierra donde los usamos por capricho cuando menos, supuesto que guardarle es materialmente imposible? Si no es por *nerviosidad de su organismo*, esa tirria debe ser marrullería de quien con ella quiere escudarse, para hacerse frecuente la ocasión de contemplar —con la complacencia de un Adonis ante el espejo— estampada su firma al pie de cualquier producción suya, así sea un mamotreto. ¡Una cosa u otra, y usted elija!

Dije que el señor Abreu Licairac debe haber sido oráculo en algún tiempo, pues todavía le dura lo vaticinador, y lo pruebo incontinenti. Él presintió la catástrofe de *La justicia y el azar*: ¡Oráculo! Él dijo *mil sublimes necesidades* de Julián, y ahora aventura que merced a ellas, ha de reformarle Deligne: ¡Oráculo! Él pronostica que en nuestros lares puede que todos lleguemos a medianía literaria y nada más": ¡Oráculo! Con toda la calma de quien está ejercitando el sentido común, y con todas las citas prudentes para que se viera que me estaba apoyando en autoridades, y que por ende no tengo una arrogante confianza a lo Abreu Licairac en el testimonio de mis sentidos, destruí todas las inverosimilitudes que a él le plugo ver en el drama. ¿Qué se hizo del preconcebido *instrumento vengador*? ¿Qué ha habido respecto a que un joven sólo *inverosímilmente* se enamore de un modo romántico a los veinte años? La duda de la fidelidad de una esposa, ¿sigue siendo natural que la experimente primero el cónyuge? Y como éstas, ¿en qué pararon las demás? El señor Abreu Licairac contesta ahora: "las demás permanecen en pie y muy vivas". Gran razón, a falta de otra, y

salida eminentemente ridículísima. Pero lo dice él, y a él le parece que basta, porque según él, hay que creerle. ¡Oráculo, oráculo y oráculo!

Dije que el señor Abreu Licairac era uno de los entes más confiados en el propio testimonio de sus sentidos, pues acostumbra encalabrinar especies y más especies, sin preocuparse de probarlas; y aquí tiene algunas demostraciones colaterales. *Estos Delignes en todo échanlas de maestros.* ¿En qué, y qué es todo? Pruebas, señor Abreu Licairac, pruebas, que la salida mucho que las requiere, so pena de que usted prefiera sentar plaza de calumniador. Si yo la echara de maestro, por ejemplo, en literatura no me llamaría a mí mismo aficionado ni andaría citando autores para corroborar mis opiniones. Si yo me creyera maestro, no habría ensayado su silueta sino su retrato a la pluma; y me entrometería como muchos donde no les va ni les viene, cosa que hacen sin estar bien lastrados por los estudios, que de mi parte no descuido, siempre que me lo permiten mis diarias ocupaciones. Si yo las echara de maestro, e hiciera críticas deslavazadas y sin fundamento, las llamaría yo mismo *sabias y sensatas*, cual lo hace el pedagogo de quien estamos hablando con la suya; con aquella famosa donde entre los regaños que echa a Rafael Deligne, como gran reflexión le endilga cosas viejísimas y rebosadas; que desde las aulas se las cantan a los alumnos los profesores y que por muy nuevas, vacía el señor Abreu Licairac desde el púlpito. Cosas viejísimas y rebosadas, como las de sus luengos y esterilísimos escritos de propaganda; de los que no sacará provecho el pueblo que no sabe leer, por esto mismo; y de los que no sacará utilidad el pueblo que lee, porque los tiene resabidos. ¡Y adelante con la demostración! Refiérese el señor Abreu Licairac a las *nebulosidades de mi poema de MARRAS*, el cual poema —según escribe— sólo podría juzgarse con una serie de puntos de interrogación. Esos puntos creo que los calzan los jueces que no andan muy abundantes de razones para defender inverosimilitudes ni muy apretados de sindéresis. Estudiando casos y cosas de literatura, y leyendo buenos autores, por Ramos Pascuas me ha venido tentación de escribir, y en verso o prosa me he sacado el divieso; sin que después haya tenido la producción en chico ni gran concepto, a pesar del favor imparcialísimo con que algunas han sido recibidas. ¿Cuál será

ese poema de marras? ¿Y por añadidura, nebuloso?... Supongo que lo diga por *Soledad*; y como no hace sino ponerle apodo, sin justificarlo con pruebas, *el oráculo está muy confiado en el testimonio de sus sentidos, y muy dudoso del buen sentido y hasta del sentido común* del grandísimo sabio y literato redondo don Eugenio Ma. Hostos. Este insigne maestro, por mí muy querido, aun cuando nunca tuve el gusto y la honra de cruzar con él dos palabras siquiera, sin que mediara conocimiento personal entre ambos, y sin que se lo mendigara yo (como mendiga el señor Abreu Licairac loas introitivas para la plaga de lugares comunes y manoseados que él llama pedantescamente artículos doctrinarios); aquel maestro, cuyas obras solamente los mentecatos no pondrán en sus cabezas, espontáneamente escribió algo muy honroso para *Soledad* en las columnas de ediciones pasadas de este mismo periódico. En el artículo que se dignó consignar al poemita, narra su argumento tal como yo le concebí y le versifiqué, lo que quiere decir en buen romance que, habiéndole claramente comprendido el eminentísimo maestro don Eugenio Ma. de Hostos, cuyo pantufla desecharado es indigno de calzar ningún chisgaravís literario de la laya del señor Abreu Licairac, éste, que presume de letrado y se las da de crítico, no entiende lo que lee. Y como es muy posible que tampoco entienda lo que le hemos dicho y le estamos demostrando, con decirle que *es uno de los entes más confiados en el testimonio de sus sentidos*, se lo explicaremos en lenguaje categórico, diciéndole: que es un vanidoso hasta la médula y un presumido de marca mayor. Pero, ¡ahora que caigo!, lo de *poema caótico, propio para hacer reír a los pedestres SENSATOS* prosistas como él, puede que lo diga por *Angustias*. ¡Vaya una risa bien insensata! ¡Vaya una risa estólida de payaso sardónico la que usa el pedestre prosista! ¿*Caótica Angustias*? Nuestro incuestionado poeta don José Joaquín Pérez, por más señas oculto tras un seudónimo que descifré al vuelo (por lo mismo de que entre nosotros sólo se usa como capricho), dijo cosas tan bien dichas cuanto favorecedoras para el poemita, y agradecidas por mí; sin que entre su juicio y mis versos hubiera hecho presión ninguna, antecedente de amistad ni mayor conocimiento. Lo dijo sin que yo esperara que lo dijera; sin que, por consiguiente, se lo hubiera suplicado yo, como acostumbra hacerlo para sus lucubraciones mí

desagradecido siluetado. Después de llover mucho tras la salida de *Angustias*, todavía la comisión de la Antología hizo de ella honorífica mención; y ninguno que sepamos la ha tenido por *caótica* ni por *nebulosa*. Llama, pues, el señor Abreu Licairac poema caótico a *Soledad* o a *Angustias*, sin que medie justificación ninguna, por parte de él, de mote; el señor Abreu Licairac se exhibe como dudoso del buen sentido y hasta del sentido común de los demás que tuvieron aquellos poemitas como clarísimamente expuestos y desarrollados. Ellos fueron: don Eugenio Ma. Hostos, del primero; y del segundo, don José Joaquín Pérez, doña Salomé Ureña de Henríquez, don Federico Henríquez y Carvajal, don César Nicolás Penson, don Francisco Gregorio Billini, don Pantaleón Castillo (en fin, cuantos solidariamente firmaron la investigación antológica). Y fuera del país don Nicanor Bolet Peraza encontró que *Soledad* está claramente escrito, y con *originalidad americana* en el fondo. El número, además de la sabiduría y la competencia, deja al señor Abreu Licairac donde ha querido ponerse: en ¡berlina! ¡Maldito si soy capaz de discutirle un derecho tan desairado! Conste que solamente para hacer que el público literario de nuestro país le contemple en la picota del ridículo en que se ha puesto, es que he entrado en historias respecto de aquellos poemitas, cuya suerte, me tiene sin cuidado: si no sirven, se los llevará el olvido, y no me ha de quitar ni el sueño ni el apetito su desgraciado fin; y si tienen condiciones de vida, contra ellos los pseudocríticos perderán infructuosamente su tiempo.

Dije que el señor Abreu Licairac era un notable ensartador de *verba et voces*, y todo su último artículo lo demuestra. Está escrito con el SOLO PROPÓSITO de evadir la silueta; y sobre que nadie podrá encontrar más que una ineducada negativa a secas de la misma, cuando con tan gran cariño se la regalé, el tal artículo me está sirviendo más de lo que el oráculo podía esperarse para dar mayor vigor a las líneas del trazado. Entre muchas cosas de gran chiste, dice (y no agrega más) que "las inverosimilitudes permanecen en pie y muy vivas, a pesar de las sutilezas y sofismas de su contendiente y de las yacentes víctimas". Presuntas *víctimas*, *sofismas* y *sutilezas*, mencionadas a lo que saliere, y sin demostración al canto; son nada más que *palabras, palabras y palabras*.

Dije que él era un licitador impertérrito de polémicas y una bizarra nulidad como polemista, y sin que vaya muy lejos, la reciente controversia de *La justicia y el azar* lo prueba. Él se metió uno de los primeros en la danza, con gran acopio de improperios literarios contra Rafael Deligne, y a la primera caricia gatuna de los replicadores de *El Teléfono*, se derrotó completamente, arrojando las barreduras que se leen en "Quosque tandem". Y en cuanto a la razón que daba yo de que parecía que para él era empresa hercúlea producir un segundo razonamiento (lo que le deja perfecto como nulidad polemística), mejor que yo lo propala este último artículo suyo, donde no se encuentra una sola miserable razón en pro de sus inverosimilitudes y demás cucurbitáceas, quiero decir, sandías, ni para un chico remedio.

Barreduras y verdulerías literarias, claro que las tiene, a la buena de Dios por supuesto, esta última salida falsa del oráculo altamente confiado en el testimonio de sus sentidos, del ensartador de la palabra y polemista de mala muerte. Cualquiera puede señalar aquellos primores; y no lo hago yo, porque con reciprocarlos, añadiéndoles su correspondiente acotación *ad probandum*, le daré al fulano por el lado del gusto, que es mi mayor deseo.

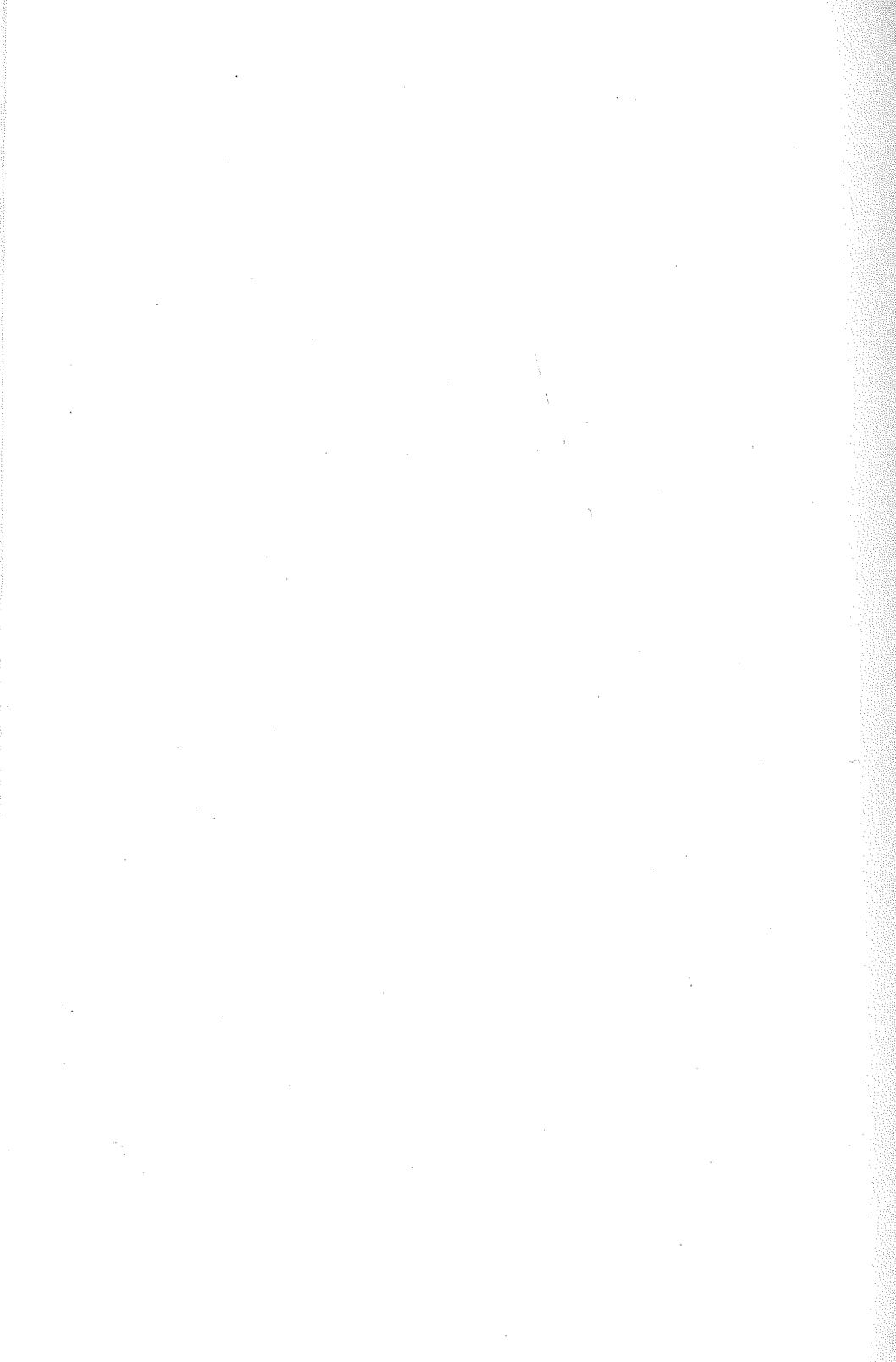
Si hubiera sido necesario enmendar la silueta, lo habría hecho; pero un artículo posterior a su trazado, me ha servido nada más que para avivar sus perfiles.

Mientras tanto, espero la mía, de la que seguramente se me dará un pepino, como esté cogida medianamente falseada; vieniendo sobre todo como viene del tipo que he tenido el honor de exhibir literariamente dos veces, y las dos como fofo, ante el pequeño mundo de nuestras letras. Después del ridículo en que él mismo se ha puesto últimamente ¿qué me ha de importar un retrato hecho por él? Pues "¿qué autoridad es él para exultar o deprimir, literariamente hablando, a nadie?" Lo *fantoche* jamás ha dado calidad sino para servir de entrenamiento a los párvulos.

El que le repicó al señor Abreu Licairac cierta "campana", en mi concepto sonorísima, por ser excelente sinapismo para las *Valbuenadas* del oráculo, que se la repique de nuevo, si le place, ahora que el ensartador de palabras —que no se ha ocupado de cosa tan esencial como las inverosimilitudes y demás puntos de vista— se ocupa sin embargo de ella. Por mi parte, relativamen-

te a Abreu Licairac declaro que no he escrito sino lo que lleva el seudónimo que con mi plena voluntad quiero poner y pongo algunas líneas más abajo. Cuando una cuestión se propone con formalidad, no me ocupo como cierto pariente mío que anda por las columnas del *Listín* en rimar versitos para deleite del vulgo, y mucho menos si para hacer conato de chiste, hubiere de andar calumniando inconsultamente. Rafael Deligne nunca le ha dicho a su hermano *gran psicólogo*, ni *psicólogo a secas*, sino que ensayó un estudio psicológico. Y Gastón Deligne nunca le ha dicho a su hermano *gran dramaturgo*, sino que tiene buenas disposiciones para cultivar el drama. Otro tanto le dice *Un imparcial*. La razón literaria Deligne hermanos, naturalmente que es de mutua salida contra la sinrazón, contra la mala fe, contra la *gacetilla en funciones de crítica*; pero el carácter de los socios repugna el *bombo mutuo*.

Y además, cada uno de los socios obra de por sí, sin reunirse en conciliáculo, sin inspirarse mutuamente y sin desesperarse con comandita por echar a rodar obras de nadie.



TOCANTE A SU TAYOTE¹

Con el señor don R. Abreu Licairac

Suspendí mi correspondencia con el señor Abreu Licairac la trasantevíspera de que me llegara el anunciado perfilillo mío, en cuya confección él invirtió buen espacio de tiempo; tan poco aprovechado como para salir a la postre con un ratón ridículo. Yo había dicho que seguramente se me daría un pepino de tal perfil, y me equivoqué al decirlo: después de leerle, ni aun llegó a dárseme la mitad de un pepino; después de leerle, pude enterarme que —como cosa de peso o sustancia— ni siquiera podría sostenerse airosamente junto a un menudísimo grano de mostaza. A fuer de atento, sin embargo le desprendí con unas tijeras de las columnas donde holgaba; le pegué en un cartón, y le colgué de un clavo, *in memoriam* de las ineptitudes del señor Abreu Licairac.

Todo ello para mi uso particular; para recrearme con aquella tayote, riéndome de buena gana de la limitación intelectual de que era muestra; de la presunción de aguas de aquella exhausta fuente; de la forzada y exangüe reciprocidad del prójimo que —habiéndose creído mortificarme con ello— no encontró vías por donde amplificar el perfilillo. ¿Cree el señor Abreu Licairac que él tiene más silueta que la de pedestre prosista? No tiene más; y eso no ha sido óbice para que con todo buen humor, no

1. Publicado en *El Teléfono*, No. 656, Santo Domingo, R. D., 30 de julio de 1894.

la extendiera y amplificara yo, a fin de pagarle con la misma moneda que él suele usar en sus tratos literarios.

Y donde está dicho, y para lo que está dicho, se quedara la tayote en autos, si el señor Abreu Licairac no hubiera salido últimamente con una calabaza; poniéndome en la circunstancia de ocuparme hoy de ambas insipideces.

Mientras llega el turno de la segunda, dejo que el señor Abreu Licairac me crea rabioso o lleno de bilis. Yo sé a qué atenerme en el particular; y desde que con la más risueña disposición del mundo le tracé su perfil, hasta que tuve el gusto de demostrar selo con sus propios escritos; y desde que le vi muy paladín contra perfiles y muy escurrido para pecharse con la defensa de sus opiniones rebatidas por mí; desde que a los denuestos e improperios literarios suyos (sin razón que les justificara), opuse análogos términos (con explicaciones sobranceras de su justa aplicación); el único juez es el público imparcial para decidir de qué lado están la rabia y el despecho. Despechado estaría yo, si después de haber molido al lector con un aparato de crítica insulsa, pésimamente escrita y colmada de insustancialidades, apareciera sin hacerla valer ante quien le impugnara; y bilioso estaría yo, si para dar una triste disculpa de esa incorrecta actitud, me viera compelido a cohonestarla aplazando la cuestión a dos meses fecha. ¿No sabe el señor Abreu L. que la silueta suya, que es un incidente de los artículos anteriores míos, podía abordarse ocho semanas después; pero las razones con que le he redargüido debían haber sido su ocupación esencial e inmediata, si en algo pasaba a ocuparse, so pena de que se le creyese menguado de argumentos para la defensa? El público, mi señor don Rafael, no suele aburrirse ni aquí ni en ninguna parte de las discusiones en que campee el sentido común, así se prolongaren una centuria: puede que a la larga le fastidien los alegatos personalísimos, las disputas de dimes y diretes, que ha tenido usted *la deshonra de INICIAR desde que DENOSTÓ EN SU PRIMERA SALIDA a Rafael Deligne*. En ella tengo el disgusto de estarle siguiendo por lo que usted dice, porque con su mal ejemplo me ha enseñado usted el camino, y porque me veo constreñido a devolverle trasquilado cuantas veces me viene usted por lana.

Debo también al señor Abreu Licairac haciendo comparaciones eufónicas de Gumersindos a Pancracios y Criptógamos: el

público de buen oído y ninguna parcialidad decidirá si él no está comparando huevos con castañas, y si no ha concedido a ese punto vacuísimo un género de importancia que no le di yo, al traerlo a mi servicio para que evidenciara sencillamente que el señor Abreu L. suele resolver muchas cuestiones con un corte al alcance de todas las fortunas: con un simplísimo ¡porque sí!

Dejo al señor Abreu L. suponiendo que he montado en cólera porque me descifró el seudónimo, en tanto que el público resuelve si no es errada tal suposición, mediando estas buenas razones: *primera*, que no he pedido absolutamente a *El Teléfono* ninguna conservación del incógnito; *segunda*, que no he tratado de desorientar las conjeturas del señor Abreu L., y *tercera*, que a pesar de los pesares la muestra le dirá si estoy en quitarme el gabán.

Lo que no dejaré pasar es la sutileza con que él quiere de un solo golpe sincerarse de su soberbia petulancia y darse el placer inocentísimo de llamarle inconsiguiente de marca mayor. Es en los párrafos donde, con una modestia de última hora, fingida por lo tanto, llama "pobres escritos" a sus *artículos doctrinarios*. ¡Lo que va de ayer a hoy! Ayer no más soplaban la trompa épica en poema autoencomiástico, y les llamaba ejecutorias. ¡Cómo pesa el desengaño! Hoy le llama "pobres y modestos escritos". Ahí se quedan, hasta que pueda hacerme de uno (pues no eran para conservados los que recuerdo haber leído), y puntualice cuanto acerca de su esencia tengo avanzado. El padre adoptivo de todos ellos "mendigó loas introitivas", *puso con lo mismo de relieve su carencia de confianza en el testimonio de sus sentidos*. Bonito cuento para uso de los niños. "Loas introitivas" ha pedido él porque gusta del incienso; porque se pirra por el prologuito laudatorio; y se perece porque le carguen en hombros aun cuando sea de mentirijillas. De esta conocidísima verdad responden también las recientes revelaciones de Chico García respecto a uno de esos "introitos", aumentado y corregido por el interesado en el sentido de más incienso, más mirra, más oropel.

Hasta aquí, lo mismo que en mi otra réplica, he justificado con demostraciones inmediatas cuantas expresiones categóricas tuve y tengo que oponer a los terminachos *ad libitum* del señor Abreu L. Y protesto dos cosas: que entre los muchos de que he podido usar, elegí los más blandos; y que no mudaré de

tono, si el señor Abreu L. que le inició, siguiere exhibiendo en sus escritos atañederos a mí, las verdulerías que son como su idiosincrasia literaria. Hasta aquí, lo mismo que en mi otra réplica, he puesto de realce los datos que contra sí mismo me ha remesado candorosamente el mismísimo don Rafael en el curso de sus artículos; y no me he salido de los papeles públicos para adquirir noticias antiliterarias contra mi muy estimado señor. Lo que no he justificado aún, es lo de ineptitudes dicho arriba, tocante al perfilillo, y allá van justificaciones.

“Evidente es que Gastón Deligne ha hecho *poemas y versos* no pocos. ¿Cuál de esas tres clasificaciones corresponderíale mejor?”

Un pasante de crítico, señor Abreu L., lo menos que conoce es el valor de las palabras y la gramática de su lengua. Un crítico mediano, señor Abreu L., conoce por lo menos lo dicho, y tiene además su barniz de Historia, su poquillo de erudición enciclopédica y su mayor o menor familiaridad con las firmas de autores de pro. Un buen crítico, señor Abreu L., conoce todo lo enunciado a fondo, y está por lo mismo apto para inducir y deducir verdades de gran provecho. ¿Cuál de las tres precedentes calificaciones correspondería al señor Abreu L., que se ocupa de hacer críticas, y que continuará en la ocupación según lo promete? Evidentemente, ninguna. La primera, pasante de crítico, no requiere mayores aptitudes y es rudimentarísima: el eminentísimo señor ni siquiera encuadra ahí. No conoce el valor de las palabras y anda a palos con la gramática de su idioma. Excuso derivar la consecuencia, porque ella salta a la vista.

“Evidente es que Gastón Deligne ha hecho poemas y versos no pocos. ¿Cuál de esas tres clasificaciones corresponderíale mejor?” ¡Oh vos, don Rafael Abreu, que os habéis atrevido a hacer crítica, y os habéis atrevido a más llamándolas *sabias, razonadoras y sensatas!* ¡Oh vos, que soléis echarlas de dómine endilgando vejestorios a quienes han leído más libros que vos, teniéndoles en mayor reverencia que vos, que les llamás libracos! ¡No sabéis con qué honda pena contemplo cómo os ahogáis, lo mismo que cualquier Juancho, en las mansas orillas de la Retórica y a b c de la Literatura! Desde el más corto *poema epigramático* hasta el más largo *poema épico*, todas las composiciones en verso son y se llaman *poemas*. Hacer distinciones y considerar como separadas dos cosas que son una en otra,

usted me dispensará, pero le diré que seguramente lo haría *el lego del Padre Soto*. ¡Y qué cachetina la que le atiza usted a la Gramática en el mismo parrafillo!

“Evidente es que ha hecho poemas y versos no pocos. *¿Cuál de esas tres clasificaciones correspondería mejor?* No son tres sino dos, ya que usted estira la única; y diciendo usted, renglón antes, que he hecho *poemas y versos no pocos*, maldito si entiendo la antigramatical preguntilla ni adivino cómo pueda calificarse a una persona ya sea de *poema*, ya de *no pocos versos*. El diablo del galimatías le ha resultado a usted de que la preguntilla está puesta fuera del sitio en que la necesitan la buena construcción gramatical y la acertada distribución del discurso. Su plaza estaba justamente al pie de las tres clasificaciones con que ha sorprendido usted y hecho rehinchar de envidia póstuma a las sagradas sombras de Blair, Villemain y otros que tales clasificadores literarios, cuyos libracos parece que se desternillan o desencuadernan de risa frente a las ineptas novedades de usted. Las entresaco sin comentarios, porque ellas se solfean solas. En tres grupos reúne a los poetas el donoso y profundo maestro don Rafael; tres grandes grupos, hijos de largas vigilias y penosas meditaciones: *poetas oportunos y tendenciosos, poetus trashumantes y poetas versificadores*. ¡Ésta es la oportunidad, amado Criptógamo, y ésta la coyuntura en que el varón prudente se va a los textos para sacar a la luz cosas viejísimas; siendo como es preferible el apodo de resobado al de irrigorio! ¡Hombre, don Rafael, con que hasta *poetas versificadores!*...

“Creen ustedes que no se puede ser más chapucero? Pues se equivocan ustedes: sepan que todo el que encaja, como un servidor de ustedes, en las dos últimas CLASIFICACIONES de *poetas trashumantes y poetas versificadores*, con el encaje arrastra el resultado, según el señor Abreu L., de *un eclecticismo confuso y desesperante*. Pero, don Rafael, ¿no sabe usted lo que significa *eclecticismo*, palabra tan traída y llevada entre ustedes los críticos?

“Ignora usted que por lo mismo que supone capacidad de escoger con pleno entendimiento lo mejor de cada una de las escuelas, científicas o literarias, derivar el eclecticismo de las obras de los *trashumantes y versificadores*, es derivar un monumental disparate?

Más ineptitudes apuntara si el señor Abreu L. se metiera en más dibujos, que no se ha metido. Con las apuntadas indúzcase qué estafermo será en las honduras si tan sobrado lo es en las superficies.

Está en buen punto la ocasión para rematar esta réplica con el inventario de las gallardías intelectuales y cualidades críticas que un examen, restringido a determinados puntos, me ha dejado palpar y evidenciar ante el público, en los últimos artículos del estimable señor Abreu Licairac. Un crítico, tan menguado expositor como para desleírse en difusas corrientes de palabras vacías; un crítico de tan superficial noción del mundo (por mucho que frecuente la sociedad) como para afirmar que un marido es el primero en enterarse de la poca fidelidad de una esposa; un crítico de tan escaso fuste en rudimentarias inducciones de psicología como para decidir que es increíble que, un joven se enamore románticamente a los veinte años; un crítico que no sabe distribuir las oraciones de su discurso ni fijar el nudo de un drama; un crítico que ignora los más elementales principios de la Retórica; un crítico que hace clasificaciones desapoderadas y fuera de todo fundamento racional; un crítico que no conoce el significado de las palabras mayormente rutinarias del oficio; un crítico así, agravado con los demás achaques hasta ahora no perseguidos por mí, pero que fiscalizaré si se hiciere necesario, ha invadido la jurisdicción de la crítica literaria sin ningún derecho; ha invadido la jurisdicción de la crítica literaria con un simple golpe de asalto. Militarmente, el asalto reviste condición heroica; científica y literariamente, el asalto es descocado, fachendoso, imbécil y risible.

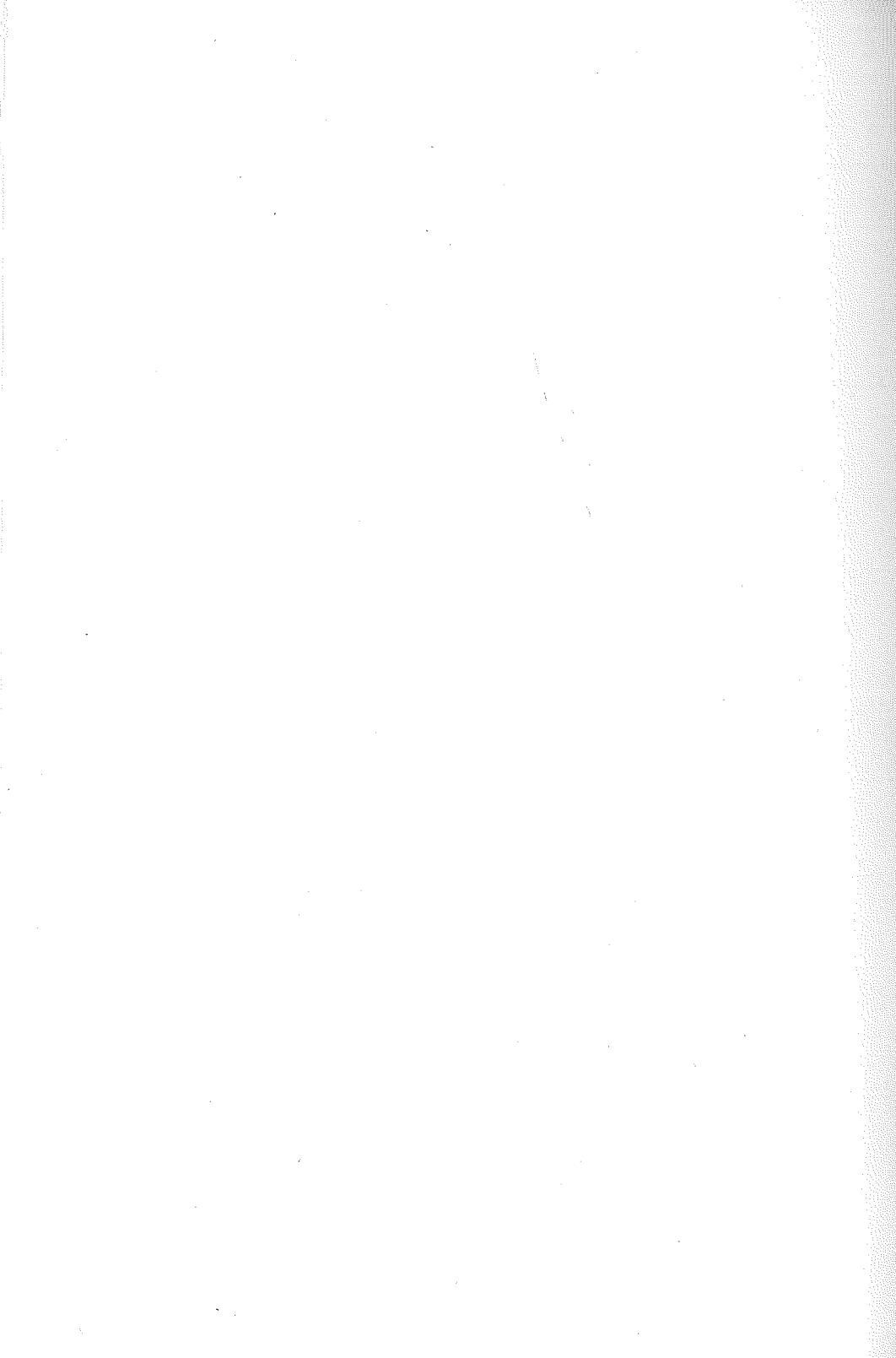
Eso no quiere decir que el señor Abreu Licairac no deba seguir profanando la crítica con pretender que es su oficiante; ¡un poco más de ridículo, y otro poco más, y otro poco más, al fin le llevarán al colmo!

Hubiera él dejado que su calabaza permaneciera tranquilamente en la planta, y habría yo dejado que su tayote se pudriera donde estaba.

Con eso ni le daría a él disgustos con ponerle a leer mi soporífera prosa, ni me fastidiara yo con invertir mi tiempo sobrante en rectificaciones personalísimas.

¡Es además tan aburrido mi señor don Rafael! ¡Pone además sus discursos en tan falsas posiciones y tan peligrosos equili-

brios! ¡Aventura además tanta de Dios la cosa, sin ningún examen ni consulta ninguna! ¡Vaya! Que replicarle a él, únicamente a razón por barba, llega a hacerse el bizarro *cuento de nunca acabar*.



QUANDOQUE BONUS...¹

I

Un estudiioso amigo mío, que ha venido enterándose de la disputa establecida entre don Rafael Abreu Licairac y yo, originada en la evasiva de mi contrario respecto a lo sustancial de la discusión, que él mismo puso en pie, y que dejó abandonada a su destino para tirarse a perfiles; un juicioso amigo mío, me ha disuadido de que lanzara a la publicidad el artículo *Tocante a su calabaza*, complemento del otro que publiqué *Tocante a su tayote*, determinando mi actual cambio de frente, con el peso de observaciones tan merecedoras de ser atendidas como las que siguen:

Que la suprema habilidad argumentadora del señor Abreu L. es la de tirar furiosas dentelladas a diestro y siniestro.

Que tal habilidad, por cualquier concepto vituperable, llenaba todas las campañas de mi contrario; pues mordiendo, nada literariamente, le ha visto el público en sus artículos contra los haitianos, y mordiendo —algo más que literariamente— le ha contemplado también, desde su salida contra unos párvulos periodistas hasta su reciente quisquilla con el redactor de *El Eco de la Opinión*, quien hubo de mantearle bizarriamente.

1. Publicados —esta vez con su propio nombre, en vez del seudónimo usado en los anteriores artículos de esta polémica— en *El Teléfono*, Nos. 663 y 664, Santo Domingo, R. D., 9 y 10 de agosto de 1894.

Que, a pesar de que yo, al lado de cada un término duro, tenía cuidado de colocar su palmaria demostración, con lo que llevaba no despreciables ventajas al vocabulario verdulero traído arbitrariamente a la prensa por mi interlocutor Abreu L., en los comienzos y desde la causa primordial de este alborotado cisco; mayor ventaja le llevaría con desterrar a perpetuidad en mis contestaciones cuanta expresión pudiese involucrar una injuria literaria.

Hice pedazos el artículo, ya listo para ser publicado, porque no estaba exento del pecado de que me han hecho limpiar las observaciones de mi amigo; y con esta cristiana enmienda, heme aquí atendiendo a la última embestida de mi contrario; celando yo mismo mis palabras, y no abriendo brecha sino a una que otra inofensiva chanza, del género de esas que pueden cambiarse en cualquier conversación sin provocar ni rencores ni gratitudes.

Ni unos ni otras, sino relativa indiferencia merécenme con esta disposición de ánimo los calificativos de *pedante*, *pedantón*, *hombrecico* (esto es verdad tocante a mi estatura), *desparpajado*, *magíster*, etc.; obsequios y flores de don Rafael, que bonitamente pongo a un lado, jurando sobre mi conciencia que se me da un ardite de si dejarán o no dejarán huella en la opinión de quienes no me conozcan.

Entro, pues, en materia, no entiendo otra cosa que exponer en preámbulo, y digo a don Rafael, primeramente: que no habiendo querido él presentar sino la superficie rasa de lo que no dudo haya estudiado, tanto menos de dudar cuanto que se ha subido a la torre de Eiffel de la crítica, y no habiéndolo yo encontrado en la tal superficie, sino en pugna con lo que estatuyen acatados autores en libros reverenciados, ni habiéndole visto sino en desarmonía con lo que pasa común y diariamente en las sociedades, lo anoté en un inventario, algunos de cuyos precios pasaré a rectificar.

Y digo secundariamente a don Rafael: que anoté aquellas diferencias, superficiales no por mi culpa, porque son deslucidas, más que en todo ejercicio literario, en los trabajos de un crítico, cuyo "papel supone desvelos, estudios, facultades sin cuento, un carácter analítico y observador que (agrega el autor cuya es esta enumeración) no se forma así como quiera". Habríale hecho agravio a don Rafael con no tenerle por crítico como él quería que se le tuviese, y agravio subido de punto;

cuenta habida de la situación analítica en que a cuantos leyeron el *Listín* del 20 de junio del presente año, les dijo él mismo que se había colocado. Ya se sabe, porque don Rafael ha publicado suficientes indicios para ello, cuán ruin concepto le merecerá como analizador el amigo García Rodríguez, si tan menguado parecer le merece como escritor. Y hasta aquella fecha, había subido a la prensa, como examen único de *La justicia y el azar*, la opinión amistosamente expuesta (nada de *píloris*) del dicho señor García Rodríguez. En seguida, hizo turno don Rafael; y véase lo que dijo *urbi et orbi*: "ahora que la obra de Deligne se halla en el *pílori* DE LA CRÍTICA SENSATA... el tono DE MI CRÍTICA ha sido severo".

Como crítico, pues, y de los sensatos, además, repito que hubimos todos de mirar a don Rafael, so pena de inferirle agravio; y de ahí que me permitiera señalarle los ya dichos lamentables descuidos, acordándome del *quandoque bonus...*; a lo que no estando él conforme, se me ha dejado caer con el *risum teneatis*.

Paso a reconsiderar, con refuerzo de nuevas ilustraciones, todos y cada uno de los apuntes míos en que con algún reparillo ha insistido él, siguiéndoles en el orden que tienen en su artículo. Y de los libros didácticos, copio de Gil de Zárate, por andar en muchísimas manos, siendo así muy fácil para cualquiera compulsar la fidelidad de mi copia, los siguientes párrafos:

"A toda composición en verso se le da el nombre de composición poética, o simplemente de poesía". Y más adelante: "nos limitaremos, pues, a hablar de la epopeya, de la POESÍA lírica, de la bucólica o pastoril, de la didáctica, y DE ALGUNOS OTROS POEMAS CORTOS". POESÍA didáctica. Estos POEMAS, como TODOS..." "La elegía es un POEMITA..." "EL POEMA dramático es el más interesante..., etc."

Sobre con lo copiado para ilustrar la perogrullada (que ciertamente lo es, y que no es a mí a quien daña el que lo sea) de que "todas las composiciones en verso se llaman poemas (o poesías; palabras ambas que en la acepción de renglones cortos y sujetos a medida, son de absoluta sinonimia). Pero como la ilustración del puntito, se la debe don Rafael al diccionario, al diccionario vamos; y al mismo diccionario de que él hizo uso.

Mientras me lo buscan, amenizaré el momento con un cuentecillo que debo en original a un joven e ilustrado maestro

de Puerto Rico. —Había un tipo, graduado por Asnópolis; cargado de amarillo mental como el burro de Apuleyo; gran devorador de novelitas por entregas; que a fuerza de oír hablar de diccionarios y diccionarios, se pasó por una librería, y se compró uno de la lengua. Testigo de la compra fue un chusco, que le conocía el achaque, quien dos o tres días después le preguntó con muchísima sorna:

—¿Qué tal le ha ido con el diccionario?...

—¡Demonio de libro!, respondióle el tipo; leo, releo, vuelvo a leer, y no he podido aún desentrañarle el argumento.

Líbreme Dios del feo pecado de querer ni aún esbozar con ellos comparaciones injustas, sino que encuentro no sé qué vaga analogía entre las respectivas maneras del otro para leer el diccionario y la de mi contrario para entenderle. Examínense, si no, estas muestricitas:

“POEMA. (*Primera y principal acepción.*) Nombre GENÉRICO extensivo a CUALQUIERA OBRA ESCRITA EN VERSO, que puede reducirse a alguna de las varias clases de poesía”.

Ahí dice el diccionario, con una claridad solar, que todos los poemas son, a secas, composiciones en verso, y que TODAS LAS COMPOSICIONES EN VERSO SE LLAMAN POEMAS.

Mírese como lo ha entendido don Rafael:

“TODAS LAS COMPOSICIONES EN VERSO SE LLAMAN VERSOS” (es decir, *todo arroz se llama arroz*), “pero se distinguen con las denominaciones respectivas de POEMAS, odas, etc.” Aquí don Rafael justifica el título de su artículo: *Risum teneatis!*...

Lo de “nombre específico y propiamente característico de las grandes y extensas composiciones poéticas en metro heroico, o lírico aventajado, superior, sublime”, no hace sino confirmar la acepción general de la palabra poema, y pongo un ejemplo: melón, auyama, calabaza y sandía, todas son calabazas; habiendo una que se llama así especialmente. Epigramas, oda, elegía, madrigal, epopeya, todos son poemas; diciéndose especial y excelentemente de los de las calidades del último, que ha sido la grande y extensa composición poética escrita con las circunstancias arriba dichas, pero que ya caducó, porque la índole del siglo la ha relegado a la Historia de la Literatura.

No es ocioso recordar aquí, además, que lo de “poemas y versos no pocos”, lo dijo don Rafael contrayéndose a los míos;

y ya don Rafael se sabe cuán alejado está un *trashumante* de aquella acepción *específica* que acabamos de ver en el diccionario. Yo no he escrito sino poemas o versos: unos versos o poemas que son narrativos, y otros que no lo son; y yo no estoy escribiendo sino los tales, con el fin de dar a la estampa y a la crítica *competente* un volumen, dentro de no dilatado tiempo.

Ya que dejé escapar la especie, quiero ser con el que leyere, comunicativo hasta el fin; para atender a los reparos que las almas literarias caritativas e ilustradas quieran hacerme, y para dejar hasta cierto punto satisfecha la curiosidad que he visto en no me acuerdo cuál de los artículos de don Rafael Abreu.

Estoy componiendo el volumen, y pienso continuarlo así, sin filiación patente a partido literario ninguno; viendo por mis ojos en la hirviente vida social las cosas tales como son, hasta donde puedo alcanzarlo; y exponiendo honradamente cómo opino que podrían ser —sin violencia ninguna ni irrealizables utopías— para que sean agradables y religiosas, en el alto significado de esta expresión. Quiero colmarle de cosas e ideas blandas y delicadas, que se atraigan las simpatías de las mujeres (¡venturosa mi labor si lo alcanza!); porque pienso, hechizado por el magnífico Rcnán, “que los juicios que se pronuncien sobre cada uno de nosotros en el valle de Josafat, no serán otros que los juicios de las mujeres, sancionados por el Eterno”. Quiero que en mi libro campeen, convenientemente refrenadas, las ilusiones del bien y la esperanza; sobre todo cuando hace tiempo que vengo enterándome de que aquella moda del desnudo y la suciedad literarios, muy usada en tiempos del Boccaccio y del Aretino, y resucitada en el mundo parisién “bajo el influjo corruptor del segundo imperio napoleónico”, como dice nuestro gallardo escritor don Manuel de J. Galván, va de capa caída, evolucionando hacia el polo opuesto del misticismo. Ya el corifeo del partido, que —por un capricho de su gran talento extendió la moda en su patria, y la ha esparcido en el orbe de los que copian las novelerías de París—, vacila y se refugia en *Lourdes*. Ya el pontífice como que se siente agobiado bajo la tiara; y todavía se adormece y se refresca la letradísima Francia con los etéreos sueños y en los sosegados manantiales de un Catulle Mendés. Quiero que mi libro, excepción hecha de los tropos y figuras que invaden por sí mismos las composicio-

nes en verso, esté escrito en el estilo enjuto que don Rafael dice, siempre, y no limado, porque mi pereza me ha hecho que mire siempre la lima con horror. Tal estilo es, en mi concepto, la única conquista sustancial de todo ese alboroto del naturalismo. Stendhal, leyéndose diariamente una página del Código para tomar el tono; Zola, caminando a paso de buey, pero rindiendo su larga jornada sin aparente fatiga; esa es la manera de expresión que cuadra al ocupado siglo en que hemos nacido. Quien no pueda llenar sino de vana pompa y estéril declamación sus períodos, tendrá que alejarse del campo de la amena literatura; pues el imperio del estilo enjuto, exigirá que se le llene de ideas para ser interesante, y que se le colme con las palabras propias y exactas, y los adjetivos adecuados, de cuya sobria y acertada elección surgirá con sus olores, colores, sabores naturales cualquier género de imágenes. ¿No nos dice el profundo Renán que invirtió "un año en quitar brillo al estilo de la *Vida de Jesús*?" ¿No se hace más de notar que, a medida que una civilización más avanzada opta por los tintes tiernos, los colores pálidos y oscuros, y la sencillísima joya de un solitario montado al aire; las tribus salvajes o semicivilizadas se encantan con los colorines y se disputan los collares de complicadísimas y numerosas vueltas?...

Con esa convicción estoy componiendo el libro. La expongo, para que se me saque de ella en la demostración de que es errada.

II

Salto por encima de la aserción con que, deseando vindicar la embrollada construcción gramatical que le resultó de haber puesto una preguntilla fuera de su sitio natural, quiere el señor Abreu Licairac hacernos creer a todos que ello no vale la pena, desde el momento en que yo mismo entendí lo que él quiso decir. Si no lo hubiera entendido, la cuestión sería entonces de caló o de gringo, y nada habría tenido que ver con la Gramática.

Llego al "eclecticismo", y sigo opinando que ha sido posteriormente que mi interlocutor se ha desayunado con el sentido cabal de la palabrita. Él tenía fantasías de lo que debía ser; pero conocimiento, sólo ahora, que sin duda le iría a adquirir en el

diccionario. Dice que la empleó irónicamente. Una de tres: o no sabía la equivalencia de *eclecticismo*, o ignora la de *ironía*, o no conocía lo que una y otra palabras están llamadas a expresar. ¡Al diccionario!, ya que le tengo a mano, y sé de don Rafael que también lo tiene. "IRONÍA. Figura retórica con que se quiere dar a entender lo contrario de lo que se dice." —Si don Rafael hubiera escrito así: "de un conjunto de versos parte de la fantasía de POETAS TRASHUMANTES Y VERSIFICADORES, resulta *eclecticismo*", podía pasársele a todo pasar su afirmación de que estaba diciéndolo irónicamente: pero habiendo puesto: "que del dicho conjunto resultaba CIERTO *eclecticismo CONFUSO Y DESESPERANTE*", la definición que él mismo está dando (envolvente de una afirmación categórica) excluye y rechaza la más mínima idea y hasta el más insignificante barrunto de ironía. No basta que él diga que lo ha dicho, supuesto que de lo dicho no resulta, como no le resultó a aquel embarrador que habiendo dibujado una cabeza de chorlito, púsole debajo: "éste es un gallo". Figúrese el que lea lo que resultaría, si queriendo llamar necio a cualquiera de un modo irónico, en vez de decirle, por ejemplo: "usted es un sabio!", le dijéramos, v. g.: "tiene usted cierta sabiduría confusa". No creo, por otra parte, que don Rafael haya glosado los párrafos en que dice que quiso estar irónico, antes de salir con ese regateo de un artículo del inventario; pues de haberlo glosado, sospecho que lo de la ironía se hubiera quedado inédito. ¡A ver! "Del conjunto de las poesías de los que se dan a vagar por los campos de nebulosas fantasías, y hacen versos y más versos, y riman más o menos bien, no expresando, sin embargo, la sublimidad y magnificencia de la verdadera poesía, resulta cierto *eclecticismo confuso y desesperante*." Aquí se me ocurre una cuestión dilemática: ese resultado, ¿cómo es desacuerdo mayor: en serio, tal como suena, o en ironía, tal como no es?

Confieso francamente mi extralimitación, o sea generalización de premisa, cuando dije que don Rafael decidía que era increíble el amor romántico en un joven de veinte años; y confieso francamente que, atento a la consecuencia y citando de memoria la premisa, es como caí en aquella injusta aseveración, de la cual pido mil perdones a don Rafael en primer lugar, y luego al que la haya leído. La restrinjo, pues, al caso particular de Félix, y anoto: "inverosímil es aquella romántica pasión

inspirada al joven por una mujer, madre de otro joven de más o menos la misma edad del romántico enamorado". Eso, lo romántico, es lo inverosímil, según don Rafael; pues la pasión amorosa ya sabemos todos que puede inspirarla hasta una sesentona Ninón de Lenclos. Ahora bien, según mi opinión, lo romántico de ese amor nada tiene de inverosímil, porque: frecuente y generalmente, los testimonios de las pasiones amorosas que experimentan los jóvenes de veinte años, arrojan un bonito *superávit* romántico a favor de mi tesis; la neurosis, que es lastimosa afección de innumerables organismos; la mojigatería y los repulgos de una descaminada educación, que son lastimosos achaques de mucho entendimiento; y la fe con que suelen fanatizarse ciertos lectores de enfermizas aventuras o de encلنques ideas, que son otros tantos extravíos de la imaginación, dan abundoso jugo romántico a las pasiones amorosas, no importa la edad en que se experimenten, y no importa la edad del objeto de ellas, así éste pase de los treinta y cinco años de Juana. Vea aquí don Rafael la ninguna ventaja obtenida con restringir la premisa al caso de Félix. Ella es la única que ha cambiado; pero la consecuencia, sola circunstancia de positivo valor para el inventario, queda incólume. ¡A ver! Don Rafael pone entre los casos espirituales increíbles, uno que tiene lugar numerosas veces, en todo país y en toda civilización, porque le hacen posibísimo, determinantes o fisiológicos o espirituales de gran pujanza: está don Rafael muy fuerte, valga el decir, en rudimentarias inducciones de psicología. *Quod erat demostrandum.*

Yo que él, me habría dejado en el tintero el otro repasillo al justiprecio del inventario, último de los que ha hecho. Sobre que está infundado, no le quita ni una tilde (lo mismo que el antecedente) a la consecuencia sacada por mí.

Copio de don Rafael, en el *Listín* del 20 de junio: "Los celos, la duda de la fidelidad de una mujer" (¿no está eso en sentido general?: una mujer, ¿no es toda mujer?), "es natural que los experimente más pronto y con mayor intensidad el cónyuge", (el cónyuge, ¿no es todo cónyuge o marido?), "por la índole de los afectos". Antes, precede otro párrafo referido en sentido general a los deberes de cualquier hijo puesto en el trance de Carlos. He seguido, pues, al señor Abreu Licairac literalmente. Si no quiso decir eso, duéleme de que lo que haya querido decir deje siempre en pie la resultante apuntada en el inventario.

¿Quiso decir que Julián debió haber sentido la duda de la fidelidad de Juana antes que Carlos? Ampliamente está visto que no en mi primer artículo concerniente a *La justicia y el azar*; razones a que remito, y de acuerdo con cuya exposición apunté que mi contrario revela tener una noción harto superficial del mundo. ¿Quiso decir "que los celos, *la duda de la fidelidad de toda esposa* debe experimentarlos más pronto y con mayor intensidad todo cónyuge antes que todo hijo, por índole de los afectos?" Sin detenerme en restricciones que no necesito hacer; todos hemos visto que frecuentísimamente los hijos (máxime cuando no son mayores de edad), en el caso de maldad adulterina de una madre, no sólo llegan a ser los primeros en experimentar la duda, por razón del menor recelo que la hipocresía de la culpable no se ve tan obligada a desplegar con ellos, sino que comúnmente llegan a la desmoralizadora certidumbre, un poco más avanzada que la duda, ya que la duda misma es en esencia una petición de certidumbre afirmativa o negativa.

He concluido.

¿Qué tal? ¿Ha estado uno serio o no lo ha estado? ¿Ha usado uno injurias literarias o no las ha usado? ¿Se ha sido moderado y formal, o no se ha sido?... ¿Sí?... Pues lo seré mucho más en lo sucesivo; porque durante todo este rato me ha estado retor-zando la risa entre el cuerpo, y ya no puedo contenerla. ¿No adivinan ustedes por qué? Claro que lo adivinan; por eso, por los versitos de don Rafael Abreu Licairac. ¡A ver!

*"Marrullero, marrullero
y ridículo pedantón,
no más, no más es el huero
e insigne de don Gastón."*

¡Angelito!... ¿Y todo eso se tenía usted reservado...? La verdad que eso no es de usted, y es lástima, porque me priva del gusto de felicitarle. ¿De quién dice usted que es eso?... "Es de mi cocinera, que es una rural coplera, de muchísimo gracejo y de no poca intención". ¡Ah! ¡ah!, ¡ah!, ¡picarín!, le cogí a usted: acaba usted de hacer una redondaina con el estilo de una de las nueve, que se tiene usted en casa bajo el disfraz de cocinera. ¡A ver! Pongamos las dos juntas, para que se note el aire de familia:

*"Marrullero, marrullero
y ridículo pedantón,
no más, no más es el huero
e insigne de don Gastón."
(Eso) "es de mi cocinera,
que es una rural coplera,
de muchísimo gracejo
y de no poca intención."
(Din din, din dan, din din, din don)*

¡Olé, la gracia!... ¡Vivan la sal de Andalucía, las maritornes copleras o los copleros maritornes, y el *barbián* de don Rafael, para que de cuando en cuando nos proporcione *juergas* como ésa!

La verdad, que si el amigo no me hubiera hecho pensar en moderaciones, ese pedacito de sainete tiene bastante virtud para hacerme bienquisto a su chiquilín, aunque gallardo autor. ¡Me ha hecho *tilín*!

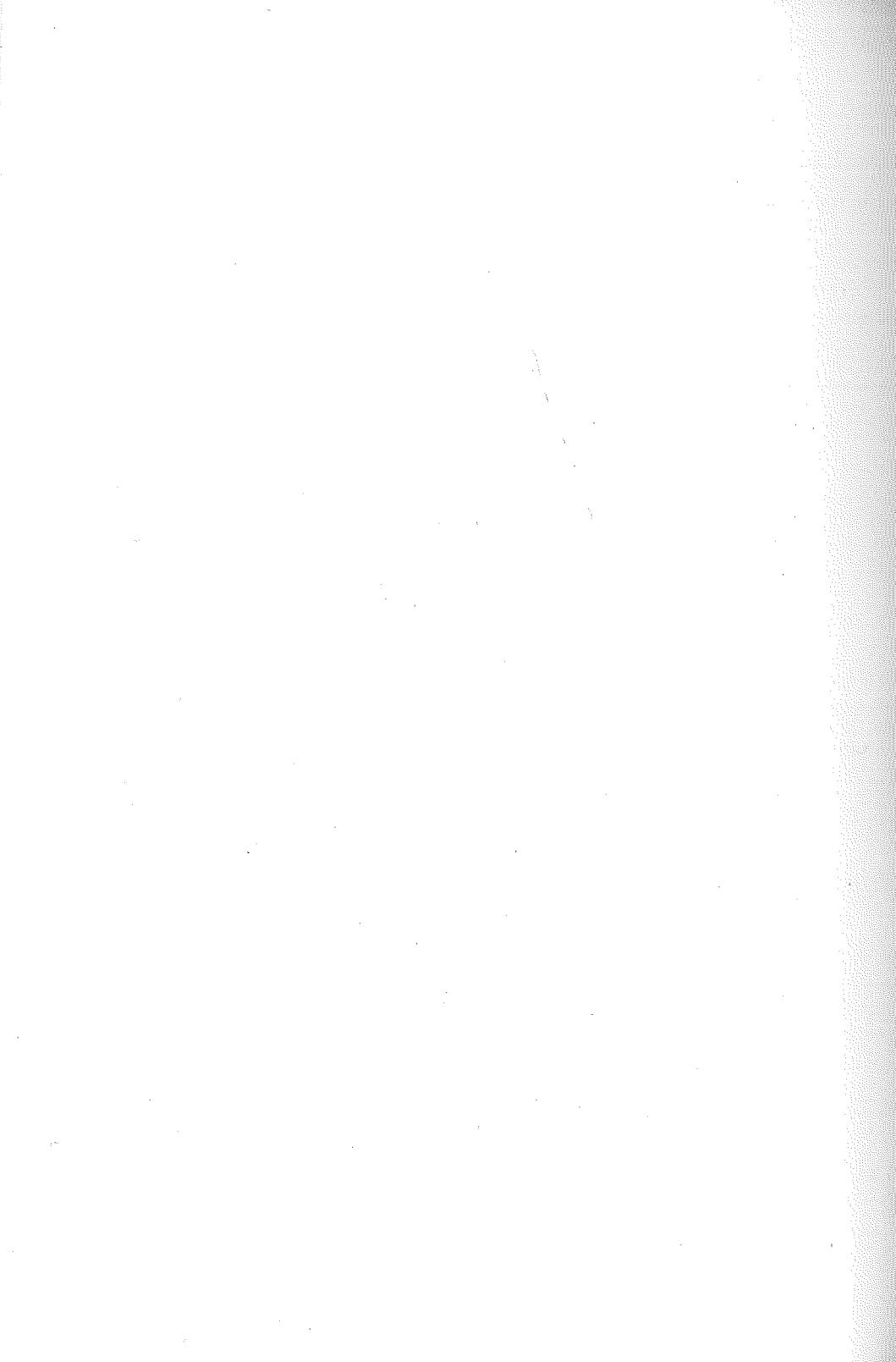
P. S.: Don Rafael muy estimado: Cuando yo escribí la narracioncita de *Soledad*, no era posible que llegase a esperar... que llegase a presumir, ¿cómo se lo diré a usted?... que llegase a imaginar que a usted le merecería... el honor de... la crítica. Me alegro doblemente de que usted se haya decidido con animosa resolución a seguir el ejemplo de aquella vieja de quien nos cuenta Valbuena que andaba metiéndose en todos los charcos, teniendo razones fundadísimas para ello. Así, saldremos de disputas y entraremos en discusión, en la que, desde ahora hasta el siglo venidero, si le alcanzó, invertiré gustosamente mi tiempo sobrante. Así tendrá usted ocasión de sacar a plaza el fruto de la Literatura que haya estudiado, fruto que todavía se tiene usted oculto, y que le prometo sacarle del nicho, como usted sostenga todos los *porque síes* y los *me parece* que a primer golpe de vista he notado en su... crítica, ocupando plazas que habían de ocupar las razones y los principios. Con principios, razones y ejemplos impugnaré un día de éstos (a mí no me urge ni a usted tampoco) cuanto pifiazo trae usted a propósito de *Soledad*, y cuantos *gazapos* dice usted que ha PESCAD. ¡Hombre!, ¿invierte usted el uso, y coge a los gaza-

pos con anzuelo? ¿Ésa es moda nueva entre los pedestres prosistas? Porque yo siempre he oído decir que los *gazapos se cazan*, y bien podía usted haberlo hecho así, teniendo tan buena *carabina*, como sé que tiene la famosa *carabina de Ambrosio*.

Lo cierto es que ya que usted mismo lo quiere, me ocuparé en asunto que para mí no tiene mayor importancia, primero: porque desde el punto de vista de mis convicciones literarias, lo que usted ha sacado no es crítica; y segundo, porque no siento ningún halago con probarle a usted (¿entiende usted bien?, ¡a usted!) que no lo es. La única satisfacción que podrá caberme, será acaso la de sacarle del error en que ha incurrido usted al regocijarse *a priori* del vapuleo que supone usted haberme dado literariamente, hablando de que no supe a quién fui a buscarle las cosquillas (¿cree usted que no lo supe, porque Argamasilla de Alba está muy lejos?), y otras baladronadas de ese jaez. Como creo que tendrá usted fibra sensible donde le palpite la emoción del ridículo, quedará al fin satisfecho si le hago ver cuán risible está un hombre que celebra él mismo con inconsulto ditiramo sus propias ignorancias.

Suyo, hasta allí, antes y después de quitarme el gabán.²

2. Alude al cambio del pseudónimo "Gumersindo Dávila", por su propio nombre, que aparece en la polémica desde la última parte de este artículo.



¡FUEGO EN LA GAZAPERAS!

I

Como sinceramente he dicho que tengo a don Rafael Abreu Licairac por un asaltador del campamento de la crítica literaria, y nada más, voy a presentarle una magnífica ocasión de que me pruebe lo contrario.

Para mí, no valen nada sus protestas posteriores e irritantes atenuaciones de que él no se tiene por crítico. Tales declaraciones no vacilo en llamarlas pamplinas. Muy arrogante salió él contra *La justicia y el azar*, cegándonos con los humos de su crítica; no deteniéndose hasta dejarla calificada de razonadora, epíteto que ciertamente dejaba de ser pleonástico para pasar a ser un tanto irónico en la consideración del buen lector. No se conformó, como se conforma quien no se tiene por bien lastrado para analizador, con discutir sus impresiones en los pasillos del teatro o en los parques de la ciudad, ni como impresiones las llevó a la prensa; sino que se encaramó pomposamente en el periódico, y voceó su opinión, como alegato crítico, a la faz de toda la República. Ni en sólo eso se detuvo, sino que todavía critica a hito, zangoloteando el primer capítulo de *Soledad*.

1. Últimos artículos de Deligne en la polémica con Rafael Abreu Licairac. Publicados en *El Teléfono*, Nos. 670-674, Santo Domingo, R. D., 18, 20-23 de agosto de 1894.

Quien no se cree con derecho a tales empresas, no las acomete; y quien las acomete, funda en los necesarios estudios de la profesión su derecho. Ya he declarado que he creído, y permanezco más aferrado aún a mi creencia, que todo el derecho de don Rafael estriba en un mero acto de violencia. Su grito de victoria lo pone de manifiesto; pues con ocasión del ignorante trajín de *Soledad* ha sido un clamoreo simple y una infantil celebración, evidenciadores de que ni aun sospecha que existe un arte de la Retórica y Poética; una codificación literaria, con ligerísimos puntos discutibles, sancionada por las edades; un estudio elementalmente indispensable para cualquiera especie de letrados.

Niego, en nombre de esos principios y otros que ya se verán, la capacidad crítico-literaria de don Rafael Abreu, y lealmente le brindo buena coyuntura para que me haga mudar de parecer:

Queriendo ayudarle en esa tarea, se la metodizo, numerando los puntos del primer capítulo del poemita objeto de ella, en cada uno de los cuales se ha detenido él sencillamente con un gesto de desagrado; y le expongo con toda paciencia las bases en que los he cimentado.

Derribarlas es su obligación, so pena de que yo permanezca en mi parecer y él se quede corrido delante del público.

Usaré de los textos más conocidos y someros, para que todos puedan constatar cuán poca cosa pone mi propio arbitrio en el análisis a que procedo en seguida.

1. Pero como la vieja
en su estilo *derrama*
un nervio que antes manda que aconseja.

¿Qué se le ha ocurrido decir al señor Abreu Licairac con motivo de este pasaje? Ni una razón, ni un principio; sino una simple majadería.

“¡Jesús!, qué derrame y qué nervio tan mandante el de aquella vieja!”

Eso es todo, y así se comienza a hacer crítica. Lo más malo es que así se continúa; lo peor, es que así se va hasta el fin.

A don Rafael le ha tocado sólo *porque sí*, que yo hubiese escrito que la vieja “*derrama* en su estilo un *nervio*”. Desde luego que ello le ha parecido raro, me autoriza a apuntarle dos ignorancias: no conoce todo el significado de *derramar*; (váyase a un diccionario y verá que equivale a *esparcir*); ni sabe que en sentido figurado, *nervio* moralmente hablando, es igual a *fuer-*

za, vigor y energía (mírelo igualmente en el diccionario). Y aun podría apuntarse que está *in albis* de las diferencias que existen entre el lenguaje de la poesía y el de la prosa; vaya a informarse de esas diferencias en cualquier texto de Literatura. En una prosa llana y pedestrísima, donde no habría para qué procurar gentilezas en el decir, pondríamos la equivalencia sinonímica de *derrama* y la literal de *nervio*, poniendo así: "la vieja *esparce* en su estilo un *vigor* (o *fuerza* o *energía*) que antes manda que aconseja". ¿No chocan con nada estas equivalencias, dichas en llanísima prosa?; pues con nada chocan trasladadas al verso, la textual equivalencia de *esparcir*, y la metafórica de fuerza, vigor o energía, que son respectivamente derramar y nervio. Parece mentira que a don Rafael haya que traducírsele al castellano, el mismísimo castellano de León y Extremadura.

2. Acabó en que *mojadas las mejillas*
con el dolor del que se ausenta y ama,
 cámbiase su laguna la *mocosa*

3. Por la ciudad que cuenta en sus orillas
las tranquilas y turbias del Ozama.

Pregunta don Rafael: "¿mejillas mojadas con dolor, y en ninguna parte lágrimas que mojan mejillas? Parece una adivinanza. ¿SERÁ UNA LICENCIA de las que se permiten los versificadores?"

Vamos por partes. Anoto primero un *me parece*; razón ordinaria y casi únicamente argumento conocido por don Rafael Abreu Licairac; y respondo después a su pregunta con esta otra: ¿no sabe usted lo que es licencia poética?; porque el presente caso está a mil leguas de las que señalan los preceptistas y ha permitido el uso inteligente y discreto. Vuelva don Rafael a un Manual de Literatura cualquiera, sea al de Gil de Zárate si quiere, y ya verá con cuánta ignorancia de lo que es licencia poética se pregunta si acaso lo es el decir: "mojadas las mejillas con dolor del que se ausenta y ama". El mismo Manual le hablará de cierto tropo llamado *metonimia*, y se lo definirá de esta manera: "la acción de nombrar una cosa que es antes por otra que es después, sea la causa por el efecto", o sea el dolor por las lágrimas, que son su efecto ordinario y natural.

La adivinanza, la licencia y el *me parece*, vienen así a parar, por virtud de los informes de un libraco no muy conocido del Zoilo, en un correcto y simplicísimo tropo.

Aún más: ¿quiere don Rafael tomar la proposición arriba enunciada en riguroso sentido literal? Puede hacerlo, y siempre quedará ella bien. "La partícula prepositiva *con* se aplica al medio, modo, término hábil, instrumento para hacer cualquier cosa" (dicc.); así, pues, *con el dolor*, es igual a decir *por medio del dolor*; y ya se sabe que unas mejillas mojadas por medio del dolor, no pueden estarlo sino de lágrimas.

Salta don Rafael: "una laguna mocosa por falta de una coma".

Aparte de que en todas las circunstancias en que se sustantive el adjetivo mocoso, se refiere siempre y absolutamente a personas; por lo que sería un disparate en tales casos referirle a cualquier otro sustantivo común: mocosa está la crítica de don Rafael pretendiendo que se ponga una coma después de laguna. Ese pequeño signo ortográfico, sí que habría dado visos de razón a don Rafael, una mala vez por todas. Veámoslo: cámbiase su *laguna*, la mocosa. Este *la* ahí, después de una coma, muy bien podría tomarse como pronominal, relacionándole a la palabra anterior *laguna*, para calificarla con el epíteto *mocosa*, que se tornaría en adjetivo, como lo es de suyo, pero como rehusa serlo en aquella oración. En ella quiere ser verdadero sustantivo, y lo es nada menos que sujeto, y todo porque no se le estorba la virgulilla, tal cual se ve desechando el hipérbaton: "acabó en que la mocosa cambiase su laguna". Sin la pausa, el sentido es indiscutible; con ella, la confusión sería evidente. Don Rafael, sin embargo, pondría la coma. Esto me extraña menos que si no la pusiera.

3. Por la ciudad, etc.

—Dice don Rafael: "ciudad que *cuenta* las tranquilas y turbias del Ozama". Y añade don Rafael: "parece una adivinanza" (conque le parece, ¿eh?; ¿y nada más que le parece, ah?) Y pregunta don Rafael: "¿será licencia de las que manejan con tanta elasticidad los poetas?" Y ronca don Rafael: "¡averígüelo el diablo!"

¡Ay!, señor mío, don Rafael, ¿no sabe usted que el más ruin y perezoso estudiante de la Poética averigua con dos horas de clase que eso no es licencia, y que quien pregunta si lo es, induce a que de él se crea que está recién nacido en cuanto a conocimientos retóricos, e hipertrofiado en cuanto a sentido común? ¡Ay, mi señor don Rafael!, ¿no sabe usted que el mismo

lego del Padre Soto sería capaz de decirle a usted: tampoco veo adivinanza en una cosa tan clara? Ciudad que cuenta en sus orillas las tranquilas y turbias del Ozama, no habiendo otro río de igual denominación, es la ciudad de Santo Domingo; en lo que si hubiere adivinanza, será por el estilo de ésta: "Yo soy útil ornamento —de la cabeza del hombre y es el sombrero mi nombre". A lo largo de su orilla o extremo oriental, la mencionada ciudad está limitada por el río ya nombrado: "la ciudad, pues, cuenta en sus orillas las (*orillas implícitas*) del Ozama": ¿Que no ve usted aguas ahí, en la escritura?... ¡Qué va usted a ver, don miope!, si usted ni aun sospecha que hay un tropo llamado sinédoque; el cual tiene ocasión numerosas veces en todos los escritos y en diversos casos, uno de ellos cuando se nombra la parte por el todo, y en cuya virtud se dice con entera corrección: las orillas del Ozama, entendiéndolas por todo el río; con todas sus crecientes si viene disparado en son de pesca.

II

4. De esto ya hace algún tiempo, pero es cosa verde aún de la abuela allá en el seso.

"Transposición gongórica, dice don Rafael, y parentita muy cerca de en una de fregar..." "¿Y por qué verde, pregunta él mismo, y no colorada o azul o multicolor?" Y *by and by*, observa que *allá*, es un ripio.

¿Transposición gongórica...? No me da la gana de creer en malas fes ni en "cataplasmas emolientes" al hacerme cargo del apodo puesto por don Rafael a mi levísimo hipérbaton, tanto más leve cuanto casi no existe. Y como no quiero echar el mote a aquella parte, véome obligado a dejarla fluir por el cauce del ningún conocimiento literario de mi adverso amigo. Él ha olvidado, si algún día lo supo, que "nuestra lengua consciente bastante amplitud y libertad en el punto de las trasposiciones, dejando campo al escritor para alterar el orden que deberían tener las palabras, según su clasificación rigurosa o gramatical" (Gil de Zárate). Él no ha podido inducir o deducir, (¿con qué doctrina?) las circunstancias donde el hipérbaton se hace vicioso o vituperable; las cuales son dos principalmente: cuando el escritor hace abuso notorio de tal figura (y entonces la

crítica se pone mejor a cuenta de amaneramiento que a cuenta de las trasposiciones en sí); y en el caso de que su uso errado deje ininteligible el período. ¿Ve don Rafael esa misma de "en una de fregar cayó caldera?" Pues solamente así es que no puede decirse, porque no hay quien la entienda. Pero podría haberse dicho con toda propiedad: "en una caldera de fregar cayó", tan claramente expuesto como "cayó en una caldera de fregar". ¿Quiere que gaste más tinta en el puntito, no obstante de que los tinteros se están poniendo a precio de oro? Le recordaré entonces, si ya antes estaba él informado, la anécdota de García de la Huerta cuando asistió a la lectura del poema de la música, lectura hecha por su autor, el afamado Iriarte. El lector empezó: "Canto las maravillas de aquel arte"; y García de la Huerta no quiso oír más, justamente porque el fabulista no le había dado, utilizando el hipérbaton, "mayor elegancia y sonoridad a la frase". Con la trasposición habría conseguido ambas cosas, sin que el verso perdiera una sola sílaba, y sin más trabajo que el de elegir entre éstas: "Las maravillas de aquel arte canto"; "canto del arte aquel las maravillas"; "del arte aquel las maravillas canto"; "las maravillas canto de aquel arte". Sáciese ahí de trasposiciones (todas buenas y legítimas) don Rafael, para evitarse en lo sucesivo el sonrojoso desaire de salir comparando, nada menos que como *parientes muy cercanos*, un hipérbaton gringo, como el satirizador de Lope, con uno castizo, como el muy leve mío.

Me duele, por don Rafael, el juicio que a griegos y troyanos literarios pueda merecer su pregunta: "¿Por qué verde, y no azul o colorado o multicolor?" Y no me duele *porque sí*; sino por cuanto no hay quien ignore cuáles son las criaturas que se tiran *al verde*, sugerionadas solamente por *lo verde*. Es raro, además, en don Rafael cuyas lecturas favoritas deben ser de libros franceses, evidenciado en el abundante tecnicismo lingüístico que de aquel idioma saca, tales como pílori, polichinela, pilluelo, etc., que no haya puesto atención en el derroche de *azul* gastado por los escritores de Francia. Y aquí se me ocurre preguntar: ¿cómo habrá entendido a los desatentados autores románticos del Sena, un don Rafael que se atreve a las figuras y tropos correctos sólo porque son tropos y figuras, cuando (que es casi siempre) aquellos autores han abusado de los mismos, pero haciéndoles deformes y monstruosos? Y vuelvo al

verde aquel, para decir que entre racionales, ciertos colores, uno de ellos *verde*, son intrínsecamente *ideas*, además de accidentes. *Verde*, es una idea opuestas a seco; verde quiere decir "*florecente* en oposición a *marchito*". Esto de viejo lo sabemos todos, sin necesidad de aprenderlo en los diccionarios de la lengua, donde naturalmente hay esas acepciones. Idea es *verde* por sí y ante sí; pero jamás podrá entenderse como color en el verso mío, porque tal verso dice: *verde* AÚN. La modificación determinada por el adverbio, involucra este más claro eufemismo: *no estaba marchito todavía*.

Pone don Rafael que en "verde aún de la abuela *allá* en el seso", la palabra subrayada es un ripio. Desde que Valbuena vulgarizó el uso de la expresión "ripios", no hay crítico ramplón que no ande a caza de los tales, sin duda ninguna creyendo que así se alcanza la talla crítica del hosco y furibundo carlista. Tanto valdría usar un cuello, de los desaguados universalmente por la industria de París con el nombre de Tolstoi, y abrigar la presunción de parecerse con ello al hondo novelista del Cáucaso. Si hay término menos contingente a ocupar puesto de ripio, es el adverbio de lugar *allá*; cuyo buen uso impone su sencillísimo papel en el lenguaje. El seso de la abuela, ¿no estaba distante de mí, que a él me refería? Pues claro está que dije correctamente diciendo, *allá*. Si basta con que se escriba: verde aún de la abuela en el seso; no sobra con que se haya caracterizado la distancia del mismo respecto de quien lo puso, por medio de un signo adecuado al propósito.

5. Exceptuando la carta lacrimosa.

"El gerundio es prosaico". (Don Rafael). "¿Dónde tendría el lagrimal esa carta?" (Abreu Licairac).

Al principio, se ha hecho constar cómo don Rafael no sabe o ha olvidado cuán sustanciales diferencias se notan entre el lenguaje poético y el de la prosa; y aquí llamo la atención hacia lo ayuno que está él respecto de las expresiones peculiares al tono de cada uno de los diversos estilos literarios. Cualquiera que haya leído el primer capítulo de *Soledad*, habrá visto que traté de escribirle festivamente, con aquel festivo calificado por el sabio maestro señor Hostos, donde dice: "El cuento está narrado con mucha *gracia poética* al principio". Ahora bien; "las voces", (extracto de Gil de Zárate), "deben ser oportunas: elevadas, si el escrito es grave; *humildes* si es jocoso", (o *festivo*;

pues son hermanos gemelos). El humilde gerundio exceptuando está, por consiguiente, en riguroso carácter donde está; y ahí queda como bueno.

“¿Dónde tendrá el lagrimal esa carta?”... Saberlo, no lo sé. Cuanto informe puedo aducir a propósito de lagrimales, es que están muy cercanos del lugar en que muchísimos no tienen la sindéresis. Carta *lacrimosa*, o lo que es exactamente igual, *llena de lágrimas*, es un género de expresión de los tan comunes que han pasado a ser de uso. Los señores retóricos les han acogido llamándoles prosopopeyas, figura en cuya representación “se dan epítetos propios de los seres animados y corpóreos a los objetos inanimados, y se les introduce obrando como si tuvieran vida”. Por obvio, huelga si añado acerca de cualquiera *carta*, la distintiva observación de que procediendo, como todas las cartas proceden, de las más completas criaturas genésicas, el inanimado papel circula hinchido con impresiones de pareceres y sentimiento personalísimos.

III

6. que su *nativo campo* le enviaba,
larga, muy larga, pero no importuna,
de su *nativo campo* recordaba.

“¿Otra vez *nativo campo*, tan cerquita? Aridez en *los raizales* del poeta”

No quiero perder tiempo en hacer comprender al señor Abreu Licairac cuán impropios están ahí (donde estaría mejor el follaje) los raizales; sino que procedo a abrir por donde se abran, dos libracos de igual número de sujetos, reputados como lozanísimos en el mundo, expuesto al sol, perpetuamente, de los que hablan castellano.

Y copio de *La vida es sueño*:

—porque llevarle
al rey, es llevarle (¡ay triste!)
a morir, pues ocultarle
al rey, no puedo, conforme

*a la ley del homenaje.
De una parte el amor propio,
y la lealtad de otra parte,
me rinden. Pero ¿qué dudo?
la lealtad al rey, ¿no es antes?*

¡Tres reyes!... Los magos, ¿no, don Rafael?

—*Reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y si haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña
lo que es, hasta despertar.
Sueña el rey, etc.*

Más sueño de la cuenta, ¿verdad, don Rafael?... Con todo, nadie se duerme leyendo tan conceptuosas espinelas.

Con ese estilo, hay en el drama, más de un pasaje próximamente por folio.

Copio ahora de Campoamor:

*¡Al fuego!, signos que sin fe trazaron
¡falsas mujeres que adoraba ciego!
Victoria, Octavia, Inés... ¡al fuego!, ¡al fuego!
...¡Ay!, quien tal gloria al poseer, diría
¡que humo las glorias de la vida son!
... ¡Me caso! Yo, que odio eterno
siempre profesé a este *paso*,
como a un *paso* del infierno,
yo cándidamente tierno...
¿podréis creerlo?... ¡Me caso!*

Casados con esas *arideces* están todos los *raizales* de Campoamor. ¿No diría usted así, don Rafael?

Porque una bizarra lozanía del siglo XVII se da la mano con otra del XIX, en lo de repetir de un modo terco, y con una frecuencia diabólica cuanto a ambas les viene en voluntad; por eso, para que usted haga *justicia de sainetesco juez* literario, condenando como áridos, no ya poetas sino siglos que tales repeticiones han consentido, le he copiado al azar los pasajitos aquellos. Para mi caso huelgan. Pues si no me encontraría en ánimo de escudar mis faltas de discípulo con el ejemplo de los defectos de los autorizados maestros, ¿a qué buscar más sombra que la de los principios en las circunstancias donde yo procediere acertadamente? Acomode en el capítulo de *Elegancias* que traen los retóricos el caso de mi repetición-golondrina, el señor don Rafael, y pásmese viendo que no una, ni cien repeticiones hacen verano. El uso, árbitro de la lengua, precisamente porque en lo general es resultado de un manejo nada arbitrario de ella, ha confirmado esas repeticiones como otros tantos primores; y a mí se me asemejan a los floreos o *grupetti* musicales cuando se emplean para comunicar elegante soltura, garboso movimiento y ondulada concatenación a los períodos. Casi todos los rimadores, los usamos ex-profeso.

7. No hay que hablar de los pájaros cantores,
ni del paterno rancho,
ni del can a que tuvo más cariño;
pues cuando no se sabe, se adivina
que ello es todo muy ancho,
para caber *bajo el menudo aliño*
de un estrecho corpiño
de pana, etc.

Mucha majadería aglomera don Zoilo Aristarco Landeche con motivo de ese pasaje; y tanta, que no me es posible quintaesenciarla como deseara. Su punto de partida es el corpiño; y todo el que leyere, notará que corpiño es un simple complemento del menudo aliño. Éste, pues, en todo caso, debió servir de base a tantísima majadería. Y como la empezó errando, no ha podido dar pie con bola en cuanto ha dicho. El *miriñaque*, como don Rafael puede saberlo, me han asegurado

que salió de moda en época anteriorísima según prudente inducción, a la que se presupone en *Soledad*; cuando quizás si el mismo don Rafael era todavía niño. Traigo una de las majaderías a cuenta, porque se me ocurre decir que pasar, el miriñaque pasó antes de que la campesinita naciera; pero don Rafael se está aún niño, completamente niño en los conocimientos obligatorios para un mero aficionado a las letras, cuanto más para un pretenso crítico. Si no lo estuviera, sabría lo que es perífrasis y para qué sirve; y sabiéndolo se habría enterado de que en todo el pasaje he usado de una *circunlocución*, "para dar a conocer suficientemente el pensamiento que en él deseo comunicar", cuya simple enunciación es ésta: "la naciente pasión del lujo hacía que Soledad se estuviera olvidando de su campo". Es, pues una legítima perífrasis y nada más, la que don Rafael llama adivinanza. Bien hecho en llamarlo así, ya que para él estaba oculto su verdadero nombre. En cuanto a su corrección general, díganlo quienes sean competentes, y noten desde luego que está desarrollada en tono festivo; tono de completa holgura para el humor, literariamente hablando, del que escribe; y en el cual se admiten hasta evidéntimas falsedades, con tal que las apadrinen la gracia o la agudeza del ingenio.

¿Quiere don Rafael que partamos del *corpiño*? En buen hora. Es prenda de vestir, propia de las mujeres, que sirve para cubrirlas todo el pecho, puede nombrarse como el pecho mismo, máxime festivamente, y merced a la sinécdoque. Es caso análogo al ya tratado en el No. 3, pues que se denomina una parte visible y especial del pecho por todo él. ¿Necesito descender a la trivialidad de apuntar que la palabra pecho se usa hasta vulgarmente como sinónima de corazón, y éste de sentimiento?

Abordo el riesgo de repetirme, con la mayor voluntad del mundo, para indicar otra vez cómo está don Rafael de ajeno a lo que distingue el lenguaje del verso de la prosa; cómo está don Rafael de extraño a la existencia de tropos y figuraciones; cómo está, en resumen, don Rafael de desconocedor de que en el mundo hay Retóricas. Retórica, arte viejísimo a través de los siglos, y para él tan nuevo como la última invención de Turpín!

8. En cambio se eslabona
a la férrea amistad de una muchacha.

“¿Por qué férrea?” Pues, por la figura llamada prosopopeya, mi señor don Rafael. Es “epíteto de un objeto corpóreo dado a una calidad en abstracto”. ¡Y vive Dios! que a este propósito traen los textos un ejemplo, que por sentencioso ¡voto a tal! que me place: la ignorancia es atrevida.

“¿Por qué férrea?... ¿Por lo de eslabonarse? ¿No ve usted que donde HAY ESLABONES debe haber algo METÁLICO?” Pues por lo mismo es férrea, ilógico don Rafael. Podían haber sido los eslabones de falso cobre; eslabones de dúctil alambre: porque todo hierro es metal, pero todo metal no es hierro.

IV

9. Jeremió, puso, puso ceño

“¿Dónde lo puso ese hocico y ese ceño?” (¡Fuera ese *lo*!: concordancia vizcaína, primero; y de sobra, también primero). Entre las numerosas acepciones de *poner*, cuéntase la de *presentar*; y puede cualquiera irlo a ver en el diccionario, donde largamente se trata acerca de esa expresión, y aun se ponen ejemplitos como éste: *poner mientes*. “¿Dónde lo pondrán esas mientes?”, preguntaría don Rafael. A lo que contestaría: en donde lo hace el vulgo, con las expresiones, *poner cara de pascuas*; *poner cara de pocos amigos*. Tocante a la adivinanza (que ésa sí viene en tal forma) de: *¿dónde pondría Soledad ese hocico?*, la *he matado a planazos*; púsole donde no le tenía por naturaleza (y donde comúnmente se pone), en la boquita suya. Y el ceño, donde le ponemos todos cuando hay motivo para que arruguemos la frente: entre ceja y ceja.

Es absurdo suponer, aun haciéndolo satírica o jocosamente, que ambos podría haberlos puesto la muchacha *en las entendederas mías*. Y como *Soledad*, si bien está algo vieja, aún no ha muerto, y es persona conocida mía; me he molestado haciendo un viajecito a su campo, con el fin de exponerle mi cuita, y de presentarle mi querella, pintándole el caso con el mismo absurdo con que lo pinta don Rafael. *Soledad* me ha desagraviado, contestándome: no crea usted sino esto: el hocico le puse y le pongo burlescamente por las críticas de don Rafael, y el ceño por su petulancia.

10. *¡Muchacha más muchacha!* Los engaños
que otras mujeres saben
para apagar u oscurecer los años,
en su pequeño corazón no caben.
Si por algo se apura,
si alguna desazón la cosa interna,
es la de ser, como la fruta, tierna,
a solo y puro sol, agria y madura.

¡Muchacha más muchacha! Es una simplicísima exclamación, que por lo mismo de serlo, nada concluye. Antes bien, ella, para que algo signifique en el discurso, tiene que derivarse de circunstanciadas demostraciones; y si no es resultado de ellas, sino que abre un párrafo, viene a ser una petición de principio, y en esa virtud tiene que precederlas. Eso he cumplido yo, para basarla convenientemente, o si he de decirlo mejor, para no dejarla en el aire. Con tal fin, me he valido de símiles y antítesis adecuados, queriendo dar mayor relieve al asunto de mi obligado propósito. He dicho, comparando el proceder de *Soledad* con el de otras mujeres e inmiscuyéndoles contrapuesta y festivamente, para que resaltara mejor el de la muchacha, lo que he querido decir: "que lejos de parecerse a tantísimas cuantas ocultan sus años, se afanaba por ostentar mayor edad de la que realmente tenía".

Más condensado aún: que para entrar con toda naturalidad en descripciones muy necesarias al cabal retrato de la chicuela, tomé pie en una sencilla exclamación.

Doy esos detalles como abundancia de pruebas; pues de ningún modo me compelen a ello las paupérrimas aseveraciones de don Rafael en ese punto. Él apenas si dice que "los años se disimulan o cuando más se ocultan, pero no se *apagan* ni se *oscurecen*". Cuando se disimulan o se ocultan estrechamente en prosa, pueden *apagarse* en verso; o en virtud de una inocentísima hipérbole, o de una implícita metáfora, cual es la ya trivialísima y alegórica de considerar traslaticiamente los años o sea la vida, como una llama. Y cuando se *ocultan* en prosa, se *oscurecen* textualmente en verso y en prosa; porque *oscurecer*, como don Rafael lo ignora, tiene acepción de *ocultar* en el idioma.

11. Yo que amo a Soledad, yo que la adoro como al recuerdo de mi madre muerta, mientras camino más con paso inquieto, más me huye el cielo su lejana puerta.

"Amar a una niña como a tan funestísimo recuerdo. ¿No pudo hallar otra comparación?" Y ciento, si me hubiera venido en voluntad; pero ninguna tan comprensiva de imborrable ternura, de tierno respeto, de respetuosa adhesión como la que puse. Este particular, de mera Estética, no es para que le considere, aunque lo puedo con amplísima base, por medio de la Retórica. Imitando a María Antonieta, me conformo con una invocación, y me limito a ella: apelo al sentir de todos los buenos hijos, huérfanos de madre.

"Necesitó que la madre del galán estuviese 'muerta' para formar consonante con "puerta". ¡Qué desatino tan mayúsculo por plagiar la manera de don Antonio el carlista! ¡Cómo es posible que necesitara yo a "muerta" que está antes, para hacer consonante con "puerta", que viene después! Caso de estrecha necesidad, la última palabra habría sido la obligada; pues ya la primera estaba escrita. Y entienda don Rafael que, pululando nuestro idioma en consonantes de palabras, por lo mismo que los rimadores poseemos a discreción un vastísimo surtido, ninguna nos hace especialmente falta. Poner, quitar, amoldar, cambiar términos de iguales letras desde su sílaba acentuada, es tarea que la práctica hace baladí para los que versificamos.

"En las nebulosas concepciones de ciertos poetas, 'los cielos huyen puerta'. ¿*Y los prosistas?*... ¡*Huimos de los disparates!*!" ¡Pues se lo creo a usted, hombre! Y si llegare usted a necesitar un testigo, caso de que alguien le demandare por disparatado ante el tribunal del sentido común, cuente conmigo incondicionalmente. Juraré por el viento y por la espada, que en materia de escurrir el bulto a los disparates, usted se ha hecho un huidor original. Y diré que para esquivarlo, no hace mucho que le vi a usted embutiendo chorizos, es decir, poniendo lo definido como la definición (*todas las composiciones en verso se llaman versos*); y que más luego, se convirtió usted en alquimista, y le vi dándole a la fragua, un tanto empeñado por convertir *todo metal en hierro*, y en este mismo instante le veo entregado a la absurda pero entretenida ocupación de *pescar gazapos*.

¡Y vea usted a lo que exponen la falta de estudios, o el método perruno de hacerlos mal! Por allá, por el principio, andaba usted hipando tras de las licencias poéticas; y ahora que ellas le vendrían de molde para que se guardara de arremeter contra molinos de viento, ¡averigüe el diablo dónde se las ha dejado

usted! Sí, mi caro estudiante; nosotros los versificadores somos licenciados en hacer activos los verbos neutros, sin contar con otras licencias más morrocotudas y exclusivamente nuestras. La dicha, también se concede a los prosistas, exceptuando, sin embargo, a los pedestres. Dígaselo por mí esta transcripción de un pasaje cervantesco: "Los compañeros de los heridos comenzaron desde lejos a *llover piedras* sobre don Quijote".

Porque me voy hartando del Cursito de Retórica que me ha puesto usted en la precisión de darle *gratis et amore*, no entro en menudencias para explicar, por medio de una hipérbole correc-tísima en boca de Amador, que es quien la dice, lo de *huir*, o sea, *alejar más que de prisa*; además de que tampoco lo exige formalmente la vaga y futilísima insinuación de usted.

12. Todo le vino *junto y detallado* con el *filo sutil* de unas razones que brotaban malicia a borbotones.

Don Rafael empieza exclamando: "junto y detallado", "antítesis de poeta". Con muy aventajado derecho, y con derecho de represalia, exclamo yo, refiriéndose a él: ¡confirmación de ignorancia! En el número 5 le bauticé como ignorante en la materia concerniente a la oportunidad de las voces; y aquí le confirmo, dejándole profano perfecto. Y aprovecho la coyuntura para declarar a mis correligionarios los republicanos-democráticos de las letras, que hago frente a esa cuestión, Hermosilla en mano, porque don Rafael sería capaz de negar hasta la misma evidencia, si conforme a mis propias opiniones me lanzara yo a hablarle. Así, pues, colegas de pareceres literarios, os acompañó siempre en negar epítetos de nobles o plebeyas a las voces del idioma, y continúo fiel a la bandera oposicionista de don Ramón de Campoamor, tan incapaz de engañarnos, cuanto que fuera de la Literatura es monárquico y conservador.

¡A un lado la bazofia que acumula don Rafael sobre los otros dos versos! ¡A un lado toda sutileza puerilísima con que la emprende contra el *filo sutil*!

En el pasaje él no sabe ponerlo todo sino en sentido literal, y de ahí parte para alquitarar y alquitarar los conceptos hasta volatilizarlos. Consiguientemente, enmaraña el hilo y está en su derecho, pero no lo está cuando se atreve a aventurar que otros se lo enmarañaron.

Por adelantado, mire este pedacito acerca de la silepsis: "Tiene lugar cuando una palabra se emplea en una expresión con

tales adjuntos, que es necesario *entenderla en sentido figurado respecto de uno de ellos, y en sentido literal respecto del otro*".

Recreéese después en este pasaje que saco del *Quijote*: "Aunque su retrato nos muestra que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre".

Y entremos ahora en materia.

"*Todo le vino junto y detallado en el filo sutil de unas razones, que brotaban malicia a borbotones*". Está a la vista que este no es un caso de silepsis, siendo ella mucho más fuerte caso; y solamente la he traído a este número, para que por comparación se decida si, desde luego que varios adjuntos pueden entenderse unos en sentido literal y otros en sentido figurado, respecto de una sola palabra; con cuanta mayor razón en dos distintas oraciones, como son las dos mías, no podrán entenderse con el mismo enunciado principio. De que sí se puede, responde a satisfacción el ejemplo que he traído del *Quijote*; donde en esta oración: "Que es tuerta de un ojo", se ve cómo el sentido es rigurosamente literal; y en la subsiguiente: "Y que del otro le mana bermellón y piedra azufre", se palpa cómo el sentido es traslaticio. Así en mis versos: *todo le vino en el filo sutil de unas razones*: en esta oración el sentido es figurado, porque en *filo sutil* de unas razones, hay una simple metáfora, equivalente a la agudeza de las mismas; estando la segunda oración en sentido literal, subordinada por el verbo en plural *brotaba* a su sujeto *razones*, con quien le relaciona el pronombre *que*. En tal virtud, la malicia se deriva textualmente de *las razones*, y no del *filo agudo*.

Tengo la enunciada por la más cabal demostración que puedo hacer en el particular; pero no tanta es necesaria para ilustrarle en la más que mediana consideración con que le ha exhibido don Rafael. Dice "que si las razones brotaban malicia a borbotones, no debían tener filo sutil, sino bocas", y además sandeces. Basta con que se le replique, que elimine la metáfora de la primera oración, y lea literalmente: "Todo le vino junto y detallado en la *agudeza* de unas razones". ¿Todavía no verá que cualquiera consecuencia que le plazca derivar del pasaje, resultará legítima? ¿O deberá creer al pie de la letra que "sutil" le parece "muy volátil", y que no le parece nada "agudo"?

13. Sintió rabia, estupor y desvarío; toda la hirviente sangre en la cabeza, y todo el corazón *yerto y vacío*.

Esto sintió *Amador*; y tengo para mí que esa sucesión de emociones deben atropellarse en lo intenso de todo leal y apasionado amante cuando le asestan golpe tan recio de inesperadas calabazas. El corazón yerto (esto es, *transido de frío*), no es *demasiado*, sino *convenientemente* figurado por una oportuna hipérbole, que llama la atención hacia el principal de los efectos padecidos, hacia el punto verdaderamente sensible de la herida. Eso, aparte de que *la sangre se le agolpó* momentánea y rápidamente *en la cabeza*; cuestión cuyas consecuencias son del dominio de la Fisiología.

14. Entre el ropaje de la sombra espesa oculto Satanás, se sonréia.

“La sombra produce oscuridad, tinieblas”. No produce, don Rafael. La falta o carencia de la luz, o la intercepción de ella por un cuerpo opaco es lo que produce sombra; y ésta misma, según su mayor grado de densidad, pasa a llamarse oscuridad o tinieblas. Quitada la pretensa producción, origen de la majadería a que la aplica usted, la última no tiene razón de ser. Pero voy a considerar todo el pasaje retóricamente, en gracia de lo que presupongo pensado por usted, si bien usted no lo explica, como los pujos críticos mandan que se haga. El pasajito desarrolla una *imagen*, y la desarrolla en *un cuadro diminuto*, fácil de ser abarcado por la más limitada comprensión. Esa imagen entraña *una alegoría*, desde el punto en que todas las expresiones son *metafóricas*. Metafórico es *el ropaje de la sombra espesa*, el cual lo conforman literalmente las tinieblas (que es cuanto quiere decir), no pudiendo entenderse la *oscuridad*, por lo que sugiere el epíteto *espesa*. Metafórica es la sonrisa de Satanás (correctamente puesto en la alegoría, ya que por antonomasia le nombran el ángel de las tinieblas, sonrisa traducible por *el gozoso triunfo del mal*, de quien es Satanás símbolo. Desmenuzada la imagen, que es lo que habría hecho un crítico, no para negar la retórica, pues negarla es absurdo, sino para averiguar lo atañedero a la corrección, nada resta por hacer, ni aún enterarnos de que el cuadrito se hizo para esquivar, realzándola, la común expresión de este pensamiento: “La caída de Soledad fue un triunfo más para el mal”.

También, agotados los catorce puntos que indica don Rafael, sólo me resta decirle que recuerde su advertencia tocante a que

tiene algún *tiempicillo disponible*, y dispóngale para demostrar sus aptitudes analíticas, y el derecho que le asiste para funcionar de crítico; ello negado por mí más de veinte veces en catorce puntos.

No sé si la discusión esta, interesará al público general; aunque don Rafael implícitamente ha supuesto que le interesa, con proceder a *aqüilatar valores literarios* de gente que rima para el teatro y de gente que escribe NARRACIONES EN VERSO. Y como quiera que *ipso facto*, él se ha trepado a la más alta cima de la Literatura, y se ha erigido en *juez de letras* por sí y ante sí; a la moral literaria interesa saber si lo es, para acatarle, o si no lo es, para mandarle con la música a otra parte.

Me adelanto a contestar cierta cuestión que podrían formular algunos: *Soledad*, ¿no tiene, pues, defectos? A porrillo, señores, a porrillo; y de todas especies. Sólo que don Rafael no es hombre para señalarlos; si bien conozca, sin salirme de la capital, no pocos caballeros, y algunas damas, facultados para cumplirlo satisfactoriamente.

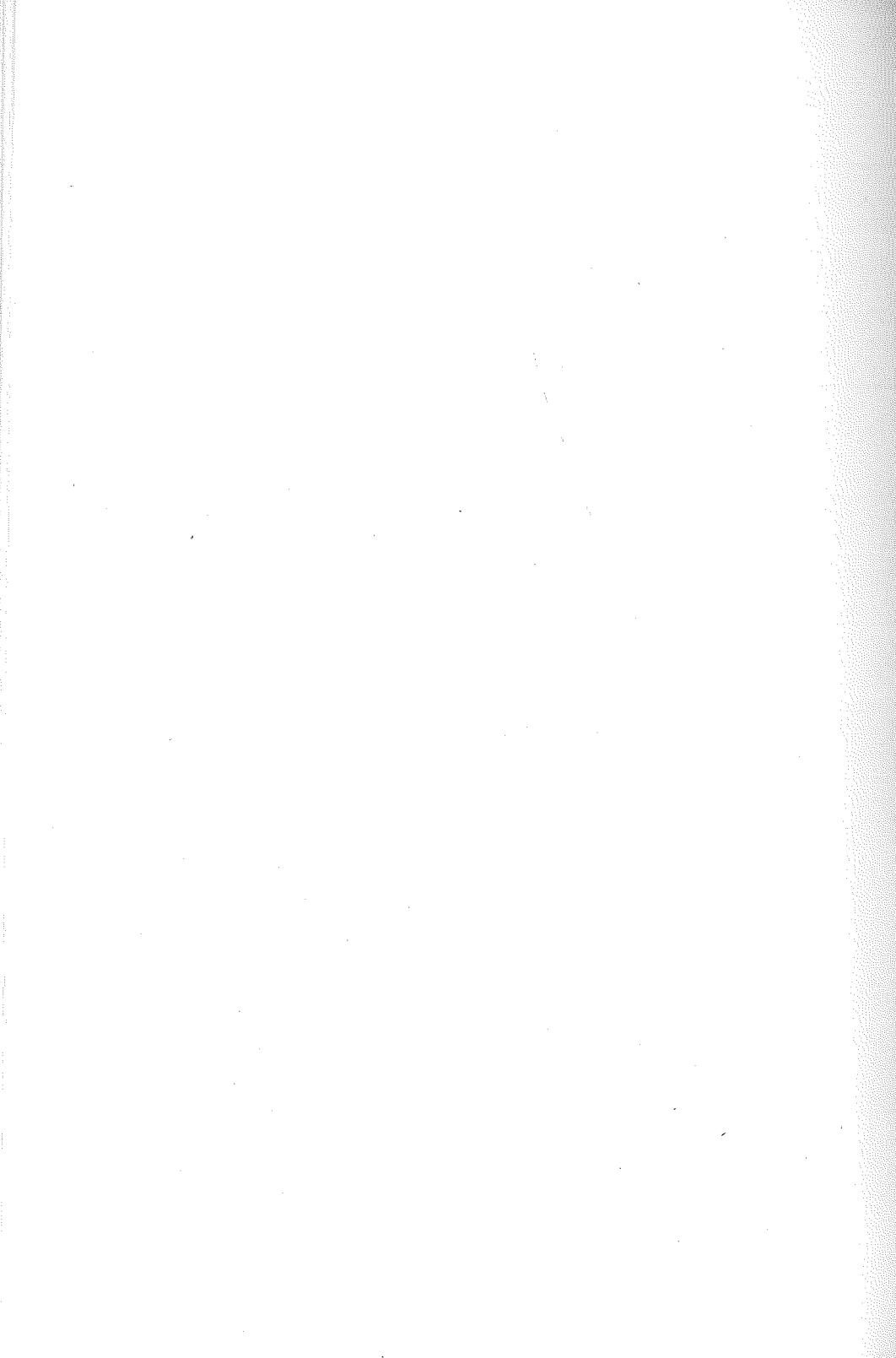
¿Podría yo, por ejemplo, meterme a crítico de pintura, sin estar siquiera medianamente informado de lo que son escorzos, grados de luz y sombra, etc? Podría, si de catorce que apuntara no se me diera un pito de errar casi el doble. ¡Diverso y opuesto del que estudia, y estudia con atención, que apuntando diez, si yerra puede, que no yerre sino dos!

Para concluir, declaro que reconozco la justicia del *pero* puesto a mi obrita por el sabio maestro señor Hostos. Ese reparo lo puso desde su primer golpe de vista aquilino: se lo dije a un buen amigo mío, ahora ausente; y éste me lo trasmitió exclusivamente a mí. A saber: que en el fin del poemita debí ser consecuente con el principio establecido en el preludio; y que por haberlo dejado de ser, si de hecho contraía la narración a la catástrofe de los sentimientos de Soledad, la narración resultaba embrionaria. Observación ciertamente crítica y tanto más justa cuanto que cediendo yo a las corrientes de la estética usual, procedía en contra mis propias teorías literarias.

Vean los pobres de espíritu en esa declaración a que nadie me ha obligado, cuánta reverencia me inspira el principio de autoridad, cuando emana de un bien adquirido fuero en la Literatura. En tan alto grado, como la vivísima indignación que

me origina toda presuntuosa intrusión crítico-literaria. ¡Medradas estarían las letras si quienes se pusieren por jueces de ellas ni aun conocieran el Código con que se las regula!²

2. Además de los artículos de Abreu Licairac publicados en el *Listín Diario* ya citados, pueden verse las ediciones 1543 y 1561 del mismo periódico, año 1894.



PRÓLOGO¹

El material literario de este volumen ha volado, por los ámbitos de la República y fuera de ella, en las hojas de la prensa periódica. Pasó probablemente a través de auras benignas y corrientes adversas, se atrajo quizás una atención momentánea y compartida, como joven hermosa acompañada de interesantes doncellas; hizo presión de remos sobre la resistencia habitual de las aguas que se surcan y de los aires que se desplazan, pero consagró a su autor como uno de lo esforzados y distinguidos de su medio. Desligados hoy esos trabajos de la producción colectiva en que se incrustaron, a la vez que permiten abarcar la variedad sumamente plausible que los anima, sirven de notificación al buen derecho de quien con ellos se ha querido hacer lugar entre la gente de letras. Equidistantes de la afirmación y la negación sistemática; sin punto de apoyo en el puente de la duda, y con todo, en pleno país de la verdad, esos cuadritos esperan un puro ambiente de arte. Aunque diversos en los asuntos, son de sustancia uniforme; esbozan escenas de la guerra intestina; trasladan sensaciones de lecturas; puntualizan rasgos del autor admirado o de la obra dilecta; sean vehícu-

1. Para un libro del Licdo. Andrés Julio Montolío, que no llegó a publicarse. En el No. 11 de la revista *La Cuna de América*, 13 de junio de 1903, se lee la siguiente nota: "Con prólogo de Gastón F. Deligne, el gran poeta y prosador dominicano, saldrá en breve el libro del Lic. Andrés Julio Montolío, actual Procurador General de la República". Publicado en *Bahoruco*, No. 20, Santo Domingo, R. D., 27 de diciembre de 1930.

los de especulaciones mentales; o cristalicen en episodios psíquicos; su eje, su motor y su alma es un amable impresionismo.

Al lado de las desventajas de ese método, en que los puntos salientes absorben la plena contemplación del conjunto; y el fulgor del astro fija el ojo y no le deja que se espacie por la extensión de lo infinito; en que el rudo latigazo de la sensación no da por lo general plaza holgada al depurador examen; junto a tales contingencias, fácilmente vitandas, se asientan compensaciones positivas de trascendencia mayor.

Siendo el arte, pues, genuino producto de la observación, por cuanto reside menos en las cosas que en la mente donde vivifican; y se extrae del barro tanto como del mármol y el granito, y se saca de la desolación boreal como de las tierras tropicales, y se amasa del cieno como se quintaesencia de las estrellas; la impresión directa individual, que impulsa a decir lo que se ve, como se ve, lo que se siente, como se siente, y lo que se piensa como se piensa, es la base y el punto inicial de toda labor de belleza literaria, buena, sana y viable. Merced a ello, Palas sale armada completamente de la augusta cabeza de Jove; y el asunto que interesa, atrae, seduce o commueve el ánimo, adquiere instantáneamente el tono que le es adecuado, el color que le es propio, el grado de animación y la fuerza de vida que le son necesarios. Con la potencia de su impulso, se remonta el arte a sus brillantes orígenes; a la gloriosa época en que todavía Aristóteles, encerrándole en preceptos, no había incubado la larva de las escuelas; cuyo desarrollo bifurcó más tarde la Estética (una sola como sentimiento, una sola como plástica, solamente influida por rectificaciones evolutivas) en ramas antagónicas de clásicos y románticos. Amalgamadas armoniosamente, ¿no esplenden ambas tendencias en los poemas de la India?... Con la armonía de su mutuo auxilio, ¿no se encuentra todo el Arte literario en el Libro de Israel?... Prometeo, hirviendo de encono amarrado en el Cáucaso; Orestes, asediado por las Euménides; Antígona, filialmente piadosa; Tersites risible; Aquiles colérico; Héctor paternal; los dioses partidos en bando de opinión... ¡cuánto elemento pasional redondeando prodigios de imaginación y sólo de cerebro! ¿Por cuál aberración se hicieron rivales dos miembros complementarios de un solo cuerpo? ¿Cuán funesta línea deslindó dos tonalidades acordes de un mismo motivo?... Desde el punto en que se aislaban

arbitrariamente, la mutilación invadió la tierra; y a no ser por facultades extraordinarias de uno y otro bando, que levantaron pirámides, asimilándose independientemente a plenitud de los tiempos y de las cosas, la más profunda noche habría caído sobre los campamentos adversos. Como sistemas militantes, la caducidad se hizo en torno de ellos; porque se amañaron a salir de los prejuicios antes que de la naturaleza y la evolución; porque se hicieron a los halagos de artificios elaborados, desdeñosos y hostiles a la fecunda ingenuidad. Todavía en las postimerías, tomaron asidero de muy débiles raíces; y abrieron talleres de pulir piedras que no se habían de engastar en joyas ninguna y se dieron a bruñir ruedecillas dentadas que no habían de ser volantas ni motores de ningún mecanismo. Productos de una mala fe ganosa de originalidades tanto menos asequibles cuanto mayormente premeditadas, quisieron sorprender a los espíritus candorosos, campando de cosa nueva; pero un análisis reposado no puede reconocerles sino como destellos respectivos de un romanticismo expirante y de un clasicismo agónico; ya emaciados y empobrecidos, como tocando a su fin. Caprichos raros de enfermos, si entrañan una disolución irreparable, auguran la inmanente, la infinita, la eterna renovación. Al movimiento naturalista débese, como se rastree con atención la literatura contemporánea, la eficacia del toque de clarín que dio casi a principios de siglo pasado el artista Andrés Chérnier, perdida entonces entre las rojas dianas de la Revolución Francesa, y ahogada luego por la aparatoso brillantez del primer Imperio napoleónico.

El regreso a los procedimientos de la Grecia literaria, que se habían extraviado; la vuelta a la impresión directa individual como punto de partida de la producción, ésa la misión gloriosamente cumplida por el naturalismo, con la fecunda inconsistencia del Arte. Porque no fue tal el propósito con que los tremendos cerebros de esos gigantes de nuestros tiempos, trajeron las agonías, la intranquilidad, los vicios, la injusticia, los borrones de lo verdaderamente moderno: ellos quisieron formar núcleo; aspiraron a hacerse prosélitos; sin tener en cuenta que así como del imperio tiránico suele seguirse a la anarquía, de la ineficacia de los sistemas se pasa a la independencia espiritual. Fueron ellos a modo de casuales libertadores de almas, que las devolvieron sin propósito deliberado, a los

sanos derroteros perdidos. Así se ve cómo alza la cabeza en todas partes el individualismo, genitor de la sinceridad, que es en arte casi sinónimo de Restauración.

Así también se ve en este libro, cuyo lugar colma un vacío, porque llena el hiato existente entre las escuelas y el individualismo, con la sustancia ingenuamente vaporosa de una interna y acalorada impresión. Ella la que suministra colores tiernos, rosa pálido, verde Nilo, amarillo de crema, así a las acuarelas "criollas", como a las pinturas "de la guerra" y a las escenas sueltas de "varia", donde si es verdad que se dan tonos más fuertes, se logran por la superposición de color sobre color...

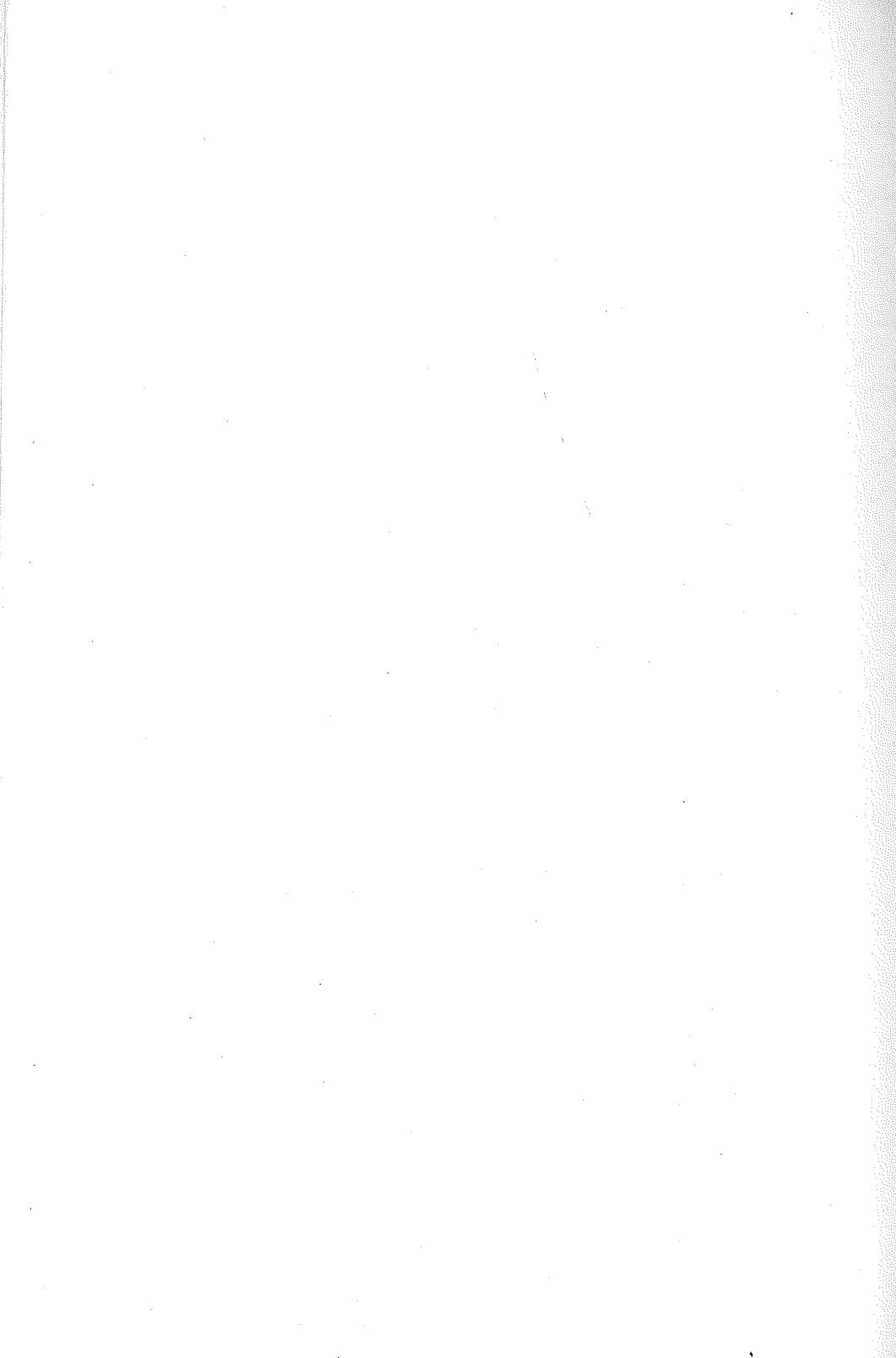
Por ceder al golpe de luz da la primera impresión, el desvío general hacia lo épico a que ha hecho pender el autor los episodios de nuestras luchas intestinas. Desde la independencia hasta hoy, su multiplicidad ha sido un horror: ni anciano que no las haya visto, ni hombre a quien no hayan rozado, ni adolescente a que no hayan entrustecido, ni párvulo a que no hayan amedrentado. Como de muchas sociedades de Suramérica, han sido lo característico de la nuestra; y han inficionado con estériles emociones de banderías hasta a no pocas pacíficas y sensibles mujeres. Pero a ninguna con la fuerza desnaturalizadora de *Pancha Avelino*; fuera de la realidad, por mucho que aspire a ser una condensación heroica de las más terribles de ellas. Y desde el punto en que la pluralidad de nuestras revoluciones no han sido sino manifestaciones agresivas de un parasitismo apandillado, el arte de las letras puede disponer un limbo tenebroso para las irresponsabilidades malhechoras, como a pesar del autor le tiene el denodado *Tiburcio*; o una sibilante sátira, o una sangrienta ironía, o una blanda piedad, para los malhechores responsables, como las hay en algunos de los episodios, pero nunca una exultación triunfal ni una pena elegíaca. Las repugna el sentimiento salubre: el menoscabo de la hermosura moral no las lleva a más exigentes fines artísticos; y es menos santo y justo, que la sanción, desamparada por la sociedad, se cobije bajo las alas del arte. Si se hace reparo de ello, es porque tal vez para este libro éas han sido las únicas desventajas salientes de la impresión que le encarna; y por tratarse de lo propio que ha dado sus mejores páginas a la literatura universal, como se las ha dado también a la nuestra. Ahí están si no, las más ricas joyas de

nuestra Antología: las *Fantasías Indígenas*, de José Joaquín Pérez; las estrofas patrióticas de Salomé Ureña de Henríquez; *Baní*, de Francisco Gregorio Billini; las *Cosas Añejas*, de César Nicolás Penson; por sólo citar las obras impresas de autores ya muertos; aunque la pluma se resista a no mencionar el poema histórico del glorioso vivo don Manuel de Jesús Galván.

También evidencian el impresionismo de ese volumen, las sensaciones de libros comprendidas con el nombre de "lecturas", tomadas desde un punto de situación en que, pudiendo ascender fácilmente a la crítica, déjasela sin embargo meramente planeada; y sólo acometida y resuelta cuando las opiniones están en divergencia con la propia opinión. Menos que la varia y abundante lectura con que el autor ha fortalecido sus fibras intelectuales, esos trataditos, dicen noblemente de su generosa índole literaria. Amar la belleza de los hijos ajenos, es propio de padres fecundos, como cogerles tirria pertenece a los eunucos. Apreciar los trabajos que sirven o han querido servir al progreso, es tendencia de los espíritus progresivos; y en ese como tanteo de las fuerzas de los demás suele desarrollarse la propia fuerza. Quizás si por ese camino llegaría más pronto el autor a la franca individualidad a que propende, y a que forzosamente ha de llegar.

Con la riquísima variedad de tonos de que dispone, desde el solemne y de altitud en los productos cerebrales que él llama "páginas breves", al de reposo y grave en "instantáneas" hasta el muy animado y lujoso de los cuadritos sociales, campestres y guerreros; con las musculaturas de un estilo en que las cláusulas toman la elasticidad y la fuerza de nervios de gimnasta; con el gigante soplo de transmisión que hace pasar sus emociones y sensaciones como al través de un viento cálido; vitalizando todo ello formas y fluencias múltiples de la descripción, haciendo desprender imágenes radiantes como meteoros, como pontos, palpitantes, poéticas como campiñas, dando acopio una adecuada y bien distribuida erudición; ya el autor es miembro conspicuo de una optimacia literaria.

Una aplicación más lata, mayormente en nuestras cosas, del espíritu de etopeya bizarramente iniciado en "Varias"; un intenso examen de la primera impresión, y habrá entrado en pleno dominio de la propia individualidad. Con la cual se asciende triunfalmente y sin vértigo a las más erguidas atalayas, jahora y siempre!



SOBRE EL LIBRO *LA REPÚBLICA DOMINICANA*¹

San Pedro de Macorís,
16 de septiembre de 1903.

Señor don Enrique Deschamps,
Santo Domingo.

Mi muy estimado amigo:

Cuando hace más o menos cuatro semanas, leí en este mismo periódico el *Índice* de la obra que va usted a editar, tuve intención de dirigirle una cartita que le sirviera tanto de aplauso aislado como de empuje animador. Los trabajos que se me interpusieron, me dejaron respecto a mi intención (como dicen los ingleses) *dissapointed*; y ahora que tengo un vagarcito subsano lo pasado, haciendo de una carta privada, una carta pública.

Amigo mío: no es ahora que extendiendo la vista por mi país y por el mundo, llegué a una conclusión por todo extremo pesimista acerca del patriotismo. He llegado a dudar de que fuera una idea, porque las ideas, que son lo inmanente, se abren

1. Publicada en *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 24 de septiembre de 1903. Refiérese al libro de Enrique Deschamps *La República Dominicana* (Barcelona, 1907).

camino a través de todas las brumas, ¡y triunfan, sobrenadan, brillan! ¡Llegué a considerarle como un matiz de una idea! Pero para satisfacción interior, la conciencia protestó, y me dijo: estos conciudadanos tuyos que pasan una mar de privaciones, dirigiendo conciencias infantiles desde una mal pagada cátedra en las aulas, ¿no son patriotas?... Estos hombres que gastan su fibra nerviosa completamente alejados del agio del presupuesto, ¿no son patriotas?... Ésos que mueren en la miseria, sin claudicar jamás, esclavos de sus íntimas convicciones, ¿no son patriotas?... Enrique Deschamps, que pasa malas noches y peores días, viajando por un país negado a la comodidad de los viajantes; hundido hasta el pecho en los baches allí; sorprendiendo un espléndido amanecer del sol allá; detenido por los ríos salidos de madre; obligado al *dolce farniente* por la negación del camino empantanado, regresando de sus excursiones al través de la isla, más quebrantado de lo que él mismo se imagina; y todo para decirle triunfalmente y con la convicción de la evidencia, al mundo: "La República Dominicana es un gran país: es una Arcadia: es un resumen y compendio de las Islas Afortunadas; la India (o el Indostán) la Persia, la Arabia, abundantes en especiería, diamantes, oro y perlas, frutas nutritivas y regalos del paladar, no tienen sino que tenerle envidia". Usted, amigo mío, es un patriota y su obra es altamente merecedora del apoyo y sostén sociales como de la decidida protección del Gobierno. Yo, que nunca jamás he elevado mi firma a las alturas del Palacio Nacional para emergencia ninguna, ahora con gusto la elevo para imprestar de los Poderes del Estado la protección pecuniaria que exige, necesita su patriotísima labor.

Su libro, don Enrique, es como la pomada mágica que se puso el derviche de *Las mil y una noches* en los ojos de Abdala, merced a la cual podía ver todas las riquezas de la tierra. Así desarrolla usted el panorama de nuestra opulencia territorial, por lo que yo espero que un emprendedor *Juan Gabriel Borkmann*, venga a libertar los tesoros cautivos.

Su afectísimo

GASTÓN F. DELIGNE.

PROEMIO¹

De todo cultivador concienzudo de las artes bellas, desaparecido en sazón o a destiempo, las necrologías suelen lamentar lo que se pierde cotejado con lo que se adquiere: las obras maestras no producidas, pero sospechadas y seguras. Este lugar común, ya consagrado por las prácticas de la rutina, ha sido un socorro por donde, mientras quedan sin estudio obras dignas de meditada atención, se puebla el mundo artístico con fantasmas de talentos superiores, por desdichas inmaduros y malogrados. Conforme a la ley de su propia naturaleza, tales imaginarios y fantásticos embriones han adquirido, no obstante, desenvolvimiento máximo. De arroyo llegaron a río, si no límpido y caudaloso: florecieron como verbenas, contra las esperanzas e ilusiones de que embalsamaran como claveles, o sangrasen como rosas. Cortos los entusiasmos sostenidos: la perseverancia poca; nada extraño si en la labor se inicia el descenso o muerte de la decadencia. Entonces corresponde a la lógica el deber piadoso de señalar puesto, hacer lugar y determinar sitio a lo irremediablemente definitivo.

El amable efebo, troquelador de estas áureas medallas; forjador de estas diminutas estatuas, dolientes cuando no triunfales; aguzador de argentinas saetas; arrancado con violencia

1. En la obra póstuma de Mariano A. Soler y Meriño, *Flores tropicales*, Madrid, 1909. Se publicó antes en *La Cuna de América*, No. 27, Santo Domingo, R. D., 4 de octubre 1903. Rep. en *La Cuna de América*, No. 22, Santo Domingo, R. D., 10 de septiembre de 1911.

de la vida en flor, es con toda verdad una noble promesa y una altísima esperanza perdidas. Sus rumbos y orientaciones llevaban rectamente a la cumbre: durante su cortísima existencia intelectual, trepó con impulso espontáneo algunas insoladas alturas. La adolescencia le precipitó en el amor, como el amor le sumergió en el verso, una de las dos formas en que se es poeta. Rimó, por ser la rima lenguaje propicio a Eros; válvula de la canción primaveral del sentimiento, escape de los perfumados vapores en que se dilata el corazón. Si otras solicitudes, de la mente o de la misma sensibilidad, lo hubieran ladeado del verso, caería siempre en el ritmo, para ser poeta en prosa. Deslumbramiento y alucinaciones de los ojos; sonoridades del oído; nerviosos movimientos del espíritu; mariposeos volubles de la mente, denunciados por estas rimas, por la más frágil de ellas, pregónanle como uno de esos nativos y gloriosos galeotos, atados sin remisión a la poesía.

Hizo endechas y fulminó contra los desdenes de la suspirada: púsola cerco con legión de batalladores reclamos; en coplas entusiastas dijo la apoteosis de su victoria; y se esparció en ramilletes, murmurios y explosiones idílicas. Cayó la endiosada de su marmóreo pedestal; desvanecióse la nébula con que la arropara una soñadora imaginación, esfumóse la prístina bien amada; pero quedó en el corazón del poeta —como queda siempre— el Amor. La lapidó con unos cuantos guijarros de sátira y grabó su epitafio en una parda elegía. Desplegó después las alas, con el derecho y la gallardía de las aves mayores; se alzó del soto hasta allá donde sólo impera la luz; y al vislumbrar horizontes más vastos, intereses más nobles, pasiones menos efímeras y luchas de mayor plenitud, las vibraciones de sus estrofas indican la grandiosa anchura y relampagueante radio que había adquirido su visión. Pero, ¡ay!, por entonces cayó para no levantarse ya más; cuando la obra, su obra, propinca a cuajar en bronce o mármol imperecederos, iba a levantar el tumulto de los aplausos cordiales y la algarada de la envidia.

Algo sobrepuja a la rica estrata poética, determinante precisa de sus facultades; el esmero en purificarlas, encauzándolas para hacerlas fecundas, por canales de la más acendrada disciplina. De tal cuidado y estudio, es abonado testigo este manojo de versos. Ellos propalan como, a fuerza de comparaciones internas, llegó a una conclusión; como, a consecuencia de

raciocinio y controversias íntimas, se labró un criterio. Para su oportunidad productiva, estaba ya determinada la tremulante neurosis cuya prolognación palpita aún con tremenda intensidad. En la América española, el vendaval de la Desorientación desparramaba las corrientes literarias por todos los cuadrantes de la Rosa Náutica del Arte. No confesada necesidad de cohesión; precisión intelectual de convergencia, ensayaron este punto de encuentro: ¡exotismo! En la expresión; en el país; en el medio; en la tendencia; en el sentir; en el ciclo. Intereses extraños e ignaros adoptados como propios: estados personales anímicos de algunas intelectualidades europeas, pasando sin cosa de examen como hora psicológica y condensación homogénea de la sentimentalidad y de la civilización contemporáneas. La belleza esencial de las artes de la palabra, Claridad y Verdad, ahogada la una miserablemente en el gongorismo de Mallarmé, y reducida la otra a meras excursiones de bibliotecas, a emociones de segunda mano, no extraídas de la impresión directa de las cosas. Ideas y conceptos cayendo por bandadas en el Maelstron de la oscuridad; los vocablos tirando a producir sensaciones estéticas sin pasar previamente por el entendimiento; lo ininteligible alzado a símbolo, con presunción de ser para el cerebro algo más que ruido enfadoso y estéril. Inútil el fracaso de Góngora, siglos antes; inminente la nueva y rotunda bancarrota. Tan magnífica ocasión para los improvisados, cuanto serio peligro para los bisoños. Mas, en la sustancia de estas rimas, escritas para ser entendidas, a la exactitud y diafanidad de las voces se incrustan primores de cadenciosos movimientos, y radian a trechos las gemas de una retórica transparente y sana.

La mala moda traída de Lutecia no dejó rastro ninguno en su estilo; como tampoco lo dejó en su intelecto la turbadora y deslumbrante pero falseada exquisitez de allí también importada. El arte clásico había sido árbol trasplantado de España; la evolución romántica llegó al Nuevo Mundo en cepas castellanas; ambas, sin embargo, eran en la Península meros injertos franceses. Fue valentía de emancipación tomar la simiente en el propio terreno que la producía; pero no resultó progreso. La iniciación desdichadamente quedó efectuada entre vapores de plena fascinación. Semejante al hipnotizado, bajo las sugerencias del magnetizador, salió a la inversa; y la adaptación ameri-

cana no absorbió los jugos fluentes de París, sino París se absorbió la savia de la producción americana. Se *bohemiaba* como en el Quartier-Latin; se padecía tortura de matices, conforme a la receta empírica, y no práctica constante, de Paul Verlaine; se desterraba a las ideas mediante sentencia de algunos esclarecidos areopagitas de una Grecia mutilada. Con haber existido una divinidad de la Alegría y un Vulcano cojo en el Olimpo; con haber peleado los dioses apasionadamente en el sitio de Troya, se aceptó la impasibilidad como condición potencial de los inmortales. El exagerado disgusto del medio, disgusto común hasta en las muchedumbres vulgares, por arte de magia llegó a convertirse en estigma de superioridad. Ansiedades indecisas e innominadas; desdeños, altiveces y penas de elaboración como las lágrimas de los románticos, daban de golpes hasta dejar exangüe y moribunda a la inofensiva Sinceridad. De aquí, impresiones sospechosas y sensaciones rematadamente falsas; de aquí, procedimientos para provocarlas por asalto y sorpresa, ya que no había base ni medio de transmitirla por modo natural. Reflejos borrosos de obras reflejadas; como un brazo de mar que se retratara en un espejo, y de éste en una laguna.

Estos versos se trabajaron en la barca de excepción; en la que conduce a una facción de Ulises hacia el puerto de la Eterna Verdad; sin que les arredren sirtes ni les encanten sirenas. Las impresiones han pasado por los sentidos y nervios de quien trata de fijarlas; las sensaciones se produjeron verdaderamente en su masa cerebral; y las emociones entibiaron o acalararon con toda certidumbre sus vasos sanguíneos. Habla de cosas vistas, de cosas sentidas y de cosas vividas. Fue devoto de la Claridad y fue servidor de la Verdad. Podría tenerse por romántico, equilibrado por el clasicismo; si no fuera sincero, que es mejor y más justa calificación. Lo provisional, lo inconcluso de muchas composiciones; la ausencia de plenitud y madura redondez en algunas de ellas, es achaque común a la adolescencia impúbera, y condición de los capullos a medio abrir, donde el color es aún vago, incompleta la forma y tenue el perfume. Pero la promesa segura, a no interponerse lo infausto.

El presente tomito es obra de un adolescente que pasó por nuestro cielo literario como a veces el sol en las tierras

hiperbóreas; surgido en el horizonte con tanta prontitud como puesto. Pero la pompa rápida de la luz; su fulgor persistente en la retina; las diluidas gasas crepusculares, impulsan a que, mirando hacia la estela de la blanca aparición, se exclame, con asombro y pena: ¡por ahí ha pasado la Gloria!



EL ARTISTA MODERNO¹
Por Vincent D'Indy
—Traducción libre—

“¡Seamos modernos! ¡No hay para qué seguir los viejos principios del arte! Seamos personales, actuales, contemporáneos; lo pasado no nos interesa en nada. ¡Abajo las ideas caducas! ¡Miremos al rededor de nosotros mismos! Bajo estas solas condiciones seremos artistas de nuestra época”.

Y los desorientados *snobs* que a la hora actual cultivan arte, ¡válganos Dios!, se van *cojín coján* tras la presuntuosa proclama. Lo que no tiene el rótulo: “artículo moderno”, lo rechazan como si fuera tela desteñida y que ha permanecido intocada por mucho tiempo en los aparadores.

Hace cosa de treinta años (tengo suficiente edad para hablar de ello, así como puedo atestar que de joven he asistido a la conclusión de semejante estado de cosas), el *snobismo* —que entonces no se llamaba así— proclamaba:

“¡Seamos imitadores de los antiguos! Nada de originalidad, ni hay que pensar en ello. Lo actual no nos interesa. Seamos académicos. Sólo así tendremos asegurado un buen éxito”.

Y los que entonces cultivaban arte, menos numerosos que hoy, se iban *cojín coján*, y sumamente entusiastas, tras la presuntuosa proclama. Y se edificaba la iglesia de Santa Clotilde;

1. Publicado en *La Cuna de América*, Nos. 47 y 48, Santo Domingo, R. D., 22 y 29 de mayo de 1904.

y Winterhalter florecía en pintura; mientras los Manet, los Flaubert, los Wagner, estaban sindicados como gente sospechosa y de malísima compañía.

Así anda el mundo; y no creo contar nada nuevo a nadie con decir que los talentos extraordinarios no suelen ser reconocidos en su tiempo como tales; ni éste es mi propósito, sino el de examinar si de estos dos *snobismos*, evidentemente falsos los dos, no será el actual el más peligroso o dañino.

Vamos por partes. ¿Qué quiere decir "artista moderno"?... Semejante locución ¿no es una miserable redundancia, cuyo íntimo sentido confina con las simplicidades de *Gedeón*?...

Artista moderno... ¡Vaya! ¿Acaso un verdadero artista puede no ser moderno? Victoria, Monteverde, Rameau, Gluck, Beethoven, ¿no han sido tan modernos como R. Strauss o Charpentier, que si murieran mañana (lo que Dios no permita) no dejarían de tener nada de modernos?

El artista moderno no es aquél que, como ciertos entendimientos irreflexivos lo afirman, talla el arte según las ideas de su época; ¿podría hacerlo de otro modo? El arte de los más grandes y perdurables, es generalmente una resultante de ideas aplicables al porvenir, ¿no hay, pues, que considerarles "modernos"?

La locución "artista moderno, si quiere decir que el cultivador de arte está en plena posesión de su tiempo, es un contrasentido; supuesto que jamás habría habido verdaderos "artistas modernos". Tenemos, pues que abandonar semejante locución como pleonástica.

¡A otra cosa! ¿Para cierta gente, "Artista moderno" querrá decir: creador que trae al secular edificio artístico, eternamente en construcción, materiales nuevos, sólidos, coherentes con los antiguos; materiales extraídos de la cantera del corazón, tallados por la inteligencia para servir al bien y alimentar la vida progresiva de la humanidad?

Buena definición, y que me satisface plenamente. Pero si se considera con la debida crítica, define al artista de todos los tiempos; verdaderamente digno de su misión; y por esto el calificativo *moderno*, es bueno que se elimine como inútil y hasta ridículo.

Schiller (que también fue moderno, supuesto que apasionó a la joven Alemania de su época) decía con muchísima razón:

"Desconfiad del vocablo: 'moderno' (*modern*)"; tiene demasiada analogía con "moda" (*modernd*).

Hagamos, pues, justicia seca con tal expresión hinchada, y digamos simplemente: "dentro de buena Lógica, no hay para qué hablar de artistas *modernos*: entre los cultivadores de arte, hay los que son artistas y los que no lo son".

—En tal caso —se me dirá— Ud. se constituye campeón de las ideas antiguas: Ud. pretende que se manoseen las mismas cosas, y no deja brecha para que la inteligencia pueda crear un arte nueva".

A lo que replicaría: "¡No hay ideas viejas! Hay viejas fórmulas; vestidos viejos, que nacieron con la moda y que pasaron con ella".

Y aquí está precisamente el sofisma de la actualidad, que pretende que el arte se encierra en la fórmula inempleada, en el vocablo, en la ornamentación o en el traje contemporáneos.

Respecto al hombre-prodigio de quien ha de salir repentinamente un arte completamente nueva, ruego a los historiadores de la música, de la pintura, de la arquitectura, de todas las artes, que me indiquen semejante fenómeno.

El artista no puede ser revolucionario. Quien dice revolución, dice destrucción; y la misión del artista no es destruir sino *crear*. Su misión es indefectiblemente una resultante de la lenta, pero positiva, evolución artística; porque *evolución* equivale a *progreso*. No puedo representarme este progreso ni aun el progreso en general, como un camino recto que se prolonga en una vasta planicie; sino que, por lo contrario, veo el monumento Arte en forma de espiral, cuyas volutas están ligadas entre sí y consolidadas por puentes y contrafuertes; y los inmutables sentimientos humanos, sobre los cuales descansan las volutas, prolongan la espiral hacia arriba,... ¡hacia lo infinito!

Entre los que se agitan sobre esta espiral, o junto a ella, existen los revolucionarios —pocos en número— que, pretendiendo construir cerca al monumento y no encontrando punto de apoyo, desaparecen tragados por la fuerza centrífuga. Su inútil audacia es tan digna de lástima como de vituperio.

Sigue luego la legión de aquéllos que se agarran a un solo punto del contrafuerte, y dan vueltas y más vueltas, sin alzarse a una miserable pulgada del terreno. Ésos son los académicos;

los eclécticos perseguidores de éxito; los judíos; los imitadores de más o menos talento; los que jamás serán creadores, los que jamás serán artistas, los sentenciados al olvido.

Quedan, permanecen solos y contribuyen a la edificación del monumento, los artistas, los verdaderos artistas; que —apoyados sólidamente en las antiguas bases ancestrales— saben encontrar dentro de sí mismos, (arañas del corazón y de la mente) los materiales propios y adecuados para consolidar, siempre más alta, la línea vertical de los invariables sentimientos humanos.

Esto es, precisamente, lo que hace que la condición de artista, sea una condición sublime; porque, a pesar de las bases viejas en que reposa su obra nueva, es libre, absolutamente libre.

Examinemos de paso si hay carrera tan magnífica como la del artista consciente de su misión:

¿El ejército?... Dedicación al país: obediencia a la disciplina: no tiene otra razón de ser.

¿La magistratura?... En otro tiempo libre, está hoy adscrita a las prescripciones ministeriales.

¿La política?... ¡Una servidumbre disfrazada!

Por dondequiera, ¡obediencia pasiva por definición, o servilismo constitucional!

Un general, un magistrado, un profesor oficiales, ¿pueden obrar libremente? ¿Pueden arriesgar un gesto personal y propio, sin que su profesión se vea interrumpida o comprometida?... ¿Y qué gobierno, qué papa, qué emperador, qué presidente de república, pueden imponer a un artista la obligación de hacer tal obra, o impedirle que haga la que le plazca?...

¡La Libertad! ¡Éste es el bien superior; éste es el gran regocijo del artista!

La libertad de pensar —que los pseudo-libres-pensadores tratan de robar al hombre— es la que nadie puede quitar al artista. Construirá su obra enteramente de acuerdo con su conciencia.

Pero esa libertad, gloriosamente practicada por los verdaderos artistas de todos los tiempos, será perpetuamente atacada por los que no saben servirse de ella.

Hoy, la asedian dos sectas que, no obstante su apariencia de semejante, son dos solas formas de una misma reacción: la de los académicos y la de los revolucionarios.

De un lado, un sistema oficial en que la enseñanza artística —hay que confesarlo— ha alcanzado un grado de perfección rara; pero de la cual está desterrada toda amplia concepción de arte: porque, solícita de distinciones, la lucha por el *arribismo* no deja tiempo al trabajo general y fecundo de la conciencia artística. De otro lado, un sistema llamado *verista*, que, repudiando toda influencia anterior, no quiere ver ni expresar otra cosa si no es la vida contemporánea.

Ambas sectas atacan por igual la libertad artística; y aunque aparentemente opuestas en nombre, son meramente reaccionarias; pues su punto de partida está en el movimiento retrógrado del siglo XVI, y se apoya en los falsos principios que se ha dado en llamar Renacimiento; y aun mejor en las ideas de los pseudo-filósofos del siglo XVIII, cuyos escritos prueban que estaban desprovistos no solamente de toda noción sino de todo sentimiento artístico.

Ambas sectas, por necesidad o por prejuicio, pecan de ignorancia y oscurantismo. No pudiendo o no queriendo apreciar las obras espléndidas y hermosas edificadas por los siglos de fe; tienen por móviles, no el amor vivificante, sino el odio infecundo, cuyo resultado en música si no es la armonía rara, el amaneramiento, *el artículo de París*; pasa a ser una práctica de arte, basada (con absoluto desprecio de las formas) en la actualidad latente.

Para crear obras progresivas, no basta con ser impecables a la manera académica; hay que asimilarse las grandes manifestaciones artísticas de todos los tiempos, y amarlas efusivamente.

El revolucionario os dirá: “¡El artista debe expresar la vida!” ¡Expresar la vida!... ¡qué perogrullada! ¿Han hecho otra cosa los artistas de todos los tiempos?...

¿No es la vida misma, humanamente verdadera, la que late en los frontispicios de las catedrales del siglo XIII, y en las obras de los pintores anteriores al Renacimiento, indisputables abuelos de nuestros *impresionistas* de hoy?

¿Qué es la vida en arte sino el sentimiento humano plenamente hecho obra por un artista conmovido? Por eso las grandes creaciones son eternamente jóvenes y eternamente bellas.

Sí, ciertamente viven y nos commueven porque palpitán con nuestra propia vida, los graves síndicos de Rembrandt; los escuderos y aldeanos de Gozzoli; los elegidos y réprobos de los

tímpanos de nuestras catedrales;... sí, ciertamente, nuestras impresiones de la naturaleza se reavivan en la mayor parte de las sinfonías de Beethoven; y no es la mágica Armida quien pone en vibración nuestro espíritu en el sublime monólogo con que termina la obra de Gluck, sino la mujer, la mujer que padece, la mujer abandonada.

Vestidla de campesina u obrera; llamadla Ángela o Margarita; la impresión de la escena será absolutamente la misma, sin que haya que modificar ni una sola nota;... ¿y por qué?... porque esa Armida es hermana de toda humanidad, y humanamente concebida. Por lo mismo, lo que constituye la superior belleza de la *Luisa*, de G. Charpentier, no son de ninguna manera los parlamentos y los trajes modernos, ni las teorías añejas del amor libre que declama su Julián; sino los caracteres profundamente humanos, profundamente sentidos y profundamente expresados de la hija y de su padre.

Abandonemos, pues, como inútiles y despreciables, las pretensiones teóricas oficiales y las revolucionarias. El artista digno de tal nombre no se enredará en esos bejucales del camino. Conservará noblemente su libertad, sin prevención contra nadie, pero agradecido a cuantos le ofrezcan obras bellas; sin distinción de secta militante; pero sin piedad contra los principios falsos. Después de haber no ya desflorado, sino ahondado el conocimiento de las grandes manifestaciones artísticas de lo pasado, se esforzará en edificar un nuevo ciclo de la magnífica espiral; expresando sinceramente, tales como los siente y tales como los padece, los invariables sentimientos humanos.

De ese modo, adquirirá personalidad propia; y servirá de nexo entre las almas pasadas y las futuras: ¡fin supremo del Arte!

Para reasumir, echaré un vistoso hacia un libro, hoy de poco uso, pero útil en puntos de Moral, el "Catecismo". "Dios", dice, "ha creado al hombre para que le conozca, le ame y le sirva".

El Arte —emanación divina— no da a sus cultivadores otra máxima: ¡conocer, amar, servir! El conocimiento, que nos hace fuertes y justos; el amor, que empuja a la creación; y la conciencia de una levantada misión educadora; tales son los apoyos esenciales del carácter del artista, no diré —banalmente— *moderno*, sino del artista libre!

SOBRE EL MODERNISMO¹

San Pedro de Macorís
3 de diciembre de 1904.

Señor Don Pedro Henríquez Ureña
Habana.

Estimado Señor:

Doy a Ud. gracias muy sinceras por los conceptos que Ud. externa acerca de mi labor literaria, en el último No. de *La Cuna de América*. Ninguno de los que han hecho juicios análogos, ha estado tan al hito de lo que he querido hacer —aficionado literario— como Ud. Permítame, pues, que me regocije, al celebrar una sagacidad crítica nacional como la suya; de la que espero legítimamente un *Sainte-Beuve*, un *Zola*, un *Tayne*: sin lisonja!

Cúmpleme darle explicaciones acerca de la actitud del Muerto Rafael y mía a lo que se ha dado en llamar impropriamente "modernismo". Esto supone que lo pasado era "antigüismo"; cuando en su época fue absolutamente "moderno"; y en parte sigue siéndolo, y lo será.

1. Publicada por Emilio Rodríguez Demorizi en la "Advertencia" introductoria de la segunda edición de *Galaripsos*.

Ni el desaparecido ni yo, hemos hecho nunca apreciaciones de términos: para él, como para mí, hay gente que puede hacer buen trabajo y Arte, y hay gente que no. Para él, como para mí, en todas las épocas no ha existido sino la "individualidad"; el rasgo especial que hace que una cara no se parezca a la de nadie; y el olor especial por el que el perro reconoce a su dueño entre 100,000 personas. Nuestra tirria no ha sido sino contra los *menos* (no Rubén Darío, mal aconsejado imitador de Paul Verlaine; éste *ingenuo*; el otro *deliberado*) que nos han hartado de la época del Rey Sol; de las *lises*, de las *Pompadours* y de las *frivolidades Watteau*.

Es para mí gusto y honor, el de suscribirme
Su affmo. S. y amigo.

GASTÓN F. DELIGNE.

ACERCA DE "VIRGÍNEA"¹

Parece que es necesario demostrar cómo *Virgínea*, de Valentín Giró, premiada con medalla de oro en el certamen literario del Casino de la Juventud, es simplemente un mal ejercicio retórico de un estudiante poco aprovechado. Ya que en ello no hay que malgastar mucho tiempo, voy a hacerlo en un comprimido análisis:

*¡Se murió Natalia! Virgen que tenía
en los ojos muchos sueños y delirios,
y en sus tristes labios todos los martirios
de la cruel anemia que la consumía.*

*En su blanco lecho su cara fulgía
como nívea estrella sobre un mar de lirios,*

1. Primero de los artículos de Deligne en su polémica con el poeta Valentín Giró, autor del soneto "Virgínea". Publicado en *Listín Diario*, No. 5537, Santo Domingo, R. D., 14 de diciembre de 1907. En la polémica intervinieron varios escritores. Ver los siguientes artículos publicados en *Listín Diario* el mismo año: "El voto de un maestro (Unamuno)", edición No. 5509, 12 de noviembre; "Gastón F. Deligne y Noviembre", carta de Raúl Abreu a Miguel Ángel Garrido, No. 5515, 19 de noviembre; Valentín Giró, "Unamuno, Garrido y Deligne", No. 5533, 10 de diciembre; "Carta abierta a Gastón F. Deligne", de Gabino Alfredo Morales, M. A. Saviñón, Miguel Ángel Garrido, Apolinar Perdomo, Raúl Abreu y Abelardo R. Nanita, No. 5540, 18 de diciembre; Valentín Giró, "A Gastón F. Deligne", Nos. 5541 y 5543, 19 y 21 de diciembre.

*mientras que en la alcoba los trémulos cirios
llovían miradas de melancolía.*

*Al Vésper, en andas, en hombros de amigos
iba lentamente para el campo santo.
Después, cuando todos a casa volvían*

*mudos, pensativos..., como rubios trigos,
vieron que en el cielo, radiosas de encanto
todas las estrellas retán... retán...*

Dícese ahí que una tal Natalia, anémica por solas señas, se murió y la enterraron. Es toda la sustancia; es todo el asunto; y no se sabe acerca de él más nada que importe. ¿Delante de qué nos encontramos? Delante de una escueta gacetilla, muy sosa y muy vulgar; de aquéllas que sirven para llenar huecos, y de interés tan nulo como alguna en que se nos contase que una sultana de la Indochina está con dolores de parto.

¿Cómo redacta Giró tan banal gacetilla? Con lujo de términos ripiosos e impropios. Por ejemplo: en los ojos se pueden tener sueños, ¿pero delirios? No son ellos ciertamente su asiento. No se comprende por qué Natalia había de tener especialmente en *los labios* TODOS los martirios de la anemia, sino a título de ripio y de apuro de consonantes. No es muy feliz tampoco el epíteto de *tristes* que les cuelga a los labios. Si murió *anémica*, la muchacha, su cara no debía despedir ningunos fulgores en vida y mucho menos después de muerta. Podían fulgurar las sábanas con el reflejo de los cirios, pero no la cara archidescolorida de la muchacha; y por tanto la comparación de la "nívea estrella" resulta ripiosa por totalmente desplazada.

¿Qué utilidad literaria saca Giró de su insulsa gacetilla? Únicamente la de tomar en ella asidero para elaborar una antítesis derrengada. A saber: la contraposición provocada de las miradas melancólicas de los cirios con la risa de las estrellas. Cuando se personifican las cosas, atribuyéndoles cualidades propias o circunstancias que de un todo les convengan y las hagan más plásticas, se practica buena retórica, y se ejerce un incontestable derecho de la imaginación. Cuando se personifica para atribuirles circunstancias arbitrarias, especiosas y

apropiadas a sólo intencionales propósitos, se revela simple y lisamente un vituperable y antiartístico prurito de *retoriquear*. Con el fin, pues, de fabricar su paupérrima antítesis, el señor Giró supone, primero, que los "cirios llovían miradas melancólicas", y después, que "las estrellas reían... reían..." (exactamente como la *Princesa Eulalia*). Pudo haber supuesto que los cirios se estaban rígidos, o lanzaban miradas de commiseración o de curiosidad, y atribuir después a las estrellas las circunstancias contrapuestas, y también le habría salido la antítesis; con lo que se demuestra que es elaborada adrede; de las malas, pues, e ilegítimas. ¿Cómo la contornea Giró? Con impropiedades más gordas que las que le ayudaron en la redacción de la gacetilla. Ese *llover miradas* es bastante impropio; y en este caso vende aún más el flujo de *retoriquear* ya denunciado por la antítesis. Como no hay ninguna razón, ni Giró expone ninguna, para que el entierro de Natalia les resulte chistoso a las estrellas, la risa de éstas es bastante loca, intempestiva y extemporánea; y acuña si más se puede la desgraciada debilidad de la antítesis. La comparación de los *rubios trigos*, por no realzar ni esclarecer nada, está atarugada donde está como un ripio. Los efectos de alegría y tristeza son de aquéllos que proyectan más fuertemente en las cosas su propia esencia: y así, si estamos alegres, nos parece que todo participa de nuestra alegría; y de nuestra tristeza, si estamos tristes. Si los amigos de Natalia venían apenados del entierro, no debió parecerles que las estrellas reían, sino que reflejaban su pena. Si indiferentes, tampoco debió parecerles que reían sino titilaban, como de costumbre. Y cualquiera que fuese el estado de su ánimo, es grande impropiedad y falsedad manifiesta que ellos *vieran reír* las estrellas; pues lo propio es que les *pareciera* verlo.

¡Y qué cúmulo de cosas pueriles es íntegramente el soneto!

De todo lo dicho se desprende que *Virgínea* es una insulsa gacetilla, que ha servido para hacer un ejercicio de retórica de mala muerte, pleno de impropiedades, ripios y puerilidades y falsedades y contrasentidos. ¡En catorce versos!

Añadiré algo más. El talento creador es el *distintivo supremo* del artista, y se revela desde luego en la concepción. El talento es la *señal de raza* del artista, el único que hace buena y legítima su profesión. El rimador que revele no tenerlo no merece el nombre de poeta, sino de *versificador*, con los adjetivos que se

deriven naturalmente de su manera de versificar. Si fuéramos a juzgar a Valentín Giró por *Virgínea*, habríamos de convenir en que carece de talento creador; y si hubiéramos de calificarle, basados en la misma *Virgínea*, no le correspondería menos justa calificación que la de *versificador pueril*. Porque esa insulsa gacetilla, como todo, absolutamente todo en la naturaleza, encierra germen y es embrión de más de un poema; pero hacerlo germinar es el don de quien no sea un mero versificador. De la muerte de Natalia, en la flor de su juventud, puede partirse para hacer resaltar las partes eurítmicas que hayan concurrido en la misma Natalia y hacer lamentable su prematuro fin. De la muerte de Natalia puede tomarse impulso para llorar la desaparición de todas las jóvenes amigas que se han ido a destiempo. El caso particular de Natalia puede elevarse a caso general, y endechar en ella a toda la juventud prematuramente feneida. El caso de Natalia puede abordarse artísticamente con mira filosófica, y deplorar que, no obstante los adelantos de los tiempos, pueda aún morirse joven, de tan conocida enfermedad y no tan difícil de combatir como la anemia. El caso de Natalia es un semillero de poemas para el talento creador: Valentín Giró lo abordó y lo dejó en el embrión de una miserable gacetilla.

Él tiene el derecho de rimar tan *vacuas quisicasas*: un Jurado de Letras tiene el deber de no premiárselas.

Envío:

¡Dedico este artículo al corresponsal anónimo de Valentín Giró, que si no fuere él mismo, merece serlo, por lo archipueril y architonto! ¿Conque los ENDECASÍLABOS de Montbars, eh?

A PROPÓSITO DE “¡OH, MADRE!”¹

El versificador pueril de *Virgínea*, no contento con haber disparatado en catorce versos, quiso disparatar en mayor escala, y perpetró una larga silva contra la belleza. Merece indudablemente mención honorífica como desapoderada sucesión de palabras, escritas a salga lo que saliere, sin eje, sin trabazón, sin relieves, de un deshilván horroroso; montón de puerilidades, memadas, ineptias, circunstancias contradictorias, etc., muy acomodadas para poner en fuga a la belleza. ¡Las chapucerías de *Virgínea* elevadas al cubo!

Empieza:

*¡Oh casta y virgen madre!, de las cosas,
del ser y de las almas vaporosas
fluye un suspiro indefinible y vago,
como la voz del céfiro en el lago,
¡tierno y espiritual como las rosas!*

*¿Es tu virgen fragancia, es la frescura
de tu infinito ser que en esta hora
con todo se armoniza y se conjura
para reírse de la rubia aurora?*

1. Segundo y último artículo de Deligne en la polémica con Valentín Giró. Publicado en *Listín Diario*, No. 5540, Santo Domingo, R. D., 18 diciembre 1907.

¡Este Valentín Giró, sin duda, cree que versificar es reunir disparates y tonterías! ¡Y que aconsonantar es poner los primeros consonantes que salgan, aunque padezca el buen sentido! Pregunta que si cierto suspiro que fluye de las cosas, del ser y de las almas es la fragancia o frescura de la belleza que se armoniza con todo, para reírse de la aurora. ¿Puede hacerse una pregunta más infantil ni más imbécil que esa? Hablando de la belleza, y al querer dar previamente una idea de ella, ¿puede ocurrir una más supina tontería que la de si se conjura con todo únicamente para reírse de la aurora? Y como la aurora es belleza también, ¿puede ocurrirle a una persona de sentido común que ella haga necias conjuraciones para reírse de sí misma? Giró no dice otra cosa. Y para decirlo ¡Dios santo! cuánto ripio, cuántas repeticiones y cuánta incongruencia! El suspiro sale precisamente de las *almas vaporosas* sin otro fin que el de aconsonantar con *cosas*; y la voz del céfiro ha de ser en el *lago*, para aconsonantar con *vago*: y ésta ha de ser la *hora* para aconsonantar con *aurora*. ¡Y adiós *verdadera propiedad y sentido común!* Porque el suspiro fluirá de la pluralidad de las almas y no solamente de las vaporosas. ¿Ni qué especie particular de almas son éas? Porque el suspiro del céfiro es más distinto entre la fronda que en el lago, o mejor dicho, en el lago no suena de ninguna manera, sino que apenas le riza. Porque si la belleza sólo se armoniza en *esta hora* (¿cuál?) no se había armonizado en ninguna otra anterior. Después de haber dicho que de las *cosas* fluye un suspiro, comparar este suspiro con el céfiro y las rosas, es comparar infelizmente, pues céfiro y pues céfiro y rosas también son *cosas*, y equivaldría a decir que un sombrero es semejante a otro sombrero. La propiedad, pues, no pedía ahí una comparación, sin una especificación.

Ésos son los *ocho primeros versos de ¡Oh! madre!*; y todo lo demás hasta el fin, como que rivaliza en sobrepujar esos disparates. No voy a perder mi tiempo en examinar analíticamente todo el mamotretto: avisado con lo dicho el que lo quiera, puede por sí mismo leerlo con vista crítica, y reírse de tanta inepticia, y aún asombrarse de que pueda hallarse una procesión de tantos dislates reunidos. Pero acabaré de examinar los Nos. I. y II; y con eso se verá que no hablo por hablar, como versifica Giró por disparatar.

Acabamos de dejarle cuestionando si la belleza se armoniza con todo para reírse de la aurora. Y a seguidas dice Valentín:

*ES QUE, ¡oh reina del amor profundo
de tus fecundaciones eternales,
de tus diáfanos senos maternales
brotó el hechizo espiritual del mundo!*

¡Hombre! ¡valiente ilación! ¡Después de preguntar si la belleza se ríe de la aurora; salir con eso! Al empezar diciendo ES QUE, era de suponer que iba a decir que la belleza debía ser chusca o loca para reírse de sí misma. ¡Pero venir con tan despampanante salida!... Es indudable que el muchacho ignora lo que sea congruencia. Tocante a *esos senos maternales*, serán diáfanos... cuando les apliquen los rayos X.

Y sigue Valentín:

*Y todo: seres y dormidas cosas,
despertando al clarín de tu llegada
en una misma nota delicada
te envían sus promesas amorosas.*

¡Prolongación de inepcias y de amplificaciones contradictorias! El suspiro que se acaba de conjurar allá arriba, ya es aquí ni más ni menos que clarín. ¡Ah, Valentín! Los seres (rationales se entiende) pueden enviar promesas de amor a la belleza, es decir, pueden amarla; pero las cosas y la pluralidad de los irracionales, no. No obstantes, Valentín dice que le envían promesas *todos ellos*, con la agravante de *en una misma nota delicada*. Por ejemplo: pongamos un asno y una roca.

Y sigue:

*¿Yo te conozco, madre? Tu armonía,
¿qué rico pentagrama la modula?
¿duerme sobre el misterio, o todavía
trémula y vaga en el espacio ondula?*

*¿En qué marmóreo vaso te contienes?
 ¿qué esencia núbil en tu ser se anima?
 ¿como los astros jóvenes tú vienes
 o eres acaso la infinita cima?*

Puro furor de amplificaciones contradictorias, no graduadas, sin ton ni son, y ensarte de preguntas riposas y ociosas. ¿No acaba de decir que despertaban los seres al *clarín* de la llegada de la belleza? Pues ya en ese clarín oyó Valentín la tal armonía. ¿Para qué machacar con nuevas preguntas? Pero ese muchacho (de *treinta años de edad*) es irrefrenable en disparatar, y preguntar para seguir despoticando. E inquiere si la armonía duerme *sobre* el misterio, como si el misterio fuera alguna cama; y habla de esencia *núbil*, como si hubiera esencias casadas; y de unos *astros* jóvenes, como si se catalogaran en niños y viejos también, y como si la belleza de ellos estuviera esencialmente *en* ser jóvenes. Habla de *la* infinita cima, que debe ser cosa de su invención; pues para darla por tan determinada, debería estar en alguna geografía.

Han concluido los Nos. I y II; ¡24 versos desastrosos, en todo! Todo lo que sigue es tan torpe y malo como eso, y peor a trechos.

Lo único digno de consideración en esa serie de lugares comunes e imbéciles amplificaciones, es esta pregunta de Valentín a la belleza: —¿Yo te conozco, madre?— Y lo es, para contestársele, así: ¡No, Valentín, no la conoces! Has escrito tú mismo unos párrafos, achacándolos a un corresponsal anónimo, y en ellos desfachatadamente llamas *rosa de jardín a Virgínea*, que en punto a vegetal, es la *lycoperdum coronatum*; y dices que en *¡Oh, madre!* hay *aleteo de águilas*, y ya ves que no hay sino arrastramiento de tortuga. La belleza no es, pues, tu madre, ni tú la conoces: ella no tiene por hijo a versificadores pueriles sino a poetas, ni a chapuceros sino a artistas!

Envío:

*¡Valentín! ¡Valentín! ¡Como has volado en *¡Oh, madre!*, así vuelan las tortugas!*

CARTA ABIERTA¹

A los señores G. A. Morales, M. A. Saviñón, Miguel A. Garrido, Apolinar Perdomo, Raúl Abreu y A. R. Nanita:

En contestación a su atenta, publicada en el *LISTÍN DIARIO* del 18 actual, plácmese manifestarles que yo mismo había pensado abstenerme a contestar nada en que se redarguyera los dos breves análisis que he hecho de *Virgínea* y *;Oh, madre!* Mi principal propósito al hacerlos y publicarlos, ha sido el de apretar y exprimir las pretensiones y vanidades infundadas; si no para alivio del presumido, para meditación de los jóvenes que empiezan a cultivar las letras, y apelación a las fuerzas sanas de su entendimiento; a fin de que amen tanto el arte como detesten la presunción, y que ésta no les lleve a lamentables despeñaderos. Cumplido mi propósito; de cualquier alegato que se hiciera contra lo aducido por mí, tenía ya determinado que fuera sólo juez y único el público ilustrado. No sea cosa, por otra parte, de que gastase en insistir sobre ese par de adefesios, unos instantes que no se merecen y una tinta que no valen. Y menos si el que redarguyera fuese Valentín Giró mismo; porque en veinticuatro horas no podía él adquirir el buen sentido que no tuvo cuando rimó las dos quisicas, y que no tuvo hasta ayer, en que se dio bombo a sí mismo, ponderándolas.

1. Publicada en *Listín Diario*, No. 5543, Santo Domingo, R. D., 21 de diciembre de 1907.

Pero si ya yo mismo no hubiera tomado esa dicha determinación, el aprecio en que les tengo a ustedes, me habría compelido a adoptarla.

GASTÓN F. DELIGNE

SOBRE LA DESORIENTACIÓN ARTÍSTICA¹

La desorientación artística de casi todos nuestros escritores, es achaque ya muy viejo y muy conocido. Lo demuestra la vacilación de sus escritos, puramente literarios y las numerosas contradicciones en que caen cuando pican en crítica. La razón es que no se han formado con verdaderos estudios de literatura, sino con lectura de obras literarias simplemente. Les ha faltado, pues, el eje, la médula; y es lástima que les haya faltado, pues ya el país va teniendo hombres de suficientes conocimientos artístico-literarios, a cuyos ojos hacen un papel poco airoso todos esos desorientados. Verdaderamente revienta ver que, mientras entendidos menos, son más presuntuosos, pero lógicamente no puede ser de otra manera. El que tiene verdaderas convicciones y las apoya sobre buenas bases, suele tener vacilaciones, porque desde su punto de mira, lo que más claramente ve son los horizontes sin límites a que no considera fácil llegar.

Pero los ignorantes o medianamente *barnizados* (que son peores) no van más allá de sus narices, y de todo hacen mangas y capirotes. A la larga el daño es de ellos, porque se quedan espantosamente detrás de sus aspiraciones.

1. Párrafos de una carta transcritos, sin indicación de fecha ni destinatario, en el artículo "Concordancia" de Juan Elías Moscoso hijo, publicado en *La Cuna de América*, No. 53, Santo Domingo, R. D., enero de 1908.

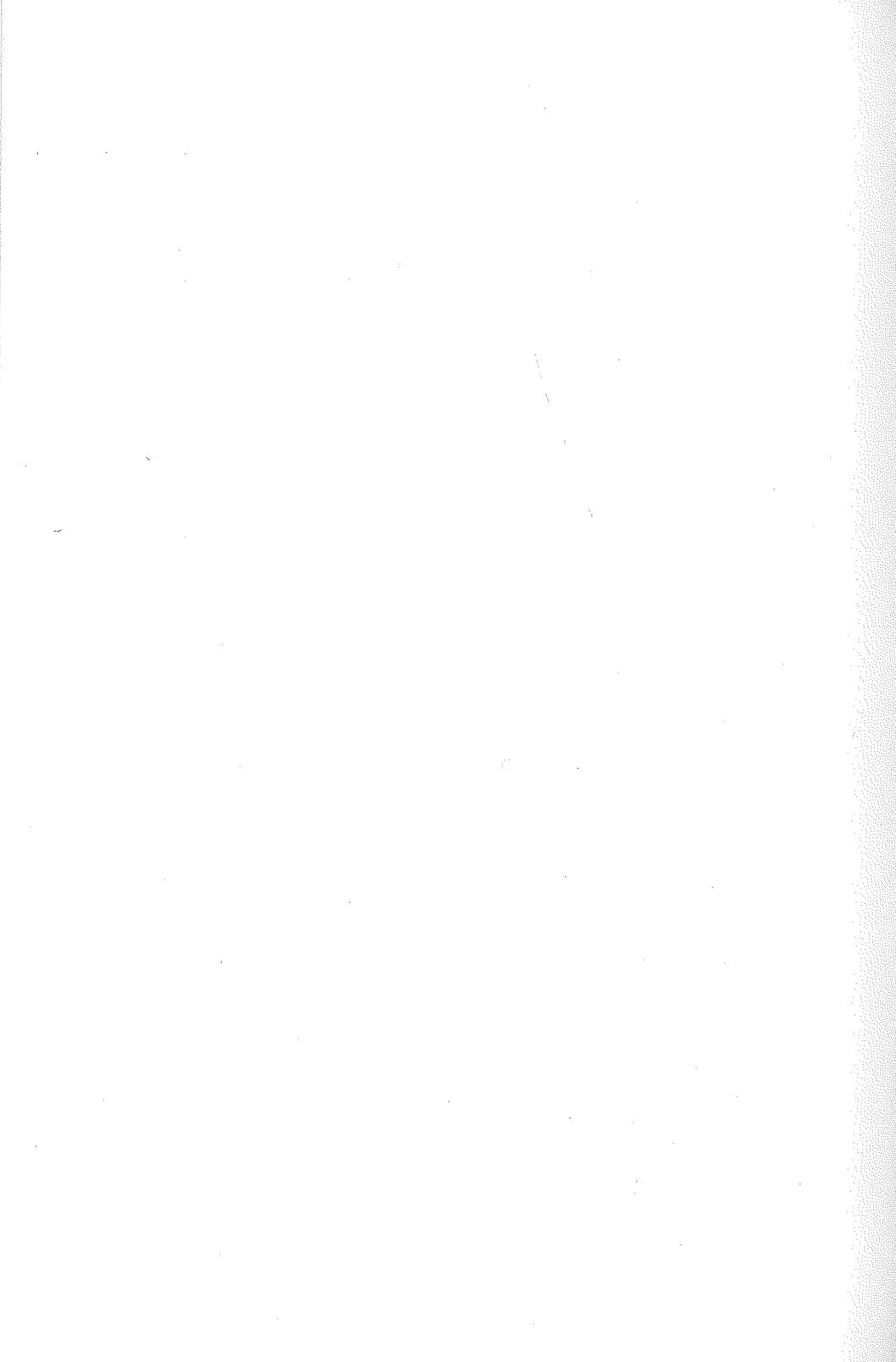
Noto, con honrosas excepciones, que ahora esta presuntuosa vanidad sin fundamento, se ha hecho más fuerte y general entre muchos de los jóvenes, y hay que lamentarlo por ellos, porque van en camino de no cosechar sino fracaso sobre fracaso.

SOBRE "ENTREMÉS OLÍMPICO"¹

Al juzgar a "Entremés olímpico", Pedro Henríquez Ureña se ha atenido al fondo rigurosamente serio del asunto, siendo así que no es más que una escena desgajada del Olimpo, que el autor ha tenido que tratar con cierto humorismo... pero un humorismo que apenas llega a sonrisa. Y ya sabe usted que dentro de lo humorístico nada es vulgar.

(1909)

1. Párrafo de una carta dirigida a J. Humberto Ducoudray, transscrito por éste en "Estudios críticos", en *La Cuna de América*, Año VI, No. 142, Santo Domingo, R. D., 17 de octubre de 1909, sin indicar el nombre del remitente. Este nombre lo reveló Ducoudray en una conferencia sobre Deligne, pronunciada en el otoño de 1911 en el Ateneo de San Pedro de Macorís, fragmentos de la cual se publicaron en la revista *Mireya*, Año II, No. 37, San Pedro de Macorís, R. D., 4 de febrero de 1912.



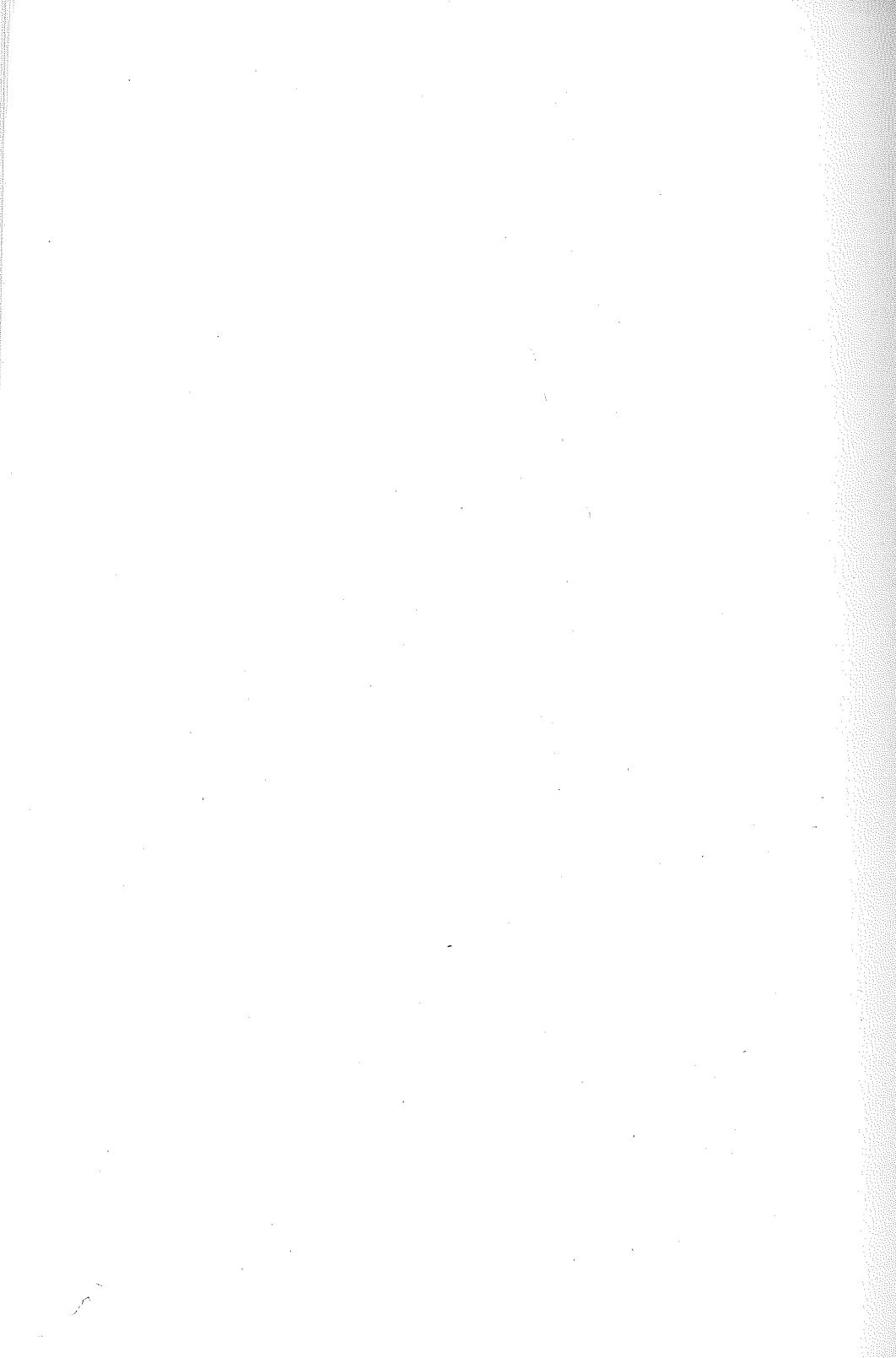
SOBRE MÁRMOLES Y LIRIOS¹

Las dotes de comprensión, asimilación y adivinación psicológicas que, a tan corta edad como la suya, pone de manifiesto su libro, y ese hálito personal, y ese ambiente propio que se deslizan a través del mismo, me infunden la lisonjera esperanza de que la precocidad de usted no será como la de ciertas plantas que, luego de abrir en floraciones multifolias, se agotan en minúsculas, casi imperceptibles estrellitas, sino que, fundamentalmente, deberá ser una precocidad como la de Mozart, D'Annunzio o Menéndez Pelayo, disparadas hacia inminente y pleno desarrollo. ¡Sea cuanto antes!

Ello, pues, el saber hacer, el instinto de que el ritmo puede modular inusitadas cadencias dentro de los moldes conocidos sin obtener artificialmente combinando renglones caprichosos, la laudable sobriedad en la expresión de los pensamientos; las anticipaciones de justeza intelectual, hacen de su libro una agradable lectura. Y me sirven de fundamento para esperar que el nombre de usted llegará a ser una de las prominencias de esas como cordillera ideal en que se empina cada nación para hacerse ver a distancia.

(1909)

1. Párrafos de una carta dirigida al joven poeta Ricardo Pérez Alfonseca a raíz de la publicación de *Mármoles y lirios* (Imp. *La Cuna de América*, Vda. de Roques y Cía., Santo Domingo, R. D., 1909, 76 páginas). Transcritos por Rubén Darío en "Un benjamín", artículo publicado en *La Nación*, Buenos Aires, 1910, y reproducido en Ricardo Pérez Alfonseca, *Palabras de mi madre y otros poemas* (Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1925). Ver: Rodríguez Demorizi, Emilio, *Rubén Darío...*, Ob. cit., pp. 51-52.



SOBRE LA NOVELA *ALMA DOMINICANA*¹

San Pedro de Macorís,
31 de octubre, 1911.

Señor don Federico García Godoy,
La Vega.

Distinguido crítico y artista y apreciado amigo:

Vengo de *Alma dominicana*; y en ella tomo ocasión para agradecer el ènvío de sus buenas obras; unas consagradas a ecuánimes e interesantes estudios críticos, y otras inflamadas en noble espíritu nacional, y llamadas y elegidas para levantar el amor de la Patria como una antorcha fulgurante.

Esa noble labor, no solamente contribuye a aniquilar el antiguo decir de que en la Literatura no se pueden conquistar dos diversas coronas, sino que ha servido por modo glorioso a que sus dos tendencias se justifiquen mutuamente.

Quien es capaz de llevar el sentimiento a la sublime altura a que ha remontado en el capítulo *Los de los tristes destinos*, de su anterior relato histórico, y le ha conducido épicamente a través de las páginas cálidas, vividas, rápidas, tropicales de *Alma dominicana*, tiene ganado derecho pleno para que sus juicios

1. Publicada en *Mireya*, Año II, No. 32, San Pedro de Macorís; R. D., 26 de noviembre de 1911, y en *Ateneo*, No. 24, Santo Domingo, R. D., diciembre de 1911.

sobre asuntos literarios sean muy de tener en cuenta. Ninguno tan indicado como un agitador de sentimientos —y sentimientos altos, puros y purificadores— para opinar en cosas que atañen al sentimiento, como lo son las de Arte Literaria; ya emerjan de los eternos afectos humanos, ya pasen y se filtren por el crisol del pensamiento.

Su condición de artista, de hombre capaz de expresar bella, correcta y comunicativamente sus sentires, es, sin duda ninguna, el apoyo más robusto de su profesión de crítico. Por ambas, ¡mis efusivos parabienes!

No he seguido, se lo digo con franqueza, a Perico Antúnez en la bien graduada rapidez de *Alma dominicana*: he sido arrebatado en pos de la bandera, y, desalojada de *San Luis*, la he acompañado tenazmente alzada en Moca; alta y señera en Capotillo; homérica en el incendio de Santiago, y orgullosa y arrogante detrás de las tropas españolas, camino a Puerto Plata, que es a su turno excelente salida para ultramar. No, ciertamente: ¡no se desaloja con impunidad una bandera! ¡Y bandera como la nuestra, que ha conocido el territorio entero a fuerza de victorias!

Por la colección de sus obras, culminadas hoy en esa epopeya del pabellón nacional, me congratulo al congratularle; pues creo firmemente que todo acierto de un conciudadano es la gloria y el honor de todos.

Soy, como siempre lo he sido, su sincero admirador y agradecido servidor y amigo,

GASTÓN F. DELIGNE

EN DEFENSA DE GALARIPSOS¹

San Pedro de Macorís,
3 de noviembre de 1911.

He leído con agrado y agradecimiento su favorecedora del 28 de octubre último. Un favor excesivo, como el de sus últimos párrafos, me ha llenado de confusión; me obliga la generosidad de estímulo que encierran, pero me pesaría de que se

1. Carta dirigida al Lic. Jacinto B. Peynado. Publicada tardíamente en *La Cuna de América*, No. 1, Santo Domingo, R. D., 4 de mayo de 1919, con la siguiente nota: "Entre nuestros viejos originales, rezagado no sabemos por qué extraña causa, hemos desentrañado como de una mina de escaso mineral, un verdadero filón de oro. Se trata de una carta inédita del gran poeta nacional Gastón F. Deligne, dirigida al exquisito intelectual Lic. Jacinto B. Peynado, quien, al mostrarle los originales de tan valioso manuscrito, nos ha manifestado no tener el menor conocimiento de tal documento, lo que nos obliga a pensar que las cuartillas en que está escrito fueron enviadas directamente por el autor a la Redacción de *La Cuna*, tal vez en días en que la revista, a merced de las anormalidades políticas, suspendía su publicación. El Lic. Peynado, tal vez por la dureza con que trata al ilustre compatriota don Pedro Henríquez Ureña, ha vacilado en autorizarnos la publicación; pero por nuestra parte hemos objetado razones de distintos órdenes, que aunque a él no podían escapársele, creímos necesario para la justificación de nuestro propósito de darlo a la publicidad. No vayan estas líneas, por tanto, a mortificar a nadie. Estimemos en su lectura el valor literario de los conceptos sesudos del malogrado pensador, quien no dejaría hoy de reconocer cuanto vale y cuanto pesa aquel joven que más tarde, sin el menor viso de charlatán, debía ser tan elevada figura en el difícil arte de la crítica".

diafanizaran, pues las duras circunstancias económicas que tuve por compañeras de mi juventud, no me permitieron pasar de aficionado en materia de letras. Yo bien sé que una *Antología* recoge muy poca cosa de la más nutrida labor; pero no ignoro que para significar algo en vida de un autor, debe éste multiplicar sus desahogos y descargas intelectuales, y no restringirlas como las circunstancias me obligaron a hacerlo. El hermoso tiempo primaveral, pleno de generosos fermentos, ha pasado del meridiano mío; y sólo puedo pedir a mi otoño algunas modestas y doradas belloritas.

Me ha llenado de júbilo su opinión sobre la poesía de la muerte de mi hermano: sumo ese voto valioso a otros, bastantes en número, de poetas, artistas y competentes, favorables a la misma composición. Y tengo un apoyo más para corroborar mi opinión de que Pedro Henríquez Ureña es voto nulo en punto a ternura, y hasta parece incapaz de sentirla. ¡Defecto superior en uno que profesa la crítica; rémora de sus aspiraciones y restando de su valor: Es algo análogo a un ave anquilosada en un ala: Dijo de *Angustias* que vale por el amor maternal. Doña Salomé, José Joaquín, que escribió en un periódico sobre esa composición, poetas, críticos y mujeres de gusto, sintieron todos la ternura con que yo la compuse; y ninguno tan autorizado como yo mismo para juzgar si estuve o no inundado de sentimientos tiernos al concebirla. En ese tiempo, el mismo aire que me circundaba, estaba henchido de ternura: ¡era en la bella mañana de una existencia que no había recibido agravio ninguno de los hombres ni de la vida!

Cuando leí el juicio de Pedro acerca del libro, no pude por lo pronto explicarme muchas afirmaciones temerarias y que no decían cosas con respecto al libro mismo, siendo al mismo tiempo deprimentes a mi labor². La naturaleza humana es tan flaca; un grano de arena puede pesar tanto sobre una conciencia, que —sin que pudiera yo dar con la causa— pensé, sin embargo, que Pedro tendría alguna prevención contra mí, y la hizo pagar por la obra. A raíz de decir que mis composiciones no alcanzaban la perfección —palabra ésta

2. Refiérese al estudio del Dr. Pedro Henríquez Ureña acerca de *Galaripsos*, inserto en su obra *Horas de estudio*, París, 1909.

sin sentido y sólo asidera como comparación— habló de los mil himnos perfectos de la lírica moderna. Aparte de que nadie sabe qué cosa sea la perfección ni con qué se come eso, como nadie sabe de *lo absoluto* sino que es una palabra cerebral llena de pretensiones y de vacío, Pedro acaba de echarlo a perder; pues para definir la perfección arrima la palabra Dios, todavía con mayor vacuidad ella que la misma palabra perfección. Y, ¡cómo! ¿la lírica moderna tiene mil himnos perfectos y yo no he acertado a hacer uno solo? Eso es deprimente; y con mucho derecho podía yo creer que Pedro estaba prevenido en mi contra, por su afirmación, temeraria: 1º. puesto que no hay una sola obra humana a que no puedan hacérsele reproches de varia naturaleza; 2º. porque la idea de perfección es móvil, evolutiva y hasta contradictoria. (La perfección de ayer “vida ascética o monástica”, por ejemplo, es tenida hoy como “imperfección suprema”); 3º. porque si las especulaciones que han hecho los hombres sobre el significado de la perfección, las aplicáramos a la naturaleza (fuentes, origen y causa de todo), la naturaleza resultaría imperfecta, y sólo hallaríamos en ella un conato bastante pronunciado de simetría. Un Le Notre, tallador de árboles en figuras geométricas; ordenador de avenidas, a distancias medidas por la ona, debe hallar muy imperfecto un bosque tropical, con su follaje antigeométrico y su furor de encaramarse unas plantas sobre otras, y tejerse y ahogarse sin ningún respeto del orden; 4º. porque la movilidad del significado de la perfección nos fuerza a ver en todo conato de perfección, incluso y adscrito el microbio de la imperfección, como ante toda guayaba presentimos el gusano interno. El buque de vela llegó en su tiempo a hacer la perfección de la canoa; y por eso mismo, por haber sido demostrado que la canoa podía ser perfeccionada, el buque de vela en su tiempo suscitó por sí mismo la idea de su imperfección, supuesto que podía ser sustituido a su vez por algo mejor, como lo fue la canoa también; 5º. y principal: La única verdad concluyente que se ha dicho sobre la perfección, la definición más completa, axiomática, la trae el profundo libro de la *Imitación de Cristo*: “No hay perfección humana a que no esté aneja alguna imperfección”. No es posible negar la perfección con mayor seso, profundidad y alcance que éste. Tan

convencido estoy de que ésa es una verdad absoluta, que me comprometo, con mis escasas luces, a señalar imperfecciones en los fantásticos mil himnos perfectos que ha soñado Pedro.

Otras partes del juicio de Pedro me afirmaron en el primer impulso de sospecharle prevención, y las omito para no alargar esta lata; pero otras partes del mismo escrito me hicieron desechar esa opinión. ¿Qué pasaba, pues?... Quise penetrarla, y para dar con ello, el mejor método era el de aquilarat al crítico, analizándole. Estudié su estudio y comprendí que él obedecía a la idiosincrasia del autor, pues hallé esos residuos sintéticos acerca de la personalidad crítica de Pedro.

Sagacidad: ¡Embotada!

Perspicacia: En período de desarrollo.

Erudición: Bastante, pero aplicada al buen *tun tun*.

Conocimientos técnicos: Presentes, pero parcialmente; los que más relación podrían tener con el estilo del libro, brillan por su ausencia.

Teorías estéticas: "El arte por el arte", únicamente. De tan estrecha fórmula, afirmaciones extravagantes, como la de que yo hago poesía ayudado por mis conocimientos de la materia. (Es ayuda la adopción de esa única fórmula, como teoría, en Pedro; a pesar de que hoy está relegada a su condición de fórmula, como lo estuvo desde que la Literatura es Literatura. *El Ramayana* y la *Biblia*, los libros más antiguos del mundo, han salido en la mayoría de sus páginas de la fórmula: "El arte por la moral".)

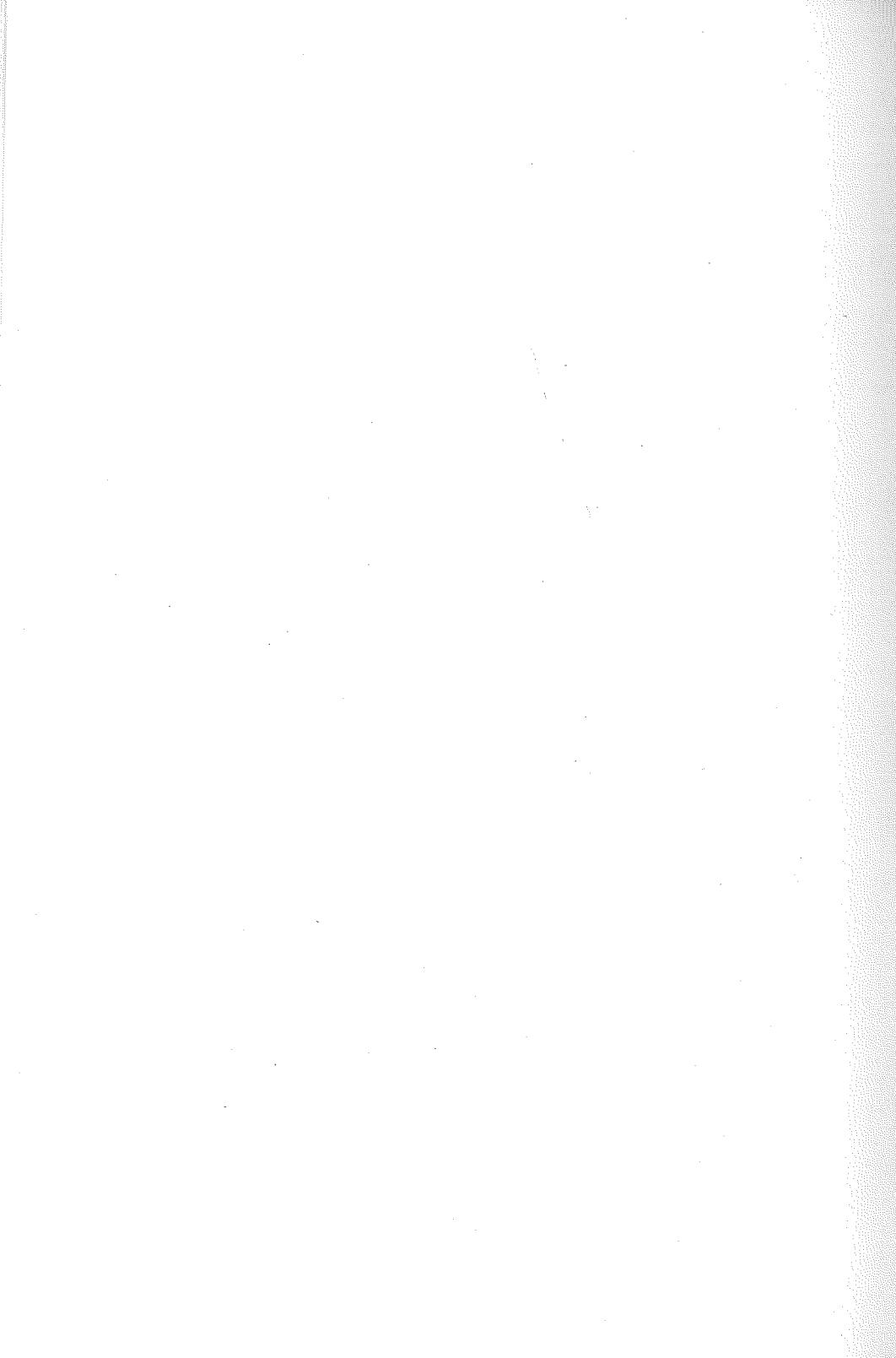
Modus faciendi: muy entreverado con la aserción de Nietzsche de que se critica muchas veces trayendo divagaciones ajenas a la obra criticada, para lucirse con ellas; y esta observación de Montesquieu: "Hay cosas que la gente repite porque se han dicho alguna vez".

Como algunos amigos han demostrado curiosidad por conocer las ideas mías sobre la crítica de Pedro, supongo que a usted también le placerá conocerlas; y he aprovechado la oportunidad que me ha dado su misma carta para exponérselas. Esas conclusiones sacadas del juicio de Pedro sobre mi libro, me han explicado otras muchas extrañezas de sus juicios sobre D'Annunzio y Rubén Darío, en quienes sólo ve motivos de alabanzas, a pesar de las desastrosas caídas que han tenido uno

y otro. Lo peor de todo es la estrecha profesión de esa exigua fórmula del "arte por el arte", fórmula que le reduce a un partidario, a un apandillado, en tanto grado cuanto le resta amplitud de miras críticas.

Aquí me veo constreñido a concluir, pues esto va largo.

GASTÓN F. DELIGNE



PROEMIO¹

Uno de los hábitos inveterados de la crítica, manifestación acaso de lo que tiene de ciencia, es el prurito de la clasificación. Lo primero en que parece preocuparse delante de alguna producción artística, es del encasillado a corresponderle, de la etiqueta con que ha de ser rotulada, del nombre genérico específico en que deba catalogarse. Nada malo en tan persistente prejuicio, como no originara apreciaciones erróneas y colochara fuera de sus legítimos cauces, para la sanción general, corrientes cuyos orígenes son perfectamente apreciables y definidos. Así, hasta la fecha, Paul Verlaine, por ejemplo, para la generalidad y merced a las afirmaciones de un gran número de críticos, es un decadente; aún más, es el jefe de la escuela simbolista; y sin embargo, ninguno más ingenuo, menos torturado por el ansia de selección o corrección; menos trasladador de ideas; menos preocupado de la erudición en grande, ni de la alusión, ni de la síntesis, que él.

Ninguno tan él mismo como él mismo. El glorioso e impenitente trasnochador, es un tersísimo espejo en que se reflejan la variedad de paisajes, fantasías, matices y crepúsculos que milagrea la noche. La estrella de Saturno es su obsesión; y la luna, tan novia suya como de Pierrot. Es por eso que sus medias

1. Publicado en *La Cuna de América*, Año I, No. 22, Santo Domingo, R. D., 10 de septiembre de 1911, pp. 258-259, y en Jiménez, José María. *De la vieja lira*, Santiago de los Caballeros, R. D., 1911.

tintas no violentan sus cuadros; o por eso que ocupaban su espíritu tantos cuadros a medias tintas.

Una vez catalogado él entre los simbolistas o decadentes; y creyéndose la crítica en el caso de hacer una nueva clasificación a cierto movimiento literario de última hora (bastante febril en América y España); a cierto cambio (que de ninguna manera quiere decir progreso), le moteja con el nombre de *modernista*. A buen seguro que, de no tener previamente encasillado al maestro, la crítica habría podido percatarse de que la mencionada denominación era demasiado arbitraria para unos procedimientos que carecen de fisonomía propia; que están íntegramente indicados y contenidos en la composición "Arte Poética" del mismo Verlaine, y que, por tanto, debían llevar el nombre de "verlainismo". Ciento que se han desviado hacia la caricatura, pues se "junta lo impreciso a lo preciso", en multitud de casos, como se junta el aceite con el agua; y se *crepusculiza* con frecuencia en instantes en que rabiosamente calcina el sol desde el inflamado meridiano. Y se orquestan tales sinsentidos musicales, que resultan unas verdaderas y desesperadoras romanazas sin palabras. Y se matiza lo más agudo de un parasismo erótico con la horchata de un desmayado poniente. Si tan ridículos matrimonios no los soñó nunca el reencarnado sátiro-devoto que tuvo tan alta noción de las gradaciones ideológicas, es indudable que a él debe referirse la expresa indicación de ello, más que a su mera influencia. Con ser ésta evidente.

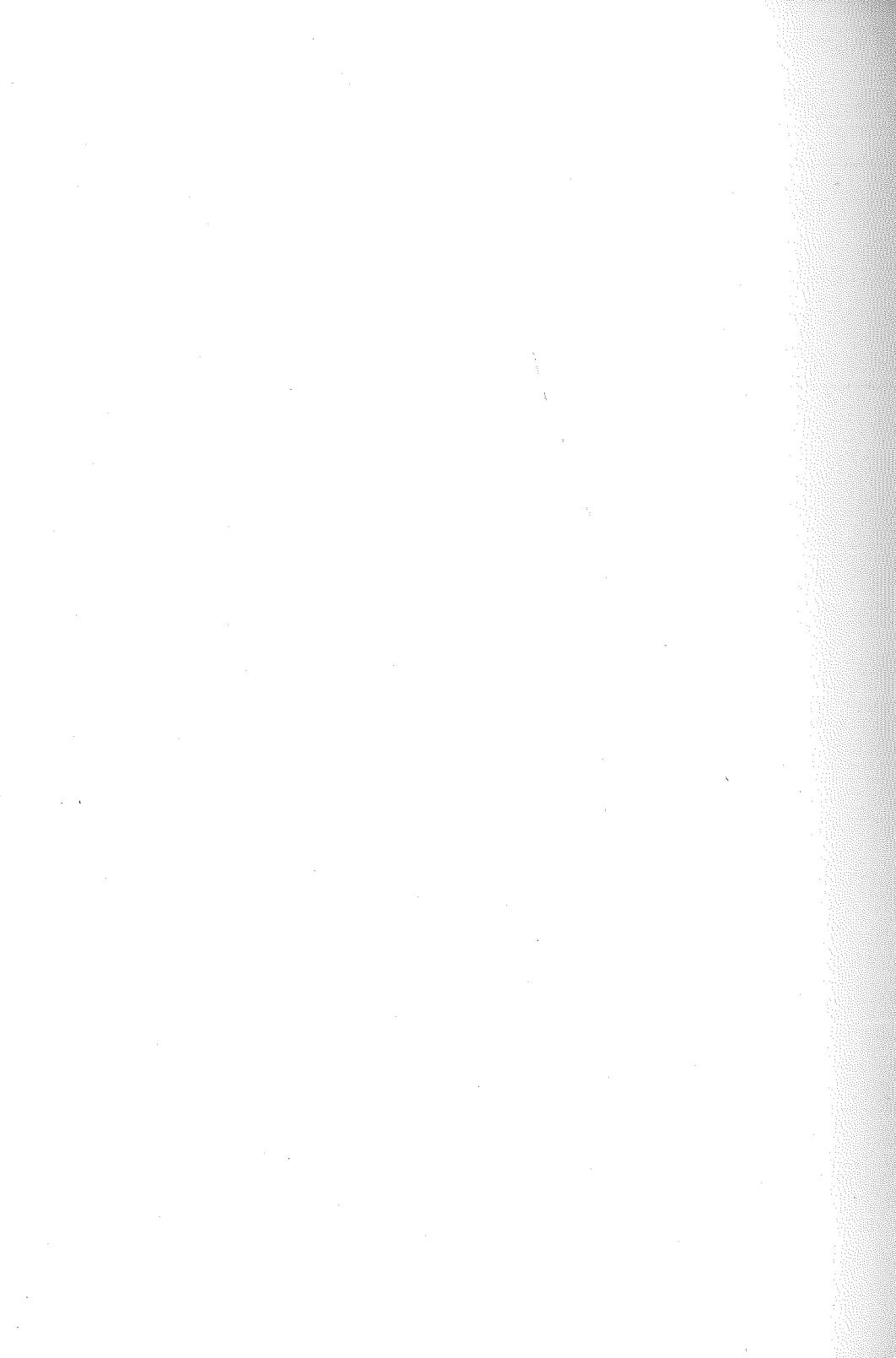
Otro daño del prurito crítico de clasificación, lo reciben espíritus apocados, voluntades castradas que se funden en una moda de arte, y se confunden con ella, nada más que por disfrutar la indefinible ventaja de obtener un rótulo. No comprenden, como no quiere comprenderlo una parte de la crítica, que a medida que el tiempo avanza, y se cruzan las razas, y se mezclan las especies, y se ligan las electricidades, lo genérico se diluye fatalmente en la armonía y compenetración universales.

El autor de este modesto libro, modesto por los cuatro costados, revela con grande amplitud, y a pesar de las batalladoras solicitudes de la actualidad literaria, que su intuición está por encima de todos aquellos prejuicios; que su conciencia artística es suficientemente robusta para no caer en la tentación; que profesa el arte como ascención de espíritus, y

no como vericueto de rebaños. Pertenece al número, cada vez mayor por fortuna, de aquéllos que no huyen de parecerse a nadie, para que no se les aprecie como extravagantes; de aquéllos que no tratan de parecerse a nadie, para que no se les indique de simios: de aquéllos que saben como tienen dentro de su cerebro una distinción cerebral tan propia, como la tienen personal en el propio rostro. Pertenece, en suma, a los que ven con sus propios ojos, y oyen por las propias orejas, y hablan de sus propias ideas. No serán nuevas; no serán suyas enteramente; no serán grandes; pero serán dichas por una sinceridad y no por un fotógrafo. Con cuatro sabias pinceladas dibujará un paisaje. De mundo o de interior. Incompleta o fragmentaria, nos dará su sensación personal.

Nos contará cómo siente; y veremos que siente con aquel romanticismo bueno ayer, bueno hoy y bueno *in eternum*. Con aquel romanticismo que tiende al refinamiento y depuración de sensaciones y sentimientos para adquirir la levedad cuantitativa de niebla necesaria al espíritu, en su afán de remontar hacia lo ideal; para adquirir la suavidad sedeña necesaria al espíritu en el cultivo de sus relaciones de sociedad. A modo de un río, se partirá en varios brazos, y abarcará otros senderos a más del hondo cauce que le lleva a la mar, y que en el caso de los poetas, es el amor. No el amor sensual meramente, sino el amor *amor*. Puede ser que ante dolorosas injusticias, ante injustificadas crueidades, ante malsanas aberraciones, ese amor empuñe el látigo de la sátira. Así lo haga débilmente, no por eso deja de ser una de sus manifestaciones agudas. Y el autor nos enterará de esas cosas con expresiones reveladoras de que por lo menos cree que la palabra nos ha sido dada para que nos entendamos.

De tales resultas, si no demasiado avante, va por buen camino. En su trayecto no encontrará la Capilla donde se falsifiquen sensaciones, ni el cenáculo en que se torturen sentimientos, ni el taller en que se fabriquen dedos de estatuas, ojos de estatuas, torsos de estatuas, aunque no estatuas... Como no desmaye y siga su virtuosa peregrinación, llegará al gran valle florido, frente a la montaña de luz, bajo el cielo radiante.



SOBRE LA SINCERIDAD EN EL ARTE¹

San Pedro de Macorís, enero 3, 1913.

Sr. don Primitivo Herrera,
Santo Domingo.

Muy apreciado poeta y amigo:

He leído con gusto su muy grata del 2 del actual, y antes había leído, con gusto también, todas las composiciones suyas a que se refiere. Tanto Ud. como Federico Bermúdez, están ya en pleno desarrollo; han llegado a la virilidad poética y al punto en que toda discusión y reparo ya no tienen nada que decir contra la decidida aptitud. Ud. ha vencido la última trinchera que le oponía la técnica, ya por difíctulos que sean los consonantes que se le vengan a la pluma, sabe Ud. cadenciarlos con otros espontáneos y como nacidos del mismo asunto; con lo cual no altera, desvía o debilita el hilo de la emoción estética, sino que lo devana como una seda. Ud. recordará que fue la última observación que me atreví a hacerle, y me felicito de haberlo hecho, pues no cayó en saco roto. Yo sabía que Ud. podía dejar atrás esa trinchera; y la ha batido Ud. gloriosamen-

1. Última carta de Gastón Deligne, publicada póstumamente en *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, Nos. 27-28, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1913. Rep. en *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 18 de enero de 1939, y en *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 19 de febrero de 1941.

te. Las últimas composiciones lo prueban por completo, y entre ellas la que ha sido más de mi gusto es *Canon de vida*, y la que me ha gustado menos es *El prior de la abadía*, no por los versos; no por el asunto en sí, sino porque me parece que Ud. ha abordado un tema que no ha salido de su sentimiento, ni pertenece a su afición interior.

Como en varias ocasiones se lo he escrito, no opino que la poesía, el arte en general, sean esto, lo otro o lo de más allá. El arte es la sinceridad de cada artista, y todo lo demás son vanas disputas. Si se tiene disposición, según los rumbos a que se incline la propia conciencia, se triunfará en toda la línea y se impondrá la labor, aun cuando pugne con los tiempos. Ejemplo de esto le será el espectáculo de la literatura francesa del año 1820 al 1870; más o menos. En ese período triunfaron y se impusieron: Víctor Hugo, con los más delirantes excesos de la fantasía; Lamartine, razonando casi los sentimientos comunes; Baudelaire (que en mi opinión no debió triunfar), falsificando perversidades; Balzac, alternando entre la realidad y el ensueño, lo mismo que Flaubert; Zola, trabajando con los materiales más groseros de la realidad más ordinaria, y así sucesivamente.

Ya Ud. ve con qué desemejantes, opuestos y contrarios materiales llenaron medio siglo y cupieron todos sin estorbarse en el deleite y entretenimiento de la humanidad. Lo que quiere decir que toda fórmula absoluta de cómo debe ser el arte en una época dada, es una simple temeridad. Y el ejemplo de esos 50 años ha sido el mismo en todas las épocas y en todos los países: tendencias diametralmente opuestas han convivido; prosperado y pasado a los posteriores, sin que a ninguna de ellas se le haya asignado definitivamente preferencia. Si la humanidad artística conviniera en adoptar un rumbo determinado para el arte, en un momento determinado, es indudable que tal rumbo no sería seguido más allá de 20 ó 25 años; porque el fondo humano está ansioso de novelería, de novedades, de cambio; y no hay acción que no prepare su reacción. De eso se compone la historia de las artes, de reacciones, y algunas sorprendentemente inesperadas.

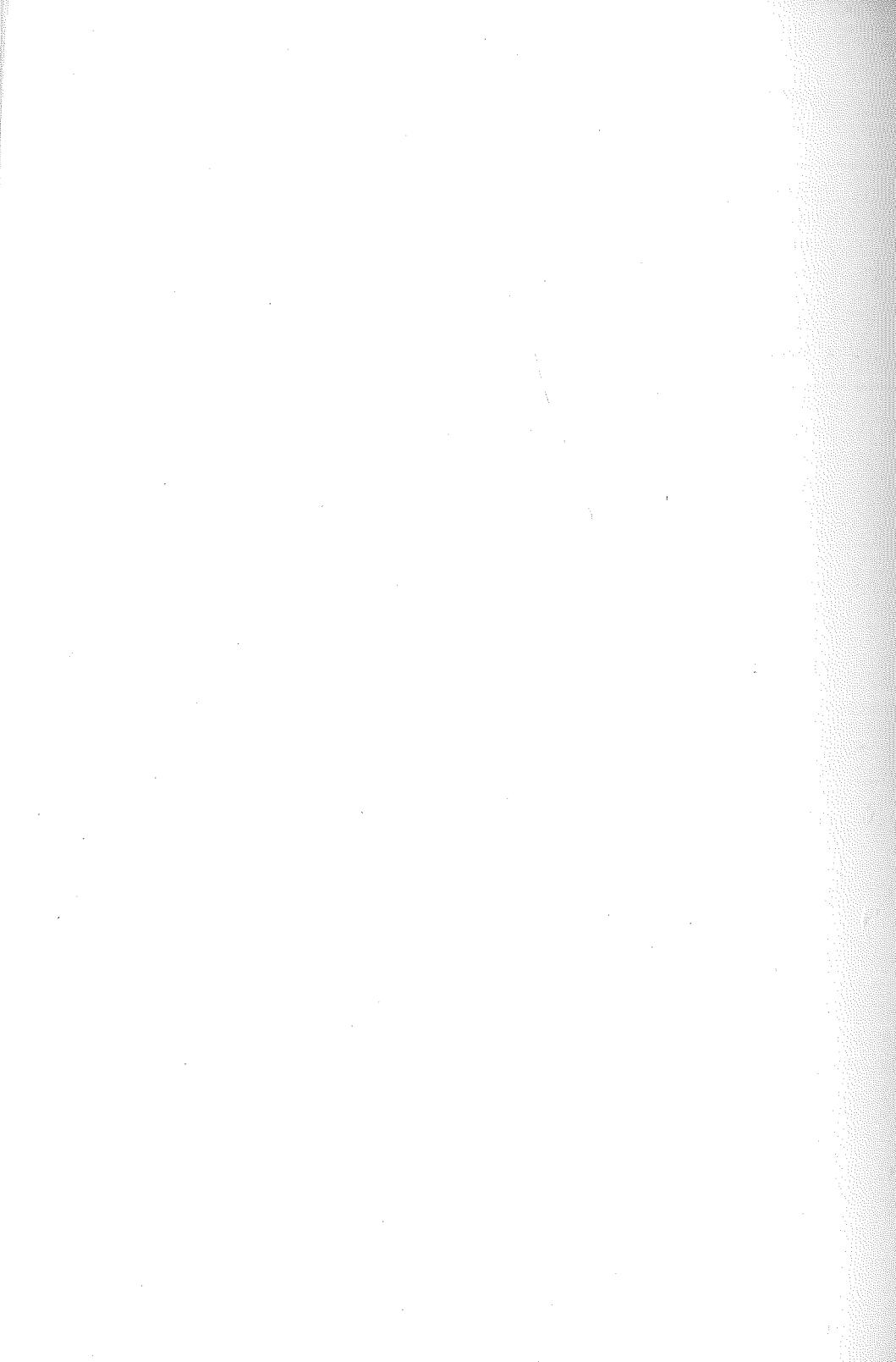
La juventud, pues, el artista, solamente debe no abordar tema de arte que no le salga de su interior; lo que vale decir, que le basta y le sobra con ser sincero. Todo lo demás, según expresión del Nuevo Testamento, le será dado por añadidura.

Exprese el artista lo que ama con vehemencia; sea mujer lo amado, sea justicia, sea bondad, sea sentimiento, sea idea, y el artista triunfará por encima de todas las fórmulas. Sea eco de sí mismo siempre, y siempre se renovará, porque nuestro interior está siempre renovándose; y aún las mismas contradicciones que puedan pulular en la renovación se convertirán en oriflamas de triunfo.

Mi conclusión es, pues que en este tiempo la poesía debe ser lo que cada poeta quiere que sea; y así será, si cada poeta no expresa sino lo que es amor, calor, impulso y resorte dentro de su propia conciencia.

Siempre su affmo. amigo.

GASTÓN F. DELIGNE



CUENTOS¹ANTONIO RUIZ²
(Pseudo-biografía burlesca)

Al Infierno el tracio Orfeo...
Quevedo.

Usaba en la capital, hace varias tormentas, el tipo del epígrafe, una levita negra de cuerpo entero, la cual se puso verde por lo que cualquiera puede imaginarse o suponerse, y no fue nunca teñida por circunstancias idénticas. Vivía, puede afirmarse, del aire como los camaleones; y estaba campante, porque a D. G., nunca faltan guayabas en Galindo, cangrejos en todos los puntos cardinales, y gallinas criadas en obsequio del pro-común.

El Antonio tenía dos circunstancias que le caracterizaban: la física, gangoso a prueba de bomba; la moral, manso como un gato ñoño.

Los muchachos le tiraban de la levita pre-histórica:

—“De... ense de... uejo... e... e lo voy a ... entar a su madre”, era cuanto respondía u objetaba aquella pieza de carne andante.

—¡Que se la comen los burros!

—¡Qué se la... oman!...

Y reía como un santo.

1. Todos estos cuentos están en *Páginas olvidadas*, Ob. cit. Aquí aparecen en orden cronológico.

2. Publicado en *El Lápiz*, Año I, No. 9, Santo Domingo, R. D., 4 de junio de 1891.

La verdad sea dicha, no estaba en él la posibilidad de cambiar de levita; y estaba fuera de él la capacidad de incomodarse.

A todo esto, tendría sus veintitantes años. Y como, fuera de los muchachos, nadie se ocupaba de él, al extremo de que no le hicieron autoridad de ninguna batuta ni ministro de ningún árbol, digo, ramo; parece que el pájaro se decidió a emigrar.

Quien lo llevó, y hasta gratis, se sabe, pero no se dice, para que quede el encanto de que ello se investigue. Porque ésta es historia, y aún viven muchos que conocieron a Antonio Ruiz.

¿No es verdad que le llevaron a Venezuela?... Tan verdad, que hay quienes sepan en tiempos de qué presidentes y de qué aspirantes o designados.

¡Oh, numen!: ¡aquí narrarías la instalación de aquel manso tipo! Aquí dirías las mil y una peripecias que le trajeron a popular en tierra donde hay tantos doctores y populares; aquí dirías lo que la falta de cangrejos a la mano y de gallinas a la uña, hicieron de aquel manso! Pero no tienes, ¡oh, musa!, completas, depuradas y auténticas tradiciones históricas, para explayarte en las playas (porción o porciones de arena límite de las olas), para explayarte o sea entrar tierra adentro o carne adentro, de aquella alma, céfiro en su tierra y huracán en la ajena.

Porque el Antonio se hizo de Venezuela. Vale la pena de que los doctores de París, o de cualquier procedencia, que hacen tan gran caso de una benéfica corriente de aire; vale la pena de que conferencien si fue el cambio de clima u otro accidente el que convirtió a aquel gato tigre. En Darwin, la evolución es naturalísima. Pero en Antonio es un caso patológico, independiente del temperamento, en el que puede echar mucho humo la Facultad, si le da la gana.

Hay que callar por pudor las hazañas (mejor fechorías) del Antonio en Venezuela. Tras de muchas, fúnebres, sólo hay que contar la siguiente semiheroica, acaecida después de aquel nocturno y aventurado asalto a Puerto Cabello, en que el tranquilo se había tornado tigre y medio, y cuya primordial consecuencia fue la prisión de todos los dominicanos residentes en aquel punto.

Estaban Antonio y el General Zamora en el monte. Desconfiando uno de otro y jefes superiores ambos, le pasó una mala idea al hijo de esta tierra.

—“.. ¡ójanme a ese hombre! ... ¡Usílenlo!”, dijo después que ataron a Zamora.

—¡General! ¡General Antonio! Aquí va a haber un degüello si no dejan en libertad al General Zamora, dijeron, visto el curso de la cuestión de milicianos al último adictos.

Antonio Ruiz los miró torvamente, y, cosa que no había sido nunca en su tierra, oportunista, mandó a soltarle.

Entonces, el General Zamora, volviéndose a sus adictos, y señalando a Antonio:

—Préndanme a ese vagabundo, dijo.

Lo cual se hizo.

—¡Fusílenlo!

Lo cual no se hizo, porque los devotos de Antonio hicieron la misma oposición que antes habían hecho los contrarios.

Suelto Antonio, se abrazó con el General Zamora, y gangoso (cosa que no perdió nunca), le dijo:

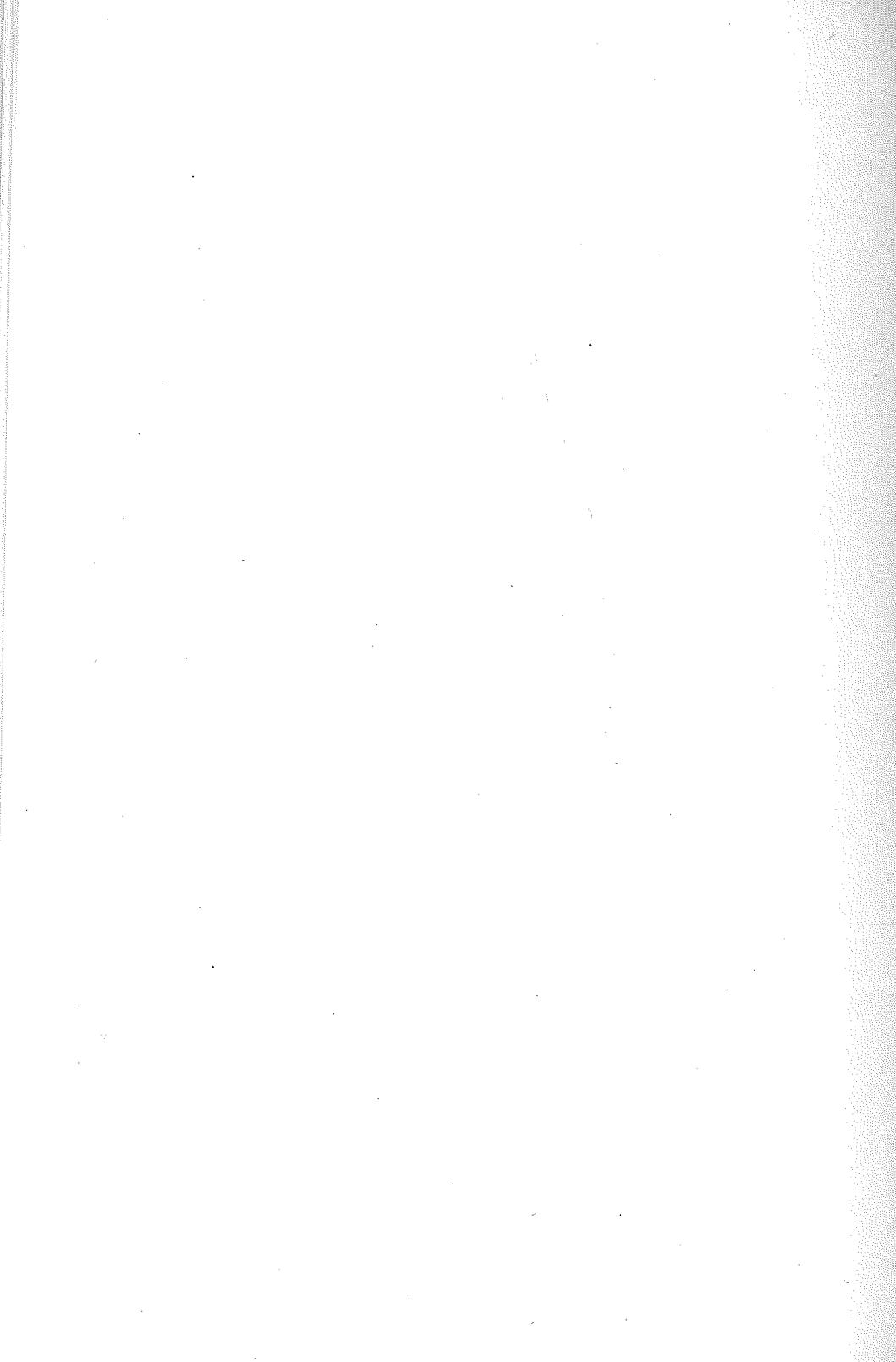
—¡...ierro con ...ierro no...orta!

Un tiempo después, le asesinó su misma tropa. Su vida no fue larga: su oración fúnebre es corta.

Ha sido uno de los que nos han desacreditado en el extranjero.

QUINTÍN NUBARRÓN³

3. Seudónimo de Gastón F. Deligne.



INMIGRANTE ÚTIL¹
(Pseudo-biografía burlesca)

*Cantó, y al mayor tormento
puso suspensión y espanto...
Quevedo.*

I

No fue de los que vinieron a explotarnos ni de los que retornaron explotados.

Sin venir al país ni salir fuera de él, siendo de él, emigró e inmigró.

Con esas *prima* y *segunda*, saquen el total los *charadistas*.

Randolfo José Tranquilo o José Randolfo Tranquilo. ¡Qué hombre...!

Los que le engendraron, perdidos por los nombres difíciles y resonantes, no consta dónde tropezaron con Randolfo. El José fue vanidad de reproducción nominativa del padre. El Tranquilo, todos saben que es patronímico.

Pero el cura, no encontrando en el Añalejo (que se sabía a la uña) ningún Randolfo, le bautizó por José; de suerte que "el último llegó a ser primero", como dice el Evangelio.

1. Publicado en *El Lápiz*, No. 13, Santo Domingo, R. D., 4 de agosto de 1891.

¿Parece nimio?

¡Así se cuentan las cosas! "Grande no está en serlo; sino en batallar bravamente en lo menudo".

Contarle desde que era niño, sería lo acertado por ser lo usual. Encarecer las prodigiosas aventuras de su adolescencia, lo conducente a no perder unidad en relación; pero hemos de tomarle donde dice este capítulo: cuando emigró.

Lo que sigue es tan apetecible que necesita pluma de pavo real, con pico de seda, para que fluyendo se deslice. Hagamos porque rebaje el estilo a relativo menor de guitarra, para que salga quieta la historia de Tranquilo.

Siendo mozo de la cabeza de la Isla, cayó como llovido del cielo sobre un villorrio de la costa. Por asunto en que terció su Galeno, y tan oscuro, que era sólo comparable con la tierra; y eso en que era bola llena de asperezas. Si lo cogían por alguna de las grandes, los nervios; si por otra, quién sabe qué de la médula; siendo las menudas un arenal de celdillas pulmonares que le aparejaron la perentoria necesidad de cambiar de aires.

Debió haber sido agitado, porque su médico le hablaba de reposo. De cabeza muy resuelta, ya que le aconsejaban que la asentase, como si fuera agua turbia. Debió haber sido muy hombre, pues malas lenguas cuchicheaban que Randolph se iba reduciendo a fragmento de varón.

Y hablaban de consunción unos, y otros de vicios.

Por la una, por los otros, o por todo junto; ello es que dio consigo en el consabido villorrio, punto en la costa, aunque no en el mapa; brutalidad de sol, monte virgen, y treintena de habitaciones mortales enemigas, por mal unidas o bien separadas.

Es el caso, que el pronunciado olor a arrayán de monte no se hizo para sus narices; el ladrido de los perros y la falta de campana de iglesia, no eran para sus orejas; el acostarse a las ocho le escaldaba los ojos.

Eso, el estruendo del mar sobre la playa y un torcido hilo de agua que en la mar entraba, eran aburrimientos poderosos que le compelían a entroncarse en su lugar originario.

Pero su ángel bueno velaba: tocóle como sonda invisible el fondo de la conciencia, y le decidió a hacer algo por aquellos muy sencillos y honrados paisanos suyos.

La aldehuella gozaba de un sol diabólico. Abundaban las palmas, y, hecha calor y electricidad, reverberaba la luz

furiosamente. Cada hijo de vecino se iba en camiseta al monte, a buscar aire, amén de trabajo. Randolfo casi nunca salió del pueblo. Empezó, pues, a aburrirse; pero dijo, apoyado por su ángel bueno:

—Yo cambiaré la faz de las naciones (o del villorrio).

Y se interrumpe aquí, para que concluya esta edificante historia

II

¡Randolfo!...

El lujo masculino de aquel caserío estribaba en echar siete leguas a la villa más próxima, para comprar, regateando, una *chamarra* pintoresca, una silla nueva con sus aperos para un jaco antiguo; y salir a bofear, más exacto o misericordioso, a caracolear por aquellos separados bohíos de aquellas descalzas, cariampollares y muy fornidas mozas de la aldea.

Grande bostezo de Randolfo, que estaba harto de correr a caballo ante más desasnado público.

Aquella gente se metía en acordeón y zapateo sábado en la noche hasta que alboreaba domingo.

Aburrimiento de Randolfo, habituado a otra cosa.

No pudo al fin, contenerse, y, hostigado por su ángel bueno, se lanzó!...

Quiso determinar progreso. Exoteando entre los encamisallados, reunió dinero bastante para mandar por música de viento a la más cercana villa. Y la trajeron. Y amanecieron todos bailando. Y como carece de epílogo esta historia, semejante en eso a todos los verbos del Lacio, que no tienen supino; conste aquí que aquellas repolludas mozas del pueblo, poco tiempo después de muchos bailes, hubieron de encargar "Aceite de hígado de bacalao", para recobrar las perdidas carnes. Y otras muchas sustancias boticarias, cuya exigencia estuvo en el roce, las luces, la semioscuridad y otros tintes que dejamos a la buena comprensión.

¡Misericordia de Dios!... pero ¡qué progreso!... El ángel bueno de Randolfo seguía velando. Para abolir la costumbre de que se acostasen temprano, le sugirió el proyecto de una partidita de dados, donde dando todos, amanecían, rabiosos los demás.

Pero la situación social del villorrio iba adelante. *Improving*, como decían algunos ingleses que en él se domiciliaron.

¡Si hasta le cogieron amor a Randolph!

Nada más que los domingos eran tristes. El ángel bueno de nuestro héroe le enseñó a hacerlos alegres. Pidió un toro. Le trajeron un buey. Se corrió. ¡Todos estuvieron de acuerdo en que la corrida de bueyes era buena!

¡Oh, protagonista de esta blanda historia y hombre de progreso...! Cogiste el almanaque y determinaste un patrón.

¿Fue San Nonato?... No hacemos memoria; pero hubo picadillo de banderas, artificio de fuego, cena de lechones, gallinas, pavos, terneras y "otros volátiles".

¡Que Dios nos baje! ¡Qué progreso en la aldehuela! Acercáronse las casas: se juntaron y diose el estallido del espléndido triunfo de todos los adelantos randolfinos.

¡Había allí de todo!

Y unos por la industria, otros por lo industriado, sacaron de madre a aquel no hacía mucho risueño e insolado caserío.

Y tanto; que en recientísima época el ex villorrio mandó comisión al Congreso para que le subiesen no sabemos si a común o a qué.

Randolfo había llegado tísico: siguió en su vida vieja, y se murió.

Decíase que uno de los puntos solicitados por la comisión era el de que bautizasen a la flamboyante entidad geográfica con el nombre de su gran bienhechor. ¡Es un decir!

¿Quién no sabe que por lo común los pueblos suelen ser ingratos?...

QUINTÍN NUBARRÓN

TINGLADO MÁRTIR¹
(Pseudo-biografía burlesca)

...ofendido de tan extraño rigor.
Quevedo.

I

Tinglado. Nombre imposible, ¿verdad? Pues así se llamaba. Mártir: apellido tan abundante como la miseria, y predestinado en el sujeto que nos va a ocupar.

Él, con refistolería enteramente montuna, se apellidaba a sí mismo Martes, estando con ello a tres días de lo cierto. Con decir Viernes Santo, habría igualmente determinado el martirio de su nombre y de su vida. ¡Ah, loca y refalsada Fortuna, que repartes barbas a tanto falto de quijada, y que tan perramente se la hiciste a nuestro Tinglado!...

Está dicho que nació en el campo. Pero no en los de aquella población interior, donde, ya debido a los fundadores, o a la uni-anual aglomeración de las gentes, o a feliz y proto-natural selección, además de muy hermosas, son tan despiertas y complacientes las mujeres, que hay numerosos ejemplos de Ulises encantados a su anchas por aquellas Circes.

1. Publicado en *El Lápiz*, Nos. 21 y 23, Santo Domingo, R. D., 6 de diciembre 1891 y 5 de enero de 1892.

A que negar que, materialmente, nuestro progreso o se arrasta bajo pesada concha de carey, o tanto cuanto avanza, ¡retrocede con patas de cangrejo de los peludos!

Moralmente no ocultemos que, desde mucho antes de que liquide la centuria, estamos a *¡fin de siglo!*

Quien duda lo último mire en el cuadro de la educación que dieron a Tinglado sus padres. Ellos se habían pasado la vida sin sospechar de signos alfabéticos ni caligráficos; y como el viejo llegó hasta a empañar, es decir, desempeñar una inspectoría de sección, decidieron (sin que lo meditaran) que no podía hacerle falta a Tinglado lo que no se la había hecho a la familia. Y al pobre muchacho, que había nacido, además, con una conformación hercúlea, le agobiaron con ocupaciones tan penosas como las que apuntamos: montarle en un burro cargado de leña, para que la vendiese en el pueblo. Una miseria de níckels, que le absorbían toda la mañana, buena parte del p. m., y que le hacían regresar al campo con el estropeo consiguiente, *ainda mais* de un medio o real entero menos, perdidos —él decía que en el camino—, pero se sabe que al *juego del caballito*. ¡Buen camino!

Mandarle con cuatro bayas de cañafístolas, a que saliese de ellas por real y medio.

Colgarle del pescuezo un macuto lleno de yucas, para que las trocara por especias.

Ex-lagunar a través de él dos patriarcales hicoteas. *Et sic de coeteris.*

Añádase que, por su parte, el muchacho no se dormía; y ni, aún en el mismo día séptimo, descansaba. Provisto de cordeles, pescaba en los charcos, si no daba vueltas a las nasas en que habían de dormirse los camarones, cuando no movía guerra a los nidos de las gallinas domésticas o de los pájaros comuneros.

Después de tan rudas faenas campestres y acuáticas; ocupada en edad infantil una constitución robustísima, ¿es dudoso que al romper con toda su hincha-zón de brotes la adolescencia, se encontrase Tinglado Mártir inútil para el trabajo?... No es dudoso: ¡el quebrantamiento había sido en toda la línea?

Ya mocetón; emancipado; fuerte al parecer como un quiebra-hachas, pero débil en realidad (según lo expuesto), “miraba el trabajo con horror”, aunque no se dio, como John Lounger, a hacer castillos en el aire. Al contrario.....

Aniquilado físicamente, se propuso aniquilar también lo que únicamente le quedaba virgen y silvestre, a saber, el entendimiento. Al cual le dio infinitas vueltas para sacar en claro aquello que en otras tierras se llama caballería de industria.

El magín suyo no estaba bien tumbado y talado hasta producirle la magna cosecha de aquellos limpios golpes y finas combinaciones que "son las que dan fama", tal cual está escrito y se declama en el gallineresco *Don Juan Tenorio*.

Siento, pues, carecer en los presentes renglones de datos precisos acerca de cuanto ideó para, sin concurrencia de trabajo, llevar una vida holgada. Y lo siento más, porque haría yo el servicio cristiano de trazarles la senda a cuantos quisieren vivir de holgazanes, como vivió Tinglado, en el planeta.

Vaya en minuta lo que, aun cuando no aproveche, se ha podido averiguar. Para vivir, entendido que sin doblar el lomo, dispuso de los medios que se van a decir, amén de los que se ignoran: dárselas de valiente para ser sombra parásita de los reconocidos gallinas; estar siempre agregado en *eracras* (chozas) de conocidos, a quienes cegaba con conucos imaginarios donde se proponía explotar la *fertidubrancia* de aquellos terrenos, aparecerse cometaria, o sea periódicamente, al momento de algún sancocho; ser pesquisidor fiscal de cuantas *relaciones* tuviesen lugar cinco leguas a la redonda; desempeñar mandados de todo el mundo, aun cuando sin pregón en los periódicos, y ser socio capitalista de muchísimos *libres* en loterías, barajas y otras comanditas.

Tantos oficios habían de darle buenaventa: y nótese en obsequio de su atávica honradez, que jamás contó para nada con el crimen o los delitos. Se asevera que en ciertos bailoteos armaba algunas zalgardas; pero eso era cuando estaba supinamente arrancado, y quería que le prendieran para que la Patria corriese directamente con su manutención.

El gran negocio de Tinglado estaba en las elecciones.

¿Cuántas veces vendía su voto? ¿Cuántas hallaba compradores para el suyo y el de sus arrebiatados, que no eran pocos? Así, que se desperecía por ellas (las elecciones).

Y nunca le faltó la especulación, sino en la oportunidad que se va a ver; nudo de su interesante vida, el cual consigo trajo desenlace consiguiente y amarga catástrofe.

II

Y aconteció que, estando próximas unas elecciones, Tinglado abandonó los suburbios para apersonarse en el corazón del pueblo. Y le salieron el demonio y la tentación. Y fue así: a las nueve de una mañana clarísima, yendo Tinglado directamente hacia un callejón, tropezó de manos a boca con un tipo entrado en años, que le alcanzó con este escopetazo:

—¡Tú, Tinglado...! Quien como yo ha conocido al inspector de tu padre, ¡hallarte en camiseta, que parece nube de trueno; con ese sombrero de cana hecho una calamidad, y esos pantalones sucios, donde han dado tanto diente de ratones! ¿Es que no trabajas?...

—Pero, señor Atanasio, yo busco trabajo y no aparece.

—¡Cómo va a aparecer, hombre, si todavía no se ha muerto! Casualmente, ahora va a abrirse una labranza, y yo soy contratista para dejar a punto de siembra una barbaridad de tareas. ¡A ver si te pegas! Porque la verdad es que a cualquiera enamoran tus músculos.

—¿Músculos?...

—¡Rejos, hombre de Dios! Tendrás trabajo para más de tres meses, y te pagaré muy cerca, muy cerquita, cerquita de un peso diario. ¡Suponte, seis reales fuertes!...

—¡Cómo no! ¡Pero usté sabe, señor Atanasio, que esos trabajos son muy recios!...

—¡Qué van a ser, cristiano! Aquí hachas un palo; allí despiltrafas un bejuco; allá quemas un tocón, ¡y en tres y pico de meses, tin, tin, tin!, habrás contado más de cien pesos redondos.

Abrió Tinglado los ojos cuan grandes pudieron ser, y bufó:

—¡Cien pesos!...

—¡Por ahí, por ahí! Y sin trabajo casi.

—¡Cómo no! Pero, ¿y si me enfermo?

—En ese caso, se te cura y se te tiene a medio jornal.

—¡Cómo no, cómo no!

Le pasó a Tinglado la idea de enfermarse de todos modos desde el segundo día.

—¿Y quién me responde de eso? —dijo.

—¡Pues si vamos a hacerlo por escrito!

—¡Cómo no! ¡Pero yo no sé escribí!

—¡Ni hace falta! Otro lo hará por ti, y no tendrás más trabajo que el de dibujar una cruz de tu puño y letra.

—¡Cómo no, cómo no!

El Atanasio, pájaro, y Tinglado, viendo flotar como animitas los cien pesos, clueco además con aquello de la cruz de su puño y letra; el asunto quedó despachado en un santiamén.

Llegáronse donde un dependiente en comercio, a quien el contratista dictó por lo fino tales condiciones que en punto a enfermedad, le negaban casi al contratado el derecho de un simple dolor de cabeza. ¡Oh, máximo avasallamiento de la ciencia sobre la ignorancia! A Tinglado le sonó todo ello como si estuviese en arábigo, y al ser requerido por la cruz, se limitó a preguntar a don Atanasio:

—¿Cómo la pongo?

—Como la que suelen formar en las calles dos cáscaras de caña dulce.

¡Ira de Dios! Tinglado, todo tembloroso con aquel aumento de categoría civil, rasgueó un crucejón para el que vino escaso el papel.

—¡Bien firmado!, dijo don Atanasio, mientras se mordía los labios para no reventar de la risa, y el dependiente se escapaba a hacerlo en el patio.

—Ahora, añadió, voy a que lo registren en la Alcaldía.

—¿Pero si usté, lo registró, y yo también, pa qué tiene que verlo el Alcalde?...

—¡Pues! Yo no soy sino un contratista; y por vida o muerte, ¿comprendes?... Tendrán que cumplirte, sobre todo, en el medio jornal; y para eso, déjote ahí al Alcalde, que es soldado de la Ley *sine qua non*.

Bajó Tinglado la cabeza, y se quedó confuso. ¡Ni volvió a levantarla en siete días más el desdichado!...

Trabajar él... Y obligado con aquella cruz, registrada por un soldado de la ley, ¡sanagrinion!

Daba vueltas en la barbacoa a la una de la noche, primera hora del día en que había de comenzar su cautiverio; y según su falta de sosiego, no parecía sino que cada carilla de las pencas de coco se había tornado en punzantísimo alfiler. Su huésped roncaba como un bendito.

Las revueltas ideas y cavilaciones de Tinglado, rompieron de súbito.

—¡Ciprián! —gritó.

—Hombé... ¿qué fue? —saltó desperezándose el otro.

—Tú sabes lo que quiere decir *soldado de la ley*... ¿cómo era lo otro?... ¡Ah bueno! tú sabes lo que quiere decir *soldado de la ley, sanaguinon*?...

—¡Hombe!... Soldado es un militar; lo otro parece francés.

—¡Lo que yo digo, francés! ¿Quieres acompañarme en un salto al conuco del Vale Brito, que es de Samaná?

—¡Hombe!... ¿A esta hora?... En ese camino salen muertos. Déjalo para mañana.

—Pero si mañana viene a buscarme el contratista que me dijo esas palabras cuando se fue a registrar el papel que le firmé!...

—¡Y tú le firmaste algún papel?...

—¡Con una cruz!

—¡Hombe! Te diré como amigo: yo no hubiera firmado nada, y con una cruz menos, porque de todos modos pueden crucificarlo a uno.

Tinglado se revolcó en la barbacoa, y resolló como un mulo, dejando suspensa su historia durante una octava parte de día. Vencida la cual:

—¡Ciprián!

—¡Hombe!... ¿qué fue?

—Ya asoman los claros del día, y te dejo de regalo la barbacoa y me voy! ¡A mí nadie me crucificará ni ahora ni nunca por cien pesos!

Dicho y hecho. Fió a la ligereza de sus pies la redención de su compromiso.

Pocas noticias venían de él; que andaba a veinte leguas de la población y a veinte mil de trabajo; que no podía ver ni vivo ni pintado a contratista alguno, y otras de tan poca sustancia como las dichas. Hasta que llegó la gorda:

Tinglado mismo, de cuerpo presente, traído a la población para fines judiciales y enterramiento cristiano.

Atraído como un cometa al sol de unas elecciones, había llegado hasta el conuco del vale Brito, de quien fue huésped obligado y gravamen, pero allí le atrapó fuerte tanda de calenturas, cuya convalecencia llegó a representar para el vale un escandaloso aumento en víveres.

Haragán, como es sabido; después de una grande hartura de convaleciente, se tendió debajo de un árbol de guayaba cuajado

de frutas, donde le encontraron panza arriba, boquiabierto, cachimbo en mano, cadáver en toda su humanidad.

Dos versiones corrieron acerca de su muerte. La facultativa, referente a un ataque apoplético. La vulgar, que afirmaba seriamente una cosa inaudita. A saber: que agravadas hambre y haraganería de Tinglado con las pasadas fiebres, se acostó debajo del guayabo y abrió la boca para esperar que en ella le cayese el fruto. Ocación en que le alcanzó su última hora.

No hay que decir que esa última versión, toda vez que era la de menos misericordia, fue la que se tuvo por cierta. Así que su muerte fue generalmente reída.

Salvando tres serios: un estadístico, de los papanatas; quien muy formalmente calculó que Tinglado (sin producir nada), había consumido entre pan, plátanos, carnes, etc, la cifra de doce mil pesos. ¡Qué exactitud!

Un cultivador de gaya ciencia, romántico chirle y pasado por alquitara, que le pujó este epitafio:

"Aquí descansa de no haber hecho nada".

Y finalmente, un rabioso realista, que añadió un papel manuscrito en que, si las lluvias primaverales o el deber (no la inclemencia) del tiempo, no la han borrado, aún puede leerse la siguiente inscripción:

"Para su descargo, no ha sido el primer haragán de la Isla: para su tranquilidad póstuma, no es sino un difunto de larga, numerosa serie de haraganes".



CONFLICTO EN CUARESMA¹

Pero, ¿qué pasaba...?

La mitra no se había ocupado absolutamente de aquello. Su carta pastoral había salido llena de exhortaciones benévolas, habituales, rutinarias, sirviendo de envoltura a una pluralidad de latines; ganosa de llegar cuanto antes a impartir la bendición apostólica. Era, y no más, un gallardo pretexto para no bendecir a secas.

¿De dónde habían, pues, sacado los predicadores de aquella cuaresma el texto obligado de sus sermones? Si no era por expresa recomendación prelacial, ¿cómo pudo establecerse acuerdo tan unánime, no mediante asambleas ni disputas? Revelaciones de confesionario, quizás, confirmadas luego por sorpresas palmarias de delito.

¡Ya en Santo Domingo no se respetaba la santa cuaresma! Siempre, y en todos los años uno que otro díscolo campaba en tales días con el mayor desenfado carnavalesco. ¡Pero siempre, y en todos los años uno que otro díscolo! En esa cuaresma, la grey católica masculina había hecho añicos los frenos. Como si no les quedase tiempo para vivir, o como si les hubieran infiltrado duplicación de vida, los hombres en cifra cuantiosa, a partir del miércoles de ceniza, llevaban quince noches de corretear; quince largas noches de andar ceñidos con feroces tizonas, calados con enormes sombreros, envueltos en corus-

1. Publicado en *Prosa y Verso*, San Pedro de Macorís, R. D., mayo de 1895.

cantes capas; embullando los velorios, diezmando las aves de corral, dirimiendo a estocada limpia las mutuas diferencias, y poniendo a pruebas inquisitoriales la cristiana devoción de las mujeres. Si tal hacían, ¿quién sería osado a presumir que guardarán el sagrado ayuno ni que pensaran en acercarse al tribunal de la penitencia? Era indudable que quebrantaban los viernes, tragando irreverentemente magras y pescados...! Con eso estaban los púlpitos que rechinaban.

“Las llamas de Sodoma y Gomorra”; “la higuera estéril arrojada al fuego”, “el tremendo juicio final”, y otras circunstanciales alarmas como ellas erizaban todas las predicaciones, llevando al espíritu prevaricador de aquellos descarriados —¡vaya uno a figurarse por cuál sutil interpretación!— con el convencimiento de lo corto de la vida y lo efímero de la juventud, la suspicacia de que había que gozarlas en grande.

De modo que aquella situación alcanzó la altura de un conflicto. Los padres habían empezado por amonestar y concluyeron por amontazarse. Los impenitentes mundanos empezaron por hacerse los sordos, y concluyeron por alardear de una rebelde contumacia.

Desde la peana del altar mayor en las misas domingueras; sobre el púlpito en las novenas y oficios nocturnos, todos los templos habían conminado, satirizado, anatematizado, interdicho la novelería de aquellas malas costumbres. Los clérigos dieron con una palabra, de la que abusaron para calificarla: —¡eran la peste!— Palabra con que herían el entendimiento, pero que estiraban a veces para sugestionar el olfato: ¡eran una gangrenosa pestilencia!

En cuanto a los aludidos, asistían con visible hosquedad a los sermones, soportaban algo nerviosos el graneado tiroteo, y se volvían a las andadas con la más procaz frescura.

—¿No sabían ellos que lo propio que los curas les querían prohibir con amenazas póstumas hacía tiempo que estaba pasando en París de *Francia*? ¿Y que allá nadie se ponía a hacer distinciones entre Pascuas y Cuaresmas...?

Como se ve, aquellos disidentes estaban en vías de un cambio radical y, por lo mismo que los cambios radicales se llaman progreso, en flor de progreso; pero no había de cuajárseles ni tan fácil ni tan blandamente, vigilantes como estaban los eclesiásticos.

Por eso, el domingo, en la Iglesia Metropolitana, después del Evangelio, el Padre Antúnez, no obstante su mansedumbre y conocida moderación, llegó hasta a llamarles tránsfugas y herejes. Por eso, el lunes, en la misma Catedral, fray Lorenzo, predicador elocuentísimo, se indignó al extremo de enturbiar el manantial de su elocuencia, y de lo menos que dijo de ellos era que estaban condenados en vida. Por eso, el martes en Santa Bárbara, el P. Gonzalvo salió a hacer sus primeras armas, con el único propósito de decirles cuatro frescas, y de dar como cierto de toda certidumbre que ellos pertenecían a la miserable caterva a quienes diría el Hijo en el Valle de Josafat: "Alejaos de mí, malditos de mi Padre". Y el miércoles, en la iglesia del Carmen, el Padre Pinto, exaltado y vehemente, declamó una oración, enteramente consagrada a la facción precita, que escocía como ampolla acabada de reventar.

Allí estaban aglomerados, quizás si con el instinto de la fuerza que representa la unión, Marcos Piñones, diestro en trasponer aves domésticas sin que casi lo sintieran ellas mismas; Antonio Porras, duro y bregón, como su apellido, y esgrimidor como pocos; Manuel Perestrello, aventurero afortunado de amor; Herminio Almansa, inventor, corregidor y director de muy atrevidos juegos de prendas, y otros, y otros no menos ilustres y famosos.

El Padre, después de traducir el texto —"y les barreré de la haz de la tierra"—, texto que les arrojó de frente, y con ímpetu, y como si fuera una escoba, con el solo discreto embozo de no nombrarles individualmente, les habló largo y con brío sobre la incorregible obcecación de sus entendimientos; sobre la incalificable tontería de que regalaran sus carnes para haber de entregarlas más o menos pronto a sus dueños naturales los gusanos, descuidando así el fin de sus almas inmortales y haciéndolas merecedoras del infierno, "donde sería el llanto y el crujir de dientes".

Y apretándolos él mismo, casi crujiéndolos, añadió que el cielo toleraba hasta cierta medida; que ya los pecados en que encenagaban la habían llenado, y que no era difícil que se llegaran a ver señales evidentes de la cólera divina.

Los incontaminados miraban a hurtadillas y con malignidad hacia los del grupo pecador; las damas les echaban unos ojazos de reproche y espanto por los castigos que sin duda acarreaba-

rían; y los del grupo estaban deshechos porque el Padre llegase a aquella parte del sermón que siempre dice: "Y es lo que deseo a todos. Amén".

Fue lo único suave en la oración del Padre Pinto: la gracia, que con frase final y por mera fórmula, deseó para los allí congregados. Lo demás, sin quitar tilde, no había tenido desperdicio. Así es que unos cabizbajos, otros mohinos, preocupadas y contritas las mujeres, sombríos los empecatados, todos salieron de la iglesia con gran silencio, y se desparramaron como fantasmas, por los cuatro puntos cardinales.

Ni una palabra, ni una protesta, ni una murmuración: ¡nada! Para ayudar a la cavilación y fortalecer el ensimismamiento individual, la noche como que se había confabulado con el Padre. Además de que iba avanzada (la oración había durado hasta muy cerca de las nueve), estaba lóbrega. Un viento que con intervalos irregulares zumbaba como colmena en las cuerdas de los campanarios, empujaba cúmulos de negrísimas nubes hacia el punto en que minutos antes se había puesto la luna nueva.

El eco de los tacones sobre las calzadas; el seco estruendo de las puertas que tras sí cerraban los que iban ganando sus respectivas moradas; el toque de ánimas que a poco se dejó oír pausado y bostezante; el recogimiento cuaresmal; todo esparcía una como atmósfera de expectación y zozobra, dentro de la cual, semejantes a culebras que se refugian en sus agujeros, se retiraban hacia adentro los látigos de luz que hasta la calle arrojaban salas y zaguanes.

El mismo áspero chillido de los estridentes langostáceos había quedado en suspenso, entre una y otra avenida del viento; mientras las tinieblas se espesaban y la ciudad adquiría una apariencia borrosa, esfumada, fantástica.

Debajo del montón de nubes que ocultaban las estrellas, sólo dos luces, dos luces medrosísimas parpadeaban en el callado recinto de la Primada.

Del rétalo de Jesús Nazareno en las almenas de la Iglesia Mayor salía la una, encendida tras los cristales del nicho por las esperanzas, las penas, los anhelos y la superstición de los fieles. Sendas luminarias propiciatorias solían traer allí aquellos estados de espíritu, y sus reflejos se confundían en uno, como en una se confundía la aspiración final de todos, en hambre y sed de felicidad.

Desde una incisión cuadrilátera en el exterior de las paredes del patio, en el Convento Dominico, partía la otra luz. Menguada mariposilla de aceite, que lagrimeaba frente a una pelada calavera, puesta allí en noviembre para espolear la meditación sobre la vanidad y vuelta a poner en Cuaresma con análogos fines. Por cierto que la calavera de esa noche mostraba una resistente dentadura.

¿Quién sería el guapo, no habiendo a más, como no había, enfermo de gravedad ni muerto ninguno, que en tal sazón, semejante coyuntura y con tan favorosos auspicios se atrevía a lanzarse a la calle?

Por fuerza que Satanás andaba en la danza, pues frente al nicho de Jesús Nazareno acababa de pasar y descubrirse un embozado melancólico. Con pies nada ligeros caminaba como si anduviera al azar. Horizontal la espada, a fuerza de llevar apoyada la mano en su empuñadura, se le liaba posteriormente en la capa, y ahí le hacía una hueca prolongación que de vez en cuando bamboleaba el viento.

—¡Tendría que ver! —se oyó que él dijo— tendría que ver que este rayo de tiempo reventara en ciclón, para que la gente nos echara a nosotros la culpa... ¡El diablo del Padre Pinto...!

Siguió adelante, calle abajo, con dirección al mar. En la esquina de la plazuela de San Juan de Dios, le hirió la retina al soslayo el punto luminoso que escupía la cortadura parietal del Convento Dominico; y bien que huyera de la espantosa lobreguez que al frente le esperaba, bien que instintivamente tendiera hacia la luz, a ella se encaminó sin prisa, quizás para hacer poco a poco la digestión de las amargas crudezas que oyera en el Carmen.

Ya el foco indeciso y tristón de la mariposilla le había lamido, cuando se quedó parado de súbito, y de súbito se irguieron los cabellos, y le corrió por las venas frío de cuartana, y se le abrieron desmesuradamente los ojos.

La calavera tableteaba en su hoyo con sonido semejante al de un tablero de chocolate sacudido sobre un barril por el chocolatero; la calavera trepidaba como un titere, y saltaba, y bullía, y como que crujía ferozmente los dientes. Los del embozado castañeteaban; y lo mismo que si la capa le estorbara, la dejó caer de golpe, y se dio a correr con impulso huracanado.

Hasta lanzó un gran grito, y fue porque no lejos de sí columbró un negro bulto que se inclinaba en ademán de echarle la zarpa, y que él tuvo por el demonio en persona.

Otro disipado era, quien atónito ante aquella fuga descomunal, ojeó a derecha e izquierda, echó de ver la capa que allá herida por la luz yacía, y con pasos menudos como gato desconfiado, fue acercándose a examinar la rara situación.

No bien estuvo a dos pasos de la capa y a cuatro de la mariposilla, la calavera reanudó su danza macabra; y el hombre se quedó con el brazo izquierdo extendido y la mano izquierda abierta como si quisiera apartar algo, mientras la derecha, corrida a lo largo del cuerpo ladeado, junto a éste temblaba convulsamente. Y a medida que aumentaba su temblor, apretaba el tableteo de la calavera, y faltó poco para que se le tirara encima, pues avanzó cosa de dos dedos. El susto del hombre se hizo sardónico y, sin poderlo impedir, se río: ¡je! ¡je!, ¡je!; logrando al cabo poner pies en polvorosa

—¿Qué hay...?, le dijo uno a quien chocó en su desordenada carrera.

—¡Allá...! ¡La plaza del Convento...!

—¡Bueno...!, ¡párate...!, ¿qué hay...?

—¡La plaza del Convento...!, repitió el que huía, desapareciendo como un torbellino.

—¿Qué será...?, se dijo el nuevo campeón. ¿Si tendrá miedo ése...? Pero yo... ¿para qué te quiero, espada...?

Y echando afuera las cinco cuartas con bizarro preámbulo se encaminó gallardamente al escenario de la aventura. Allí tendida estaba la capa, que le atrajo como imán, para que le dejara la tizona, la cual, ¡ay! se le desprendió de las manos, mediante los primeros brincos de la calavera. No se sabe si también dijo ¿para qué os quiero, piernas?; pero se sabe que corrió maravillosamente y fue cundiendo la noticia, y la alarma, y atrayendo parranderos, que no bien se asomaban a las cuatro esquinas del Convento, huían como cangrejos en todas direcciones, asegurando entre sí que habían visto llamas, legión de difuntos, dragones y ángeles que tocaban en la trompeta del juicio final.

Con eso, las calles quedaron barridas de mundanos. Y cuando, después de una lloviznosa madrugada, amaneció un día espléndido; todos ellos esquivaban tocar los accidentes de la noche aquella y procedían como si la misma no hubiera existi-

do. Es verdad que se sentían tocados de la gracia y el arrepentimiento y la contrición; pero es verdad que se avergonzaban de haber tenido miedo.

Sobre todo, cuando había amanecido expuesta a los comentarios públicos, una capa abandonada, cuyo dueño era imposible que se llegara a precisar. Por ese lado estaban tranquilos. Pero también había amanecido abandonada y expuesta a la fiscalización vulgar, una espada como todas ellas: hoja de Toledo, con gavilanes torcidos por herrero nacional. Sólo que en los gavilanes mostraba esta cifra, en resalte férreo: M. P.

¡Lo que se caviló sobre semejante tizona...! Algo se había traspresentado de la aventura; y se susurraba que aquel cuya era la había desenvainado probablemente con la intención heroica de fajar con el misterio; y que probablemente el misterio se le había hecho duro de pelear, y más bien se la arrancó como glorioso trofeo. Avanzaban que M. P. se había de descifrar Marcos Piñones (gran ladrón de gallinas), o Manuel Perestrello (impertérrito Cupido). Pero ellos dos, cada uno por su lado, cundieron que la tizona debía pertenecer a Magdaleno Pulinario, parrandero del interior que había sido huésped de Santo Domingo; criador, y por ende, aficionado a cifras. Quedó valedero que, como si se tratara de un novillo o de un caballo, el Magdaleno había hecho herrar su propio hierro.

Por lo demás, mucho más tarde se dijo que el secreto de las convulsiones de la calavera estuvo en un ratón mediano que dentro de ella se había introducido a través del enorme vacío de las cuencas de los ojos; y que espantado a la aproximación de la gente, no encontraba salida, queriendo hacerla por el hueco de la boca, cerrado de sanos dientes.

Y también se dijo que había sido tramoya compuesta y gobernada por sus reverencias y paternidades los curas, muy sabedores de que se había de doblegar a su disciplina, uno cualquiera de los fondos de la superstición general.

UNA DISPUTA¹

Mucha punta se saca en los lugares cortos y de pelechadora vida municipal a cualquiera eventualidad común, llámese boda, bautizo o defunción. Por eso, como por las circunstancias no comunes que acontecieron al matrimonio de Lucila y le siguieron, hubo acaloradas disputas entre un sujeto nombrado Julio, práctico y enemigo jurado de fantasmagorías, y un su conterráneo de nombre Lorenzo, rimador, y apegado al instinto de la poesía y de la fábula.

Las apreciaciones remontaron hasta el nacimiento de Lucila y descendieron hasta el mismo día de la disputa, que era uno después de la boda. El Lorenzo, queriendo demostrar que la vida de aquella joven había estado amparada nada menos que por las hadas, pretendía probar que estamos rodeados de un mundo invisible, ocioso, lleno de caprichos y con intervención directa en nuestros asuntos. Cosa que negaba el Julio, pretendiendo que, fuera de los resabios de la herencia, sólo estamos sujetos exteriormente a las influencias de la atmósfera y al curso del tiempo.

Para sostener su opinión, el Lorenzo reconstruyó la historia de la joven, poniendo puentes donde se hacía necesario, y enlazando sus conjeturas con entueques de relativa certidumbre.

Recordaba lo altamente chatilla y bastante antipática que era la madre de Lucila, y lo cabruno, vulgar y estolido del padre

1. Publicado en *Prosa y Verso*, San Pedro de Macorís, R. D., octubre de 1895.

que la entregó, oponiéndolo a la escandalosa corrección fisionómica y corporal con que la niña vino al mundo y a la notable discreción que había revelado más tarde.

Y partiendo del hecho que narraba quien la había hospedado en el vientre, hecho de todo el pueblo conocido y comentado, ligaba la relación entre lo oculto y lo que se había palpado, con una precisión muy acreditadora de su propio convencimiento.

La madre de Lucila afirmaba que, inmediatamente después de los trabajos del alumbramiento, hallándose cansada y molida, y estando con los ojos abiertos, había visto atónita a tres bellísimas mujeres que se desprendieron del techo de la alcoba entre igual número de burbujas de luz. La una, semejante a una paloma en los graciosos movimientos, había tocado a la recién nacida en todo el cuerpo. La otra, parecida a una gata en los pasos mesurados, había pellizcado a la niña en determinados lugares de la epidermis. Y la tercera, vaporosa como una nube, había abrazado con marcado cariño a la hija de sus entrañas. Y decía además, que mucho después de eso, y sin que ella supiera por donde entrara (como no sabía por donde se habían desvanecido aquellas visiones), entró una señora muy bella y grave que tocó a la criatura en la frente y el pecho, hacia el lado del corazón.

Aquellas apariciones, según Lorenzo, debían ser las hadas. Las tres primeras, las Gracias: la que tiene por atribución los contornos lineales, o sea, las formas; la que preside a los colores y sus matices, y la que moldea las voluptuosas suavidades. Que ellas eran no había que dudarlo; siendo lo sólo importante saber a qué se había debido aquella visita. Ahora bien, como Lucila empezó a crecer maravillándolos a todos con su deslumbrante hermosura, de la cual cada un detalle era una insolación; ya fuera lo abundante y sedoso de la cabellera castaña, ya la indescriptible expresión de los rasgados ojos, ya el toque olímpico de la bien dibujada nariz, o la graciosa curvatura de los rosados labios, o las carmíneas mejillas, o la incomparable garganta, o la más insignificante coyuntura; como Lucila empezó a subir, despertando en donceles y hombres ya hechos prematuras pasiones, y siendo ella a su vez pasmoso ejemplo de premadurez intelectual, era muy probable que las señoras hadas o quisieron aburrar a los del sexo feo, muy consecuentes en poner defectos a todas las mujeres, o tuvieron

disputa entre sí a saber quién triunfaba en el mundo; si la forma o el fondo. Porque la cuarta aparecida era, sin ningún género de duda, el hada de la Discreción.

Al principio, todo se enderezó a lo mejor hacia el lado de las tres que habían sido indispensables para modelar a una criatura avasalladora de los cinco sentidos corporales; y aun lo extemporáneamente discreto de Lucila llegó a servir de estorbo en el concepto de los hombres, si no alcanzó a valer de rechifla en la opinión de las mujeres. Las hadas de la Hermosura pudieron gloriarse de su triunfo; triunfo redondo, a no mediar una funesta enfermedad que abrazó a la niña precisamente en el punto donde la naturaleza la iba a hacer que rompiera en la esplendidísima y generalmente ansiada adolescencia que de ella se esperaba. Lucila llegó a verse al borde de la tumba, y ¡ojalá se hubiera muerto!, porque se ganó nuevamente a la vida para perecer a la admiración. ¡Qué delgada y cuán mustia! ¡Qué descolorida y cuán fea! Los estragos de la peste, el furor de la guerra, las iras de la tempestad no dejan en pos de sí miseria más lastimosa! Caída del efímero pedestal de su belleza, quedó con asombro público no ya una sombra de sí misma, sino una mala copia de sus dos mal formados e inmediatos antecesores.

¡De ella se apartó con horror la expectación pública, que había estado halagada por esperanzas mejores; y aquella cuyo nombre se citaba con el respeto correspondiente a los ángeles se vio olvidada como si ya no existiera!

¡Qué gozo para el Hada de la Discreción, a no ser muy poco parecido a un triunfo!

Con la instintiva emoción de todo cuanto viene a menos, Lucila se recluyó. Y pasaron por delante de su forzoso aislamiento millares de curiosos, presuntos firmantes del acta donde había de constar aquel extraño prodigo: el cambio repentino de una bellísima mujer en casi una repugnante criatura.

Nada más que un caballerete, uno sólo, había estado a verla por primera vez, e insistió la segunda, y volvió la tercera, y se quedó la cuarta. Con asombro de todo el pueblo, la había pedido en matrimonio, y se casó con ella.

Se había prendado de su conversación, en la que deslumbraba su juicio, a más de los esplendores con que la fama envolvía la pasada belleza de Lucila.

¡Y extraordinario acontecimiento!: el marido, la misma noche de la boda, cuando a juicio público, el frú frú del vestido de seda de la desposada hacía uno como acompañamiento de cencerro a sus pasos vacilantes, el rostro del esposo se transfiguró: sus manos se juntaron como en éxtasis, y se le oyó decir que no había debajo del sol mujer más bella, elegante y hermosa que la suya.

¿Qué había pasado?, proseguía Lorenzo. Que el hada de la Discreción robó y retuvo la belleza de la joven, hasta que se presentara uno que se pagara nada más que de lo que en Lucila era imperecedero, en cuyo punto y sazón, y careciendo del poder de sus tres antagonistas, había devuelto la belleza de la joven, nada más que para los ojos de quien la había elegido.

¡Bastante ingenioso!, redargüía Julio, pero mucha pena para explicar un acontecimiento tan simple.

¿Qué era la afirmación de la madre de Lucila respecto a las apariciones? Una patraña de enfermo alucinado, indigna de crédito. ¿Por qué la niña, contrariando a simple vista el procedimiento común de la naturaleza, no había salido tan poco interesante como sus padres?... Por lo mismo que de Pepino el Breve había salido Carlo Magno: cuestión de simple atavismo, y nada más. La invadieron las emanaciones palúdicas, la acalenturaron, y con una miserable distensión de un cartílago de la nariz, las fiebres la afearon y palidecieron el rostro, además de los otros desperfectos que la bajaron en el organismo. Si quien se casó con ella llegó a encontrarla bellísima, se debía a que el tal hombre consideraría hermosa la tempestad, sin duda por el descanso eléctrico de que era conocedor que se seguía; y debajo de lo rudo de cualquier corteza sólo le llamaría la atención el útil maderaje que podía encerrar.

Como pasa en todas las disputas, Lorenzo y Julio concluyeron por tirarse los trastos a la cabeza.

—Haga usted caso de estos imaginativos, decía Julio. No bastante con la artificiosa esclavitud social que todos mal acatamos, quieren pesar sobre el fuego interno, encima del libre albedrío; y plagar de supersticiosos errores a la muchedumbre! Deberían ser echados al monte como perjudiciales a la República.

—¡Qué ganga de positivistas!, objetaba Lorenzo. Si no niegan, cuando no se encogen de hombros, se salen de cualquier

atolladero con una vulgaridad. De suerte que si algo no común se desarrolla en ellos, es una extraordinaria pereza del entendimiento.

UNA CORTA EXCURSIÓN¹

I

Aprovechando un par de días festivos, y una de las treguas radiantes que suele conceder el lluvioso mes de junio, mi compañero y yo nos pusimos en camino. A pesar del atareo de la víspera, invertida en aceitar los formidables revólveres, y adquirir las imprescindibles municiones de boca, cuya pieza culminante estaba constituida por una pierna de cerdo asada al horno; no obstante el trabajo habido en procurarnos prestadas las espuelas que no teníamos, las sillas de montar que nos hacían falta; nos levantamos con oportunidad de sorprender el alba, cuando asomaba medrosamente por el levante, del mismo invariable modo que viene haciéndolo inmemorialmente y con aquel antiguo aire candoroso con que parece preguntar: ¿ya hay quién esté despierto?...

—Sí, doncellita de mi alma; mi compañero y yo os estábamos aguardando. Antes, según manda la urbanidad, se os saluda cordialmente; y después se espera de vos que no os nubléis, y nos hagáis merced mientras sale vuestro padre de aclararnos el trecho que conduce a la aldea, llamada común en nuestro dialecto administrativo, donde reside un amigo nuestro, profesor de instrucción primaria; chico que ha tenido la atención de

1. Publicado en *Ciencias, Artes y Letras*, Santo Domingo, R. D., 15 de septiembre de 1896.

invitarnos para unos exámenes, y exámenes que presentará probablemente mañana.

Qué pretexto, ¿verdad?, ¡qué magnífico pretexto para escapar a la pila de guarismos del escritorio, dejando siquiera por dos días lo fastidioso a fuerza de conocido, y echado durante ese lapso una raya de dieciocho leguas entre el asfixiante brete social y la tranquilidad vegetativa de la aldea a que nos encaminábamos!...

Remolinos de polvo, preferibles a corrupciones de baches, levantaban nuestras cabalgaduras. A ambos lados del camino sinuoso, la uniformidad de repetidas especies vegetales, arropada por la monótona exuberancia de bejucos y enredaderas, llegaba a cansar la vista. Si no era una vía láctea de esas blancas campanillas denominadas aguinaldos, era una constelación de cuerdas de guayabos, eran unas tantas tareas de jabillas, o arrayanes, o yagrumos; todo ligado y compenetrado, al extremo de que parecían pender de una misma rama amarillentas flores de patos semejantes a frutos, y rojos ramales de ojinegras peronías semejantes a flores. Tanto brollo, tal confusión, tan feroz enlazamiento no refluían, no podían refluir sino en detrimento de las ideas poéticas que todos nos formamos a priori acerca del verde.

Y luego, que la vía repechaba de trecho en trecho. Era un continuo dejar una cuesta para arribar a otra, teniendo que ganar una tercera mientras nos esperaba una cuarta.. Era un subir, subir fatigosísimo, menos para el cuerpo que para la impresionable imaginación. Si un poeta podría sacar partido de este sistema geológico, característico de nuestra isla, y decir de ella —utilizando alrededor de esas ascensiones— que es el camino del cielo; su aserción no contaría, por desdicha, con el beneplácito de los viandantes. Al fin llegamos al remate común de esos escalones: a la llanura, extensa como un mar, como un mar ondulante: tapizada de espartoso pajón, que abatía sus espigas con inesperado flujo o las alzaba en reflujo gallardo, como si hiciera burla del sonoro viento. Unos cuantos tipos de la raza caballar, diseminados por aquí y por allá, y algún ganado vacuno, pastando a discreción, eran como los cetáceos de ese mar terrestre. A lo lejos cortaba el horizonte, limitando la vista, la azulada silueta de las montañas; y a través de una niebla luminosa se destacaban sus estribaciones, contornos y

cúspides con toda la genuina pureza de sus líneas, con las valentísimas combas de sus perfiles.

Un ser humano se deslizaba como un gusano dentro del grandioso panorama. Caballero sobre un jamelgo, el hombre se dejaba apáticamente balancear por todos y cada uno de los penosos pasos del caballuco. Venía del quinto infierno, trayendo en las árganas una res acecinada, y la llevaba allá abajo, hacia los declives que acabábamos de trasponer, en busca de mejor partido, ganoso de unos cuantos centavos más. La vegetación que dejábamos a nuestras espaldas, traidoramente asaltada por bejucales y malezas; los pájaros que habíamos visto con mayor abundancia, carpinteros perchados por enjambres en árboles secos, negros judíos que doblaban perezosamente el cuello para vernos pasar con ojo estúpido, y aquel hombre que no parecía conducir su montura, sino que su montura le conducía a él, había ido influyendo en nosotros a la chita callando. Perdimos el animoso impulso inicial y echamos pie a tierra para comer y sestear en una choza de buen ver que allí mismo se encontraba; absolutamente contagiados por la apatía que brotaba de las cosas, de los irracionales y de los hombres.

II

El quimérico buque fantasma, la isla encantada de San Boreondón, eso desde muy cerca de una hora venía siendo para nosotros la buscada y perseguida aldea. Primero nos salió de frente, en proximidad engañosa, exhibiéndose toda con sus largos sauces y gallardas palmeras, con su iglesia monísima y sus desiguales bohíos, cuyas cuatro agrupaciones permitían adivinar sus tres calles únicas. Los trillos de la sabana se desviaban aquí con doblez serpentina y hubimos de abandonarnos a ellos hasta alcanzar una brusca fila de caobos pequeños, alineados como en un parque e interruptores inesperados de la llanura. Ya, detrás de sus árboles, la aldea nos salió a la izquierda, pero en lejana, en mucho más lejana perspectiva. Y se nos cambió a la derecha, a mayor distancia aún, cuando hubimos bordeado una doble hilera de manglares, centinelas de un exiguo cruce fluvial, cuyo curso acompañaban a que también nos había conducido el trillado. No parecía sino que

algunos duendes jugaban con nosotros al esconder, y nos mudaban la aldea caprichosa y traviesamente de un punto a otro de la planicie. Estas chistosas jugarretas del espejismo, que nos hacían reír a carcajadas; estas frecuentes fantasmagorías de la llanura nos indemnizaban en parte de las molestias con que nos fustigaba el ardoroso sol, levantándonos películas de la epidermis, como si estuviera curioso de ver lo que había debajo. A la sazón orillábamos un compacto núcleo de matorrales, creyendo seriamente que, una vez que saliésemos al uniforme pajonal, el pueblecito se nos apareciese guindado en las nubes. ¡Cuán grata sorpresa!, casi se adelantó a nuestro encuentro; pues le divisamos inmóvil y coquetón no más de dos o tres centenares de yardas. Es él, me dijo con la vista mi compañero; ¡él es!, respondíle de la misma manera. Efectivamente era él, sin recurso a esconderse de nuevo, circundado como se hallaba por una limpia y amplísima superficie sabanera; sumergido, como estaba, en una apoteosis solar. El astro que amanecía, flechándole, se pasaba el día calcinándole, y todavía después de puesto le arrojaba los últimos despuntados dardos. Ahora sacaba argentadas, deslumbradoras reverberaciones de los escasos techos de zinc, parecidas a las que cincela en las rías y mares; y levantaba en las playas arenosas. Por eso, con estar la aldea a unas seis leguas del litoral por la línea más corta, el más inmediato recuerdo que evocaba aquella tarde era el de la mar.

Sin que fuera posible investigar quién cundió la noticia, estando las calles al parecer desiertas, nuestra llegada puso en movimiento a un grupo respetable. Conocimientos debidos a relaciones comerciales, antiguos conocidos capitaleños allí domiciliados, a cuyo frente estaba nuestro amigo el maestro, y gentes a quienes veíamos por primera vez, nos rodearon en un santiamén; abrazándonos, apretándonos las manos, dándonos la bienvenida, acribillándonos a preguntas; risueños, complacidos, obsequiosos. Entre las cuestiones que nos proponían, las había náuticas: ¿qué vientos los han traído por acá...?, y urbanas: ¿a qué debemos tanto honor...?, y curiosas: ¿hay algo de nuevo por la capital...?, y rústicas: ¿no han tenido ningún tropiezo en el camino...?

Esta última, por venir de un mozo enteramente desconocido para nosotros y por el aire insinuante con que fue hecha, abrió camino al diálogo.:

- ¿Tropiezo...? ¿Por qué? ¿Cómo?
- A qué hora salieron ustedes de la capital...?
- En la madrugada de hoy.
- Y todavía allá no se sabe nada...?
- De qué...?
- Ni una palabra?
- Pero de qué?
- No se ha recibido el parte oficial?
- Qué parte?
- Es extraño... ¿No se sabe allá que el viejo Sinencio cosió a puñaladas a Juan Pantera, y después cogió el monte?
- ¡Hombre!, para esas novedades...
- ... y que se fueron con él sus hijos... (aquí tres nombres) y sus entenados, "tal y cual!"
- ¡Pero usted nos está refiriendo maravillas!
- ¡Y que se han metido a ladrones!
- ¿No diga...?
- ¡Como ustedes lo oyen, a bandidos!
- ¡Demonio!
- ¡A salteadores de caminos!...
- ¿Salteadores?... ¡salteadores!... ¡Usted se chancea! ¡Usted exagera!
- ¡No sabe que esa profesión está fuera de nuestras costumbres y los que la abrazaran serían en seguida cazados sin misericordia!
- ¡A que no han visto ustedes al Comandante de Armas!
- Ciento que no: aún no hemos ido a visitarle.
- Y aunque fueran... Él anda detrás de la cuadrilla; porque ahora precisamente se han corrido a esta jurisdicción, hacia la parte por donde ustedes han venido. ¡Son unos hombres tremendos! En el monte Tabila le hendieron el rostro a una mujer de una cuchillada, y a un hombre; y a un niño vendedor de leche a quien quisieron desvalijar, porque se rajó en gritos, ¡chas!, le volaron la cabeza de un machetazo... Andan armados como un arsenal; pero como son tan bragados, pechan al cristiano cuerpo a cuerpo...
- Y por ahí seguía el mozo, desarrollando detalle y enhebrando anécdotas, mientras caminabámos hacia el local de la escuela, y en tanto que yo, con la vista clavada en él, le aplanaba mentalmente con esta inventiva. ¡Ah, la *belle chose*! ¡Usted se

cree que está dentro del orden que apenas acabe uno de desmontar, ya se le salga con historieta?... ¡Imprudentísimo aldeano! ¡Desde que os dimos un real para yerba y otro para jamón, bien podríais haberlos largado a coger cangrejos! Noticiero de profesión, azorador de oficio, gacetilla ambulante, tipo que no deja para luego, ¿no se os ocurrió nada más agradable que contarnos?... ¡Así los ladrones os desfiguren, os desjarreten y os descalabren!...

Nuestro amigo despidió a los muchachos, a quienes había estado administrando la mano postrera de barniz para los exámenes del día siguiente, a fin de quedar expedito y acompañarnos a trotear por el pueblo. Con eso veíamos cuanto había que ver: hogares modestos y muchachas bonitas. Yo, por mi cuenta, veía algo más, la teoría de la adaptación corroborada en una evidentísima práctica. A empezar por mi amigo el joven maestro, provisto de un enorme cachimbo y metido en una chamarra de rayadillo, y acabando en los demás capitaleños, calzados con pantuflas, cubiertos con gorras decrepitas o paseando en seno de camisa; la aldea se había engullido a aquellos conspicuos ciudadanos. Además, y como lo supe, se recogían con las gallinas, madrugaban a buena hora, frecuentaban el santo sacrificio, tenían conucos, hatos, potreros, y eran furi-bundos jugadores de gallos.

Por todas partes se nos recibía con amabilidad sencillísima; todos de sana y buena voluntad nos decían: "Quedan convidados a comer con nosotros". "Ustedes no se van sin tomar una tacita de café". "Vamos a quedar muy sentidos si no vienen a desayunarse a esta casa, que es suya..." Hospitalidad nativa, cordialidad amable que nos expansionaba el ánimo, sin otra mortificación que la imposibilidad material de complacerles a todos, ¡volviéndonos todo estómagos!

Se notaba, no obstante, por súbitos alelamientos y distracciones extemporáneas, que la aldea jadeaba obsesionada por la zozobra de los salteadores. El matrimonio de un campesino, viudo él, aturdió durante la prima noche la pública preocupación con una cencerrada tremenda. De ahí, sin duda, arrancó mi imaginación para sumirme más tarde en extravagantes ensueños. Pues soñé que me estaba casando en plena sabana con una mujer desfigurada por un chirlo sanguinolento; mientras unos hombres desarrapados, que tenían trabucos, mache-

tes y rifles colgados en sendas bandoleras, con agudos pitos, roncadores fututos, ventrudas botijuelas y latas desapacibles, me daban una serenata apocalíptica...

III

Con el amanecer, amaneció agravada la novedad alarmante. El Jefe Civil y militar había regresado trayendo detalles oídos de nuevas y audaces depredaciones, que circularon telegráficamente por toda la aldea; corregidos y aumentados siniestramente, a disgusto de nuestros nervios, y para preocupaciones concernientes a nuestro próximo regreso. Se decía que el señor comandante estaba contentísimo así por haberse ahorrado la desagradable coyuntura de tropezar con aquellos membrudos jayanes, como porque ya se hallaban fuera de su jurisdicción, habiendo invadido otra limítrofe. ¡Je!..., y como eran tan bragados... ¡que la buena suerte ayudara a las autoridades de allá!...

Lo malo para nosotros estaba en que con ello, los temibles forajidos continuaban interceptándonos la vuelta, en sección más débil, militarmente, que la que pasábamos. ¡Como hay Dios que el viajecito nos estaba resultando bastante divertido!

Nuestro amigo el maestro nos daba en voz baja detalles muy cómicos, relativos a la manera de fabricar unos exámenes que produjeran ilusiones ópticas en la pupila del Ayuntamiento; la cual pupila decía él que era el tesorero del mismo, allí presente... Nosotros (créome autorizado a envolver en esto a mi compañero), nosotros pensábamos en que si al menos la aldea estuviera en la costa... y fuera ancladero de buques... así fuesen balandros... Los niños retintinaban agudísimoamente unos discursitos en que sonaban mucho los términos honorables... gratitud... progreso... ¿Progreso?... Sin duda que le había allá, del otro lado de los salteadores, en nuestra residencia, donde Dios mediante estaríamos muy descansados treinta y seis horas después... La pupila del Ayuntamiento torrenteaba con frases en que la satisfacción chocaba con lo satisfactorio y rebotaba en lo satisfecho... De todo, de todo eso gozaríamos largamente cuando nos viéramos lejos, lejísimo, en la zona de las cuestas y de los declives...

Concluidos los exámenes y despedida la concurrencia, fuimosnos con mi amigo a comer donde unas conocidas; a lo menos, así nos lo dijo él, ahogándonos discretamente las ganas de investigar si una de ellas, melosa como anón, blanca como azucena, sonrosada como un caracol y carnosa como un mamey no le escarabajeaba de algún modo, más íntimo y adecuado a las incendiarias miradas en que mutuamente se envolvían.

Ilimitados montones de plátanos maduros, fritos en lonjas rojioscuras; espirales de inflados y bien olientes embutidos; pirámides de huevos, lagunas de blanquíssima leche y empedrado de tiernísimo pan se apiñaban sobre los limpios manteles; cubriendolos, ahogándolos, en proporción muy próxima a la vitualla de todo un regimiento. ¡Cómo se estimulaba el apetito con el penetrante tufillo del condimento! Sentía que el estómago se me ahondaba, preparándose a corresponder hasta la hartura a los honores que se merecían tal mesa y la buena voluntad que nos la puso. Pero mi compañero de viaje tuvo una ocurrencia malhadada. Por pedir el salero pidió el salteador; y de aquí que la negra preocupación volvió a alojárseme, definitivamente esta vez, encima de los ojos, pero adentro, adentro en el cráneo. Con una sonrisita ambigua trató mi compañero de hacer creer que lo había dicho adrede; siendo así que ese escopetazo lo rastrilló la silueta de los condenados bandoleros que se le paseaban por el ánimo. Comprendiéranlo o no de tal modo los comensales, ello es que, como si hubieran estado suspirando para encontrar un resquicio por donde hablar de malhechores, se despacharon a su gusto, haciendo espeluznantes relatos, narraciones intranquilizadoras. ¡Y qué ideas del bandidaje en general y de los salteadores en particular! ¿Pues no creía aquella gente que los tales no eran ciertamente ladrones, sino cuadrillas de maníáticos, cuyo mayor gusto consistía en manipular entrañas y confeccionar el picadillo humano?... Lo erróneo de sus apreciaciones no impidió que primero se me atragantara la comida, y después se me amargara el café.

¡Había que determinar algo! ¡Había que idear algo! ¡Había que preparar algo! ¿Para qué se estudia Lógica, si no es para hacer silogismos, dilemas y sorites en las grandes ocasiones? Los señores bandoleros aprovecharían, por supuesto, todo el santo día para saltar al por menor; y era probable que se

renovaran por guardias con iguales ideas hasta la medianoche, hora en que está dormido el tránsito, y en que pondrían algún centinela perdido, quien —podía conjeturarse— no habría hecho votos de estar despierto. Luego a la madrugada, reanudarían sus honradas faenas, con esperanza de que cayera algo al por mayor. Por consiguiente, mi compañero y yo saldríamos a las once de la noche. Con eso, nos ahorraríamos, de un lado, la indiscreta solicitud aldeana, muy capaz de hablarnos de lo que no queríamos, en tan delicado momento, con pretexto de desear que no tuviéramos malos encuentros; y para poner, por otro lado, antes de que rayaran los claros del día, toda la tierra posible entre los salteadores y nosotros.

Concertados así; comó íbamos a descabezar un sueñecito desde las oraciones, y el pueblo se acostaba a las ocho, para precaver todo contratiempo, combinamos una cadena. A nosotros nos despertaría nuestro amigo el maestro, y al maestro el juez civil, y al juez civil un bondadoso joven que era en una pieza sacristán de la parroquia, recaudador de alcabalas, secretario del Ayuntamiento y adjunto a la Comandancia de Armas.

IV

¡Los héroes! Nada ni nadie como ellos han dado calidad de madres a las circunstancias. Ellos les conciben improvisadamente y les dan a luz sin gestación ninguna. Ejemplo, mi compañero de viaje y yo. Desde que avanzamos trecho adentro en la oscura planicie; bajo la escasa luz de las estrellas y entre los puntos fosforescentes de los cocuyos, nos fuimos animando y reanimando hasta dominar la altura del inminente peligro que preambulaba en las tinieblas. Todavía más: deseábamos de todo corazón hallarnos a tiro de fusil frente a los facinerosos. Todavía más: seis salteadores nos parecía muy despreciable guarismo. Todavía más: marchábamos al paso, para cambiar lo menos posible y aumentar las probabilidades del antes tenebroso encuentro. Llegada tal contingencia, desarrollaríamos en todos sus pormenores un plan moltkiano que habíamos concebido. El éxito nadaba en el plan como el pez en el agua. Por tanto:

—¿No podía presumirse que nuestro viaje a la aldea había sido providencial?...

—¡Desde luego!... La hidra del bandolerismo sería ahogada en su cuna por nosotros, muchachos pacíficos, pero hercúleos representantes del querer municipal. Vengadores, diputados por nuestras honradas costumbres, daríamos un altísimo ejemplo de civismo, enlazado con el derecho público y entroncado con nuestras relaciones internales...

Y las mujeres nos mirarían con cariñosa admiración, y los hombres con respeto, y la gloria con amor y el país con deferencia...

Ladeados sobre las sillas cambiábamos a media voz tales impresiones, cuando una súbita iluminación nos hizo alzar rápidamente la cabeza. Era Venus, la estrella de la mañana, que como una pequeña luna nos salía al sesgo; fogonazo del infinito que se adelantaba a la celebración de nuestro triunfo, y ojo del cielo que venía a ser testigo de la generosa aventura.

Su luz vino a servirnos de inesperada ayuda para sondear con la vista las fajas de árboles, y los musgosos peñascos traídos quién sabe por qué titanes a la llanura. Una tranquilidad inerte lo arropaba todo; apenas si en el pesado silencio de la sabana, los pasos de nuestros caballos despertaban algún eco mortecino. Así adelantamos leguas y leguas sin ningún tropiezo, sin novedad ninguna, con desconcertante monotonía y monótono fastidio. ¿El corazón había avisado a los forajidos que por allí andaba su próxima destrucción? ¿El espíritu del mal les había evaporado para protegerles?...

De repente, mi compañero me tocó suavemente en el hombro; y como me volviera, y siguiera con los ojos la longitud de la línea que me señalaba su índice, vi a no mucha distancia, por entre los intersticios de una arboleda que habíamos de trasponer, una hilera de hombres cuya suma fui haciendo a medida que pasaban de uno en fondo. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... ¡Seis...! ¿Qué repentino descenso había ocurrido en la temperatura?... ¿De dónde salió a invadirme aquel escalofrío?... ¿No eran trabucos los que traían al hombro aquellos condenados?... ¡Parecían trabucos! ¿O eran rifles y remingtons cortos?... Traerían, no hay duda, los machetes pegados al cuerpo como sanguijuelas, pero no los podíamos distinguir como no distinguíamos el surtido de puñales y cuchillos y bayonetas del cinturón... ¡Bien comprendido su juego!... Se nos mostraba de perfil, con traidor disimulo, para inspirarnos

confianza y asaltarnos a mansalva; como si no tuviéramos un plan, un estupendo plan, un plan infalible y demoníaco.

Ellos, aparentando no vernos, ¿querían llegar a la mata última del arbolado?... Nosotros, sin perderles de vista, deseábamos otro tanto... Ellos en cuanto se removiera ese estorbo, ¿se nos vendrían encima como una horda de salvajes?... Ahí les esperábamos. ¡Ya sabrían lo que era degollina y juicio final!... Desmontaríamos, desmontamos; nos pondríamos en línea horizontal frente a los bandidos: lo hicimos, mi caballo primero, después yo en cuclillas, luego mi compañero en igual posición, y al extremo su cuadrúpedo. En seguida, ¡afuera revólveres Smith & Wesson, calibre 44!, ¡y dejarles venir! Ya a boca de jarro, ¡pin!, ¡pan!, dos muertos o heridos; los brutos, espantados con las detonaciones, se dispararían como el viento en carrera desaforada, y aprovechando la confusión que con ello produciría en el campo forajido, nosotros, ¡pin!, ¡pan!, daríamos cuenta de otros dos, siéndonos fácil acabar con los restantes, si no se rendían a discreción o tomaban las de Villadiego... A mí, tan pronto se me enfriaban los pies, como las manos, como el estómago, y sospecho que también a mi compañero; aunque no por miedo, ¡vive Dios!, porque de tenerlo, no estaríamos a pie firme aguardando el terrible blanco con decisión tan resuelta y con resolución tan heroica. Eran impaciencias del valor, trepidaciones de lo inesperado, olfateo de lo desconocido.

¡Si ellos también tendrían su plan!... Podía ser, pues asaltar no asaltaban. ¡Qué contrariedad para nuestras combinaciones, basadas cabalmente en la posibilidad de asalto! ¿No nos habían dicho en la aldea que aquellos bárbaros pechaban a sus próximos cuerpo a cuerpo?... ¿Habrán cambiado de táctica?...

Con las precauciones necesarias y el sobresalto consiguiente, nos dejamos correr a pie hasta el aislado matorral: ¡no había nada! Con mayor decisión registramos en todas direcciones: ¡Silencio y soledad! ¡Los jayanes se habían vuelto humo!...

Era, pues, evidente que no habían reparado en nosotros. ¡Mejor!, ¡mejor así! Después de todo, las muertes que habríamos hecho adoptarían calificativos atenuados por la vindicta pública, pero no dejarían de ser asesinatos ante nuestra conciencia. El Código, dejándonos en paz; la Teología, redimiéndonos como homicidas obligados a ello por la propia defensa,

no tenían tanto poder como para justificarnos ante nosotros mismos, ni impedirían que se llenare de sombrías sugerencias nuestro fuero interno. Quizás si la cariñosa admiración de las mujeres, en qué soñábamos como premio primordial de nuestra hazaña, no se convertiría más bien en involuntario sentimiento de horror y repulsión instintiva por la hecatombe. Quizás si, muy lejos de ponerse a nuestro lado, la opinión no haría lo que suele: compadecer ciegamente a las víctimas y execrar a los victimarios... ¡Mejor era lo que había pasado como había pasado! ¡Mediante la inexorable crucifixión, no tentaba mayor cosa el oficio de redentores!

De estas incoherencias hablábamos, mientras hacíamos jornadas, melancólicamente, lánguidamente, displicentemente. De esto, hablábamos mi compañero y yo, con mutuo engaño, porque en el fondo nos palpitaba el pesar de haber malogrado la bella ocasión de hacernos héroes a la poca costa de nuestro magnífico plan.

Coyuntura malograda sin remedio; pues llegábamos ya a los lindes en que los sucesivos trozos de selva son segura señal del término de la llanura. Ya a nuestra izquierda blanqueaba el horizonte; y del ramaje salían rumorosos aleteos y largos desperezamientos...

Ya doblábamos una angosta curva montaraz que llevaba abiertamente al campo real, cuando de pronto, desde una vereda confluente, se adelantaron uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis tambores mayores, seis Nemrods, seis gigantescos Goliats. Arrendamos nerviosamente y paramos en seco nuestras cabalgaduras, quedándonos yertos, inmóviles, estupefactos. Allí estaban ellos, encima de nosotros; y allí estábamos nosotros, inertes, con los inútiles revólveres abotonados dentro de sus fundas... yo sentía que en el cerebro me saltaba una idea, pero sin expresión, sin palabras: la nebulosa de una idea; algo muy enérgico y protestativo... ¿contra qué?, ¿contra quién?; no sé... no sé... Era un montón ideológico, una pelota en que estaba ovillada esta equivalencia: han sido muy hábiles, mucho... ¡bien preparado su golpe, muy bueno!... ¡mejor combinado su plan!... ¡su plan!...

—¡Buenos días!, nos dijo el primero de ellos.

—¡Buenos días! ¡Buenos Días!

Y así fueron diciendo uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... ¡los seis!

¡Qué estupor!... ¿No eran ellos, los salteadores hiende-mujeres, descabeza-niños, desjarreta-hombres? ¡Ah, no, los pobres!, bien lo estábamos mirando, con dilatación cariñosa del ánimo sensibilizado, eran honrados jornaleros, que no traían sino macutos en una mano y machete de trabajo al hombro. No era el audaz latrocinio ambulante (ni llegó a evidenciarse que le hubiera en parte ninguna): era el vigoroso trabajo que venía a ofrecerse a las fincas.

Mi compañero volvióse a mirarme, con una sonrisa que habría pasado a mayores si no se la dejó aplastada en el rostro, cortada en un rímero de angelitos agudos... Yo había puesto cara de palo. Y la puse, porque parecióme que de la leyenda se desprendía para reventar en mi oído, la fresca, la sonora carcajada de Sancho Panza tras la famosa aventura de los batanes.

PROSA DIVERSA¹CARTA A C. N. PENSON²

Santo Domingo, 29 de mayo de 1888.

Señor César Nicolás Penson,
Presente.

Muy señor mío:

He leído la muy benévolamente usted fecha 27, y con estar convencido de que son hijas de una buena voluntad, que agradezco mucho, las frases lisonjeras que en ella me dice; me redimo de escribir cuatro conceptos modestos.

He leído después con mayor atención sus ideas acerca del punto sentado por el ilustre latinoamericano Baralt, en su *Diccionario de galicismos*, y estoy perfectamente de acuerdo con las conclusiones de usted.

Y por complacerle, y necesariamente a la corta medida de mis alcances, habría compartido con usted la discusión de las mismas, a no haber mediado estas objeciones: la importancia del punto; la falta material de tiempo, así para considerarlo como para desarrollarlo, a que se añade, el estar un poco enfermo.

1. Cartas, pensamientos, entrevistas y notas publicados en diversos periódicos y revistas nacionales. Aquí se ponen en orden cronológico. Todas están en *Páginas olvidadas*, Ob. cit.

2. Publicada en *El Teléfono*, No. 271, Santo Domingo, R. D., 3 de julio de 1888.

Pero, ¡usted lo ha dicho todo! con excelente método y poderosas razones; y me queda el placer de felicitarle por ellas, y de aplaudirle por el sano propósito. Atajar la corriente de galicismos que se precipita sobre la construcción castellana, en todo tiempo será bueno; supuesto que casi el único medio de barnizar un idioma es el de viciarle su sintaxis.

Aunque por ocupaciones de todo género me falta espacio para cultivar algunas buenas relaciones, crea, bajo mi afirmación honrada, que siempre he admirado y aplaudido las muestras de sus aficiones virtuosas; le he agradecido callando, los empujones generosísimos con que en más de una ocasión me ha estimulado, y he venido consagrándole una muy delicada deferencia.

Deje, pues, que me suscriba quien de veras le aprecia,

GASTÓN F. DELIGNE

Completando que en nuestro desparajiste socio a be
tías autoridades nacionales, siendo estas siendio marítim
aviente y cuando gozos del dios; y si atiende al consigno que a
tua fez en supe restey inspirar, casi me sejido de que se aq
quonde edenciente sive basa sus buñowes y pase de in
sabor de derechos entre los populares.

Yo tengo sus tristes; yo tengo sus jipos; en C
imprimen periódicos y se estampa opicas; basa mi, que
no se paga's ibo. No te fenderé tan bien, pero si tuvi bi
mis exageraciones gozolas desgastan a si satisfechas, si i
bienjise gozolosamente que besta nuesta desfallo i
basa nuestro porvenir basa este bestia, si de less a ver

CARTA A EUGENIO MA. DE HOSTOS
mensaje se que
Es, sin duda, por esa reflexión que apoya un que
cuando se satisfechos de sus motivos, se ee

Santo Domingo, diciembre 18 de 1888.

Señor don Eugenio Ma. de Hostos,
San Carlos.

Gaston H. Deligne

Estimado Maestro:

Si pertenezco al inmenso número de los que sentimos su partida, ¿por qué no he de decírselo?... Yo, individualmente, la deploro por motivos muy diversos: por el deslustre de la escuela, porque es necesario andar muchas leguas mundo adentro para encontrar quien débilmente pueda sustituir la alta dirección que en usted tenía; por egoísmo de orgullo, porque estábamos orgullosos de tener entre nosotros a la más alta personalidad intelectual de la América y al mejor hombre del mundo; por egoísmo personal, puesto que en usted cuantos queríamos andar derechos, teníamos un modelo y una guía; pues que la tácita aprobación de usted era la mitad de la energía nuestra, y ahora nos quedamos sin apoyo, obligados a hacer esfuerzos extraordinarios para desplegar una energía entera. ¡Los consejos y el ejemplo de usted nos ayudan en ellos!

1. Publicada en *El Teléfono*, No. 300, Santo Domingo, R. D., 23 de diciembre de 1888. Reproducida en el artículo "Gastón Deligne, discípulo de Hostos", de Emilio Rodríguez Demorizi (*La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 10 de abril de 1940).

Comprendo que en nuestro desbarajuste social y por nuestras anomalías nacionales, usted estaba siendo mártir en las veinte y cuatro horas del día; y si atiendo al cariño que de modo tan fácil sabe usted inspirar, casi me alegro de que se vaya usted adonde encuentre aire para sus pulmones y base de justicia y amor de derecho entre los hombres.

Yo tengo sus artículos; yo tengo sus libros; en Chile se imprimen periódicos y se estampan obras; para mí, pues, usted no se habrá ido. No le tendré tan próximo, pero sí muy presente.

Mis exigencias egoístas quedarían así satisfechas, si no comprendiese dolorosamente que para nuestro desarrollo interior, para nuestro porvenir, para esta patria, usted real y verdaderamente se ausenta.

Es, sin duda, por esa reflexión que ahora me duele, que cuando he sabido la mala noticia de su partida, he sentido y siento que me falta algo...

Que tenga usted un mar sereno y un viaje tranquilo.
Su discípulo de ahora y de siempre,

GASTÓN F. DELIGNE

ESQUELA A E. DE MARCHENA¹

San Pedro de Macorís, 1892

A don Eugenio de Marchena,
Santo Domingo.

Don Eugenio:

En estos mismos días recibí *La Revista Ilustrada*. He estado y estoy bastante ocupado; pero en un lugarcito cualquiera, tendré placer de ocuparme y gusto de trasmitir a usted mis impresiones sobre el buen servicio que ha prestado usted al país, haciéndome sonar afuera.

Affmo. S. y respetuoso amigo,

GASTÓN F. DELIGNE.

(P. S.) -Este folleto se lo dedica la Sociedad, y no va puesta la dedicatoria que ella hace por no poder yo salir ahora. Pero me fue traído con ese propósito por uno de los socios activos, a quien requerí sobre la falta de memoria de no haberlo remitido antes.

1. Esta esquela figura en una de las primeras páginas del folleto *Colección de los trabajos leídos o recitados en la velada lírico-literaria celebrada en esta ciudad; y de los pensamientos producidos con motivo del Cuarto Centenario Colombino Americano*, por Joaquín María Bobea, Santo Domingo, R. D., 1892.

glossary of the following subjects of the course:—
1. The study of the vehicle or road used for transportation.
2. The names of the various roads or highways used for transportation.
3. The names of the various modes of transportation used for transportation.

4. The names of the various modes of transportation used for transportation.
5. The names of the various modes of transportation used for transportation.

12 DE OCTUBRE DE 1892¹

En la historia del mundo, el continente americano es muy joven. En la historia de su propia autonomía es muy niño. Origen, tradiciones y carácter le han hecho una formidable y portentosa potencia en la región septentrional. Desgracias, anhelo y esfuerzo le están haciendo una dulce esperanza en el resto del continente. Para el V centenario puede asegurarse que la buena obra estará completa. Para el V centenario, pues, podrá decirse de la obra de Colón lo mismo que al principio del mundo dijo Dios de la suya; esto es: "Vio Colón su obra, y juzgó que era buena". Todos los estruendos, todas las vanidades, las pompas todas de la tierra no llegan ni con mucho a satisfacción tan cumplida como ésa.

1. Publicada en la sección dedicada a la Sociedad Literaria Amantes del Estudio, San Pedro de Macorís, en *Colección de los trabajos leídos o recitados en la velada lírico-literaria celebrada en esta ciudad; y de los pensamientos producidos con motivo del Cuarto Centenario Colombino Americano*, por Joaquín Marfa Bobea. Santo Domingo, R. D. 1892, pág. 71.

12 DE OCTUBRE DE 1892¹

Cuando estallan en estas explosiones centenarias de amor, reconocimiento, asombro y bendición ante la obra de hombres propia de númenes, creen los pueblos que están enalteciendo y honrando al que haya sido su benefactor. Candorosamente incierto. En el hecho del beneficio, quedó ya enaltecido y honrado el bienhechor: ¡en la virtual celebración del hecho, los que se honran y enaltecen a sí mismos, son los pueblos!

12 DE OCTUBRE DE 1892¹

Después de la sorpresa, henchida del legítimo orgullo, con que la realidad excedió a sus esperanzas; después del pasmo universal y fastuoso recibimiento en Barcelona, ¿qué faltaba al Virrey de las tierras descubiertas y Primer Almirante del Océano para la consagración de tanta gloria humana? ¿Ingratitudes y olvidos? Los tuvo. ¿Calumnias y persecuciones? No le faltaron.

Y puédense afirmar, sin embargo, que durante más de tres siglos, aquella gloria reverberaba esplendorosamente, pero en un glacial vacío.

Faltábale el nimbo de una América administradora de sus propios destinos: que en el Norte batallase con éxito no interrumpido en un desarrollo material lleno de maravillas; que en el Centro y Sur dejase claramente sentir su aspiración a un noble desenvolvimiento moral; que se influenciase mutuamente con ambos ejemplos, y que, a la faz de antiguas naciones que viven armadas y desunidas, lanzara el grito del porvenir, el de su anhelo por la confraternidad del continente.

En el ancho cielo de tan gallarda América está hoy magnificada con gloria humana y divina la interesante figura del paciente y perseverante genovés. ¡Que se cumpla lo que aún espera para llegar a la cima de su luminosa ascención!

1. Publicado en *Álbum del Centenario*, sección San Pedro de Macorís. En *Letras y Ciencias*, Año I, No. 15, Santo Domingo, R. D., 12 de octubre de 1892, p. 117.

MARTÍ¹

¿Para qué venimos al mundo?

Es una pregunta anhelosa de todo ser de conciencia, delante de las miserias sociales y del fastidio interno. ¿Para qué venimos al mundo?

Voces supremas, como la de José Martí, responden con el ejemplo de su vida:

—¡Para la abnegación; para el apostolado; para el sacrificio!...

1. Publicado en *Álbum de un héroe. A la augusta memoria de José Martí. Santo Domingo, R. D., 1896.*

PÓSTUMA¹

El material de este libro se mandó a las cajas hacia agosto de 1901: la salud del autor se agravó grandemente para marzo de este año de 1902; y se le llevó la muerte en las primeras horas de la noche del 29 de abril. Algo de lo que se contiene en las líneas que sirven de prólogo, queda fatalmente fuera de oportunidad; pero no de piadoso interés; y por eso salen sin supresiones ni alteración ninguna.

1. Nota escrita por Gastón Deligne, que figura como colofón del libro póstumo de su hermano Rafael Deligne *En prosa y en verso*, Imprenta *La Cuna de América*, Santo Domingo, R. D., 1902, 329 p. Prólogo de Tulio Manuel Cestero.

SOBRE LA CONVENCIÓN DOMÍNICO-AMERICANA¹

S. P. de Macorís, 22 de marzo, 1907.

Señor don Abelardo R. Nanita,
Redactor de *La Opinión*,
Santo Domingo.

Distinguido señor:

Me ha favorecido su atenta del 20 actual, indagando qué opinión tengo acerca de los tratados que ha firmado con el Gabinete de Washington, por una parte, y con Kunh Loeb & Co., por otra, el Ejecutivo Nacional.

Para responder cortésmente a su pregunta, y por más nada, le contesto que mi propia opinión es de un todo favorable a ambos instrumentos; y trataré de motivarla, así sea muy someramente.

Al principio se dijo, con más que aparente fundamento, que la Convención había sido casi impuesta por el Gabinete norteamericano, a fuerza de incontrarrestables presiones diplomáticas. En tales circunstancias suscribirla después de algunas modificaciones a latitudes peligrosas de uno que otro artículo,

1. Publicada en *La Opinión*, No. 6, Santo Domingo, R. D., 27 de marzo de 1907.

era obra de la ley de necesidad; muy dura; y contra la cual nada pueden ni han podido los pueblos que la han traído sobre sí y se han enredado en sus mallas.

Ahora se dice que la iniciativa partió de nosotros; y en el supuesto de que así sea de a verdad, reputo que nos resulta absolutamente prudente y relativamente honrador. Nos hemos en tal caso anticipado a lo que había forzosamente de venir, quizás con qué empuje; y hemos reconocido sinceramente con perfecta clarividencia que nuestros acreedores tendrían en menosprecio nuestras promesas, tantas y tantas veces burladas, si no se las autorizaba un serio curador. Nuestra informaldad era proverbial y sistemática: como dolencia nativa, está en la idiosincrasia del individuo social; y el menos lince puede percibirse de que se ha venido agravando de generación en generación.

Saliendo de nuestro propio impulso, apáticos e indolentes para atender a nuestros compromisos tanto como activos para discurrir nuevos embrollos, no habríamos pagado jamás; la deuda de unos cuantos millones de dólares nos habría precipitado quién sabe a qué clase de suicidio colectivo o de hundimiento nacional.

De imponérsenos la tutela económica de Wáshington, o al solicitarla nosotros y aceptarla ellos (con su cuenta y razón para afianzamiento de sus doctrinas políticas, pero sin compensación material de nuestra parte), redujimos y achicamos en parte la humillación de que habíamos padecido, y estábamos abocados a padecer nuevamente. Un solo contralor, con oficina especial, en vez de la nube de contralores que habíamos tenido en sendas aduanas, era parte de hacer menos cálido el bochorno de la sensibilidad nacionalista. Las rentas nacionales quedaban menos secuestradas por los Estados Unidos, que contra la rapiña de las uñas revolucionarias. Se sabía de fijo que aparte de ellas pagaría con toda seguridad nuestras acreencias, y no corrían contingencia de filtrarse bajo las disposiciones de cualquier improvisado caudillo. Se hicieron sagradas; y para toda suerte de codicias quedaron selladas con un *noli me tangere*. La confianza comenzó a revivir; nuestro crédito volvió a ser valor cotizable en las grandes lonjas; nació la fundada esperanza de que con una diáfana honradez administrativa, se curara de raíz con el eficaz remedio del buen hábito la dolencia

nacional aludida; y se han llegado ya a depositar más de dos millones para servir a las deudas. Era algo. Y aun bastante. Pero, dentro de nuestro estado de miseria económica, dado el monto de lo que debíamos y dada la crecida suma de intereses que devengaba esa deuda; ¡cuántos nos llegamos a temer desalentarnos que las cantidades anuales remesadas a Nueva York, apenas alcanzarían a la larga para cubrir los réditos!... Era una sugerencia clarísima de una situación siniestramente oscura; y he aquí que el empréstito viene a hacer fructuosa la primera operación; y vienen a complementarse ambas. Porque sin el antecedente de la Convención, el empréstito nos habría sido imposible, y sólo concebible como cosa de sueño. ¿Quién hubiera prestado al país una miserable peseta siquiera?

El empréstito en sí mismo, nada habría remediado; pero mucho, desde que reduce la deuda a casi la mitad. Los intereses no se tragarán las penosas economías que depositamos en los Estados Unidos; podrán pagarse puntual y honradamente; y habrá positivamente un sobrante para fondo de amortización. La situación financiera queda, pues, mucho más despejada.

¿Pudo ser contratado sobre bases más favorables? Puede ser; aunque lo dudo, el tipo de interés en los bancos fluctuó durante el año pasado de 4 1/2 y 7 %; y esas mismas fluctuaciones son de ordinario frecuentes. Conseguir el tipo de 5 %, común en muchos empréstitos conocidos, contratados por países mejor reputados que el nuestro, indica que los banqueros tuvieron muy en cuenta la garantía de los Estados Unidos.

En resumen, con ambos instrumentos podemos definir la fecha aproximada en que readquiriremos nuestra autonomía económica; perdida y enajenada por nuestras propias culpas, "por nuestras grandísimas culpas", hace ya luengos años.

Está fuera de la pregunta de usted y de mi propósito insinuar alguna ampliación, o poda, o modificación (que quizás no se obtendrían) en los detalles del empréstito. No obstante, para desagravio de la equidad, es de desear que la reducción en las deudas interiores fuera tan voluntaria como lo ha sido en la de los acreedores extranjeros.

Soy, apreciable señor, su affmo. s. s.

SOBRE SU CORONACIÓN COMO POETA NACIONAL¹

S. P. de Macorís, 11 de octubre, 1907.

Señor don Juan M. Martínez,
Director de *¡Trabaja...!*
Presente.

Estimado señor:

Con gran sorpresa he leído en la edición de *¡Trabaja...!* circulada hoy, las resoluciones que se dicen tomadas por el Club 2 de Julio respecto a mi humilde persona y corta labor literaria. Hubiéraseme dado oportuno conocimiento de ello, y se me habría ahorrado el tener que negar mi consentimiento por la prensa, como irrevocable lo niego: suplicando a usted publique estos renglones. No es modestia; ni de la falsa ni de la genuina, sino cuestión de apreciación propia y asunto de principio, a que me propongo atenerme siempre.

La idea ha debido ocurrir sin duda a alguien más amigo de mis versos que mí, de lo contrario sabría lo opuesto y negado que soy a todo género de apoteosis. Las más legítimas no contarán jamás con mi apoyo; ¡cuanto menos las discutibles! La consideración de que es así que quien puso a rodar la idea,

1. Publicada en *Listín Diario*, No. 5492, Santo Domingo, R. D., 23 de octubre de 1907.

no me conoce a fondo, hace que le quede agradecido; sin duda ha creído proporcionarme un placer: pero la declaración que acabo de hacerle espero que le decida a retirarla; pues no hay alquimia que transmute en honor un disgusto.

No necesito decir que he carecido de tiempo para servir a las letras con la dedicación y paciencia requeridas: pero sí que las he cultivado cuando he podido, con la firme convicción de que "tienen por sí solas bastantes atractivos para no necesitar recompensas". Y de que los honores sólo deben ser para la labor definitiva, por muerte o retiro, y con tal que resulte notable. No estoy en ninguno de esos dos casos; y si mi obra a la postre granjeare el aplauso de los entendidos, será para mí el honor de los honores, sin que me tienten ni me halaguen otros. En esto, me sirve de modelo el grandísimo artista Campoamor, quien con un bagaje nutrido y exuberante, rehusó toda corona en la vida. Nunca la quiso: y como decíamos en el Colegio: "Contra no quiero, no hay argumento".

Mi no consentimiento en lo principal, abarca mi no consentimiento en lo accesorio. Si las obritas que he dado a la publicidad, merecieren la atención de los doctos, no deseo que el juicio de ellas se deba a la solicitud antes que a la espontaneidad. Y la publicación de un volumen (obsequio cuya delicadeza es positivamente tentadora) necesitaría una revisión previa de mi parte; así para corregir erratas con que han sido impresas y reproducidas, como para hacer algunas enmiendas y algunos autos de fe. Eso requiere un vagar y una disposición de ánimo que no suelo tener.

Soy de usted muy affmo. s.,

GASTÓN F. DELIGNE

CARTA A F. X. CASTILLO MÁRQUEZ¹

San Pedro de Macorís,
23 de septiembre de 1908.

Señor don F. X. Castillo Márquez,
La Romana.

Señor y amigo:

Doy a usted las gracias por el envío de su libro *Bajo otros cielos*, que he leído de un tirón y muy complacidamente. Aunque no ha tropezado su empeño con ningún otro inmediatamente análogo, no creo que pueda narrarse con mayor amabilidad ni más interesantes divagaciones, su tan corto y cercano viaje. Reciba, por ello, mis más sinceros parabienes; con mi esperanza de que algunas de esas páginas —de estilo sobrio y seguro— le han de abrir merecido puesto de distinción en las letras castellanas.

Con el más ferviente deseo de que sigan a esa obra hermanas más desarrolladas y fuertes, me repito,

Suyo afmo. s. y amigo.

GASTÓN F. DELIGNE

1. Publicada en *Listín Diario*, No. 5799, Santo Domingo, R. D., 23 de octubre de 1908.

CARTA A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL¹

San Pedro de Macorís,
septiembre de 1912.

A don Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Siempre distinguido y respetado amigo:

Aun cuando combinaciones de otra índole se llevan mi tiempo y atención, para no perder el compás he escrito el poemita que incluyo para *Ateneo*. No siendo traducción, sino primicia del huerto propio hace rato no cultivado, creo mostrar mi predilección con enviarlo para su excelente revista; y espero, *Deo volente*, poder poco a poco desbrozar el tabacón y plantar algunas otras yemas. No encarezco la corrección conforme con el original; porque de eso tiene bien ganada patente *Ateneo*. Le saludo con toda cordialidad y me repito suyo muy afectísimo servidor y amigo.

GASTÓN F. DELIGNE

1. Publicada en *Ateneo*, No. 4, Santo Domingo, R. D., abril de 1913.

CARTA A FEDERICO HENRÍQUEZ Y CARVAJAL¹

San Pedro de Macorís,
octubre de 1912.

A Federico Henríquez y Carvajal,
Santo Domingo.

Muy distinguido y antiguo amigo:

Recibí su grata y antes la obra de don Antonio Zambrana. Muchas gracias por su recuerdo y por lo valioso de él. Me ha complacido mucho que el poemita le haya gustado; seguro indicio de que disgustará a los entendidos y de buen gusto.

Eslabono más coincidencias: junto con la obra de don Antonio, obsequio de usted, y mientras le iba un recuerdo mío, recibí *El Estudio*, y en él vi una composición de Arturo (Pellerano Castro); otro haragán que hace tiempo estaba amodorrado. Sacudimos, por lo visto, la modorra a un compás.

Usted tiene razón sobrada: voluntad de producir tengo poca; pero es que cosas prosaicas, amén de la terribleza enervante del clima y el disgusto de esos desbarajustes revolucionarios, luego abruman demasiado. Pero me propongo, naturalmente no con frecuencias, cumplir con reaccionar contra esos estorbos, y llenar por lo menos el libro de *Romances*, que tal vez no serán

1. Publicada en *Ateneo*, No. 5, Santo Domingo, R. D., mayo de 1913.

estrictamente romances. Cambiaré el título para acomodarlo a mayor variedad de rimas. Con el respeto, cariño y devoción de siempre, me repito muy afectísimo suyo,

GASTÓN F. DELIGNE

BIBLIOGRAFÍA

Abreu, Raúl: "Gastón F. Deligne y noviembre". En *Listín Diario*, No. 5515, Santo Domingo, R. D., 19 de noviembre de 1907.

Abreu Licairac, Rafael: "La justicia y el azar". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 20, 26 y 30 de junio de 1894.

_____ : "Un perfil". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 16 de junio de 1894.

_____ : "De unos cuantos gazapos cogidos al vuelo en el poema *Soledad*". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 3 de agosto de 1894.

_____ : "Necesario apéndice". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 27 y 28 de agosto de 1894.

_____ : "Estudios críticos IX". En *La Cuna de América*, Tercera época, Año I, No. 44 Santo Domingo, R. D., 25 de febrero de 1912.

Abreu Román, Raúl (Román D'Abril): "Notas breves". En *La Cuna de América*, No. 27, Santo Domingo, R. D., 4 de octubre de 1903.

Acevedo, Octavio A.: "Impresiones". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Aguiar, Enrique: *La ciudad intelectual*, Editorial Selecta, Bogotá, Colombia, 1938, p. 25.

Alcántara Almánzar, José: *Antología de la literatura dominicana*, Editora Cultural Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1972, pp. 42-63.

_____ : *Estudios de poesía dominicana*, Editora Alfa y Omega, Santo Domingo, R. D., 1979.

Alfau Durán, Veticilio: "Apuntes para la bibliografía poética dominicana". En *Clío*, Santo Domingo, R. D., enero-agosto de 1968.

Amiama, Manuel: *El periodismo en la República Dominicana*, Talleres Tipográficos La Nación, Santo Domingo, R. D., 1933, p. 56.

Amiama Tió, Fernando A.: "El periodismo en la región Este del país". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., febrero de 1943.

_____ : *Contribución a la bibliografía de Gastón Fernando Deligne*, Luis Sánchez Andújar, casa editora, Ciudad Trujillo, R. D. 1944.

Anacarsis (seudónimo): "Notas breves". En *La Cuna de América*, No. 56, Santo Domingo, R. D., 24 de julio de 1904.

Angulo Guridi, Aquiles: "Gastón Deligne". En *Crisantemos*, San Pedro de Macorís, R. D., febrero de 1913.

Aramburu, Joaquín N.: "Sobre Galaripsos". En *Diario de la Marina*, La Habana, julio de 1908. Rep. en *La Cuna de América*, No. 82, Santo Domingo, R. D., 26 de julio de 1908, p. 7.

Arredondo, Veticilio: "Galaripsos". En *La Cuna de América*, Año III, No. 77, Santo Domingo, R. D., 21 de julio de 1908, pp. 3-4.

_____ : "Gastón Deligne". En *Listín Diario*, No. 7116, Santo Domingo, R. D., 18 de febrero de 1913.

_____: "Nóveles escritores". En *El Teléfono*, Nos. 520 y 521, Santo Domingo, R. D., 1983.

Astol, Eugenio: "Bienvenida a Gastón F. Deligne". En *Plumas*, Ponce, Puerto Rico, junio de 1899, p. 468.

Ayala Duarte, Crispín: "Tratado antológico-crítico de la literatura dominicana". En *Boletín de la Academia Venezolana*, Caracas, 1934.

Aybar, Francisco Raúl: "Patriota-educador". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Báez B., Damián: "Calendario de las letras nacionales". En *Listín Diario*, No. 16923, Santo Domingo, R. D., 4 de abril de 1941.

Baeza Flores, Alberto: *La poesía dominicana en el siglo XX*. Tomos I y II, UCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., 1976.

_____: *La poesía dominicana en el siglo XX*. Tomo III. Biblioteca Nacional, Santo Domingo, R. D., 1986, pp. 128, 199, 259, 346, 358, 373, 536 y 541.

Balaguer, Joaquín: *Azul en los charcos*, Editorial Selecta, Bogotá, Colombia, 1941, pp. 23-30.

_____: *Semblanzas literarias*. Imprenta Ferrari Hermanos, Buenos Aires, Argentina, 1948, pp. 274, 283.

_____: *Historia de la literatura dominicana*. Tercera edición. Editorial Librería Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1965, pp. 141, 151, 221, 260.

Bazil, Osvaldo: "Gastón F. Deligne". En *La Cuna de América*, No. 39, Santo Domingo, R. D., 27 de marzo de 1904.

_____: *Parnaso dominicano*. Compilación completa de los mejores poetas de República Dominicana. Barcelona, España, 1915.

_____: *Parnaso antillano. Compilación completa de los mejores poetas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo*, lona, España, 1916.

_____: *Movimiento intelectual dominicano. Informe del Gobierno*. Washington, D. C., 1924. Ver, además, *Boletín de la Unión Panamericana*, julio de 1924.

_____: *Una conferencia*. Imprenta Listín Diario de Trujillo, R. D., 1938.

_____: *Tarea literaria y patria*. Imprenta La Voz. La Habana, Cuba, 1943, p. 200.

Beras, Francisco Elpidio: *Cosas viejas*. Imprenta Amador. San Pedro de Macorís, R. D., 1933.

Bermúdez, Federico: "Ofrenda". En *Ofrenda al poeta F. Deligne*. Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, 1914, pp. 85-86.

Bermúdez, Luis Arturo: "Gastón Deligne". En *Prosa Repertorio Mensual*. Macorís del Este, R. D., septiembre 1895.

_____: "Carta a Federico Henríquez y Carvajal". Pedro de Macorís, 1913. En Henríquez y Carvajal, F. *Como lo vieron sus compatriotas*. UASD, Santo Domingo, 1979, pp. 83-84.

Berroa, Quiterio: "In memoriam magistri". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Bobea, Joaquín María: Sociedad literaria Amantes de la Poesía, San Pedro de Macorís. *Colección de los trabajos recitados en la velada lírico-literaria celebrada en esta ciudad de los pensamientos producidos con motivo del cuarto aniversario colombino americano*. Santo Domingo, R. D., 1892.

Boletín del Comercio: "Soledad". Comentarios. En *Boletín del Comercio*, No. 84, Santo Domingo, R. D., 3 de julio de 1887.

Cabral, Manuel del. "Gastón Deligne". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 14 de septiembre de 1977, p. 7.

Campagna, Aníbal: "Sobre el espíritu y la forma de la poesía de Gastón F. Deligne". En *La Información*, Santiago, R. D., 16 y 18 de noviembre de 1940.

Carilla, Emilio: *El romanticismo en la América hispánica*, I y II. Editorial Gredos, S. A., Madrid, España, 1967, pp. I, 240; II, 119, 120, 151, 158.

Castillo, Gabriel del: "Triste adiós" (fantasía fúnebre). Obra musical en tres partes. En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Castillo Márquez, Fran. X. del: "Galaripsos". En *La Cuna de América*, No. 114, Santo Domingo, R. D., 21 de marzo de 1909, pp. 8-9.

_____ : Artículo en *El Estudio*, No. 7, Santo Domingo, R. D., abril de 1912.

Castro, Víctor M. de: *Del ostracismo. Siluetas de jóvenes dominicanos y bustos femeninos*. Mayagüez, Puerto Rico, 1904 (V. *Listín Diario*, No. 4479, Santo Domingo, R. D., 30 de junio de 1904).

Céspedes, Diógenes: *Ideas filosóficas, discurso sindical y mitos cotidianos en Santo Domingo*. Biblioteca Taller, Santo Domingo, R. D., 1984, p. 71.

Cestero, Manuel F: "Bibliografía. Renuevos por José M. Bernal" (sic). I. En *La Cuna de América*, No. 48, Santo Domingo, R. D., 1 de diciembre de 1907.

_____ : "Galaripsos". Monte Cristy, 30 de junio de 1908. En *La Cuna de América*, Año III, Nos. 82 y 83, Santo Domingo, R. D., 26 de julio y 2 de agosto de 1908, pp. 2-4 y 6-8, resp.

_____ : *Ensayos críticos. I. Gastón F. Deligne*. Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, R. D., 1911. Segunda edición (facsimil), Secretaría de Educación, Santo Domingo, R. D., 1974.

_____ : "Gastón F. Deligne". En *La Cuna de América*, Año II, Nos. 27-28, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1913, pp. 319-320.

Coester, Alfred: *The Literary History of Spanish America*, The Mc Millan Co., New York, 1921.

Coiscou Henríquez, Máximo: "Exactitudes". En *Listín Diario*, Ciudad Trujillo, R. D., 23 y 29 de noviembre de 1938.

Comarazamy, Francisco: "El Generalísimo rescata del olvido al insigne poeta Gastón F. Deligne". En *La Opinión*, No. 3660, Ciudad Trujillo, R. D., 11 de noviembre de 1938.

Cometta Manzoni, Aida: *El indio en la poesía de América española*, Buenos Aires, Argentina, 1939, p. 192.

Contín Aybar, Néstor: *Historia de la literatura dominicana*. UCE, San Pedro de Macorís, R. D., 1984, pp. 225-239.

Contín Aybar, Pedro René: "Sobre fauna y flora poéticas dominicanas". En *La Opinión*, No. 3894, Ciudad Trujillo, R. D., 12 de agosto de 1939, y en *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 2, Ciudad Trujillo, R. D., octubre de 1943.

_____ : "Evolución poética dominicana". Notas para un estudio. En *El Hogar*, Año III, No. 15, Ciudad Trujillo, R. D., enero de 1940.

_____ : "Un esquema de la lírica dominicana". Trabajo leído en el Instituto Cristóbal Colón, Ciudad Trujillo, R. D., el 3 de febrero de 1940.

_____ : *Antología poética dominicana*. Santiago, R. D., 1943; Librería Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1951, p. 40

_____: *Poesía dominicana*. Julio D. Postigo, C. por A., Santo Domingo, R. D., 1969, pp. 33-42.

Curiel, Carlos: "Gastón Fernando Deligne y Macorís del Mar". En *Tras el vórtice de la tormenta. 30 años de periodismo*. Centro Tipográfico La Estética, Santo Domingo, R. D., 1975, pp. 21-30.

Dalmau, P. Mortimer: "Gastón F. Deligne". Macorís del Este, octubre de 1907. En *Listín Diario*, No. 5505, Santo Domingo, R. D., 7 de noviembre de 1907.

Damirón, Rafael: "Pimentones". En *Listín Diario*, No. 16084, Ciudad Trujillo, R. D., 26 de noviembre de 1938.

_____: *De soslayo*. Luis Sánchez Andújar, casa editora, Ciudad Trujillo, R. D., 1948, pp. 64-65.

_____: *Cronicones de antaño*. Alfa & Omega, Santo Domingo, R. D., 1983.

Darío, Rubén: "Prólogo del libro *Por los caminos de T. M. Cestero*". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 20 de enero de 1908. Publicado con el título "Letras dominicanas" como prólogo de Cestero, Tulio M. *Hombres y piedras*, Madrid, España, 1915.

_____: "Un benjamín". En *La Nación*, Buenos Aires, 1910. Rep. en Pérez Alfonseca, Ricardo. *Palabras de mi madre y otros poemas*. Editora Montalvo, Santo Domingo, R. D., 1925.

De Vitis, Michael: *Florilegio del parnaso americano*. Selectas composiciones poéticas. Barcelona, 1927.

Deligne, Rafael A. (Pepe Cándido): "Los poetas nacionales". En *Letras y Ciencias*, Año II, No. 34, Santo Domingo, R. D., 5 de agosto de 1893, p. 370.

Deschamps, Enrique: *La República Dominicana. Directorio y guía general*. Barcelona, 1907.

Díaz, Gustavo A.: "Gastón F. Deligne". En *Letras*, Santo Domingo, R. D., 1918, y *Listín Diario*, Ciudad Trujillo, R. D., 29 de noviembre de 1938.

Dominici, Pedro César: "Galaripsos por Gastón F. Deligne". En *Venezuela*, París, agosto de 1908. Rep. en *La Cuna de América*, No. 91, Santo Domingo, R. D., 27 de septiembre de 1908, p. 5.

Ducoudray, Félix S.: "Mármol de tumba". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Ducoudray, J. Humberto: "Galaripsos" (poesía). En *La Cuna de América*, No. 73, Santo Domingo, R. D., 24 de mayo de 1908.

_____ : "Estudios críticos". En *La Cuna de América*, Año VI, No. 142, Santo Domingo, R. D., 17 de octubre de 1909.

_____ : Sobre Deligne. Fragmentos de una conferencia. En *Mireya*, Año II, No. 37, San Pedro de Macorís, R. D., 4 de febrero 1912, pp. 1-7.

_____ : "ProsadORES y poetas". En *La Cuna de América*, Año III, Nos. 1 y 2, Santo Domingo, R. D., 13 de julio de 1913.

_____ : "Apoteosis" (poesía). En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Escobar R., Manuel (Gualterio): "Crónica". En *Blanco y Negro*, Año I, No. 46, Santo Domingo, R. D., 1 de agosto de 1909.

Fernández Rocha, Carlos, y de los Santos, Danilo: *Lecturas dominicanas*, UCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., 1977, pp. 14-16.

Fiallo, Fabio: "Al margen de una noble iniciativa". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 19 de noviembre de 1938.

_____ : "¿Envidia?" En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 24 de noviembre de 1938.

Fiallo, Viriato A.: "El Padre Billini, filosofía y conducta". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 1 de diciembre de 1937.

Fleury, Víctor; Ricart, Gustavo; Bisonó, Pedro: *Cien dominicanos célebres*, Publicaciones América, Santo Domingo, R. D., 1974, pp. 292-295.

Gaceta de Santo Domingo: "Resultado de los exámenes del colegio San Luis Gonzaga". Junio de 1874. En *Gaceta de Santo Domingo*, Santo Domingo, R. D., 21 de julio de 1874.

García, Alcides; Henríquez y Carvajal, Federico; Mejía, Juan Tomás: "Veredicto rendido por el jurado de literatura del Certamen del Cincuentenario de San Pedro de Macorís". En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

García, José Gabriel: "Ojeada retrospectiva". En *La Cuna de América*, No. 31, Santo Domingo, R. D., 1 de noviembre de 1903, y No. 91, 27 de septiembre de 1908.

García Godoy, Federico: "Notas literarias. Del patíbulo". En *La Cuna de América*, Año II, No. 21, Santo Domingo, R. D., 26 de mayo de 1907, p. 4.

_____ : "Galaripsos". En *La Cuna de América*, Año III, No. 76, Santo Domingo, R. D., 14 de junio de 1908, pp. 1-3.

_____ : "Flores tropicales. Ensayos poéticos de Mariano A. Soler y Meriño". En *Blanco y Negro*, No. 75, Santo Domingo, R. D., 20 de febrero de 1910.

_____ : *La hora que pasa*. Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, R. D., 1910, pp. 113-132.

_____ : "Horas de estudio. Por Pedro Henríquez Ureña". En *Ateneo*, Nos. XI y XII, Santo Domingo, R. D., diciembre de 1910, p. 13.

_____ : "Gastón F. Deligne". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

_____ : "La literatura dominicana". Extraite de la *Revue Hispanique*. Tomo XXXVII, New York-París, 1916, y *La Cuna de América*, Año V, Nos. 13 y 14, 30 de septiembre y 8 de octubre de 1916.

_____ : "La muerte del poeta". En *De aquí y de allá* (Notas críticas). Tipografía El Progreso, Santo Domingo, R. D., 1916, pp. 251-264.

_____ : "Vida intelectual dominicana". En *nuestra América*, Buenos Aires, Argentina, julio de 1919.

_____ : "Gastón F. Deligne". En *Revista de Educación*, 17 (85): 45-48, Ciudad Trujillo, R. D., enero-mayo de 1947.

García Gómez, Arístides (Zahorí): "Misceláneas". En *Boletín del Comercio*, Santo Domingo, R. D., 14 de mayo de 1908.

_____ : "Gastón F. Deligne". En *La Cuna de América*, Año II, Nos. 27 y 28, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1913, p. 322.

García Lluberes, Leonidas: "Historia de la provincia y especialmente de la ciudad de San Pedro de Macorís". En *lbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

Garrido, Miguel Ángel: "Palabras". En *La Cuna de América*, No. 65, Santo Domingo, R. D., 25 de septiembre de 1904.

Garrido, Miguel Antonio: "Por qué se mató Deligne". En *La Cuna de América*, Año II, Nos. 27 y 28, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1913, p. 324.

Gibbes, Lucas T.: "Soledad". En *El Quisqueyano*, Santo Domingo, R. D., junio de 1887, y *El Teléfono*, No. 222, Santo Domingo, R. D., julio de 1887.

Giró, Valentín: "Carta al redactor del *Listín Diario*", Santo Domingo, R. D., 9 de diciembre de 1907. Publicada bajo el título "Unamuno, Garrido y Deligne" en *Listín Diario*, No. 5533, Santo Domingo, R. D., 10 de diciembre de 1907. Rep. en *Revista Dominicana de Cultura*, Vol. 1, No. 1, Santo Domingo, R. D., noviembre de 1955.

_____ : "A Gastón F. Deligne". En *Listín Diario*, Nos. 5541 y 5543, Santo Domingo, R. D., 1941.

Goyco, Manuel de Jesús: *Trujillo, un hombre de América*. Editores Pol Hermanos, Ciudad Trujillo, R. D., 1941.

Grullón, Eliseo: "El espíritu de libertad en la poesía dominicana como vínculo de fraternidad con Cuba". En *La Cuna de América*, Año V, No. 3, Santo Domingo, R. D., 15 de febrero de 1916.

Henríquez, Gustavo Julio: "Elegía" (poesía). *El Estudio*, No. 15, Santo Domingo, R. D., febrero de 1913.

Henríquez Ureña, Max: *Breve historia del modernismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 452.

_____ : *Panorama histórico de la literatura dominicana*. 2da. edición. Librería Dominicana, Santo Domingo, R. D., 1965, pp. 233-239.

Henríquez Ureña, Pedro: "Sobre la antología". En *La Cuna de América*, No. 73, Santo Domingo, R. D., 20 de noviembre de 1904. Rep. en *Analectas*, Vol. VII, No. 5, Santo Domingo, R. D., 1935.

_____ : "Reflorescencia". La Habana. En *La Cuna de América*, No. 77, Santo Domingo, R. D. 18 de diciembre de 1904.

_____ : "¡Un libro!" Carta a Enrique Apolinar Henríquez. En *La Cuna de América*, No. 24, Santo Domingo, R. D., 16 de junio de 1907.

_____: "Galaripsos (poesías por Gastón F. Deligne)". México, agosto de 1908. En *La Cuna de América*, No. 93, Santo Domingo, R. D., 11 de octubre de 1908, pp. 2-5.

_____: "Carta a J. Humberto Ducoudray". México, 15 de noviembre de 1909. En *Ateneo*, Año I, No. 1, Santo Domingo, R. D., marzo de 1910.

_____: *Horas de estudio*, Librería P. Ollendorff, París, 1910, pp. 196, 198-200, 203-229.

_____: "Carta Abierta" a F. García Godoy. En *La Cuna de América*, Año II, No. 5, Santo Domingo, R. D., 5 de marzo de 1912.

_____: "Carta a Max Henríquez Ureña". México, 20 de julio de 1913. En *Familia Henríquez Ureña. Epistolario*. Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, R. D., 1994, p. 581.

_____: *Cien de las mejores poesías castellanas*. 2da. edición. Editorial Kapelusz & Cía., Buenos Aires, Argentina, 1929, p. 285.

_____: "Bibliografía literaria de Santo Domingo". En *Repertorio Americano*. San José de Costa Rica, 1929.

_____: *El español en Santo Domingo*. Buenos Aires, Argentina, 1940, pp. 92-94, 156-157.

_____: *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1949.

_____: *Cuadernos de poesía dominicana*. Manuscrito en el Museo Nacional.

_____: "Santo Domingo". Capítulo de la *Historia universal de la literatura*, de Santiago Prampolini. Vol XII de la edición española. Buenos Aires, Argentina, 1941.

_____ : *Obras completas*. Vol. 1. Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Santo Domingo, R. D., 1976, pp. 187-198, 317-320.

_____ : *Obras completas*. Vol. 9. *UNPHU*, Santo Domingo, R. D., 1976, pp. 257-258.

Henríquez y Carvajal, Federico: "Concepto de la crítica". En *Letras y Ciencias*, Año III, No. 56, Santo Domingo, R. D., 31 de julio de 1894.

_____ : "Notas". En *Ateneo*, Año II, No. XXII, Santo Domingo, R. D., octubre de 1911, p. 24.

_____ : "Bibliografía". En *Ateneo*, Año III, No. XXVIII, Santo Domingo, R. D., abril de 1912, p. 2.

_____ : "Notas. Amor y duelo". En *Ateneo*, Año IV, No. 1, Santo Domingo, R. D., enero de 1913, p. 23.

_____ : "Próceres. Gastón Fernando Deligne". En *Ateneo*, Año IV, No. 1, Santo Domingo, R. D., enero de 1913.

_____ : "Notas". En *Ateneo*, Año III, No. XXVII, Santo Domingo, R. D., marzo de 1912, p. 23.

_____ : "Gastón F. Deligne". Escrito en enero de 1913, permaneció inédito hasta que se publicó en el *Mensuario X*, tomo I, No. 2, Santo Domingo, R. D., septiembre de 1929.

_____ : "Discurso de acción de gracias en su jubileo". En *La Cuna de América*, Año VIII, No. 2, Santo Domingo, R. D., mayo de 1919.

_____ : "Discurso de ingreso a la Academia Dominicana de la Lengua". En *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, No. 2, Santo Domingo, R. D., marzo de 1940.

_____: *Duarte, próceres, héroes y mártires de la Independencia*. Ediciones de la Academia Dominicana de la Historia, Santo Domingo, R. D., 1941.

_____: "Gastón Fernando Deligne". Conferencia en el Ateneo Dominicano. En *Discursos y Conferencias*, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Santo Domingo, R. D., 1970, pp. 441-446.

_____: "La novela de Billini y la crítica". En *Letras y Ciencias*, Año II, No. 25, Santo Domingo, R. D., 15 de mayo de 1893, pp. 200-201. Rep. en Rodríguez Demorizi, Emilio. *Baní y la novela de Billini*, Editora del Caribe, C. por A., Santo Domingo, R. D., 1964, pp. 217-224.

Hernández Franco, Tomás: *La poesie de la République Dominicaine*. París, 1932.

Herrera, Porfirio: "Funeraria" (poesía). En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Herrera, Primitivo: "Baldón". En *Listín Diario*, No. 5584, Santo Domingo, R. D., 10 de febrero de 1908.

_____: "Cineraria". En *La Cuna de América*, Nos. 27 y 28, Santo Domingo, R. D., 27 de enero de 1913, p. 322.

_____: "Gastón F. Deligne". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., enero de 1913.

Horta, Eulogio: "Notas e impresiones". En *Listín Diario*, No. 2197, Santo Domingo, R. D., 22 de octubre de 1896.

Hostos, Eugenio M. de: "Soledad". En *El Teléfono*, Santo Domingo, R. D., 7 de agosto de 1887. Rep. en Rodríguez Demorizi, Emilio. *Hostos en Santo Domingo*, Vol. I, Ciudad Trujillo, R.D., 1939, pp. 211-223.

Incháustegui Cabral, Héctor: "Lo humano en la poesía dominicana". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., julio de 1943.

_____ : "Nacionalidad y literatura". En *Cuadernos dominicanos de cultura*, No. 6, Ciudad Trujillo, R. D., febrero de 1944.

_____ : "La angustia de la patria en Deligne". En *De literatura dominicana siglo veinte*, UCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., 1978.

_____ : *Escritores y artistas dominicanos*, UCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., 1978.

Incháustegui, J. Marino: *La República Dominicana de hoy*. Tomo I, p. 115.

Janer, Felipe: *Selecciones poéticas*. New York, 1926.

Jiménez, José María: "Notas al vuelo. Sobre Galaripsos". En *La Cuna de América*, No. 75, Santo Domingo, R. D., 7 de julio de 1908.

_____ : "Galaripsos (El libro de Deligne)". En *La Semana*, No. 1, Santiago, R. D., 13 de abril de 1919.

Jiménez, Ramón Emilio: "Fabio Fiallo ante la iniciativa de Trujillo en honra de Deligne". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 21 de noviembre de 1938.

_____ : *Del lenguaje dominicano*. Imprenta Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1941.

Joubert, Emilio C.: *Cosas que fueron*. Imp. J. R. Vda. García Sucesores, Ciudad Trujillo, R. D., 1936, p. 88.

_____ : "Sobre Gastón Deligne". En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 6 de julio de 1941.

La Cuna de América: "Panorama semanal". En *La Cuna de América*, Año I, No. 25, Santo Domingo, R. D., 8 de octubre de 1911, p. 300.

_____ : "Panorama semanal". En *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, No. 32, Santo Domingo, R. D., 24 de Febrero de 1913, p. 410.

Lamarche, José: "Los galaripsos". En *La Cuna de América*, No. 89, Santo Domingo, R. D., 13 de septiembre de 1908, pp. 1-2.

Lamarche, J. B.: "Por jardines extraños". En *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, No. 8, Santo Domingo, R. D., 26 de julio de 1912, pp. 86-87.

_____ : "A Gastón F. Deligne" (Soneto). En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

La Nación: "Los bustos a Galván y Deligne" (Editorial). En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 10 de abril de 1940.

Lebrón Saviñón, Mariano: *Historia de la cultura dominicana*. Tomo I. UNPHU, Santo Domingo, R. D., 1981, pp. 479-491.

Letras y Ciencias: "Adhesión de la Junta del Distrito de San Pedro de Macorís al proyecto de monumento a Duarte". En *Letras y Ciencias*, Año II, No. 39, Santo Domingo, R. D., 14 de octubre de 1893.

Listín Diario: "Noticias sobre el suicidio de Gastón Deligne". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 18 de enero de 1913 y siguientes.

_____ : "Deligne y Galván promovidos a la glorificación del bronce o del mármol" (Editorial). En *Listín Diario*, Ciudad, Trujillo, R. D., 10 de noviembre de 1938.

Lugo, Américo: "Causerie". En *Listín Diario*, Año VIII, No. 2235, Santo Domingo, R. D., 7 de diciembre de 1896. Rep. en Julia, Julio Jaime. *Antología de Américo Lugo*. Tomo II, Taller, Santo Domingo, R. D., 1977, p. 40.

_____ : *Bibliografía*. Imprenta La Cuna de América, Santo Domingo, R. D., 1906, pp. 76, 94, 100, 102, 105.

_____ : "Prólogo". En Archambault, Pedro María. *Pinares adentro*. Casa Editorial Maucci, Barcelona, 1929, p. 6.

Lugo, Américo, y otros: "Homenaje". Exposición al Ateneo Dominicano. En *Clío*, No. 1, Santo Domingo, R. D., enero-febrero de 1934.

Lugo Lovatón, Ramón: "Lámpara de ayer: Gastón Fernando Deligne ausente y presente". En *Testimonio*, No. 11, Santo Domingo, R. D., diciembre de 1964.

Machado, Manuel A.: "César N. Penson". Esbozo de un estudio. En *La Cuna de América*, No. 42, Santo Domingo, R. D., 17 de abril de 1904.

_____ : "Conferencia". En *La Cuna de América*, Año V, Nos. 5 y 6, Santo Domingo, R. D., 15 y 30 de marzo de 1916.

Mañón, Darío A.: *Aletazos dominicanos*. México, D. F., 1936.

Mariá (seudónimo): "Instantáneas. Los Delignes". En *El Avisador*, Santo Domingo, R. D., 23 de diciembre de 1897 y en *Letras y Ciencias*, Año VII, No. 138, Santo Domingo, R. D., 1 de febrero de 1898, pp. 206-207.

Martínez, Rufino: *Diccionario biográfico-histórico dominicano 1821-1930*. UASD, Santo Domingo, R. D., 1971, pp. 139-140.

Matos, Esthervina: *Estudios de literatura dominicana*. Pol Hermanos, editores, Ciudad Trujillo, R. D., 1955, pp. 142-154.

Mejía, Abigaíl: *Historia de la literatura castellana*. Imprenta Editorial Alter, Barcelona, 1929, pp. 276-283.

_____ : *Historia de la literatura dominicana*, Editorial Caribe, Ciudad Trujillo, R. D., 1937, pp. 110-117.

_____ : "Dioses mayores del Parnaso en la República Dominicana". En *América. Revista de la Asociación de Escritores y Artista Americanos*. Vol. III, No. 1, La Habana, Cuba, julio de 1939.

Mejía, Juan Tomás: "Galaripsos por Gastón F. Deligne". En *La Cuna de América*, No. 73, Santo Domingo, R. D., 24 de mayo de 1908.

Mejía, Manuel de Js.: *Guía varia de Ciudad Trujillo*. Imp. La Opinión, Ciudad Trujillo, R. D., 1944.

Mejía Ricart, Gustavo A.: "Un libro y un poeta". En *La Cuna de América*, Año III, Nos. 23 y 24, Santo Domingo, R. D., 31 de diciembre de 1913.

_____ : "Deligne, el poeta nacional". Conferencia pronunciada el 8 de noviembre de 1930 en el Ateneo de San Pedro de Macorís.

_____ : "El canto autóctono como factor de progreso en la lengua fósil". En *Boletín de la Academia Dominicana de la Lengua*, Año II, No. 5, Ciudad Trujillo, R. D., septiembre de 1941.

_____ : *Gastón Fernando Deligne, El poeta civil*, Editora Pol Hermanos, Ciudad Trujillo, R. D., 1944.

Menéndez y Pelayo, Marcelino: *Historia de la poesía hispano-americana*. Tomo I, Madrid, 1911, nota (3) en p. 310.

Minchero Vilasar, Ángel: *Diccionario universal de escritores*, II. Edihe, San Sebastián, España, 1957, p. 677.

Mir, Pedro: *Enciclopedia Dominicana*, Tomo IV, Primera edición, Santo Domingo, R. D., 1976.

Montaño hijo, Enrique (Enriqueño): "Notas breves". En *La Cuna de América*, Año II, No. 42, Santo Domingo, R. D., 20 de octubre de 1907.

_____ : "Notas breves". En *La Cuna de América*, Santo Domingo, R. D., 10 de mayo de 1908.

Montolío, Andrés Julio: "En el margen de una carta". En *Blanco y Negro*, No. 81, Santo Domingo, R. D., 3 de abril de 1910.

Montolío, Leopoldo: "Gastón F. Deligne". En *El Eco de la Opinión*, Santo Domingo, R. D., 7 de diciembre de 1895.

_____ : "Puntos de vista. IV. Gastón F. Deligne". En *Revista Ilustrada*, Vol. II, No. 20, Santo Domingo, R. D., 27 de febrero de 1900, pp. 14-16.

_____ : "Puntos de vista. José Ramón López". En *Revista Ilustrada*, Vol. II, No. 22, Santo Domingo, R. D., 1 de abril de 1900, p. 13.

Morales, G. A. y otros: "Carta abierta a Gastón F. Deligne". En *Listín Diario*, No. 5540, Santo Domingo, R. D., 18 de diciembre de 1907.

Morel, Emilio A.: "El poeta lo sabe". En *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, No. 33, Santo Domingo, R. D., 10 de marzo de 1913, y en *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914.

Moreno Jimenes, Domingo: "Liminares". En *Deligne, Gastón F. Romances de la Hispaniola*. Imprenta Cervantes, San Pedro de Macorís, R. D., 1931.

_____ : *Embiste de razas*, Santiago, R. D., 1936.

Moscoso Puello, F. E.: "Ideas". En *La Cuna de América*, Año III, Nos. 9 y 11, Santo Domingo, R. D., 7 y 22 de septiembre de 1913.

_____ : "Gastón F. Deligne, filósofo". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914, pp. 69-74.

_____ : "Discurso ante la tumba de Gastón Deligne". San Pedro de Macorís, R. D., 18 de enero de 1930. En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 21 de enero de 1930.

_____ : *Navarijo*, Editora Cosmos, C. por A., Santo Domingo, R. D., 1978.

Mota, Fabio A.: "Ni pretericionismo ni prioridad". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 24 de noviembre de 1938.

Mota, Fabio A. y Rodríguez Demorizi, Emilio: *Cancionero de la Restauración*. Editora del Caribe, Santo Domingo, R. D., 1963, pp. 44-46.

Mota, Fabio A.: "Divagaciones acerca de la personalidad de Gastón F. Deligne". En *Relieves alumbrados*. Impresora La Isabela, Santo Domingo, R. D., 1971, pp. 43-76.

Nimer, Miguel Aquiles: "Gastón íntimo". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*, Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914, pp. 13-33.

_____ : "A propósito de una antología en francés de poetas dominicanos". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 16 de noviembre de 1932.

_____ : "Pasión y muerte de Gastón Deligne". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 22 y 25 de noviembre de 1938.

Nolasco, Flérida de: *Rutas de nuestra poesía*. Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, R. D., 1953, pp. 63-72.

Oyuela, Calixto: *Antología poética hispanoamericana*. Buenos Aires, Argentina, 1919.

Parsifal (seudónimo): "Perfil. Gastón Deligne". En *El Avisador*, Santo Domingo, R. D., 9 de enero de 1898.

Patiño, Dolores: "Gastón F. Deligne". Seminario de Historia de la Literatura Dominicana. Universidad de Santo Domingo, 1941 (inédito).

Pellerano Castro, Arturo B.: "La justicia y el azar". En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 21 y 22 de junio de 1894.

Penson, César Nicolás: *Reseña histórico-crítica de la poesía en Santo Domingo*, Santo Domingo, R. D., 1892. Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1979.

_____ : "Correspondencia literaria". En *Letras y Ciencias*, Año II, No. 37, Santo Domingo, R. D., 17 de septiembre de 1893. Rep. en *Revista Dominicana de Cultura*, I, Ciudad Trujillo, R. D., noviembre de 1955, p. 116.

Pérez, Carlos Federico: *Evolución poética dominicana*. Editorial Poblet, Buenos Aires, 1956, pp. 171-198.

Pérez, José Joaquín: "En la cumbre" (poesía). A Gastón F. Deligne. En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 5 de junio de 1894. Rep. en *Revista Ilustrada*, Vol. I, No. 12, Santo Domingo, R. D., 15 de enero de 1899, p. 5.

Pérez Cabral, Arquímedes: "¡Ofrenda!". Trabajo leído en la velada de la sociedad Amigos del País el 18 de febrero de 1913. En *El Estudio*, No. 16, Santo Domingo, R. D., 1913.

Poveda, José Manuel: "De Hipocrema. Galaripsos". En *Fémina*, Santiago de Cuba. Rep. en *La Cuna de América*, No. 90, Santo Domingo, R. D., 20 de septiembre de 1908, pp. 4-5.

Prestol Castillo, Freddy: *Hacia el dominicanismo integral*. Imprenta Gimbernard, Ciudad Trujillo, R. D., 1938, p. 15.

_____ : *Biografía exegética de Rafael A. Deligne*. (Inédita).

Prud'Homme, Emilio: "Gastón Deligne" (Soneto). En *La Cuna de América*, Tercera época, Año II, No. 48, Santo Domingo, R. D., 29 de junio de 1913, p. 660.

Raffan Gómez, Félix: "Habla un confidente de Rubén Darío. El embajador Cestero y la cultura americana". Entrevista. En *El Nuevo Tiempo*, Bogotá, Colombia, 1 de julio de 1944.

Reyes, Juan de Jesús: "Gastón Deligne" (soneto). En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

Richiez, Manuel Leopoldo: "Palabras del Presidente del Ateneo de San Pedro de Macorís". En *Ofrenda al poeta Gastón F. Deligne*. Tipografía La Orla, San Pedro de Macorís, R. D., 1914, pp. 11-12.

_____ : "Historia de la provincia y especialmente de la ciudad de San Pedro de Macorís". En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

_____ : "Dos corazones y dos liras". (Sonetos a Gastón y Rafael Deligne). En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

Richiez Acevedo, Francisco: "Federico Bermúdez, su vida y su obra". En *Álbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís*, 1882-1932.

Rijo, Baldemaro: "Gastón Deligne". En *Crisantemos*, San Pedro de Macorís, R. D., febrero de 1913.

Roca, Frank A.: *Gastón Fernando Deligne (Semblanza)*. Impresora ONAP, Santo Domingo, R. D., 1992.

Rodríguez Demorizi, Emilio: "Gastón Deligne prosista". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 17 de noviembre de 1938.

_____ : "Al margen de una trascendental revelación". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 21 de noviembre de 1938.

_____ : *Poesía popular dominicana*. Tomo I. Editorial La Nación, Ciudad Trujillo, R. D., 1938, p. 98.

_____ : "Gastón F. Deligne discípulo de Hostos". En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 10 de abril de 1940.

_____ : "Montbars el exterminador". En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 7 de julio de 1940.

_____ : "Chocano en la ciudad de los Colones". En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 27 de julio de 1941.

_____: "Dos cartas de Gastón Deligne". En *La Nación*, Ciudad Trujillo, R. D., 24 de agosto de 1941.

_____: *Del romancero dominicano*. Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1943, p. 81.

_____: "Advertencia". En Deligne, Gastón F. *Páginas olvidadas*. Editoria Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1944.

_____: "La poesía patriótica en Santo Domingo". Apuntes para su estudio. En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 6, Ciudad Trujillo, R. D., febrero de 1944.

_____: "Advertencia". En Deligne, Gastón F. *Galaripsos*. 2da. edición. Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, R. D., 1946, pp. 13-18.

_____: *Rubén Darío y sus amigos dominicanos*. Ediciones Espiral, Colombia, 1948.

_____: *Sociedades, cofradías, escuelas, gremios y otras corporaciones dominicanas*. Academia Dominicana de la Historia, Vol. XXXV, Santo Domingo, R. D., 1975, pp. 192-193.

_____: *Seudónimos dominicanos*. 2da. edición. Editora Taller, Santo Domingo, R. D., 1982, pp. 144-219.

Rodríguez y Rodríguez, Alberto: *En torno a Gastón*. Publicaciones ONAP, Santo Domingo, R. D., 1986.

Saldaña Suazo, José A.: *Álbum Dominicano* (canciones históricas). Ciudad Trujillo, R. D., 27 de febrero de 1944.

Sanabia, Rafael Emilio: *Nuestra poesía*. Santiago, R. D., 1944.

Sánchez, Rafael Emilio: "Gastón Deligne". En *Crisantemos*, Santo Domingo, R. D., febrero de 1913.

Sánchez Lustrino, Gilberto, y Henríquez Ureña, Pedro: "Reseña crítica". En *Revista de Filología Española*. XXI, 1934.

Sánchez Lustrino, Ricardo V.: "Combatir por el arte". En *La Cuna de América*, Año I, No. Santo Domingo, R. D., 1911.

_____: *Cosas del terruño y cosas más. Augusto A. Bernier, Impresor, Santo Domingo*, 1912, p. 105.

_____: *Pro-Psiquis*. F. Sempere y Compañía, Editores. Valencia, España, 1912, pp. 103-106.

Santana, Felipe J.: "Carta lírica a Manuel F. Cestero". En *La Cuna de América*, No. 30, Santo Domingo, R. D., 10 de febrero de 1913.

Soriano, M. Germán: *Almanaque Dominicano*. Santiago, R. D.

_____: "Pedestal para Enriquillo y plinto para Galaripsos". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 17 de noviembre de 1938.

Soto, Renato: "Galaripsos". Azua, 1908. En *La Cuna de América*, No. 94, Santo Domingo, R. D., 18 de octubre de 1908, p. 7.

Suárez Vásquez, R.: "Literatura dominicana". En *La Opinión*, Ciudad Trujillo, R. D., 20 de octubre de 1937.

Troncoso Sánchez, Pedro: "Hostos". Discurso. En *Clío*, No. XXXIV, Ciudad Trujillo, R. D., marzo-abril de 1939.

_____: "Cultura dominicana". En *Nosotros*, No. 91, Buenos Aires, Argentina.

Trujillo M., Rafael Leonidas: "Mensaje a un grupo de senadores insinuándoles un homenaje a Gastón F. Deligne". En *Listín Diario*, Ciudad Trujillo, R. D., 10 de noviembre de 1938.

Turcios, Salvador R.: "Síntesis de la historia literaria de la República Dominicana". En *Boletín de la Biblioteca y Archivo Nacionales*. Tegucigalpa, Honduras, 1 de enero de 1939.

Valdeperes, Manuel: "Dos poetas dominicanos". En *Cuadernos Dominicanos de Cultura*, No. 7, Ciudad Trujillo, R. D., marzo de 1944.

_____ : "La temporalidad histórico-espiritual en el poeta Gastón Fernando Deligne". En *Revista Interamericana de Bibliografía*, 14,2 (1964), 151-58.

Vallejo de Paredes, Margarita, et al.: *Antología literaria dominicana*. Vol. I. Poesía. INTEC, Santo Domingo, R. D., 1981, pp. 57-61.

_____ : *Apuntes biográficos y bibliográficos de algunos escritores dominicanos del siglo XIX*. Volumen I. Publicaciones ONAP, Santo Domingo, R. D., 1995, pp. 257-265.

Varios: *Antología de la literatura dominicana*. I Versos y II Prosa. Edición del Gobierno Dominicano, Colección Trujillo, Centenario de la República 1844-1944, Editorial El Diario, Santiago, R. D., 1944.

Veloz, Livia: "Gastón y Rafael Deligne. Crisantemos". Dos sonetos. En *lbum del Cincuentenario de San Pedro de Macorís, 1882-1932*.

Veloz Maggiolo, Marcio: *Cultura, teatro y relatos en Santo Domingo*. UCMM, Santiago, R. D., 1972.

Villegas, Víctor: *Antología de poetas petromacorisanos*. UCE, San Pedro de Macorís, R. D., 1982, p. 17.

Vinicio (seudónimo): "Gastón Deligne". Busto apolíneo. En *Listín Diario*, Santo Domingo, R. D., 24 de febrero de 1911.

Zaglul, Antonio: "El amor secreto de Gastón Fernando Deligne". En *Ensayos y biografías*. Editora El México Dominicano, Santo Domingo, R. D., 1970, pp. 153-156.

ÍNDICE

GALARIPSOS

Los galaripsos	9
Arriba el pabellón	10
Quisqueyana	12
Frente al retrato de la Srta F. de Castro	14
A la Srta. Rosa Pacheco	16
Mairení	19
La nueva Jerusalén	23
Angustias	26
En el día de San Francisco Javier	30
La aparición	34
De luto	38
Al pasar	40
Oneiros	44
Salmo de vida (de Longfellow)	48
Valle de lágrimas	50
Canto nupcial	54
Quid divinum	56
Hombre y mujer	59
Romanza	62
A la memoria del gran dominicano, mi padrino y protector Francisco X. Billini	65
Ciencia y arte	70
"In God we trust"	75
La hija de Colón	78
Confidencias de Cristina	79
El silfo (paráfrasis de Víctor Hugo)	90

De la selva	93
Aniquilamiento	95
Subjetiva	100
Ars Nova scribendi	102
¡Muerta!...	108
En el botado	113
Mensaje postal	118
Moneda	119
En la muerte de José J. Pérez	121
Cantiga	123
Ritmos	125
Justicia galante	128
Peregrinando	130
De humor	132
Eugenio M. Hostos	133
Madrigal - Monóstrofe	134
De fotografías	135
Su niño (del inglés)	137
Invernal	139
Dramita	141
Spectra	143
La hora de Endimión (de Verlaine)	146
Cartas	147
Monóstrofe	149
Bucólica (de Andrés Chérnier)	150
Miliunanochesca	152
Núbil (motivada en A. Chérnier)	153
Genealogía	155
La chispa (de Félix George)	157
Soneto (de Marta Dupuy)	158
Entremés olímpico	159
¡Ololoi!.....	163
A. S. M. la reina Carmelita I	166
Del patíbulo	169
Balada de las tentaciones	173
Ante la bandera	176

PROSAS

CRÍNICAS Y ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

Por el Padre Billini	181
Glosa de glosas (El Padre Billini)	183
Evolución religiosa	187
Pro muliere	191
27 de febrero	195
Una fiesta escolar en Villa Duarte	199

NECROLOGÍAS Y SEMBLANZAS

Juan de Dios Mueses	203
Ramón María Pichardo	205
El Padre Billini	207
El coronel Alfonseca	209
José Gabriel García	215

CRÍTICA LITERARIA

Ciencia y arte (autocrítica jocosa)	221
Sobre la novela <i>Engracia y Antoñita</i>	227
La justicia y el azar	231
Resucitó al tercer día	253
Tocante a su tayote	261
Quandoque bonus	269
¡Fuego en la gazapera!	281
Prólogo para un libro inédito	301
Sobre el libro <i>La República Dominicana</i>	307
Proemio de <i>Flores tropicales</i>	309
El artista moderno (traducción libre de Vicente D'Indy)	315
Sobre el modernismo	321
Acerca de "Virgínea"	323
A propósito de "¡Oh, madre!"	327
Carta abierta	333
Sobre la desorientación artística	333
Sobre "Entremés olímpico"	335
Sobre <i>Mármoles y lirios</i>	337

Sobre la novela <i>Alma dominicana</i>	339
En defensa de <i>Galaripso</i>	341
Proemio de <i>De la vieja lira</i>	347
Sobre la sinceridad en el arte	351

CUENTOS

Antonio Ruiz.....	355
Inmigrante útil	359
Tinglado Mártir	363
Conflictivo en Cuaresma	371
Una disputa	379
Una corta excursión	385

PROSA DIVERSA

Carta a César Nicolás Penson	399
Carta a Eugenio Ma. de Hostos.....	401
Esquela a Eugenio de Marchena	403
12 de octubre de 1892	405
12 de octubre de 1892	407
12 de octubre de 1892	409
Martí.....	411
Póstuma	413
Sobre la Convención Domínico-Americanana	415
Sobre su coronación como poeta nacional	419
Carta a F. X. Castillo Márquez	421
Carta a Federico Henríquez y Carvajal.....	423
Carta a Federico Henríquez y Carvajal.....	425
 BIBLIOGRAFÍA	429

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DOMINICANOS

VOLÚMENES PUBLICADOS.

Vol. I.- *Los Precursoros 1*

Cristóbal Colón:

Diario de navegación y otros escritos.

Vol. II.- *Los Precursoros 2*

Fray Ramón Pané:

Relación acerca de las antigüedades de los indios.

Vol. III.- *Los Precursoros 3*

Fray Pedro de Córdoba:

Doctrina Cristiana y Cartas.

Vol. IV.- *Los Precursoros 4*

Oviedo-Las Casas:

Crónicas Escogidas.

Vol. V.- Antonio Sánchez Valverde:

Ensayos.

Vol. VI.- José Joaquín Pérez:

Fantasías indígenas y otros poemas.

Vol. VII.- Salomé Ureña de Henríquez:

Poesías completas.

Vol. VIII.- Manuel de Jesús Galván:

Enriquillo.

Vol. IX.- José Ramón López:

1.- Cuentos puertoplateños.

Vol. X.- José Ramón López:

2.- Ensayos y artículos.

Vol. XI.- José Ramón López:

Diario (enero-agosto de 1921).

Vol. XII.- Fabio Fiallo:

1.- La canción de una vida.

Vol. XIII.- Fabio Fiallo:

2.-Cuentos frágiles y Las manzanas de Mefisto.

Vol. XIV.- Américo Lugo:

Obras Escogidas 1.

Vol. XV.- Américo Lugo:

Obras Escogidas 2.

Vol. XVI.- Américo Lugo:

Obras Escogidas 3:

Vol. XVII.- Ramón Marrero Arísty:

Balsié y Over.

Vol. XVIII.- Sócrates Nolasco:

Obras Completas

1.- Cuentos.

Vol. XIX.- Sócrates Nolasco:

Obras Completas

2.- Ensayos históricos.

Vol. XX.- Sócrates Nolasco:

Obras Completas

3.- Ensayos literarios.

Vol. XXI.- Antonio Sánchez Valverde

1.- Tratado del predicador.

Vol. XXII.- Antonio Sánchez Valverde

2.- Sermones panegíricos, y de misterios.

Vol. XXIII.- Antonio Sánchez Valverde

3.- Examen de los sermones del Padre Eliseo.

Vol. XXIV.- Gastón F. Deligne

Obra Completa. 1.- Soledad y poemas dispersos.

Vol. XXV.- Gastón F. Deligne

Obra Completa. 2.- Galaripsos y prosas.

Este libro se terminó de imprimir
el día 22 de agosto de 1996
en los Talleres Gráficos de
EDITORIA CORRIPIO, C. POR A.
Calle A esq. Central
Zona Industrial de Herrera
Santo Domingo, República Dominicana

